Juan Fastenrath

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA

PRÓLOGO DE

M. R. BLANCO-BELMONTE

TOMO SÉPTIMO

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA
Reg 1764

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra".-Paseo de San Vicente, 20, Madrid.-Año de 1911.

MCD 2022-L5

246
9
2.6221

Juan Fastenrath

La Walhalla y las Glorias de Alemania.

PRÓLOGO DE

M. R. BLANCO-BELMONTE

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA

TOMO SÉPTIMO

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra".-Paseo de San Vicente, 20, Madrid.- Año de 1911.

MCD 2022-L5

Juan Fastenrath

La Walhalla
y las Glorias
de Alemania.

TOMO VII

1911

6483

MCD 2022-L5

6482

MCD 2022-L5

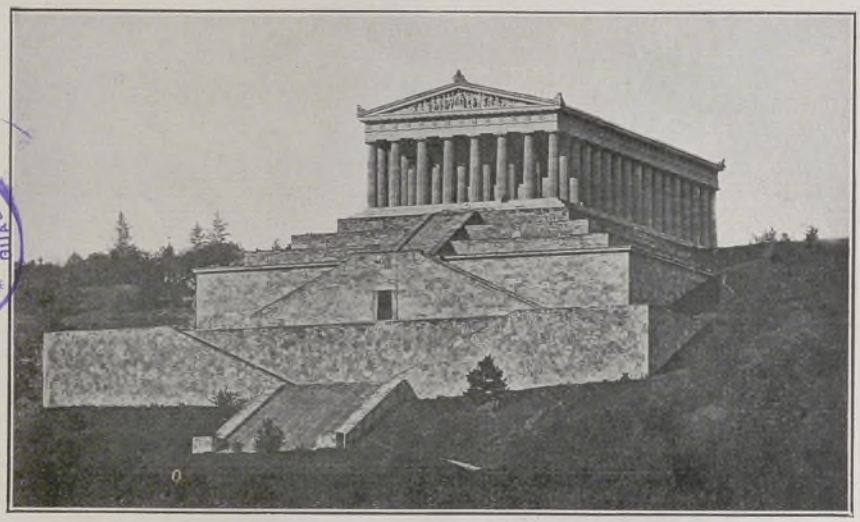
41152643
Est. 12
Tab. 7
Núm. 2622

LA WALHALLA

MCD 2022-L5

BIBLIOTECA PÚBLICA - VALLADOLID

MCD 2022-L5



BIBLIOTECA PUBLICA * GUADALAJARA *

RATISBONA (BAVIERA).—VISTA EXTERIOR DE LA WALHALLA
TEMPLO DE LAS GLORIAS ALEMANAS

MCD 2022-L5

Juan Fastenrath

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA

PRÓLOGO DE

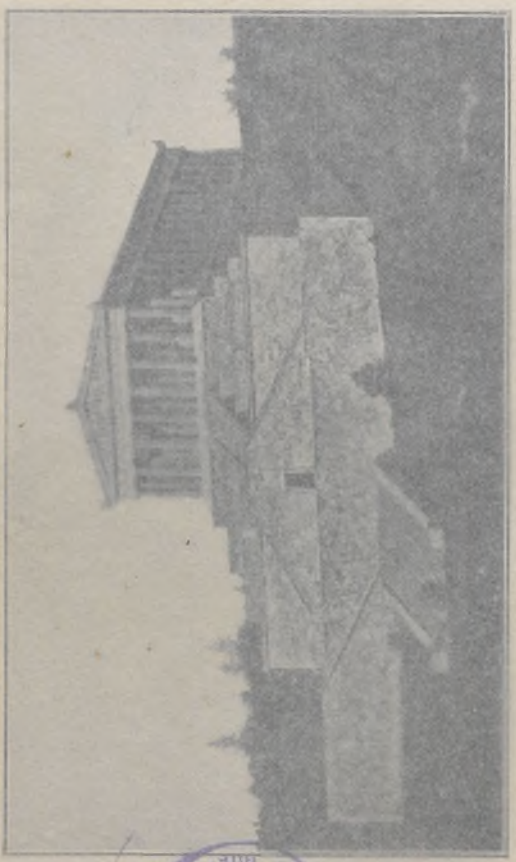
M. R. BLANCO-BELMONTE

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA PÚBLICA
Reg 1729

TOMO SÉPTIMO

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra". Paseo de San Vicente, 20, Madrid. - Año de 1911.

MCD 2022-L5



RATISBONA (BAVIERA).—VISTA EXTERIOR DE LA WALHALLA
TEMPLO DE LAS GLORIAS ALEMANAS

BIBLIOTECA PUBLICA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

Juan Fastenrath

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA

PRÓLOGO DE

M. R. BLANCO-BELMONTE

BIBLIOTECA GUADALAJARA
BIBLIOTECA PÚBLICA
Reg 1765

TOMO SÉPTIMO

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra".-Paseo de San Vicente, 20, Madrid.-Año de 1911.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

La Walhalla y las glorias de Alemania.

ARQUITECTOS.—ESCULTORES ARQUEÓLOGOS

ERWIN, MAESTRO DE LA CATEDRAL DE ESTRASBURGO

Nada como el arte ojival para elevar los corazones; nada como aquellos pilares esbeltos, como aquellas finas aristas de las bóvedas, como aquellos calados rosetones, á través de cuyos pintados cristales filtra luz dulce y misteriosa como la oración de un alma solitaria, para inspirar recogimiento y dar al espíritu el vuelo que ha menester cuando recurre á Dios en sus tribulaciones.

Los que concibieron catedrales como la de Colonia, bien merecen que, llenos de asombro, y por la más viva gratitud poseídos, inclinada la frente y descubierta la cabeza, les salude-

MCD 2022-L5

mos con cariño y con respeto cuantos nos complacemos en rendir á los que fueron antes que nosotros, el homenaje de admiración y de amor que se les debe.

El gran arquitecto de Colonia, Gerardo de Rile, creando un primor del arte arquitectónico, que mejor que escribirse merecería cantarse, realizó el ideal más sublime de las catedrales de la Edad Media; y el que se aproximó más á aquella cumbre altísima fué el maestro Erwin, que ideó la célebre fachada de la catedral de Estrasburgo, que cautiva los ojos y eleva el alma.

En una época de poesía caballeresca en la que imprimieron hasta á la Virgen carácter caballeresco, pues Cesáreo de Heisterbach refería en 1220 á sus discípulos, que la misma Virgen hizo las veces de un caballero que, por oir misa, no había comparecido en el torneo, y que ella, tomando su figura, alcanzó la victoria por él; en aquel noble y maravilloso tiempo en que la fantasía y la poesía penetraron en las regiones de la fe, y en que la poesía caballeresca y el escolasticismo formaron como los polos de la existencia entera, siendo aquélla todo sentimiento y fantasía, y éste sentimiento todo, nació la arquitectura gótica, en la que hallaba su expresión así el espíritu fantástico-caballeresco como el espíritu escolástico. Pues para resumir en pocas palabras lo que dice sobre el desarrollo de aquella arquitectura Schnaase—en la *Historia de las*

MCD 2022-L5

Bellas Artes, tomo V, Düsseldorf, 1872,—encontramos en las anchas bóvedas el mismo atrevimiento que en las aventuras caballerescas, y en los estribos aquel ánimo altivo que penetraba el mundo de los caballeros, mientras el espíritu escolástico se muestra en lo acentuado del elemento geométrico.

Maestros sencillos inventaron el atrevido y artificioso estilo gótico, que prestaba á las piedras, en vez de la posición horizontal sobre la tierra, una aspiración hacia lo alto, y que, haciendo así abstracción de la naturaleza común, representaba el elemento ideal como realidad verdadera. Pero el estilo gótico, que nació en el siglo XII, no fué producto germánico, como parece indicar su nombre, sino que—según el inglés Wittington señaló en el libro que publicó en 1809, bajo el título de *An historical survey of the ecclesiastical antiquities of France*, y según demostró después detenidamente el alemán Francisco Mertens, en las lecciones que en 1841 dió en Düsseldorf—debe su origen al Norte de Francia, formándose con elementos normandos y provenzales, siendo meridional el coro, el desarrollo de la columna, la afición á los adornos, delicados y el arco ojival, y debiéndose á la arquitectura septentrional la bóveda cruzada, la estructura regular de la fachada y de las torres, y esa viva y vigorosa aspiración hacia lo alto. Pero el estilo gótico no fué, por lo tanto, una compilación, sino una invención

MCD 2022-L5

nueva; pues á aquellos detalles, tomados de los sistemas anteriores, les imprimió verdadero carácter nuevo, confundiéndolos en un conjunto orgánico. Los alemanes no saludaron este producto del talento organizador de un pueblo formado por la mezcla de la raza latina y de la teutónica, como un estilo patrio, sino que, viendo en la tradición del mundo romano un complemento necesario de la naturaleza germánica, prefirieron guardar el estilo romano, que además les agradaba preferentemente por sus relaciones más sencillas. Después se estableció en Alemania un estilo de transición, que no mostraba inclinación alguna determinada hacia las tendencias del estilo gótico. Pero una vez abandonada la tradición de las formas antiguas, no es de extrañar que los maestros alemanes aprovechasen los progresos de sus vecinos los franceses. El estilo gótico, ó por decir mejor, el estilo francés, lo introdujeron en las poblaciones más distantes de Alemania arquitectos que lo habían conocido en sus viajes, y que al regresar lo adaptaban á las costumbres alemanas.

Entre aquellos arquitectos ocupa lugar privilegiado el autor de la fachada de la catedral de Estrasburgo, el maestro Erwin, cuyo nombre lo guarda la Walhalla, mientras son desconocidos los de tantos otros artistas, figurando sus grandes monumentos sólo como obras colectivas.

El templo catedral de la capital de Alsa-

MCD 2022-L5

cia, la gloria de Alemania, había desaparecido casi enteramente de la memoria de nuestro pueblo, cuando el joven Goethe, cuyo corazón ardiente hablaba á aquellas masas gigantes, despertó el nombre de Erwin, y sintiendo en lo interior del alma esa llama inextinguible que nos hace vivir eternamente enamorados de lo grande y de lo bello, escribió acerca del arte gótico, realizando, sin saberlo, con sus pocas páginas, escritas bajo la égida de Herder, una hazaña verdaderamente nacional: desde que consiguió que mirasen atrás sus contemporáneos para rendir culto á los grandes maestros alemanes, que tan raras maravillas nos legaron, la iglesia catedral de Estrasburgo—que avasalla el ánimo con su imponente majestad, y cuya torre se levanta, cual emblema del alto Rhin, entre los Vosgos y la Selva Negra—se convirtió en objeto de contemplación para la Escuela romántica: la creación de Erwin causó verdadero embeleso al espíritu admirado de Schlegel, Goerres, Boisserée y Uhland, hasta que vino Maximiliano de Schenkendorf, que con los acentos de su lira despertó el anhelo del pueblo germano de recobrar la ciudad que encierra aquella joya. En 1870 alcanzamos lo que á nuestros padres se les antojaba un sueño inaccesible y fantástico: Estrasburgo ha vuelto á ser una ciudad alemana, y alemán hízose otra vez el bellísimo país hasta el alto Mosela, el país entero con su tesoro verdaderamente alemán

MCD 2022-L5

de idioma, de costumbres, de leyendas, de cantos y de monumentos venerables.

Ya Goethe preparó el camino para familiarizarse con la personalidad de Erwin, y peregrinó tres veces á su sepulcro sin encontrarlo. Este fué descubierto al fin en 1816, un año después de las tempestades de nuestra guerra de la Independencia, por el alemán Boisserée y el estrasburgués Mauricio Engelhard, en el llamado Leichenhöfel (patio de los muertos), en uno de los estribos exteriores de la capilla de San Juan de la catedral de Estrasburgo, en aquella capilla donde descansan los restos mortales del patrón de Erwin, el obispo de Estrasburgo, Conrado de Lichtenberg; de modo que los que estuvieron tan unidos en vida, el señor de la obra y el arquitecto, duermen, desde hace ya quinientos años, juntos también, el sueño de la muerte.

Dice el epitafio referente al maestro Erwin: "*Anno Domini MCCCXVIII, XVI Kalendas Februarii Obiit Magister Erwinus Gubernator Fabrice Ecclesiæ Argentinensis* (el 17 de Enero de 1318 murió el maestro Erwin, arquitecto de la catedral de Estrasburgo). Y el epitafio de su mujer "la señora Husa", que falleció en 21 de Julio de 1316, dice: "*Anno Domini MCCCXVI, XII Kalendas Augusti Obiit Domina Husa Uxor Magistri Erwini.*" Existe también otro epitafio que dice: "*Anno Domini MCCCXXXVIIII, XV Kalendas Apprilis Obiit Magister Johannes Filius Erwini Ma-*

gistri Operis Hujus Ecclesiæ." Este maestro Juan, que falleció en 18 de Marzo de 1339, parece que fué el nieto de nuestro Erwin, pues el de este nombre, á quien llama el epitafio padre de Juan, vivía aún en 1339; si no, se hubiera dicho, según el uso de la Edad Media: "*filius Erwini quodam magistri operis*".

Hasta nuestros días fué opinión general la de que el maestro Erwin se llamaba Erwin de Steinbach, y aunque hay en Alemania cien poblaciones llamadas Steinbach, existiendo tres en la Alsacia, dos en Baden y tres en el Palatinado, la que se encuentra cerca de Bühl, en las inmediaciones de Baden-Baden, puede preciarse, desde el año 1845, de poseer un monumento erigido en honor de Erwin, como hijo presuntivo de aquella población. Pero la creencia de que el arquitecto de la catedral de Estrasburgo sea oriundo de Steinbach, estriba sólo en una inscripción latina que dice: "*Anno Domini MCCLXXVII In Die Beati Urbani Hoc Gloriosum Opus inchoavit Magister Erwinus de Steinbach*", y el primero que la mencionó fué el maestro Schad, que publicó en 1617 una *Descripción de la artística, de la preciosísima, de la celebérrima catedral de Estrasburgo.* Esta inscripción, según dice Schad, se hallaba por encima de la portada media de la catedral, y por postrera vez hace mención de ella en 1698, dándola como existente aún, el sabio estrasburgués Schilter. Después nadie la ha visto, y ni siquiera pue-

de decirse dónde pudo haber existido, pues en la portada media no caben tantas palabras, y además, los batientes de dicha portada eran de cobre.

Sin embargo, hasta hace dos años, todo el mundo ha creído en la verdad de la inscripción, y todo el que hablaba del maestro Erwin, lo llamaba el de Steinbach, y así lo hace también la tabla de la Walhalla. El primero que demostró que la inscripción no era fidedigna, fué el profesor Kraus (1), á quien siguieron Jorge Mitscher, que publicó en 1866 un folleto relativo á la *Historia de la fábrica de la catedral de Estrasburgo*, y Alwin Schultz, en un artículo titulado *Los arquitectos alemanes de la Edad Media*, que forma parte de la obra publicada en 1877, bajo el título de *Arte y artistas de la Edad Media y de los tiempos modernos*. Claro es que dicha inscripción, que habla de una obra gloriosa, no pudo ser colocada en vida de Erwin, pues hasta el siglo XVI ningún arquitecto se hubiera atrevido á poner su nombre en la portada de una iglesia alabándose á sí mismo. Y si la inscripción se colocó siglos después de muerto Erwin, nada demuestra contra los epitafios que hablan sólo de Erwin, sin añadir el nombre de Steinbach.

Pero ¿quién colocó aquella inscripción?

---

(1) Véase *Lützows Zeitschrift für bildende Kunst*, 1875, números 12 y 13.

Mitscher cree que se debió al arquitecto Specklin, que falleció en Estrasburgo en 1589, y cuyo manuscrito respecto á la catedral de esta ciudad, se perdió en 1870, cuando fué consumida por el fuego la Biblioteca de Estrasburgo. Creyendo aún en la autenticidad de la inscripción Carlos Gerard, abogado de Nancy, dijo—en su obra publicada en 1872: *Los artistas de Alsacia durante la Edad Media,* tomo I, pág. 213 — que el nombre de Erwin de Steinbach pudiera ser la traducción del nombre francés Hervé de Pierrefont, pero no demostró que existiera un arquitecto de ese nombre. El de Erwin es indudablemente alemán, y encuéntrase con frecuencia en el valle del alto Rhin en los siglos VIII y IX.

Desde los tiempos de Specklin han atribuído al maestro Erwin una hija, llamada Sabina, aquella escultora eminente, cuyo genio hallaba inspiración en el cielo mismo, y que al trabajar invocaba la gracia divina, para que ésta diese á sus obras la consagración más alta, según dice la siguiente inscripción comunicada por Schad, y que se encontraba en la llamada portada de Sabina, de la catedral de Estrasburgo, bajo la figura de un Apóstol esculpido por ella:

GRATIA DIVINÆ PIETATIS ADESTO SAVINÆ
DE PETRA DURA PER QUAM SUM FACTA FIGURA.

Lo cual significa: "¡Ojalá que la gracia divina sea con Sabina, que de *piedra dura* me

hizo una figura!" Pero Schilter, equivocándose respecto á la interpretación de las palabras *De Petra Dura,* que no significan en alemán Steinbach, sino Hartenstein, tradujo: "¡Ojalá que la gracia divina sea con Sabina de Steinbach, que me hizo una figura!" Así el nombre de Steinbach nació por un error de los escritores del siglo XVI ó XVII. Pero Sabina no podía ser hija de Erwin, pues vivió un siglo antes que él, como ha demostrado el archivero de Estrasburgo, Luis Schneegans (1).

Aun se conservan en la llamada portada de Sabina dos estatuas femeninas representando la una, que tiene corona, cruz y cáliz, el Cristianismo ó la Fe; y la otra, que, llena de tristeza, se encuentra en frente del Cristianismo triunfante, y que lleva un lábaro roto, los ojos vendados y una corona á sus pies y las tablas de Moisés en la débil izquierda, el Judaísmo ó la Ley. Además se ven en el tímpano de la portada representaciones de la Virgen, sobresaliendo entre ellas la muerte de María. Todas aquellas pertenecen á la primera mitad del siglo XIII.

A los que pregunten: ¿No existe entre las numerosas estatuas de la catedral de Estrasburgo alguna que represente á Erwin?, les contestaremos con Mitscher: "La única figura que podría representarle es la de un hombre

(1) Véanse también los *Cuentos de la Alsacia,* por Augusto Stoeber, pág. 482.

MCD 2022-L5

pequeño y lleno de tristeza, sentado al pie del gótico monumento sepulcral erigido en la capilla de San Juan, en honor del obispo Conrado de Lichtenberg, que fué muerto en 1299. Este monumento ostenta las mismas formas que la fachada de la catedral, y se debe probablemente á Erwin, pues reunía éste en su persona, como Miguel Angel, el arte de la arquitectura y de la escultura.

Pero ¿qué diré de las conjeturas que el profesor Federico Adler pronunció en la Singakademie de la capital de Alemania el 2 de Enero de 1875, y que publicó después en la *Gaceta Nacional* correspondiente al 3 y 5 de Enero del mismo año? Según la opinión de Adler, el enérgico Erwin ascendió de grado en grado, siendo cada creación suya una flor en la rica corona de gloria que ceñía á sus sienes, y se llaman aquellas flores las iglesias de Wimpfen, Friburgo, Estrasburgo, Haslach y Ratisbona.

Sabemos, por un epitafio que se encuentra en la iglesia de Haslach, situada en los Vosgos, que un hijo del maestro Erwin fué el arquitecto de dicha iglesia, y es posible que él mismo ideara en 1273 la planta de aquel templo, que el obispo Conrado de Lichtenberg mandó renovar en 1274; pero no puede demostrarse que Erwin, que creó la fachada occidental de la catedral de Estrasburgo, trabajase también en la occidental de la de Friburgo, aunque haya una tradición que afirma

que las torres de Estrasburgo y de Friburgo se deben al mismo maestro, y tampoco puede demostrarse que Erwin crease la bellísima iglesia colegiata de Wimpfen, pueblo situado al lado oriental de Heidelberg, pues una crónica escrita á fines del siglo XVIII, dice sólo que "se encargó de ejecutar aquella iglesia, en el estilo "francés", un arquitecto distinguidísimo que acababa de llegar de París". Ese estilo es el gótico, que se desarrolló en los siglos XII y XIII en la Francia septentrional, y que después fué trasplantado á Alemania, cuyos arquitectos fueron siempre buenos entre los mejores. Pero el mencionado párrafo calla el nombre del arquitecto elegido para edificar la iglesia de Wimpfen. Para demostrar que la planta primitiva de la fachada de la catedral de Ratisbona tiene por autor á Erwin, dice Adler que esta planta no es sino una repetición de las líneas principales de la fachada del templo estrasburgués, y que el obispo León de Ratisbona, que en 1274 asistió al Concilio de Lyon, junto con Alberto Magno y Conrado de Lichtenberg, pudo fácilmente haber oído elogiar allí la habilidad del maestro Erwin. Pero todo eso sólo es conjetura, lo mismo que la opinión de Adler, de que la habilidad de Erwin en Estrasburgo no se limitó á la fachada de la catedral, sino que se extendió también al cuerpo de la iglesia. Al decir esto se funda en que el incendio del 15 de Agosto de 1298 destruyó en parte el cuerpo

MCD 2022-L5

de la iglesia; pero la Crónica latina del ciudadano de Estrasburgo, Ellenhard, dice sólo que las paredes y los techos de los muros amenazaron ruina, y quien lea la Crónica de Koenigshofen, relativa á aquel incendio, negará que entonces la iglesia hubiese sido destruída. Lo único que nuestro artista hizo en la nave larga de la iglesia se limita, pues, á esculturas que labró él mismo.

Sólo los dos cuerpos de la fachada, hasta el delicadísimo rosetón, fueron ejecutados según la planta del maestro Erwin, que desplegó en aquella obra una fantasía prodigiosa, y, tratando la piedra como si fuese metal fundido, empleó un sistema combinado de arcadas, frontis, galerías y antepechos, semejantes á encajes de piedra. Como todos los distinguidos arquitectos de aquel tiempo, Erwin habría visitado los florecientes talleres de la Francia septentrional establecidos en París, Sens, Senlis, Chartres, Noyon, Soissons, Laon, Reims, Troyes, Amiens y Beauvais, y como dice el profesor Adler, probablemente encontraría el modelo de su fachada en la iglesia de San Urbano, de Troyes, que el papa Urbano IV mandó edificar en 1262 al arquitecto Juan Langlois, en el lugar donde estuvo la casita de su padre, que había sido un pobre zapatero remendón.

La catedral de Estrasburgo, que cautiva los ojos con su roja y bellísima piedra arenisca de los Vosgos, ostenta una riqueza de formas que

MCD 2022-L5

en Alemania no podía compararse sino á la catedral de Tréveris, perteneciendo la nave transversal y el coro al estilo romano, mientras la nave larga representa la belleza severa del estilo gótico de mediados del siglo XIII, y los dos primeros cuerpos de la fachada, con la riqueza de sus adornos, ostentan un estilo más presuntuoso; mostrando el tercer cuerpo y la torre formas de la decadencia, pero empleadas, sobre todo, en la torre, con tanto atrevimiento, que hasta el más inteligente olvidará los defectos de los detalles por la grandiosidad del conjunto.

La primera catedral de Estrasburgo existió en el siglo VIII, y según dice la tradición, en el mismo lugar que ocupa el templo actual. El antiguo estuvo probablemente hasta 1002, siendo quemado—según cuenta la Crónica del obispo Thietmar de Merseburgo, que murió en 1015—por el duque Herman de Suabia y Alsacia, en las luchas por la corona imperial de Alemania que siguieron á la muerte de Otón III; y como dicen los Anales estrasburgueses referentes al año 1015, el nuevo templo se levantaba ya en aquel año de sus muros fundamentales. Parece que de esta fábrica, ejecutada en el primitivo estilo romano, proceden aún algunas partes de la cripta y de la nave transversal; sobre todo las del brazo septentrional pertenecen, según opinión de Mitscher, si no al siglo XI, al menos al XII. Los cronistas que hablan de cinco in-

MCD 2022-L3

cendios que ocurrieron desde 1130 á 1176, dicen que el 7 de Septiembre de 1275 la iglesia entera se había concluído, menos las torres. Entre los años de 1176 á 1275 verificóse la gran transformación en la arquitectura, desarrollándose el estilo gótico, que fué empleado ya muy pronto en la Alsacia, por ser ésta vecina de Francia, cuna de aquella arquitectura. La nave larga de la catedral de Estrasburgo, á la cual no se dió principio antes de 1230, y que fué construída en 1275, ostenta, pues, el más puro estilo gótico. Probablemente, en vida de Erwin se erigieron en la fachada principal las estatuas ecuestres de Clodoveo, el primer rey cristiano de los francos; de Dagoberto, considerado como fundador del obispado de Estrasburgo, y de Rodolfo de Habsburgo, que antes de haber sido elegido rey de los alemanes, fué caballero mesnadero de la ciudad de Estrasburgo.

Cuéntase respecto á estos tres reyes la leyenda siguiente:

Cuando empezaron á edificar la catedral había tres reyes piadosos que invertían todos sus bienes en el magnífico templo de la Virgen, y cuanto más se disminuían su oro y su plata, tanto más alta se elevaba la catedral, tanto más se aumentaba el tesoro eterno que les esperaba en el Paraíso. Y continuaron ofreciendo sus dones hasta que no les restó un solo real. Pero no en vano lo sacrificaron todo en la tierra, pues en vida les erigieron

MCD 2022-L5

estatuas en la portada del suntuoso templo, en testimonio de gratitud.

En 1439 concluyóse la torre, que llamó la atención del papa Pío II—el famoso Eneas Silvio Piccolomini,—como obra prodigiosa que ocultaba la cabeza en las nubes. El que la construyó, Juan Hültz, de Colonia, falleció en 1449. Cerca del año de 1500 nació la portada de San Laurencio, siendo ejecutada en el estilo gótico de la decadencia, y sirviendo hoy de sacristía. Grandes estragos sufrió la catedral en 1682 y 1793, una vez por causa del mismo obispo de Estrasburgo, Guillermo Egon de Fürstenberg, que para alcanzar más espacio á fin de desplegar su pompa episcopal, mandó derribar los monumentos más preciosos del estilo gótico, como la última obra del maestro Erwin, la capilla de María Santísima, y otra vez por la revolución, y en 1759 por algunos rayos. Al restaurar la catedral añadieron en 1824 á las tres estatuas ecuestres colocadas en grandes nichos del primer piso de la fachada, la de Luis XIV, el rey que mandó devastar el Palatinado, y que ganó á Estrasburgo por la traición.

Esperemos, repetiré con Mitscher, que al restaurar hoy otra vez el templo, elevarán, en vez de la de aquel rey, la estatua de nuestro anciano Emperador, que ganó la ciudad reina de la Alsacia mediante una lucha honrada, y con quien empieza, lo mismo que con Clodoveo y Rodolfo de Habsburgo, una nueva era en la

MCD 2022-L5

historia alemana; sí, la estatua del rey Guillermo, el primer Hohenzollern imperial, el mayor de los príncipes contemporáneos, ese caudillo y emperador que recuerda al fundador de un gran imperio: á Carlomagno y á Federico Barbarroja.

Réstame decir una palabra sobre las dimensiones y bellezas de la catedral. Mide ésta cuarenta y un mil setecientos dos pies cuadrados, mientras la de Colonia tiene sesenta y dos mil novecientos diez y ocho. La torre de la catedral de Estrasburgo tiene de alto cuatrocientos ochenta pies; la de la catedral de Friburgo trescientos noventa y seis, y la de San Esteban, de Viena, cuatrocientos treinta y cinco. Fíjanse los ojos en la fachada encantadora de la catedral de Estrasburgo, que con sus arcadas tan esbeltas y aéreas, produce efecto maravilloso, y que ostenta tres portadas en las que se agita todo un mundo de figuras, mostrando la portada del centro la historia de la Creación, el arca de Noé, la torre de Babel, el sacrificio de Abraham, el sueño de Jacob, José y sus hermanos, los cuatro Evangelistas, los milagros de Jesús y la historia del Salvador desde la entrada en Jerusalén hasta su Ascensión, y la portada izquierda la infancia de Nuestro Señor, y grandes figuras de mujeres coronadas, que representan las Virtudes Cardinales, y la portada derecha, el Juicio final y la parábola de las cinco vírgenes prudentes y de las cinco vírgenes necias,

MCD 2022-L5

siendo aquéllas las representantes de los bienaventurados, y éstas las de los condenados. El centro del segundo piso de las fachadas lo ocupa un magnífico rosetón. Al subir á la plataforma, desde la cual se contempla un bellísimo panorama de la ciudad, la Selva Negra y la feraz Alsacia hasta los Vosgos, tropezamos con nombres famosos labrados con cincel en la pared, nombres de personas ilustres que visitaron el templo, como Goethe, los dos Stollberg, Schlosser, Herder, Lavater y Uhland.

El interior de la iglesia no abunda en adornos como la fachada; pero con sus proporciones sencillas, con las bóvedas de sus naves, con sus columnas y sus ventanas con cristales de colores, no deja de producir impresión poderosa. Desde el púlpito resonó durante más de treinta años la voz elocuente del gran predicador Juan Gailer de Kaisersberg, que nació en Schaffhausen en 1445, y murió en 1510. Son dignos de atención el coro, la cripta y las capillas de San Andrés y de San Juan Bautista. Y cosa celebérrima es el reloj astronómico que un mecánico ilustre de Estrasburgo, Schwilgué, fallecido en 1856, fabricó desde 1838 á 1842. Aquella obra monumental, que figura entre las más ingeniosas y complicadas del arte moderno, se encuentra en la nave transversal meridional, y es el tercer reloj de fama merecidísima que posee la iglesia. El primero existió en el siglo XV, y el segun-

MCD 2022-L5

do fué construído en 1574, según la planta del profesor Conrado Dasipodio, encargándose de la ejecución mecánica dos artistas de Schaffhausen, los hermanos Isaac y Josías Habrecht. Este reloj, admiración del mundo, paróse en el memorable año de 1789.

Cuenta una tradición popular—que se desarrolló en el siglo pasado, pero que carece de fundamento,—que terminada aquella maravilla, cuando resonaban en el templo sus campanillas, cuando la figura de la Muerte daba las horas y los Apóstoles pasaban inclinándose ante el Señor, y cuando el Gallo cantaba tres veces, como el del Evangelio, el Ayuntamiento de Estrasburgo, celoso de las glorias de la población, mandó sacar los ojos al famoso artista para que no dotase á otra ciudad de monumento semejante, y que cuando ya la noche eterna cubrió su vista, el artífice—añade la tradición—pidió que lo condujesen sólo una vez hasta el reloj, para perfeccionarlo, según dijo. Así lo hicieron; pero cuando estuvo cerca de su obra, asió con mano poderosa una de las ruedas de la máquina, y desde entonces paróse ésta, el Gallo cesó de repente de cantar, y no se encontró quien pudiera restaurar el reloj incomparable. Una leyenda aun más poética, dice: "Ya en vida del artista, á quien el Ayuntamiento en mal hora había sacado los ojos, el maravilloso reloj empezó á detenerse de vez en cuando, y al morir el maestro acabó parte por parte todo el jue-

MCD 2022-L5

go de ruedas de la máquina: las campanillas dejaron de sonar; después se pararon los Apóstoles y el Señor dejó de levantar la diestra para bendecirlos al pasar ante El, y por fin, cesó también el Gallo de cantar, quedando la obra inmóvil para siempre.

El reloj que actualmente se admira en la catedral, pregona las glorias de Schwilgué. Profano en el arte de la relojería, me limitaré á mencionar las partes de que consta.

Abajo está el globo, que señala los movimientos cotidianos, conteniendo más de cinco mil estrellas. Detrás de él se encuentra el calendario perpetuo, las estatuas de Apolo y de Diana, y en el fondo las representaciones alegóricas de las cuatro monarquías universales. A la izquierda se ve el cómputo eclesiástico que señala las fiestas, y á la derecha las ecuaciones del Sol y de la Luna. Por encima del calendario se ven las imágenes de los dioses mitológicos, según los cuales los paganos denominaban los días de la semana, llamando al domingo en obsequio de Júpiter y al lunes en honor de Diana, etc. En ambos lados aparecen tablas que representan la Creación, el Triunfo de Cristo, la Resurrección y el Juicio final. Sigue la llamada galería de los Leones, el planetario, las distintas fases de la luna, las cuatro estaciones, una figura representando á la Iglesia cristiana y otra al Anticristo. Entre las figuras movibles descuellan las Cuatro edades, que dan las partes de las

horas, dando la Infancia el primer cuarto, la Juventud el segundo, la Virilidad el tercero y la Senectud el cuarto; la figura de la Muerte da las horas enteras. Más arriba entronízase el Señor, ante el cual, á mediodía, pasan los doce Apóstoles, mientras el Gallo agita las alas y canta tres veces. Además vense las figuras del profeta Isaías, de los cuatro Evangelistas, de cuatro serafines, del heraldo de los canteros de la catedral, de la musa Urania, y las imágenes del astrónomo Copérnico y de Schwilgué, que logró acomodar el grandioso mecanismo nuevo á la caja del reloj primitivo, obra de los hermanos Habrecht.

Al abandonar la catedral de Estrasburgo no podemos menos de dedicar una mirada á las dos estatuas que se encuentran en el patio de la portada meridional y que representan al maestro Erwin y á Sabina.

1878

MCD 2022-L5

LOS MAESTROS ENSINGER

Y LA CATEDRAL DE ULM (1)

He sido testigo de una sin par solemnidad: la gran fiesta popular y nacional del quingentésimo aniversario de la fundación de una grandiosa catedral alemana, comparable á la de Colonia, á la de Estrasburgo y á la de San Esteban, de Viena, aquellos testigos sublimes de la abnegación cristiana y de la arquitectura germánica. Héroe de una bellísima fiesta de paz y de fraternidad celebrada en una antigua y veneranda ciudad cuyas vetustas casas cuentan aún historias de alegrías pretéritas, en una ciudad de caballeros honrados, de mujeres amables y de doncellas hermosas, en una ciudad de recuerdos, en una población amiga de los Hohenstaufen y á la cual el emperador Maximiliano llamaba su hija favorita después

(1) Desde su fundación, el templo de Ulm fué sólo iglesia parroquial, no siendo la ciudad sede de obispo; pero usamos la palabra catedral á causa de su grandeza.

MCD 2022-L5

de Augsburgo; en una población que se vanagloría de haber tenido burgomaestres como Kraft y capitanes como Besserer y que durante largos siglos, hasta el principio de la Edad Moderna, vivió vida propia; en un pueblo escuela de la pintura y de las artes, donde Bartolomé Zeitblom pintaba el peregrino rostro de Jesús; donde Juan Schmid ejecutaba prodigios de habilidad y de inspiración en el clásico instrumento de las leyendas bíblicas: el arpa; en una ciudad cuyos artistas ennoblecieron la piedra, la madera y el metal; en un pueblo donde aun en nuestros días el noble gremio de los tejedores rinde culto al canto y á la religión sublime de la poesía, y donde el beato fray Enrique Suso interrumpía sus místicas contemplaciones y sus maceraciones severas con las dulces endechas de su musa en aquellos breves saludos al Redentor y á la Virgen, mientras que la población entera entonaba durante siglo y medio un himno grandioso á María Santísima, un himno visible en su catedral; héroe de una fiesta á que á los unos llevaba la fe religiosa, á los otros el patriotismo ó el amor á las distracciones y al regocijo popular, fué el templo tan sencillo como majestuoso de Ulm, que en la madrugada del 30 de Junio de 1377 debió su origen al vigor de ciudadanos arrogantes é independientes, que después de haber combatido con fortuna contra el propio emperador Carlos IV —cuya esposa, hija del duque Bogislao de

Pomerania, contemplando la bella ciudad inexpugnable por el valor de sus hijos, exclamó: "Buena jaula, malas aves",—y que después de haber vencido al hijo del Conde de Wurtemberg, Eberhardo el Greiner, en la famosa batalla de Reutlinga, se atrevieron con osadía propia del cabildo sevillano á edificar todos, no sólo los ricos y privilegiados, sino también los pobres, no excediendo de veinte mil el número de los habitantes, una catedral aun más anchurosa que la de Colonia y cuya torre había de ser como una caja de la de Estrasburgo, un templo que tendría por modelo al de Salomón, según lo pinta la leyenda, una imagen del mundo, representando la tierra cual morada de Dios en medio de los hombres, cimbreándose sobre ella el cielo y asemejándose las columnas á palmeras cuyas ramas tienden hacia el firmamento, mientras por doquier se ven imágenes simbólicas, vides y rosas, el león y el cordero, la paloma y el pelícano, y mientras las luces brillan cual estrellas, y la Historia Sagrada, esa historia eterna de la Humanidad, habla á los hombres desde las paredes y desde los altares.

La fiesta más animada la presenció un sarcófago gigante de piedra, pues así llamaron al edificio-rey de Ulm, la catedral que en su coro y en su nave, llenos de tumbas y de capillas mortuorias donde silenciosas reposan las generaciones, ostenta fisonomía severa, demostrando que orgullo y poder polvo se tornan y

escoria, mientras su elevada torre despliega vida floreciente. La catedral de Ulm, que, como una epopeya popular, es obra de muchos siglos, vió así la ventura como la humillación de los alemanes, estremeciéndose cuando se hundió el Imperio germano: entonces, de sus ruinas brotaba la ginesta, y su belleza la consumían las hierbas agrestes y la podredumbre. Pero llegó la aurora de un tiempo nuevo que hizo crecer la fuerza y la virtud cívica de los padres en el espíritu de los hijos, y así como el pueblo alemán se levantó, renació también el templo de aquella ciudad, que la crónica de Suabia, por Martín Crusio, llama "*Ulma, decus Sueviæ*", y de la que dijo un proverbio de la Edad Media: "Dominan al mundo la fuerza de Venecia, el esplendor de Augsburgo, la artillería de Estrasburgo, la sal de Nuremberg y el dinero de Ulm."

Esta, que en 1802 dejó de ser una ciudad libre del Imperio alemán, perteneciendo primero á Baviera y después á la corona de Wurtemberg, en la que hoy brilla cual fortaleza del Imperio, encuéntrase en la embocadura del Iller y del Blau en el Danubio, es decir, en el corazón de la hermosa Suabia, distando igualmente del Lech y del Neckar como del lago de Constanza y de la Franconia. Memorable para Ulm fué el alba del 30 de Junio de 1377, en que—según dice con elocuencia descriptiva un hijo de Zurich, Fr. Félix Fabri, residente en el convento de religiosos predicadores de Ulm,

MCD 2022-L5

que escribió una historia de esta ciudad á fines del siglo XV—la población toda se reunió ante la ancha fosa que había de recibir la piedra fundamental pendiente de una poderosa tenaza. Descolgaron la piedra Juan Ehinger, llamado Habvast, Conrado Besserer y otros patricios, moviendo los unos una rueda de que pendía la piedra en una cuerda, al paso que los otros dirigían con la mano la cuerda ó la piedra. Los que estaban abajo recibieron ésta y la pusieron en una capa de mortero, sobre la cual el burgomaestre Luis Kraft colocó cien florines de oro, é imitando aquel ejemplo, los otros hicieron la ofrenda colocando oro, plata y joyas, mientras el clero y el pueblo cantaban y tañían instrumentos. Asistieron al espectáculo, según añaden las crónicas, largas filas de niños y de niñas vestidos de blanco, llevando éstas ramas verdes y aquéllos cirios. Pero no es más que un mito etimológico lo que el Sr. Fabri—que en su historia tuvo por amiga á la fantasía—dice de que la fábrica de Ulm se fundó sobre el emparrillado de troncos de olmo (1).

Un documento más auténtico relativo á la catedral encuéntrase en lo interior de ésta, á saber: un relieve representando á la Virgen en el acto de recibir el modelo de la iglesia que le ofrece un hombre, á quien las armas de su

(1) Olmo se llama en alemán Ulm, recordando así la ciudad que tiene el mismo nombre.

MCD 2022-L5

escudo señalan cual Luis Kraft, que, según reza la inscripción, colocó la primera piedra. A espaldas de éste, que se presenta postrado de hinojos, está de pie otra figura descalza, y descubierta la cabeza. Existe todavía otro monumento referente á la catedral en el lado occidental de un pilar medio cerca de la pila bautismal. Consta aquel monumento de dos campos, representando el de arriba al Crucificado rodeado de María Santísima, de San Juan y de algunos ángeles, y el de abajo á Luis Kraft y á su bellísima esposa, perteneciente á la estirpe de los Ehinger: ambos están colocando el modelo de las tres torres de la catedral sobre los hombros del arquitecto que la ideó.

Y ¿quién fué éste? En una cuenta del año de 1387, relativa á la catedral, que dieron á conocer Grüneisen y Mauch, figuran dos maestros que llevan el nombre de Enrique, y que se creyó, pero sin que exista motivo alguno para ello, que pertenecieron á la familia de los Ensinger. A estos dos Enriques se debe probablemente la planta del coro y el coro mismo. En 1392, el burgomaestre y el Consejo de la ciudad de Ulm hicieron contrato con el maestro Ulrico de Ensingen, llamado así—según presume Federico Pressel en su interesante opúsculo *Ulm y su catedral, en recuerdo del 30 de Junio de 1377*—por haber sido natural del pueblo de Ensingen, cerca de Ulm. Este se encargó de dirigir la fábrica durante

cinco años, y parece que la dirigió también desde Estrasburgo, adonde llegó en 1399, y donde construyó la torre septentrional de la catedral, desde la plataforma hasta el remate de la gran ventana. Ulrico falleció el 10 de Febrero de 1419, siendo maestro de la catedral de Estrasburgo. A ella le legó sus armas y su vestido. Y quizá á él, que dirigió también la fábrica de la iglesia de Nuestra Señora de Esslinga, se debe la planta fundamental de la catedral de Ulm. Siendo así, Ulrico de Ensingen merecería puesto distinguido en la Walhalla de nuestras glorias patrias.

Las tinieblas cubrirían enteramente el largo período de veinte años en la historia de la construcción de la catedral, si no apareciese en él un punto luminoso: la bellísima capilla de la noble estirpe de los Besserer, que con su Enrique y su Conrado, con su Bernardo y su Jorge, adornó las épocas más memorables de Ulm; con los dos primeros la época en que se colocó la primera piedra de la catedral, con los dos últimos la época de la Reforma. Dice una inscripción que Enrique, el fundador de aquella capilla, falleció en 1414. Desde 1417 aparece como maestro de la fábrica de Ulm el maestro Hans, á quien un documento del que fué convento de los dominicos de Basilea llama maestro Hans Kun.

Este, según toda probabilidad, como ha demostrado Federico Pressel, fué yerno de Ulrico de Ensingen, y parece que tuvo por compa-

BIBLIOTECA PÚBLICA

ñera en la fábrica á su misma esposa, que figura en las cuentas del año de 1417 en la lista de los oficiales, y que, como todos los descendientes de Ulrico de Ensingen, se llamaba "Kirchenmeisterin" (maestra de la fábrica), pues el oficio del padre pasaba á los hijos como nombre gentilicio. Durante un siglo entero la dirección de la fábrica de Ulm estuvo encomendada á una sola familia, la de los Ensinger, pasando del padre al yerno y á los hijos y nietos. Hans Kun probablemente tomaría parte también en la construcción de la portada principal, ese ornamento sublime del templo que en los pilares medios ostenta la figura de San Antonio, que, recordando las palabras del Señor: "Si quieres ser perfecto, cede lo que tienes y dalo á los pobres", salió desnudo al Desierto; la figura de San Juan Bautista, que dijo: "Quien tenga dos vestidos, dé uno á quien no tenga ninguno"; la de San Martín de Tours, que partió su capa con el pordiosero; la de la Virgen, que lleva en sus brazos al que bendecía á los pobres. Así, el pórtico de la iglesia de Ulm es el pórtico de los miserables, lo mismo que los pórticos de otros templos ostentan la historia del pobre Lázaro, porque en los pórticos de las iglesias se encuentran los que piden limosna. En el tímpano de la portada principal de la iglesia de Ulm vense esculturas representando la perdición de los ángeles malos y la Creación, y entre aquellas figuras mencionaré la del

MCD 2022-L5

Creador, que al animar el agua lleva el globo de manera que no ve la sierpe que sale del agua para hacer de la tierra un teatro de pecado y de miseria.

A Hans Kun sucedió su hijo Gaspar Kun, que en un documento del año de 1446 se despidió como maestro de la fábrica. El se eternizó en 1444 en la construcción de la capilla de la sabia y opulenta estirpe de los Neithart, que se encuentra al pie de la torre lateral septentrional, debiendo su fundación al plébano Dr. Enrique Neithart. Aquella esclarecida estirpe se extinguió en Ulm, pero los ilustres condes Neithart de Gneisenau ostentan aún las mismas armas.

Sucesor de Hans Kun fué Mateo Ensinger, el hijo de Ulrico de Ensingen. Mateo había fijado su residencia en Berna, donde fué maestro de la catedral, dirigiendo al mismo tiempo, así como su padre, la fábrica de Esslinga. Llegó á Ulm en 1446 y fué en 1451 maestro de las obras de la catedral. El número de sus oficiales elevóse á treinta y cuatro. El edificó la torre occidental hasta la altura de la nave, y probablemente concluiría también la bóveda del coro. Según dice una piedra que se encuentra hoy en la pared junto á la entrada de la capilla de Neithart, falleció en 1463. Le sucedió su hijo Mauricio, que tiene el mérito de haber puesto á cubierto, en 1471, la nave que forma el cuerpo de la iglesia; pero si la altura de la nave media parece excesiva á pesar de

MCD 2022-L5

su anchura, tiene la culpa Mauricio. Mientras él vivió disminuyó el ardor de continuar la fábrica, y aquel tiempo se complacía en burlarse de los monjes representando en la misma catedral á un monje en la boca del infierno. Pero en vida de Mauricio Ensinger nacieron también dos obras riquísimas: el tabernáculo, adornado con figuras simbólicas, obra gloriosa del maestro de Weingarten, clásico monumento del delicado arte gótico, que parece piedra fundida, y la sillería del coro, corona de todas las sillerías alemanas, ejecutada por Jorge Sürlin, el mayor. Este dió principio á su obra en el año 1469 y la terminó en el de 1474. Su creación nos cautiva con el encanto de un mundo fantástico lleno de vida y de ingenio, de dignidad y de grandeza, de gracia y de hermosura. En la basa de la obra y en las rosetas de las espaldas vense figuras grotescas, como tipos de la Humanidad abandonada por Dios, porque ella le abandonaba á El. Por encima de la basa se encuentran en el lado septentrional los bustos de los sabios paganos; el primero de éstos es un hombre coronado de laurel, representando á Virgilio, que según la creencia de la Edad Media, fué predecesor de Jesús, por haber anunciado en su égloga cuarta una era nueva que había de inaugurarse por una virgen y un Hijo de Dios; siguen Plinio Segundo, el amigo de Trajano; el maestro de la elocuencia en la corte de Domiciano, Quintiliano; el filósofo Séneca;

el astrónomo y geógrafo de los tiempos de Adriano, Ptolomeo; el dramático Terencio; Cicerón y Pitágoras. En el lado meridional vense las mujeres sabias: las sibilas. Los bustos de los nichos de la parte inversa representan el Antiguo Testamento; los del lado septentrional en gran parte los profetas, y los del lado meridional las mujeres piadosas Sara, Rebeca, Raquel, Susana, Débora, Noemi, suegra de Ruth; Hana, madre de Samuel; Betsabé, madre de Salomón; Isabel, madre de San Juan Bautista; la princesa egipcia que salvó á Moisés; la reina de Saba; Abigail, mujer de Nabal y después de David; Ruth; Jael, que mató al enemigo de Israel; Sara, mujer de Tobías; Mirjam, hermana de Moisés; Lea, mujer de Jacob, y la profetisa Hulda, que vivió en la época del rey Josías. Los bustos de los tímpanos representan el Nuevo Testamento y la Iglesia, ostentando los del lado septentrional los santos, y los del meridional quince mujeres santas y dos santos. Sürlin se había propuesto representar en su sillería á Cristo, como cumplimiento de los presagios de la Edad pagana y de las profecías del Antiguo Testamento; por eso presentaba abajo á los paganos que buscaban á Dios, por encima de éstos á los profetas, y después á los santos, y el remate sería sin duda alguna Jesús y María Santísima. Pero lo más perfecto que nos ofrece el maestro no son las figuras de arriba, los santos, sino los sabios paganos.

MCD 2022-L5

Así, en la obra de Sürlin, que recuerda el realismo de la escuela de los Eyck, el atrio, como afirma acertadamente Pressel, es más hermoso que el mismo santuario.

Volvamos á los arquitectos de la catedral. El sucesor de Mauricio Ensinger fué Mateo Boeblinger, cantero de Esslinga, que edificó la torre hasta el principio del octógono, es decir, llevó á cabo la primera parte de la gran trilogía arquitectónica. ¡Cuán imponente es la torre, verdadera filigrana de piedra! Es ya un gigante, aunque ahora tiene de alto sólo ochenta y cinco metros, mientras, según el proyecto de Boeblinger, había de tener ciento cincuenta y uno, aventajando hasta á las torres de la catedral de Colonia, que tendrán ciento cuarenta y ocho. La torre actual de la iglesia de Ulm es un cuadrado de tres cuerpos, que, con arreglo á la planta de Boeblinger, había de terminar en un esbelto octógono, y debía tener por coronación la figura colosal de la Virgen. Esta torre sublime representa las formas brillantes y animadas del estilo gótico en el último período de su desarrollo, y su rica decoración es una continuación ingeniosa y libre del sistema empleado por Erwin en la fachada de la catedral de Estrasburgo. La torre, desde la cual la mirada se extiende sobre la ancha llanura de la Suabia alta hasta los Alpes, la vió ya en su estado actual en 1492 un emperador alemán, Maximiliano, el atrevido cazador de gamuzas, que,

MCD 2022-L5

según cuenta la tradición, en la mayor altura de la torre se sostenía sobre un talón en el mismo borde de una cornisa, y alargando el otro pie sobre el precipicio, daba la vuelta sobre el talón en que apoyaba todo el cuerpo. Dice también la tradición que Mateo Boeblinger se vió precisado á huir de Ulm en 1492, porque un domingo, durante el Oficio divino, dos piedras cayeron de repente de la bóveda, y más tarde añadió el cuento, que el Ayuntamiento de Ulm desterró al maestro para siempre. Pero aun se conserva en la sacristía de la catedral una planta de la torre que se debe al mismo Mateo Boeblinger, y que tiene por fecha el año de 1494. Por cierto que la fama del arquitecto nada perdió por la calamidad sucedida en Ulm, pues el vecindario de Esslinga le encargó de la fábrica de su iglesia, que terminó, y en la cual fué enterrado en 1505.

En 1480 el coro de la catedral de Ulm fué adornado con dos vidrios pintados que figuran entre los más bellos que se hicieron en la Edad Media, debiéndose á Juan Wild, cuya imagen se ve en la pintura de uno de los vidrios que representa el árbol que brota de los costados de Jesús.

En nuestros días algunas familias nobles de Ulm encargaron al Real Establecimiento de Pintura vítrea de Munich la ejecución de vidrios pintados también para el cuerpo de la iglesia, y cuando éstos ocupen su puesto no

MCD 2022-L5

tendremos que admirar en la catedral sólo lo atrevido de la construcción, propio del estilo gótico, sino también su complemento, el encanto del color. Hoy el templo de Ulm es claro como el día, y no hay en él lo místico de la obscuridad que se encuentra en otras catedrales.

Temiendo que se hundiese la torre de Mateo Boeblinger, los ulmenses llamaron en 1494 á Burkardo Engelberger, natural de Hornberg (Wurtemberg), el arquitecto de las iglesias de San Ulrico y de Santa Afra, en Augsburgo. Este dividía las naves laterales en dos cuerpos distintos, construyendo un gracioso pórtico para sostener las naves. Falleció en 1512, en Augsburgo, desde donde dirigía probablemente aquellos trabajos, y fué enterrado en la iglesia de San Ulrico.

Con Bernardo Winkler de Rosenheim, que fué nombrado maestro de la fábrica en 1518, concluyó la lista de los antiguos arquitectos; después llegó la Reforma, en cuya atmósfera la fantasía cristiana perdió su aliento, se derribaron los altares y las estatuas, las magníficas ventanas se hicieron pedazos, y lo que había respetado aún el año de 1531 lo destruyó el de 1817 en honor de la fiesta de la Reforma: embadurnaron los antiguos lienzos, porque decían que éstos alimentaban la superstición, y la catedral colosal que la pequeña Ulm se había atrevido á edificar, la catedral que mide cinco mil cien metros cuadra-

dos, de modo que en ella caben veintiocho mil setecientas noventa y cinco personas, mientras la de Colonia tiene seis mil doscientos metros cuadrados; la de Estrasburgo, cuatro mil cien; la de San Esteban, de Viena, tres mil doscientos; la de Friburgo, dos mil novecientos sesenta; la de Ratisbona, dos mil cuatrocientos; la catedral á que contribuyeron, así los florines de oro del rico como el dinero de cobre del pobre, la que edificó la piedad, y á la que hasta el pecado hubo de dar su óbolo, pues contribuyeron á la obra los tributos impuestos á las casas públicas, estaba soñando durante tres siglos como la encantada *Dornröschen* del cuento alemán, hasta que el entusiasmo que en 1824 encendía en los ánimos alemanes la catedral de Colonia, despertó también en Ulm el afán de llevar á feliz término su grandioso templo, ese recuerdo vivo de las creaciones de sus artistas finados. Contrajeron grandes méritos por haber hecho propaganda en favor de la catedral el profesor Hassler y la Junta Arqueológica de Ulm y de Suabia alta, y bajo los auspicios del entonces príncipe heredero de la Corona y ahora rey Carlos de Wurtemberg, fundóse en el año 1844, en Ulm, la nueva casa de canteros, de la cual salieron las obras relativas á la fábrica. El arquitecto Thrän, que logró que se estableciese una lotería semejante á la de la catedral de Colonia, empezó la restauración del templo, y á él se deben también aquellos po-

derosos y atrevidos veinte estribos de la nave central. Le siguió su compañero Seebold, y después de muerto éste, el arquitecto Scheu, que aun continúa dirigiendo la fábrica. Ya se eleva hasta altura bastante grande una de las dos torres laterales del coro, la del Sur, á la cual dióse principio en 1875, é indudablemente las fiestas del 29 y 30 de Junio y del 1.° de Julio de 1877, contribuirán á que se lleve á cabo la catedral tal como la idearon los Ensinger y Boeblinger. Para nuestro siglo, al que llamaremos el de los mil millones, es poca cosa lo que costaría la edificación de lo que falta aún á la torre principal. "Dadme sólo un millón de marcos (1), y la torre estará terminada dentro de diez años", dijo el actual maestro de la fábrica.

La catedral de Ulm guarda algunas perlas de la Escuela de Pintura de la misma ciudad, unas tablas que se encuentran en la sacristía, teniendo, como si dijéramos, por marca de fábrica la de Bartolomé Zeitblom, el pintor más encantador de Ulm, el artista de alma purísima. El nombre de Zeitblom significa flor del tiempo, y flor inmarcesible es la gloria del egregio pintor que en el precioso altar que adorna la iglesia sobre el Heerberg, cerca de Gaildorf, se representó en forma de flor en medio de una enramada. Además se precia la catedral de Ulm de poseer *La Cena,* pintada

(1) Un marco equivale á cinco reales.

por Martín Schaffner, que recuerda la de Leonardo da Vinci, y el precioso altar mayor del mismo Martín, que ostenta muy graciosas escenas de familia; en el ala derecha vese á Zebedeo, á su mujer María Salomé y á sus dos hijos, Jacobo el mayor y San Juan Evangelista. Este, sostenido por su madre, coge una pera que le ofrece su padre, una pera que codicia también su hermano Jacobo el mayor, que deja de la mano la tabla de la escuela, conteniendo las palabras Adán, Abel, Abraham, que ya había empezado á deletrear. El ala izquierda contiene otra escena de género, representando la familia de Alfeo: Judas Tadeo va corriendo en un caballito de madera; Josefo Justo deja volar en un hilo á un pájaro; Simón Cananita tiende su silabario hacia su padre con gesto significativo, como si quisiera declinar la obligación de ocuparse de los principios de la sabiduría, y Jacobo el menor yace en el seno de su madre; en fin, es una encantadora escena de familia de Suabia, que demuestra que el pintor de Ulm, que se apropió también el estilo italiano, no había dejado de ser alemán.

Hasta el humor propio de Suabia se refleja en aquella catedral: los hijos de Ulm poseen el don de hacer de sí propios el objeto de su ironía. Testimonio de eso es el famoso "gorrión de Ulm". Dice la tradición que los ulmenses trataron de conducir una larga costanera de través por la estrecha puerta de la

ciudad, cuando vieron de repente á un gorrión llevando felizmente á su nido una paja, cogiéndola por un extremo. Así el pájaro fué maestro de los hombres. Otra población hubiera renegado de aquel gorrión cual malicia, cual vil calumnia, cual menosprecio de la sabiduría patria, pero Ulm lo labró en piedra y lo colocó como emblema de la ciudad en el techo de la catedral, en la percha del pararrayos que se encuentra detrás de la torre principal.

Pertenece la catedral de Ulm á la confesión evangélica; pero ¿qué importa eso al arte divino? y los extraordinarios festejos con que se celebró el quingentésimo aniversario de la fundación de la catedral los vieron con la misma satisfacción los católicos que los protestantes. Al contemplar á tantos y tantos romeros como el 30 de Junio de 1877 entraron y salieron en la población de Ulm, parecía que asistíamos, con la mente fija en la Edad Media, á aquellas inmensas peregrinaciones que tuvieron por centro la ciudad de los peregrinos: Santiago de Compostela, la Jerusalén de Occidente, el pueblo histórico por excelencia, que reúne en sí los hechos pasados y la situación presente de Galicia; la ciudad cuya grandeza pasada y cuya religiosidad atraía por millares á los devotos, hasta el punto de hacer necesario que se desinfectase la catedral por medio del *botafumeiro*, y que se mantuviese el templo constantemente abierto du-

rante los meses de Julio y Agosto para satisfacer la piedad de los fieles.

Hora es ya de describir las fiestas celebradas en Ulm en Junio y Julio de 1877, que dejarán gratísimos recuerdos en cuantos las presenciaron, y que indudablemente no desmerecían del inolvidable 30 de Junio de 1377, en el que en cada rostro de los hijos de Ulm brillaba indefinible contento, cierta aureola altiva, producida por el esplendor de una resolución atrevida, ó por la satisfacción de ver cumplida una obra grandísima. En el quingentésimo aniversario de la fundación del templo se respiraba el mismo espíritu que, sin vacilar un solo momento, puso la primera piedra de la mole gigante, midiendo ya, lleno de ánimo y de esperanza, su altura futura.

En la tarde del 29 de Junio dióse principio á las fiestas en el vastísimo recinto de la catedral, en cuya torre, una de las mejores construcciones de su clase en Alemania, ondeaban las nobles banderas de Ulm, de Wurtemberg y de Baviera y la bandera gloriosa del nuevo Imperio alemán. La aglomeración de gente de todas clases, edades y fortunas, fué inmensa: era la concurrencia tanta, que no bastaban para contenerla las grandiosas naves, que parecían aún más imponentes con el esplendor peregrino de centenares de luces. La gran catedral la llenaban los sonidos que salieron de los labios de doscientos cantantes sentados en una tribuna erigida en la parte extrema

MCD 2022-L5

del coro. ¡Qué melodías tan sublimes! Entonaron en presencia de la reina Olga de Wurtemberg y de una muchedumbre de más de diez mil personas aquella epopeya musical tan profunda como vigorosa que se llama *El Mesías*, de Haendel; entonaron aquella aleluya conmovedora, que parece hecha expresamente para los espacios gigantescos de la catedral de Ulm.

En el alba del 30 de Junio, el cielo azulado saludó á la ciudad festiva, que parecía bella como la felicidad, alegre como una sonrisa, poética como un suspiro, y á las seis de la mañana el templo inauguró su glorioso aniversario con un canto llano que resonaba desde la torre, y con el tañido de la campana llamada *Schwörglocke*, en la cual campea la inscripción: "Yo, la campana, jamás anuncio cosas vanas, sino la guerra ó una fiesta, un incendio ó un entierro." Y pronto ante mis asombrados ojos renació la antigua Ulm en toda su juventud y lozanía primitivas. ¡Qué maravilla! A cada paso tropezaba con un senador de la Edad Media, cuyo manto de seda negra ó de terciopelo encarnado brillaba graciosamente con el sol. En carruaje pasaban ante mí mujeres patricias, á cuyas gracias naturales prestaba gran atractivo el nuevo y vistoso traje con que aparecían engalanadas. Seguía, acompañado de monjes, un abad, vistiendo traje de gala, y de vez en cuando se veía en la calle un gallardo caballero sobre

brioso caballo, ondeando al viento una muy bizarra pluma y cubriendo su pecho una coraza. Y aquel caballero, que llama tanto la atención por su figura y su gala, ¿no es el mismo Carlos V, que ha llegado para celebrar Dieta en Ulm, su ciudad predilecta? Hubiera creído que todo aquello era realidad, y que el siglo XIX sólo era un sueño, quien no hubiese visto la bandera del nuevo Imperio germano, que flotaba en todas las alturas, y á quien los quevedos de un transeunte lansquenete no hubiesen dicho que aquellas figuras de la Edad Media eran sólo un juego alegre, hecho para embellecer aún más una fiesta hermosa, pues los ulmenses querían ver desfilar ante sus ojos su propio esplendor pasado; y ¿qué más adecuado para ese objeto que un cortejo histórico reproduciendo escenas de la vida de Ulm, cuadros de los siglos XIV, XVI y XVIII? Los que en clase de personajes de la Edad Antigua habían de tomar parte en el cortejo, al presentarse de repente en medio de los huéspedes, unían de modo peregrino lo pasado á lo presente.

Pero antes de que saliese el cortejo, la catedral fué otra vez teatro de una escena graciosa y conmovedora: todo un mundo de niños, cuyo número se elevaba á cuatro mil, llenaron el templo, y todos alargaban el cuello para ver al Rey y á la Reina, que entre las filas infantiles se dirigieron hacia el coro. Entonces el órgano dejó oir su voz poderosa, y de

labios de los niños brotó el canto: *¡Alaba al Señor, oh alma mía!*

Entretanto, las figuras que desde el alba había visto yo en las calles, se reunieron para formar el cortejo histórico, y los Reyes se encaminaron, con su lucido acompañamiento, á la tribuna, adornada con la verdura de los abetos y erigida cerca del pozo del mercado. Enfrente de aquella tribuna presencié un espectáculo tan peregrino como armónico: tres siglos desfilaron ante mi vista mediante la representación de sus personajes históricos y de sus familias, pero no cual mascarada, sino que en aquel cortejo, formado por más de novecientos hijos de Ulm, todo era auténtico, las armas, el brocado de oro, las perlas, y hasta el armiño: las armas las facilitó Munich; la seda la dió Lyon. Cada individuo recibió un traje á su medida, armonizado con su gusto y su fisonomía, y era como si los vestidos, tan verdaderos é históricos, hubiesen impreso á todos cierto rasgo ideal.

Al frente estaba el mariscal del cortejo, acompañado de cuatro hombres á caballo. El siglo XIV lo inauguraba un tropel de clarineros, ostentando birrete alto y túnica rojo-obscura; sobre el pecho tenían un escudo con las armas de Ulm, y en el clarín una bandera con los colores de la ciudad: negro y blanco. Seguía, en fogoso caballo negro, un heraldo y sus compañeros de honor, y ofrecía un cuadro brillante de la guerra el capitán de la ciudad,

MCD 2022-L5

llevando la bandera de seda de Ulm—en la que descuella el águila negra del Imperio,—bruñida la coraza, los guantes y el casco de hierro, el jaez de terciopelo encarnado, el negro corcel piafando impaciente del freno. Detrás del capitán se agrupaban los soldados, unos con daga y ballesta, otros con hacha ó lanza. Después de haber admirado el esplendor de las armas, los ojos se deleitaron con un risueño cuadro de paz: en un carro, tirado por cuatro caballos, se veía una piedra en medio de chapiteles y fustes; aquella piedra representaba la primera que se colocó en la catedral de Ulm. El arquitecto llevaba en la mano la planta; le rodeaban el cantero y un grupo de oficiales de fábrica; otros, en número de veinticinco, iban á pie. A la piedra la seguían los clérigos, estando al frente el abad de Reichenau, con mitra de brocado de oro forrada de raso rojo y guarnecida de piedras, sobre la cabeza, con la cruz, pendiente de larga cadena de oro, sobre el pecho, y en la mano el báculo pastoral. "¿Quién es esa figura tan imponente?", pregunté deslumbrado por la majestad de su aparición. Y me contestaron: "Ese, que representa al abad, jamás se ha sentado á los santos banquetes del Cordero sin mancha; es un judío, y los veinte capuchinos que le siguen son miembros de la Sociedad de oficiales católicos." ¿No merece las mayores alabanzas esa prueba de tolerancia que da una población protestante, donde las diferen-

BIBLIOTECA PÚBLICA

cias confesionales desaparecen cuando se trata de fines verdaderamente artísticos y de la gloria de la patria? No podrían imaginarse figuras más características y verdaderas por su apostura, sus gestos y sus fisonomías, que estos capuchinos, que hicieron exclamar á un aldeanillo bávaro en el dialecto de su país: "*Jez, thoan de Kopuzina á no mit!*" (¡Ahora toman parte hasta los capuchinos!) Entretanto llegó el grupo principal del siglo XIV, imponente por su hermosura y magnificencia. Lo capitaneaban el burgomaestre y el Consejo; venían á pie, vistiendo el primero un abrigo azul obscuro de terciopelo, ribeteado con ancha piel cebellina; una casaca verde obscura; zapatos de figura de pico, y ostentando una imitación de la cadena histórica que llevaba el burgomaestre Besserer, y que está aún en poder de la familia de éste. Detrás de los senadores, que vestían sobrerropas sin mangas, veíanse, á caballo, cuatro parejas de patricios y patricias de Ulm. Los caballeros llevaban, con infinita dignidad y gentileza, el manto forrado de seda y cerrado en el hombro derecho con tres pedrerías, dejando libres los brazos; el sombrero llamado de Huberto, que se parece á un pan de azúcar; la toquilla con plumas, graciosamente ladeada, y la espada. Las mujeres, por su parte, no se quedaban atrás en gracia; todas estaban encantadoras, y todas llamaban la atención del Rey, á quien saludaban como representación viva

MCD 2022-L5

de la patria. Isabel de Hall lucía toca de Borgoña, adornada de pedrerías y de perlas, y airosa saya de terciopelo obscuro, mientras María Besserer, de ojos claros y azules como el hermoso cielo, vestía saya de terciopelo rojo, jubón ribeteado de armiño y manto de brocado de oro, forrado de raso rojo, que desmayaba sobre el caballo. Seguía otro grupo de caballeros precediendo al carro principal, que representaba á la ciudad de Ulm. Esta, encarnada en la figura de la hija del burgomaestre actual, señor de Heim, iba sobre un trono, bajo baldaquín de brocado de oro, llevando corona mural, y en la mano una espada; vestía traje de damasco y manto de brocado de oro, forrado de raso rojo. A sus plantas hallábanse sentados dos garridos pajecitos, y la asistían á cada lado seis damas con los escudos de los linajes más nobles de Ulm. ¡Qué figuras tan lindas! ¡Qué trajes tan ricos y vistosos! ¡Qué verdad tan sorprendente! Y si preguntaban los nombres de aquellas mujeres tan hermosas como encantadoras por lo lujoso de su atavío, se escuchaban apellidos ilustres, que hace ya mil años suenan de boca en boca. Así, en el carro que representaba á Ulm—y en el cual iba la hija del burgomaestre actual, como en el carruaje de 1377 se encontraba quizá la hija del burgomaestre Luis Kraft—figuraba la señorita de Besserer, descendiente de aquella familia ilustre de burgomaestres y de capitanes. Después de todo el es-

plendor de terciopelo y brocado que ostentaban los trajes de las patricias, los ojos descansaron con satisfacción en los vestidos de lana de las ciudadanas. Y entre lo más interesante del cortejo descollaban los gremios, precedidos de sus estandartes. Había en ellos la mayor animación y variedad, llevando los maestros sus trajes de gala, y los oficiales y aprendices su ropa de trabajo, los instrumentos de su oficio y sus labores. Todos los vestidos eran característicos, y se observaba también cierta unidad en los grupos, porque en los trajes de cada gremio existía un color predominante.

Entramos de repente en el siglo XVI: los trajes son aún más magníficos, si cabe, que los del precedente, pero aquéllos produjeron impresión más noble y clásica, por ser más sencillos. Presentóse primero el mariscal de cortejo, acompañado de cuatro alabarderos. El siglo XVI lo inauguraba una capilla de músicos á caballo y un heraldo. Cuatro grupos formaron aquel siglo, representando el primero el tiempo de la Reforma. Este empezaba con la parte militar; vióse á Jorge de Frondsberg, el famoso capitán de las ciudades de Suabia, con sus lansquenetes. Estos llevaban ahuecadas calzas atacadas, birretes anchos, alabardas largas y espadas breves. Y en el yelmo del capitán flotaban dos plumas colosales, que desmayaban hasta la silla. Seguían á la gente de armas los reformadores de Ulm, Conrado Sam y Martín Frecht, ostentando vestidos talares.

MCD 2022-L5

En su compañía se encontraban también el astrónomo Keplero, el médico Teofrasto Paracelso, el botánico de Ulm Sr. Roth, el matemático de Esslinga Matías Stifel, el primer boticario de Ulm y de Wurtemberg, Felipe Kettner, y una turba de estudiantes. Después aparecían caballeros magníficos: el burgomaestre, Bernardo de Besserer, representado por un heredero de su nombre; el emperador Carlos V, según lo pintó Ticiano; el caballero Ulrico de Hutten; el duque Cristóbal de Wurtemberg, que dejó huellas benéficas de su existencia, dando motivo á que le erigieran sólido trono en el corazón de sus leales y agradecidos súbditos. Los trajes suntuosos de vivos y variados colores de aquellos caballeros contrastaban con el modesto color negro de la piedad y de la sabiduría. En pos de los señores marchaban los siervos, destacando su grosero realismo entre la pompa de aquéllos. He aquí las figuras de la famosa "guerra de los aldeanos", fisonomías sospechosas de mal agüero, pero todas de gran efecto pictórico. Llevaban sombreros, en parte rotos, en parte adornados con plumas de aves de rapiña. De la correa del sable pendían, como productos de latrocinio, aves caseras y toda clase de vituallas, hasta lechoncillos. Precedían á aquel tropel los portaestandartes de las confederaciones de aldeanos, llamadas "Bundschuh" y "Pobre Conrado". La bandera del "Bundschuh" ostentaba el emblema de los aldeanos,

MCD 2022-L5

una abarca, y la del "Pobre Conrado" un Crucifijo, ante el cual se arrodilla un miserable campesino. Después se veía al caballero Goetz de Berlichingen ostentando su armadura y acompañado de un palafrenero. Le seguían los capitanes de los aldeanos, Jorge Metzler, Wendel Hipler, Jäcklein Rohrbach y aldeanos armados. De repente preséntase á nuestros ojos el noble conde Luis de Helfenstein, prisionero de los aldeanos con sus dos niños, mientras en un miserable carro se ve á la Condesa, con sus dos hijas, sentada en un haz de paja. En el extremo del carro acurrúcanse dos zagalas ostentando alhajas robadas, y en las faldriqueras de cuero, cuchillos. Completaban aquel terrible cuadro histórico una mujer, llamada Schwarze Hofmännin, que unía hermosura peregrina á una expresión demoniaca, y tres verdugos, vistiendo trajes rojos como la sangre y conduciendo atadas con cordel fieras bestias. Después de aquel temporal terrible brillaba el sol más alegre: *Lichtenstein,* esa novela popular de Suabia, esa novela abundante en figuras simpáticas, tomaba vida ante nuestros ojos, apareciendo, según los pintaba el inimitable Hauff en su libro inmortal, el duque Ulrico de Wurtemberg, en cuya existencia se enlazaron el dolor y la alegría, la desventura y el bienestar; el buen senador Diterico de Krafft, el hombre á la par más animoso y más elegante de Suabia; la hermosa Berta de Besserer; el hon-

MCD 2022-L5

rado Jorge de Sturmfeder y su novia la bellísima María de Lichtenstein; la fiel Bárbara, con su discreta madre y su padre, tan astuto como fiel. No faltaban el caballero Maximiliano Stumpf de Schweinsberg, y el padre severo de María de Lichtenstein, el duque Enrique. ¿Quién es aquella hermosa amazona que da forma y color á la figura de Berta de Besserer? Es también una Besserer, una linda hija de Ulm, y tiene ese sello aristocrático característico de los que pertenecen á familias distinguidas. A ese grupo le daba escolta á pie una turba de patricios y ciudadanos de ambos sexos, acompañada de un tropel de Meistersinger y de arlequines. Aquéllos, cuyo último asilo fué la ciudad de Ulm, donde hace un año murió el último de los Meistersinger á la edad de ochenta y tres años, ostentaban birretes negros y mantos españoles, llevando en la mano uno el arpa, otro un vaso, y éstos tenían algo característico por sus calzas estrechas, por su bonete de loco, llevando cascabeles y caídas, y por su bastón, rematado por una imitación del bonete.

De improviso suena á nuestros oídos la marcha del popular Dessauer, anunciándonos que hemos pasado al período de las pelucas, al siglo XVIII. Este se nos presentó en el aspecto de dos cortejos nupciales de Ulm, uno patricio y otro campesino. Los precedían portaestandartes y músicos, un comandante de granaderos y un caporal con sus soldados. Todos

llevaban pelucas empolvadas; no faltaba la bolsa negra para los cabellos, y todos parecían más pacíficos que marciales, contrastando con los caballeros de gallarda apostura y de enérgicas facciones que habíamos admirado en los siglos precedentes. Ofrecía aspecto encantador una porción de niños de cuatro hasta diez años de edad; su traje era lindísimo, parecido al de los adultos. En el cortejo nupcial de patricios veíanse al muñidor, á la muñidora, al novio, á la novia, que ceñía corona de oro; seguían doncellas de honor y padrinos de boda, el alguacil, el burgomaestre con su esposa, los senadores con sus mujeres, y patricios y ciudadanos. La jerarquía de las personas del cortejo se manifestaba en las trenzas, ostentando tres el burgomaestre y dos los senadores, mientras un patricio ordinario tenía que contentarse con una sola bolsa de cabellos. En vano lucha la pluma con la imposibilidad de pintar todas las bellezas del cortejo patricio, como las del cortejo campesino, representado por los hijos del pueblecito de Pfuhl, que antes pertenecía á la ciudad de Ulm, y actualmente es bávaro. Precedidas de músicos y de dos caballeros se veían dos parejas, sentados los mozos á caballo detrás de las doncellas, y formando así un bellísimo y humorístico cuadro de género. ¡Ojalá que nunca se perdiese en la sencilla Suabia aquel hermoso rasgo de la vida popular! Pasaban después el párroco de la aldea, y detrás de él

el novio, acompañado de dos mozos que llevaban una espada, mientras la novia, acompañada también de otros dos mozos portadores de otra espada, tenía además por compañía diez doncellas de honor. Cerraban el cortejo nupcial los dos suegros y suegras con sus compañeros. ¡Qué aldeanos tan galanes! La novia ofreció á la Reina un precioso ramillete de flores.

A las bodas rústicas sucedió el cortejo de pescadores que después había de ejecutar en el Danubio el torneo propio de Ulm: el "Fischerstechen". Precedidos de músicos y de un heraldo aparecieron dos arlequines armados con lanzas y un par de aldeanos, siendo la aldeana representada por un hombre, y estos cuatro ejecutaron ante los Reyes, al compás del galope, la "danza de los pescadores", una especie de pantomima en la que los arlequines persiguen á la aldeana, la Margarita (Gretel), prodigándola caricias con gran pesar de su novio, el Juanito (Hansel). Detrás de los cuatro marchaban tres tambores, tres lanceros, el portaestandarte y el maestro del gremio de los pescadores. Seguían los otros justadores que habían de tomar parte en el torneo, cuatro pescadores blancos ostentando el antiguo traje blanco de los pescadores de Ulm, y alto bonete cilíndrico de terciopelo verde, ondeando al viento una pluma negra de avestruz. Los otros doce pares se componían, según la costumbre antigua, de máscaras variadas y en

MCD 2022-L5

parte cómicas: representaban un romano y un germano de los tiempos antiguos, un escocés y una escocesa, un arquero antiguo y un miembro de una sociedad moderna de tiradores, un hombre del país bajo y otro del país alto, dos viejos pescadores blancos en traje de baile, dos pescadores italianos, y se veía también al honrado Tell y al cruel Gessler, á Fausto y á Mefistófeles y á las figuras cómicas de Ulm: *el gorrión* y *el sastre*. El ave-hombre presentábase en cuerpo de tela; un chaleco le cubría el redondo vientre que formaba el pecho del gorrión. Las alas, movibles, eran asimismo de tela y pintadas, la cola consistía en plumas naturales, las piernas se escondían en ajustadas calzas obscuras, y la obra toda la coronaba una cabeza de gorrión. Y la otra figura cómica, el sastre que aspiraba á volar, llevaba un par de alas rojas de fenicóptero. Seguían dos marineros, un loco antiguo y un loco moderno, éste con un quitasol y un velo azul cubriéndole el sombrero. El último par consistía en dos húngaros, y el cortejo entero lo concluía una barca de Ulm, llamada "Ulmer Schachtel", arrastrada por cuatro caballos. En ella se encontraban diez mujeres y dos doncellas pescadoras, y detrás de la barca marchaban veintidós doncellas pescadoras y veintiocho balseros.

Todos los espectadores estaban como fascinados por el cortejo, por aquella abundancia de terciopelo y de seda, de oro y de plata, por

aquella inmensidad de heredadas perlas y de joyas de las familias de Ulm que habían brillado en el cortejo; todos admiraban la verdad histórica de los trajes y encomiaban los esfuerzos del estatuario ulmense Heyberger y de los pintores Sckell y Stöger, autores de los dibujos de los vestidos; y recordando aquellas hermosas mujeres pensaba yo: "Estas son como el polvo de oro con que Dios ha salpicado sus obras, y la mujer de Ulm merece un estudio especial."

A las tres de la tarde empezó el acto segundo de la festividad, el gran torneo de los pescadores llamado "Fischerstechen". Este consiste en una lucha de lanzas de un pescador con otro: es un verdadero torneo, con la sola diferencia de que el vencido no cae en la arena, sino en el agua. Es una costumbre antigua de la ciudad de Ulm, en la que, según dicen las crónicas, los monjes de Reichenau justaban con los nobles. Aquellos torneos caballerescos los imitarían los pescadores, y así nació sin duda el "Fischerstechen", aquel espectáculo que los pescadores de Ulm ejecutaron en 1549 ante el emperador Carlos V y su hijo Felipe, después rey de España. Aun hoy los pescadores de Ulm tienen su barrio que les pertenece desde hace siglos y que está próximo al Danubio, en la embocadura del Blau, ese río claro que, serpenteando en graciosas vueltas por pintorescas islas de caseríos, hace de aquel barrio otra Venecia; numerosos

MCD 2022-L5

puentes de ladrillo y puentecillos de madera ó de hierro facilitan la comunicación; por donde queda en la orilla un pedazo vacío de tierra sonríe la Naturaleza, exhalan aromas el saúco y la rosa, eleva el peral su cima verde, las callejuelas estrechas alternan con las plazuelas, las gratas sombras con los rayos del sol, y por doquier saludan al pasajero el ruido de un molino y los rumores del río. Aquí viven los pescadores, cuya embarcación "Ulmer Schachtel" dominaba en tiempos pasados el Danubio y gozaba de fama tan grande, que un antiguo pintor de Ulm no pudo figurarse el arca de Noé sino en la forma de una "Ulmer Schachtel", según se ve hoy en un cuadro de la catedral de Ulm. Pero aquella venerable embarcación sólo es la sombra de su pasada grandeza; únicamente raras veces se la ve cargada de arena ó de argamasa salir para Viena ó para Pesth. Pero aun vive en el gremio de los pescadores la innata conciencia de su nobleza, y ésta se manifiesta con fresco vigor cuando se trata de hacer revivir por espacio de breves horas la costumbre secular del "torneo de los pescadores".

Media Suabia se había reunido en la que fué su capital para asistir á aquel espectáculo peregrino. Ya la vista de los espectadores sentados á una y otra orilla del río valía una expedición á la histórica ciudad del Danubio. Centenares de personas, que por su posición y fortuna no cabían en la tierra, no vacilaron

MCD 2022-L5

en ocupar un puesto en el río, en el cual, con el agua hasta las rodillas, permanecieron impasibles durante la hora entera que duró el torneo. El cuadro más animado lo ofrecía la inmensa concurrencia, pues lo componían cinco siglos, distinguiéndose en él los fragmentos del cortejo histórico, los monjes, los reformadores y los lansquenetes, los patricios y los ciudadanos de los siglos pasados. Y al ver aquella variedad de colores, al contemplar tantos y tantos espectadores que llenaban la orilla bávara, y sobre todo la orilla wurtemberguesa, que forma un anfiteatro natural, derramando el sol sus rayos sobre el inmenso gentío y pareciendo crecer con cada escalón el tono de colores, dijérase que se asistía á una corrida de toros en Madrid ó en Sevilla; pero ¡cuánto más encantador es el inofensivo torneo de los pescadores, que aquella fiesta española!

Entretanto, con la mayor emoción esperaban todos el comienzo del torneo que había de celebrarse en el líquido elemento. Sólo algunas muchachas parecían atender más á las bellezas del cortejo pasado, en que habían tomado parte, que al torneo venidero. "¿Qué siglo representas?", preguntó una joven á su vecina. "El décimosexto", contestó la chica, arreglando su toquilla. Levanté los ojos y vi con satisfacción que aquel siglo décimosexto contaba sólo diez y seis primaveras y tenía lozano rostro en que se pintaba toda la viveza

MCD 2022-L5

y la franca alegría de la juventud. La bellísima representante del siglo décimosexto continuó hablando en el dialecto encantador de Suabia, y copiaré sus mismas palabras: "*Mei Bäsle Laura ischt vierzehntes Jahrhundert, ihr Bräutigam au, und denk'no: sie hatte sich so g'frait, z'samma z'laufa, aber der Maler, der da Feschtzug g'ordnet hat, wollt'net, er hat g'sagt, d'Farba passa net zu anand... d'ischt doch a bisla z'arg.*" (Mi prima Laura representa el siglo décimocuarto, su novio también, y figúrate, habían sentido la mayor satisfacción en marchar juntos, pero el pintor que ordenaba el cortejo no lo permitió, diciendo que los colores no estaban en armonía... Eso es demasiado exagerado, ¿no es verdad?) Intervenía en la conversación la hija de un patricio, asemejándose con su saya de damasco, á la que prestaba mayor realce su precioso jubón bordado de plata, á una de las mujeres pintadas por Ticiano. "*Mei Gaul hat gar net laufa wolla*" (mi caballo no ha querido correr), lamentó ella, y refirió las malicias de la caprichosa bestia, contando que en dos meses había aprendido á cabalgar para poder tomar parte en el cortejo. Una muchacha que monta á caballo es un acontecimiento en una ciudad de las dimensiones de Ulm.

Mientras así conversaban los diferentes siglos, se oía la marcha de los pescadores, y éstos, acompañados de veintidós lindas pescadoras, desfilaron ante el público, dirigiéndose

MCD 2022-L5

á la sala en que estaban las señoritas de Ulm que habían de adjudicar el premio. El torneo se efectuó en cuatro pares de barcas; en cada una se encontraban tres remeros, mientras que en la popa estaba el justador en apostura agresiva, empuñando una larga lanza de madera, que por delante tiene un plato, de madera también, para templar el golpe. Los remeros, todos viejos, son la tradición viva del torneo, y se contentan, en pro del honor de su gremio, con un trabajo sin gloria, dejando ésta á los jóvenes, los justadores. Estos han de ser hijos de una familia de pescadores de Ulm, pero no es preciso que ejerzan también el oficio de sus padres. Así figuraron entre ellos mercaderes, militares y oficiales. Por fin se hizo la señal, y las barcas partieron de ambas orillas. A los dos arlequines les tocó inaugurar el torneo. Más viva tocaba la marcha cuando las dos embarcaciones se adelantaban; ya estaban casi bordo á bordo, y al pasar se acometen los justadores; cada cual espera el efecto del golpe, pero uno de ellos, aprovechándose de su privilegio como arlequín, se agacha de modo que no le toque la lanza de su adversario, y cincuenta mil espectadores se ríen del chasco que acaba de darle. El segundo encuentro verificóse entre el aldeano y la aldeana. Los remeros mueven los remos, los golpes se descargan de ambas partes, dirigiéndose las lanzas contra el pecho del adversario, y el aldeano herido cae en el agua, mientras

MCD 2022-L5

la aldeana, que resistió el empuje de la lanza enemiga, se mantuvo firme en la popa agitando el vestido en agradecimiento á los aplausos con que se la obsequia. Entretanto, su adversario nada para alcanzar su atributo, la lanza, y después lo recogen en la barca los tres remeros. Pero tiene el derecho de tomar el desquite, y la aldeana victoriosa concluye bebiendo el agua del Danubio, y lo hizo con la mayor elegancia, dando un vuelco al precipitarse en el río. También los dos arlequines renovaron la lucha, y ambos cayeron al mismo tiempo en el Danubio, escena que se repitió varias veces durante el combate, excitando siempre la mayor alegría. Podría suponerse que fuese inevitable cierta monotonía, pero no es así, pues además de la casualidad feliz cuando en el torneo entre Tell y Gessler, entre Fausto y Mefistófeles, resultan vencidos el tirano helvético y el diablo, produce también efecto singular ver nadando en el Danubio á un caballero de la Edad Media ó á Luzbel disfrazado de rojo, y sólo poco tiempo transcurre cuando cae también en el elemento líquido el bellísimo Fausto, que con su manto azul tiñe al Danubio en círculo vastísimo, de modo que ya puede hablarse, en efecto, del "Danubio azul", como lo denomina el conocido vals de Strauss, y en el agua cae también el esforzado Tell.

Uno de los episodios más cómicos fué el encuentro de los dos tipos populares de Ulm,

MCD 2022-L5

el gorrión de vientre abultado, y *el sastre* escuálido, que con sus alas de seda color de rosa volteaba graciosamente. ¡Pobre sastre! El pájaro le hirió de suerte que cayó en el agua, y cuando le sacaron, las alas pendían melancólicamente de su cuerpo; pero en el último ataque el sastre tomó su desquite y cayó también el gorrión, que en estado lamentable alcanzó su barca. Por fin, hasta los que habían escapado secos pagaron un tributo voluntario al agua, y los espectadores sentados al sol les envidiaron aquel baño agradable. Todos habían combatido como buenos y merecieron los premios que les adjudicaron las bellas damas que formaban el tribunal, aunque los honores de la victoria cumplida los merece, según la tradición antigua, sólo el que haya salido airoso en la lucha contra todos sus adversarios. "¡Qué juego tan bello!", exclamaron los espectadores del torneo. He aquí una página de la Edad Media; pero no es sólo un juego hermoso, no es sólo una diversión, es una manifestación del ánimo caballeresco de los ciudadanos de Ulm y de su afán de pugnar al propio tiempo con la fuerza humana y con el agua.

Después de concluído el torneo, el teatro de los regocijos públicos fué el antiguo campo de Ulm, la Friedrichsau, distante media legua de la ciudad. Allí el espíritu de aquella alegría natural que reina en las orillas del Danubio, desde Ulm hasta Viena; aquella

alegría que es como el sol que dora nuestra casa, como la luz que la ilumina, como el perfume que la embalsama; aquella alegría que deja entrever el cielo y que es una ola de alabastro y la vida de los viejos, se comunicó á todos los concurrentes; aquellos casinos campestres, entre los cuales mencionaré el llamado Hundskomödie, se abrían para todas las clases, y la deliciosa bebida de Ulm, la cerveza, era refresco doblemente benéfico después del polvo y del calor de la fiesta.

A las siete de la tarde los huéspedes de ésta se reunieron en los sencillos pórticos del mercado, que se habían convertido en salas magníficas. Allí estuvieron reunidos otra vez los representantes de cinco siglos, no faltaron los altos dignatarios del reino de Wurtemberg; hubo quien brindó por el Emperador de Alemania, por los reyes de Wurtemberg que patrocinan todos los intereses ideales de su país, y por la ciudad de Ulm, que se había mostrado tan espléndida, y un diputado del Dombauverein de Colonia, Augusto Reichensperger, fué intérprete de los recuerdos de la ciudad del Rhin á la ciudad del Danubio, y en boca del orador coloniense la más hermosa catedral del mundo católico saludó al mayor templo protestante. ¡Gloria á nuestra época, que respeta y restaura los monumentos del glorioso pasado y que terminará la iglesia catedral de Ulm, cuyas piedras en un tiempo sin poesía alguna se hubiesen invertido en

fines menos gloriosos á no haberse elevado ya á las nubes aquel templo colosal!

En el mismo día que dejó recuerdos tan gratos é imperecederos, el Rey de Wurtemberg inauguró la Exposición de la Escuela primitiva de pintura de Ulm, aquella escuela brillante que ilustraron los conocedores de la historia del arte, Grüneisen y Mauch. Viéronse reunidos por primera vez los cuadros de Federico Herlin, Juan Schühlin, Martín Schongauer, Bartolomé Zeitblom y Martín Schaffner, y aquellos maestros cuyo ilustre nombre está unido para siempre á Ulm, y que después de transcurridos cuatrocientos años volvieron á verse, parecían como una venerable asamblea de familia.

El tercer día de fiestas estuvo consagrado al templo, el venerando anciano en cuya torre flotaban incesantemente las banderas. Jamás la basílica compostelana habrá congregado tan inmenso gentío. La función de la iglesia de Ulm fué solemne y digna de presenciarse. Pronunciaron sermones elocuentísimos dos sacerdotes, aplicando el uno la historia de la piadosa María y de la laboriosa Marta de que habla el Evangelio, á nuestro templo, diciendo: "Marta lo ha edificado, y María está sentada en él á las plantas de Jesús." ¡Ojalá que este templo—diré yo con un poeta de Ulm—convidase á la Humanidad, después de desvanecido el último resto de discordia, á la gran fiesta de la reconciliación universal! No

concluyó la función religiosa sin que resonase el órgano, orgullo de la catedral, el que el primer día de las fiestas en el oratorio de Händel tuvo que callar. El instrumento majestuoso de Santa Cecilia desplegó á la vez fuerza y delicadeza extraordinarias, y un concierto vocal cerró el oficio divino.

Pero la fiesta continuó llenando las calles y los corazones; los espíritus de los siglos pasados evocados por el cortejo histórico difundieron por doquier vida y color, y todas las ideas relativas á la solemnidad las resumió una representación de cuadros vivos en el teatro de Ulm, representación que tenía por hilo que enlazaba los cuadros todos, la historia de la catedral. Entre esos cuadros vivos, que explicaba el distinguido poeta de Ulm, Adolfo Wechsler, mencionaré uno en que se veía á las bellas hijas de Ulm haciendo la ofrenda á la patrona del templo, María Santísima, que en agradecimiento por aquellos regalos brillaba en peregrino esplendor de gracia. Y un idilio encantador fué el cuadro que presentó á la familia de Ensinger, contemplando todos los hijos del gran arquitecto, llenos de devoción, la planta de la catedral, que les muestra su padre. Lució también en los cuadros vivos la bellísima desposada María de Lichtenstein, colocada por la historia, la tradición y la fantasía, en un tiempo de revolución y de matanza. Pero la impresión más grandiosa la produjo el último cuadro: la catedral, terminada

ya, representa á los siglos asombrados, y lo mismo que en ésta, todas las piedras se reunen para sostener el edificio. También el nuevo Imperio alemán, como dijo acertadamente el vate que explicaba los cuadros, es una fábrica armónica, y el entusiasmo de los ulmenses por su ciudad y por su catedral no se limita á éstas, sino que se extiende á la gran patria alemana.

Todo acaba; también acabaron las fiestas de la ciudad ilustre del Danubio. Pero nadie se habrá alejado sin pena de sus hospitalarios muros, y en la memoria del pueblo alemán ocuparán siempre digno lugar las fiestas celebradas con motivo del quingentésimo aniversario de la fundación de la catedral de Ulm.

1878

***

La catedral más alta del mundo es la de Ulm (Wurtemberg), que mide ciento sesenta y un metros de altura, mientras las torres de la catedral de Colonia tienen ciento cincuenta y seis y la Giralda ciento once metros y cinco centímetros.

A la catedral de Ulm que acaba de inaugurarse, le ha faltado, sí, el inspirado cantor religioso, el poeta evangélico, el prelado y esclarecido bardo Carlos de Gerok, que falleció poco después de haber dedicado una sentida elegía á la muerte de la ilustre y venerable

MCD 2022-L5

viuda de Guillermo I, la anciana emperatriz Augusta; callaron también los otros vates de Suabia—tierra de Uhland, Schwab, Kerner, Mœrike y Pfizer,—como Paulus, Günthert y Engelmann, y tampoco pulsó la lira el poeta popular de Ulm, Adolfo Wechssler; pero un maestro en la poesía de los vagabundos, un hijo de Baviera, esa vecina de Ulm, Adolfo Pernwerth de Bærnstein, entonaba un armonioso canto consagrado á la torre gigante de que se precia la ciudad del Danubio, esta hermosa composición neolatina:

"Ave Ulma, urbo vetusta,
Prædicata ac vetusta,
Pulchrum ad Danubium,
Anæ in die hoc honorum
Mirationem populorum
In te confers omnium.

Ædes sacra, pax infracta
Tecum sit et cum intacta
Patria germanica;
Nil per vices sæculorum
Nationis tu fatorum
Cernas nisi prospera!"

¡Honor á esta trinidad que contribuyó á levantar la maravilla del siglo, la catedral que rodea de aureola sin segundo á aquella ciudad de patricios que se llama Ulm: el generoso rey protector Carlos de Wurtemberg, que hizo en ella lo que los Zollern con la catedral de Colonia; el burgomaestre de Ulm, Carlos de Heim, y el arquitecto Augusto de Beyer!

Pero fué una lástima: así como el sol de la poesía alemana faltó en la inauguración de la catedral de Ulm, faltó también á las espléndidas fiestas el astro rey, el ígneo sol de rayos coronado que iluminára los risueños rostros de las bellas hijas de Ulm.

El espíritu lozano y robusto de la despertada conciencia nacional hizo prodigios en Alemania, alzándose en el Kyffhäuser el anciano emperador Barbarroja, y con él también el pueblo alemán que conquistaba la magnificencia del Imperio, terminando el vigoroso tiempo nuevo con tanta gloria las empresas colosales que nos dejaron nuestros antepasados, como la portentosa catedral del Rhin, la de Colonia, honra de Alemania y admiración de los extranjeros, cuya inauguración hemos celebrado en 1880, y la no menos admirable catedral del Danubio, la de Ulm, siendo ambas basílicas—que se levantan á las orillas de los dos ríos más soberbios de Alemania en que se refleja la historia toda de la nación germánica—altivos y preciosos símbolos del trabajo pacífico de nuestro pueblo, del arte y de la piedad alemanes.

Acaban de tomar parte en la fiesta celebrada al pie del pintoresco Alb de Suabia, en la gloriosa inauguración de la catedral de Ulm, así el Norte como el Sur de Alemania, pues en el nuevo Imperio el jubileo de una estirpe es el jubileo común de cincuenta millones: saludan á su grandiosa rival, la torre de Ulm, las

dos torres de la catedral de Colonia, la de Estrasburgo, ese trofeo de la resucitada fuerza germánica, y la de San Esteban, timbre eterno de Viena; y como el rey Federico Guillermo IV de Prusia decía cual profeta ante las bellas puertas de la catedral de Colonia: "Alemania las edifica. ¡Ojalá que sean para ella las puertas de mi tiempo á la par nuevo, grande y bueno!", nosotros exclamaremos ante la prodigiosa flor que en forma de cruz constituye el remate de la catedral de Ulm: Alemania la consagra. ¡Ojalá que sea para ella el símbolo de un tiempo nuevo, grande y bueno!

¿Quién no admiraría á Ulm, cuya hermosura en la Edad Media nos pintó Hauff en la más poética de sus concepciones, en su novela *Lichtenstein,* y que rodeada de baluartes guarda todavía los rasgos imponentes de una antigua ciudad libre del Imperio? En las torres y techos flota la bandera de Wurtemberg, que ostentando la divisa *Impávido y fiel,* de Nueva Ulm, saluda al león de Baviera, y sobre las almenas encuéntrase el águila del Imperio, y detrás de los miradores y balcones de la ciudad que tiene la guardia del Danubio, saluda risueña la poesía de lo pasado á la ciudad presente. Ulm, que en los tiempos de su mayor florecimiento tenía territorios propios y vasallos, invitó á su fiesta brillantísima—que en el realismo de nuestros días se parece á un recuerdo peregrino, á un eco mágico de leja-

nos tiempos– á los reyes de Wurtemberg, á la Casa Real de Baviera y al mismo emperador Guillermo II.

A María Santísima debía ser consagrada la catedral de Ulm, y como las hijas de la tierra llamada de María Santísima, como las andaluzas *con muchas castañas* son el adorno más hermoso de la fiesta, también lo son las hijas de Ulm, aunque no tienen aquellos ojos ardientes que convierten en cenizas el corazón del que los mira.

¡Qué cambios de destinos! El templo de Córdoba se hizo de una incomparable mezquita, con su bosque inmenso de columnas, una iglesia católica, y la catedral de Ulm, adornada con obras maestras por Juan Wild, Jorge Syrlin, Juan Schülin, Martín Schaffner y Bartolomé Zeitbloom, se convirtió de parroquia católica consagrada á la Madre de Dios, cuya estatua, según el plan de Bœblinger, debía adornar la torre, en templo protestante coronado por una bellísima flor en forma de cruz, pues el 3 de Noviembre de 1530 abrazó Ulm la causa de la Reforma, guardando, no obstante, piadosamente su catedral como un monumento de su antigua grandeza.

Hacía veinte años, ésta, con su torre pesada y su nave larga demasiado grande para aquella torre, parecía mole informe, verdadero monstruo arquitectónico; pero hoy la catedral es la obra artística más noble y más cumplida que, esbelta, primorosa y robusta, se le-

MCD 2022-L5

vanta por encima de las generaciones, y realiza con su torre única, el más alto punto artístico á que se puede ascender, más que todas las otras fábricas, la idea fundamental del estilo gótico, la aspiración hacia lo alto.

Si ya el inspirado poeta alemán Federico Daniel Schubart, durante su estancia en Ulm de 1775 á 77, decía—al mirar la catedral que entonces no presentaba sino el aspecto sombrío de una ruina, pero en que él admiraba ya las huellas sagradas de la fuerza germánica cuando aquella torre medía sólo cincuenta y nueve metros de alto: "Tengo que subir á tus alturas para bañar mi corazón en tu majestuosa corona", ¡qué hubiera dicho al contemplar desde la torre gigante que ya mide ciento sesenta y un metros, los jardines verdes rodeando las casas de la vecina ciudad y el extenso y florido valle del Danubio y del Iller, que en días serenos saludan de lejos los Alpes desde el Sæntis á la Zugspitze!

¡Ya se concluyó la gran fábrica! Esta frase encierra la historia de quinientos trece años, la actividad inmensa de diez arquitectos de la Edad Media, entre los cuales se distinguieron los suabos Ulrico Ensinger y Mateo Bœblinger; debiéndose á Mateo el plan de la torre que se ha ejecutado en nuestros días.

Ya se eleva al cielo aquella maravilla de piedra, aquella creación estupenda del civismo alemán en la Edad Media, la única catedral germana con que se enorgullece el pro-

testantismo. Mide la torre de Ulm, en cuya fábrica se ocuparon de 1882 á 1890 cien á ciento veinte operarios bajo la dirección del eminente profesor Augusto Beyer, cinco metros más de altura que las dos torres de la catedral de Colonia.

Beyer, alma robustísima que sentía el arte como los Bœblinger, y maestro que deja su nombre á la gloria de la posteridad en esa admirable torre, nació en Künzelsau en 1834 é hizo sus estudios en los talleres de Egle, en Stuttgart. Dirigió la restauración del hermoso monasterio de Bebenhausen (Wurtemberg) y fué director de las obras de Ulm desde la primavera de 1880, alcanzando la borla de doctor de la Universidad de Tubinga con motivo de la inauguración de la catedral.

A la torre de Ulm se refiere esta anécdota:

El emperador Maximiliano II pidió un beso á la hija gentil de Bœblinger. "Quisiera complacerle en su deseo, señor—contestó la joven,—pero pongo la condición de que eso sea en la cumbre de la torre."

En el año XIX del nuevo Imperio germánico, en el XXVI del reinado de Carlos de Wurtemberg, el 31 de Mayo último se colocó la última piedra de la flor representando la cruz en la torre gigante de la catedral, entonándose el canto: *¡Dad las gracias á Dios!,* y rogando el párroco Ernst al Altísimo proteja al templo de rayos y de los furores de las tempestades. El último de Junio de 1377 el bur-

MCD 2022-L5

gomaestre Luis Krafs colocó la piedra fundamental. El burgomaestre actual, L. Carlos de Heim, es sucesor digno de Luis Krafs: á él, que llegó con paso firme al fin perseguido, se debe la organización de la atrevida empresa de concluir la catedral, en cuya torre occidental se reúnen todo el vigor y la fuerza mística del arte gótico. Y á él se debe también la gloriosa fiesta del quinto Centenario de la catedral que se celebró en 1877. En el cortejo histórico de aquella fiesta vi á la preciosa hija del alcalde desempeñar el importante papel de Ulma.

Ya ha muerto la amabilísima representante de Ulm, y ha pasado también á mejor vida la señora de Heim, encarnación de la bondad; pero cuando para ella á la dulzura del hogar había seguido la calma de la tumba, se hizo para él esposa de su alma la catedral de la noble ciudad de la cual era burgomaestre desde el año de 1863. El, cuyas dotes le han conquistado respetos y simpatías unánimes, nació en Walrdorf el 20 de Diciembre de 1820, y siguió con notable aprovechamiento la carrera de jurisprudencia. Su triunfo más brillante es la inauguración de su queridísima catedral. Esta se levantó cuando se derrumbaba el templo de su felicidad doméstica. Hoy resuena el nombre de Ulm en Alemania entera y en el mundo.

Los hijos de la ciudad del Danubio, que guarda en su seno con gran cariño el recuer-

MCD 2022-L5

do de lo que fué, poseen además del secreto de hacer catedrales y de pintar vidrieras para las iglesias—distinguiéndose el dominico Jacobo Griesinger, que de 1441 á 1491 fué el eminente pintor de las vidrieras de la catedral de Bolonia, siendo enterrado en el teatro de sus triunfos,—el secreto de hacer un pan que tiene fama en Alemania de ser dulce y sabroso como miel, y el secreto de celebrar fiestas espléndidas.

Habiendo yo sido el cronista del Centenario de la catedral de Ulm celebrado en 1877, recordaré la frase *Non bis in idem,* pero no puedo menos de agradecer la galantería del señor de Heim y del dignísimo decano de la catedral, Sr. Bilfinger, de haberme invitado á las memorables fiestas de la inauguración.

La hospitalaria ciudad de Ulm dió albergue al príncipe Luitpoldo de Baviera, á los príncipes de Wurtemberg, al de Prusia y al de Hohenzollern. El aroma de los abetos llenaba el aire, y Ulm estaba engalanadísima. El 28 de Junio empezaron las fiestas, amenizadas por varias bandas, con un bellísimo cortejo de niños. Después los ciudadanos tributaron su homenaje á la catedral, entonando la conocida canción del poeta Hoffmann de Fallersleben escrita en Helgoland: *Germania, Germania sobre todo,* y de repente la basílica brilló en un mar de luz, como si se sonrojase de agradecimiento por aquella ovación extraordinaria: su flor formando una cruz parecía una rosa

encarnada. Si hermosísimo fué el espectáculo ante la catedral, no menos encantador fué el que presentó el interior de la basílica al día siguiente. En la madrugada resonaron los poderosos acordes de la campana de juramento recordando el tiempo más glorioso de la ciudad, en el que los gremios rompieron el poderío de la nobleza, y por la noche se cantó en la catedral el famoso oratorio de Mendelssohn, *Elías*, ante la reina Olga de Wurtemberg. Pero, por la tarde, la lluvia continua impidió la salida del cortejo histórico, mientras por la noche las estrellas asomaron á la bóveda sombría cual flores de topacio.

El 30 de Junio se estrenó, en el teatro construído por el director de la fábrica de Ulm en la plaza del cuartel, una pieza histórica, siendo el autor un joven negociante de Stuttgart, Carlos Oesterlen, y los actores hijos de Ulm. Estos cumplieron como bravos, como si fuesen de la raza de Valero. Sólo las tres figuras alegóricas, Ulma, la Piedad y el Arte, que habían de pronunciar los diálogos que formaron el prólogo de los tres actos, las representaban las distinguidas actrices del teatro de Stuttgart, Wahlmann, Doppler y Dumont, y asimismo el papel de la huésped del Cisne estuvo á cargo de una actriz, la Srta. Widmann.

El primer acto representó la colocación de la primera piedra de la catedral cautivando al selecto auditorio—en el cual se encontraba también el rey Carlos de Wurtemberg—sobre

todo el canto de los coros; el segundo acto representó la visita del emperador Carlos V á Ulm, y el tercero la festividad celebrada con motivo de la salida de las tropas bávaro-francesas en 1704. Recordaba aquel acto la escena en que la huésped del Cisne de Ulm, cuando algunos oficiales bávaros después de haber brindado por el rey de Francia arrojaron sus copas á la calle, rompiéndose éstas, brindó por el emperador Leopoldo, arrojando también su copa, sin que ésta se hubiese roto como las de los oficiales. Siguió un epílogo en el que la Piedad se alegra de que hoy los católicos y los protestantes no se hagan la guerra, y el Arte está satisfecho al ver que, así como la corona imperial ha ceñido la frente de Alemania, la catedral de Ulm tiene por remate la flor en forma de la sagrada cruz.

Por la tarde del 30 salió el ansiado cortejo histórico, en el que no sólo volvieron á presentarse muchos personajes de la pieza histórica, sino que aparecieron también los representantes de otros siglos. En él vimos el primer arquitecto de la catedral, á los gremios, á los grandes mercaderes de Ulm á los cuales el dux Foscari ofreció en 1424 una "buena cámara" en Venecia, á Carlos V, al Duque de Alba y á los representantes de los siglos XVIII y XIX, terminando el cortejo con el carro triunfal en que estaba sentada la figura de la Germania. Y por la noche se ce-

MCD 2022-L5

lebró un banquete animadísimo en los extensos pórticos del mercado. Allí se admiraron una vez más las figuras del cortejo histórico, viéndose muchas escenas cómicas, por ejemplo, una dama noble de Ulm á quien un gitano llevaba de la mano, y el cardenal Granvella pidiendo fuego á un reformador.

Hasta el 6 de Julio, y como si les doliera dar por terminados los festejos, los ulmenses organizaron reuniones en que lucir sus trajes, fiestas populares y jiras.

La inauguración se celebró con animación, lujo y entusiasmo nunca vistos. Los alemanes podemos preciarnos de poseer dos catedrales famosas, la de Colonia y la de Ulm. El que ame el estilo gótico más severo preferirá la del Rhin; el partidario de estilo más liberal preferirá la del Danubio. Las dos catedrales no son rivales: son hermanas.

1890

BIBLIOTECA PÚBLICA - BIBLIOTECA PÚBLICA

ADAN KRAFFT, VITO STOSS, PEDRO VISCHER, PEDRO HELE, JUAN MÜLLER (REGIOMONTANO)

Quisiera cantarte y celebrarte, ¡oh Nuremberg!, honor del suelo alemán, como te cantaba tu hijo entusiasta Hans Rosenplüt.

¡Tiempo feliz aquel en que ceñías á tu sien sacros laureles que te hicieron la envidia de las naciones! En aquella época fecunda para las artes y para las letras, para el saber y para la industria, el genio alemán se encarnó en el gran discípulo de Miguel Wolgemut, el majestuoso Alberto Durero, el príncipe de la pintura, que se vió rodeado de discípulos tan aventajados como Hans de Kulmbach y Hans Schäuffelin, y de un triunvirato de artistas insignes: Adan Krafft, Vito Stoss y Pedro Vischer. En aquella época brillante, el zapatero Hans Sachs se consagró al canto armonioso, y el noble preboste de la iglesia de San

MCD 2022-L5

Sebaldo de Nuremberg, Melchor Pfinzing, escribió el *Teurdank*. En aquella época, Martín Behaim, que nació en Nuremberg en 1459, hizo, encargado por Juan II de Portugal, sus grandes expediciones, descubrió el Brasil y construyó en 1492, en Nuremberg, el primer globo. En aquella época, Wilibaldo Pirkheimer, el amigo y protector de Alberto Durero, se distinguió por su saber profundo, y tradujo á los clásicos griegos y romanos; y un sencillo maestro cerrajero, Pedro Héle ó Hénlein, á quien el rey Luis de Baviera, reconociendo sus méritos, hizo socio de la Walhalla, inventó los llamados "huevos de Nuremberg", la forma primitiva de los relojes de faltriquera. En aquella época, el nurembergués Sebaldo Schreyer fué modelo refulgente de filantropía, debiéndose á su iniciativa el hospital de San Sebastián de Nuremberg, que acogió á los enfermos de la peste; y el piadoso Martín Ketzel viajó dos veces á la Tierra Santa, la segunda vez sólo para trasladar á su patria la medida de las distancias de las estaciones de Nuestro Señor, que había perdido en su primer viaje.

Las alabanzas de Nuremberg las hizo otro socio de la Walhalla, al cual he de tributar también elogios merecidos, Juan Müller, llamado Regiomontano por haber hallado su cuna en Koenigsberg, cerca de Würzburgo. Este gran matemático y astrónomo, que nació el 6 de Junio de 1436, y que desde 1471 á 1475

vivió en Nuremberg, escribió en 1471 á un amigo suyo: "He fijado mi residencia en Nuremberg, así por los instrumentos que esta ciudad me facilita, sobre todo los instrumentos astronómicos, en que estriba la Astronomía entera, como por el trato que desde aquí se puede mantener con hombres ilustrados, dondequiera que vivan, porque la ciudad de Nuremberg es considerada desde tiempos antiguos cual centro de Europa, á causa del comercio de sus mercaderes."

Juan Müller era discípulo del célebre matemático Jorge de Peurbach. Visitó á Italia para aprender el griego, y antes de fijar su residencia en Nuremberg, vivió en la corte de Matías Corvino, rey de Hungría. En Nuremberg, en unión de Bernardo Waltker, estableció un centro de Astronomía y una imprenta, de la cual salieron libros muy correctos. El Papa lo llamó á Roma para que corrigiese el Calendario, y lo nombró Obispo de Ratisbona; pero, en la Ciudad Eterna, una muerte prematura lo arrebató al mundo el 6 de Julio de 1476. ¿Qué diré en su elogio sino que observó los cometas, siendo el primero que los consideró como cuerpos celestes; que añadió á su calendario, impreso en 1475 en Nuremberg, el curso del sol, de la luna y de los planetas; que fabricó algunos instrumentos matemáticos y astronómicos; que introdujo el uso de las tangentes en la Trigonometría, y que corrigió el Algebra?

MCD 2022-L5

Mientras el espíritu de Regiomontano se elevaba al sol, las regiones del cielo se abrieron para artistas insignes, que dieron al suelo nurembergués timbres portentosos.

A más de Alberto Durero, el más alemán de los maestros alemanes, en el cual brilla prodigiosamente la dignidad moral del arte germano—y á quien ya he dedicado capítulo especial,—séame lícito hablar de tres artistas con los cuales tropezamos en Nuremberg á cada momento y á cada paso: el cantero y escultor Adan Krafft, coetáneo de Miguel Wolgemut; el escultor en madera Vito Stoss, y el fundidor de bronce Pedro Vischer, contemporáneo de Durero.

Lo único que se sabe acerca de la vida de Adan Krafft es lo poco que voy á referir. Era hijo del arcabucero Ulrico Krafft, residente en Ulm hacia el año de 1430, y falleció en 1507 en el Hospital de Schwabach, cerca de Nuremberg. Era original en todo lo que hacía, y para no perjudicar la índole y las peculiaridades de sus oficiales aventajados, no intervenía directamente en sus trabajos, sino que instruía á un allegado estúpido, como si quisiera hacer de él un buen maestro, pero sólo para que éste sirviese de ejemplo á sus buenos oficiales para que hiciesen las cosas precisamente de distinto modo que el estúpido. A su mujer, bautizada con el nombre de Magdalena, la apellidaba Eva, porque llamándose él Adan, quería tener por compañera á una Eva.

MCD 2022-L5

Deseaba tanto aprender, que aun siendo anciano, en unión de sus amigos el fundidor de bronce Pedro Vischer y el calderero Sebastián Lindenast, se ejercitaba en el dibujo.

Sus obras tienen algo popular, y para nosotros algo patrio, porque el artista que aspiraba á la verdad de la naturaleza como los neerlandeses y Wolgemut, revestía sus figuras santas con los trajes propios de Nuremberg, y sabía imprimirles carácter individual.

Una de sus creaciones, á la par más conocida y más temprana, pero que por desgracia ha perdido ya por los estragos del tiempo mucho de su pureza primitiva, es *Las Siete Estaciones de Jesús,* que desde la Seilergasse de Nuremberg se extienden al cementerio de San Juan: siete pilares de piedra arenisca, cuya parte superior la componen alto-relieves que miden cinco pies de alto y seis de ancho. Vese al Redentor, al Mártir sublime, marchar bajo la Cruz: "es el dorado sol que va al ocaso, el cedro que desgaja la tormenta".

Una de las representaciones más tiernas es la que muestra al Salvador dirigiendo la palabra á las hijas de Sión; y el alto-relieve más delicado, que recuerda el sentimiento entrañable de Alberto Durero, es el séptimo, en que se ve el cadáver de Jesús, á quien Josef de Arimatea, con los ojos fijos en el cielo, levanta con el mayor cuidado por debajo de los brazos, y á la Madre desolada, que postrada de hinojos, vuelve con ambas manos hacia sí

la cabeza del Hijo de sus entrañas, despojada de la corona de espinas, imprimiéndole el postrer beso, mientras una de las santas mujeres, colocada á su lado, apoya la mano izquierda del Señor, y Magdalena baña con lágrimas el paño funerario. Ante este Cristo, este Josef de Arimatea y estas santas mujeres, exclamaremos: Este es *nuestro* Cristo, el cadáver más querido y más llorado; estos hombres que lloran por el que inmoló su excelsa vida, somos *nosotros;* estas mujeres que al llorar enaltecieron el llanto, son *nuestras* mujeres queridísimas retratadas en toda la belleza de su ánimo piadoso.

La obra postrera de Adan Krafft, la que consumió sus últimas fuerzas, la ostenta la capilla funeral de los Holzschuher en el cementerio de San Juan de Nuremberg. Es el *Santo Entierro,* compuesto de quince figuras de tamaño natural labradas en piedra arenisca. No podía ser dura la almohada de la muerte para el que pasó el último año de su vida en crear obra tan conmovedora. Vese á la *Dolorosa,* "sin clavos y sin crucifijo", velando su rostro lo mismo que el sol se velaba á la muerte del Señor; vese á Magdalena besando aquellos pies sobre los cuales antes había vertido nardo y en larga vena lastimero llanto, y que había secado con el luengo velo de oro de sus cabellos. Vese á Josef de Arimatea y á Nicodemos, que con cuidado ternísimo colocan el cadáver de Jesús en la tumba de rosas, y en la

figura de Josef reconocemos al piadoso artista que creaba cosas tan grandes.

Uno de sus alto-relieves más admirables por la expresión de las figuras es otro Santo Entierro que se encuentra fuera de la iglesia parroquial de San Sebaldo de Nuremberg, enfrente del Ayuntamiento. Esta obra la ejecutó en 1492, por encargo del benemérito fabriquero Sebaldo Schreyer.

Detrás del altar mayor de la iglesia de San Sebaldo, en la pared del coro, existen tres alto-relieves, de cinco pies de alto y otros tantos de ancho, labrados por nuestro artista en 1501: la Eucaristía, el monte Olivete y la prisión de Jesús, ostentando los Apóstoles las cabezas magníficas de los senadores de Nuremberg.

Adan Krafft puso su arte no sólo al servicio de la Iglesia, sino también al de la vida popular, y supo elevar sobre lo vulgar lo que pertenece á la pintura de género. ¡Qué gracioso y animado es, por ejemplo, su alto-relieve, que, teniendo de alto dos pies y ostentando como fecha el año de 1497, se encuentra por encima de la puerta de la Balanza de la ciudad de Nuremberg! El pesador, colocado en el centro de la escultura, examina concienzudo el balanceo del astil que ha de compensar el peso y un grueso bulto por el cual deben pagarse los impuestos, y se ve al dependiente del pesador pronto á añadir otro peso, mientras que el mercader tarda en sacar el dinero de su bolsillo.

MCD 2022-L5

No me detendré en hablar de los tabernáculos que Krafft labró para las iglesias de Schwabach y de Heilsbronn, limitándome á citar su magnífico tabernáculo de la iglesia de San Lorenzo de Nuremberg. Esta es una obra esbelta, de sesenta y cuatro pies de alto, con una baranda por debajo á la que conducen dos escaleras, y está sostenida por tres figuras de tamaño natural, representando al maestro con gorro, pala y mandil, y á sus dos oficiales. Los pilares de la baranda los adornan ocho figuras de santos, y en los estribos del tabernáculo vense entre doradas rejas, las figuras de Moisés, de San Juan, de María y de Santiago el Menor. Sobre el tabernáculo propiamente dicho se alza una torre adornada con figurillas de personas santas y con altorelieves que representan la Pasión. Aquella torre esbelta y delicada tiene por remate la figura del Señor resucitado, bendiciendo con la diestra, y llevando en la izquierda el lábaro de la victoria. Dice la tradición que el nurembergués Hans Imhoff mandó hacer aquel tabernáculo en sufragio del alma de su criado y en expiación de su propia culpa, pues Imhoff la tuvo de que su infeliz sirviente fuese ejecutado por la falsa sospecha de haberle robado un vaso de algún precio.

También dedicaré un recuerdo á un artista respetable: el escultor en madera Vito Stoss, que, siendo natural de Cracovia, emigró á Nuremberg en 1495, y alcanzó la edad de noven-

ta y cinco años, falleciendo en 1542. Mezclaba la pintura á la plástica, pintando sus esculturas de madera, que se distinguieron por lo intenso de la expresión y lo suave de las formas; y ya desde la remota Cracovia su fama llenaba los espacios y se extendía á Portugal, cuyo rey—según dice Juan Neudörffer en la interesante obra *Noticias de los principales artistas y artífices que vivieron durante un siglo en Nuremberg,* que publicó en 1546, y que aun hoy es nuestra fuente principal respecto á los artistas nurembergueses—le encargó esculpir en madera las figuras de Adán y de Eva, y aquellas figuras, á la vez adornadas con oro y pintadas, eran de naturalidad tan pasmosa, que cuantos las contemplaban se estremecían, y en el primer momento no podían pronunciar palabra alguna, pues les parecía que las figuras vivían; de modo que pudiera decirse que Vito Stoss hizo de la madera hombres y convirtió á los hombres en estatuas.

El maestro fué la sobriedad misma, no bebiendo nunca vino; pero en la senectud tuvo la desgracia de perder la vista: tan grande era el esplendor de su última creación, un Crucifijo peregrino, que se apagó la luz de sus ojos.

La obra maestra de Vito Stoss existe todavía cerca del tabernáculo de Adan Krafft, en la iglesia de San Lorenzo de Nuremberg, encontrándose suspendida en la altura entre la

MCD 2022-L5

nave y el coro. Es una magnífica escultura de madera, que mide diez pies de alto y representa la Anunciación de Nuestra Señora. Tiene por marco una guirnalda de rosas esculpidas que pudiera llamarse la aureola inmortal del artista. Vese en aquella guirnalda, á los pies de María Santísima, retorcerse vencida una serpiente, teniendo en la boca la poma, y es un símbolo de que—según la bellísima metáfora del vate Conrado de Wurzburgo—por el *Ave* fué vencida *Eva*, y de que de la maldición que en el Antiguo Testamento *Eva* atrajo sobre los mortales por su desobediencia, éstos fueron salvados por el *Ave* del Nuevo Testamento.

Pero el maestro más popular, más ínclito y tan modesto como incansable, fué el fundidor de bronce Pedro Vischer, cuyo busto adorna también la Walhalla y cuya fundición visitaron hasta los magnates y los príncipes. Este hijo de Vulcano y de los Cíclopes nació de una familia de fundidores de cobre, y fundió lo mismo candeleros de latón para el uso doméstico, que la preciosa tumba de San Sebaldo. Formando contraste con Adan Krafft, adicto á la escuela patria, aspiró en sus obras, puramente alemanas, á la nobleza de la forma, y concluyó siguiendo las influencias italianas del Renacimiento, sobre todo en su célebre tumba de San Sebaldo, que, ayudado de sus hijos Pedro, Hermann, Hans, Pablo y Jacobo, ejecutó desde 1508 á 1519 para la iglesia de

MCD 2022-L5

San Sebaldo de Nuremberg. En aquella obra noble, elegante y valiosa—que se debió al impulso del fabriquero Sebaldo Schreyer, y el importe de la cual fué pagado con las limosnas recogidas por dicho patricio,—el estilo gótico y el Renacimiento, la fantástica Edad Media y el tiempo nuevo se dan la mano para formar un conjunto á la vez encantador y caprichoso.

Aquella creación prodigiosa del genio de Vischer, en cuyas preciosísimas esculturas toma parte así el cristianismo como la mitología y la contemplación de la Naturaleza y de la vida, es un baldaquino de bronce que, midiendo quince pies de alto, ocho y medio de largo y cuatro y medio de ancho, se levanta por encima del sarcófago de roble que encierra los restos mortales del Santo, terminando la pirámide media del techo con la figura del Príncipe de la vida, del Niño Jesús, que lleva el globo, mientras ante los pilares del baldaquino, sobre columnitas semejantes á candelabros, están los doce Apóstoles, columnas de la Iglesia, y en los remates de los pilares se ve á los doce Profetas del Antiguo Testamento.

Las figuras todas están labradas en el estilo más noble de los escultores italianos, pudiendo rivalizar con las obras de Ghiberti. El sarcófago descansa sobre un pedestal adornado con cuatro bajo-relieves peregrinos, que representan la leyenda de San Sebaldo, el cual, según dice la tradición, tuvo por padre á un

MCD 2022-L5

rey de Dinamarca en tiempos de Constantino, estuvo agraciado con el don prodigioso de hacer maravillas, y murió en la selva imperial próxima á Nuremberg. El pedestal del sarcófago lo sostienen delfines y caracoles, animales que al parecer indican el silencio eterno de la muerte; en los cuatro ángulos del pedestal existen, abajo, las figuras desnudas de los vencedores de leones y serpientes, los heroicos Nemrod y Sansón, Perseo y Hércules, teniendo en el medio á las figuras femeninas de las cuatro virtudes cardinales: la Fuerza, la Templanza, la Prudencia y la Justicia. En los ángulos de la tumba hay candelabros sostenidos por sirenas, los símbolos de la seducción, y los pies de los pilares y candelabros encuéntranse enlazados con coronas de bronce, en las que algunos niños se mecen, los unos, los de abajo, ocupados en cosas inútiles, siendo otros, los del medio, aun bastante inhábiles, pero pareciendo los de arriba angelitos encantadores. El artista quiso indicar en aquella obra maestra que el mundo ideal, sublime y celeste, simbolizado por Cristo, los Apóstoles, los Profetas y los serafines, ha de triunfar del mundo terrestre, representado por las figuras que existen en la parte baja del monumento.

Bajo las figuras de los Apóstoles está la de San Sebaldo, mientras al otro lado estrecho del pedestal se ve al maestro Pedro Vischer ostentando su sencillo traje de fundidor de

MCD 2022-L5

bronce, y no obstante su modestia, una conciencia noble de sí propio. Y así como el popular é incomparable artista, gloria de Alemania, se representó en la tumba de San Sebaldo cual hombre robusto y alto, de barba crespa, y con el delantal suspendido de los hombros, así vive y vivirá en la fantasía del pueblo.

El maestro nació en Nuremberg por los años de 1455, y falleció allí en 1529.

1878

MCD 2022-L5

LA CATEDRAL DE COLONIA

Fué Juan de Colonia el que, según afirma la tradición, construyó las dos torres de la fachada principal del templo catedral de Burgos, tan ostentoso como rico en adornos, ejecutando las agujas elevadísimas y de trabajo muy delicado, según la planta y traza de las de Colonia. Yo, admirador entusiasta de aquel arquitecto, tocayo mío, que abandonando á Colonia fijó su residencia en la antiquísima patria de los condes de Castilla; yo, admirador del templo monumental de mi patria, mansión del Señor, en la que consagramos al Eterno la piadosa sinceridad de nuestra creencia; voto de nuestros padres que va á cumplirse en nuestros días; templo grandioso que habla á la vez al sentimiento religioso y al estético del espectador, y que tiene un encanto más para los que, como yo, pueden seguir á diario su desarrollo, viendo crecer la estupenda construcción bajo la dirección de un maestro inteligente y bajo las manos acti-

MCD 2022-L5

vas de un enjambre de artífices, trataré de bosquejar las bellezas de la suntuosa Catedral de Colonia, flor la más peregrina del género y gusto germánico que en España creó las bellísimas catedrales de León, de Burgos y de Segovia; compendio de las más nobles y más puras formas arquitectónicas; obra del arte tan majestuosa como esbelta, elegante y graciosa; monumento sin par de la grandeza de Alemania; expresión sublime del poderoso genio alemán; testimonio brillantísimo de la piedad de nuestros mayores y de su confianza en sí propios; templo que con sobrada razón llaman *summum,* según escribió Petrarca (1), que en 1331, al pasar por Colonia, vió aquella fábrica gloriosa que no sólo sobrepuja á las otras iglesias de Colonia, la de San Gereón, la de los Santos Apóstoles, la de San Martín y la de Santa María, sino á las demás del mundo cristiano; obra divina y tres veces santa, porque encierra los restos mortales de los tres Reyes Magos; orgullo de los siglos, octava maravilla, trasunto de las alturas celestiales, encarnación de piedra de un cántico en honor del Altísimo, que remata en la proximidad del cielo con los más ardientes, los más puros acentos de júbilo; mole colosal que el arte gótico en el período de su mayor riqueza se encargó de aligerar, animando las

(1) Dice en su carta al cardenal Colonna: "*Templum arte media pulcherimum, quamvis incompletum, quod haud immerito summum vocant.*"

masas imponentes con rasgadas ventanas y con número infinito de aéreos botareles, torrecillas, galerías, molduras, cresterías, mascarones, baldaquinos, doseletes, estatuas y figuras de relieve; Catedral gigante que muestra en su interior á la par el encanto de lo sencillo, la fuerza de lo grandioso, la magia del arte, una bóveda magnífica, una selva prodigiosa de columnas á la vez esbeltas y vigorosas, la luz templada y majestuosa que penetra por las vidrieras de colores de las grandes, prolongadas y puntiagudas ventanas; una abundante cantidad de objetos que excitan á la consideración de los sagrados misterios; un asilo sagrado, en cuyos pórticos, en cuyo crucero, en cuyas cinco naves, en cuyos cinco nichos y capillas duermen el sueño eterno nuestros grandes hombres, participando sus lápidas de la santa paz de esta catedral eterna.

Es tan imponente, tan tranquila, tan santa la majestad del sagrario, que no es preciso entender el idioma de las artes para admirar esta obra prodigiosa, en que nos habla aún con lenguaje elocuentísimo el genio de su primer arquitecto.

¡El maestro de la Catedral de Colonia! He aquí las palabras grabadas en uno de los muros de la Walhalla. Pero ¿cómo se llama ese maestro que ha de considerarse sin duda como uno de los arquitectos más grandes de todos los tiempos? ¿Quién ideó templo tan augusto, cuya primera piedra colocó el arzobispo de

Colonia, Conrado de Hochstaden, el 14 de Agosto de 1248? Están aún discutiendo los hombres ilustrados si el plan de esta Catedral—en la cual el ánimo queda como suspenso y en verdadero éxtasis, hasta que, presentándose poco á poco los detalles, se va la vista desentendiendo del efecto general—se debe sólo á un maestro, ó á dos separados por un espacio de setenta años.

Sulpicio Boisserée, que en 1821 publicó las ilustraciones de su gran obra *La Catedral de Colonia,* cuyo texto apareció en 1823, creía que una concepción tan cumplida, tan armónica, tan incomparable como ésta, hubo de salir, á semejanza de la armada Minerva, como por encanto y de un golpe en la cabeza de un artista. Le parecía profanación el decir que aquel plan pudiese haber nacido en pedazos y fragmentos, y hasta creerlo se le antojaba imposible. Por el contrario, el autor de *La historia de las Bellas Artes,* Carlos Schnaase (1), dice que no se trataba en 1248 de una iglesia nueva, puesto que la inscripción del año 1320 relativa á la inauguración del templo en 14 de Agosto de 1248 habla tan sólo de una *amplificación* de la Catedral antigua *(Presul Conradus ab Hochstaden generosus ampliat hoc templum),* y también la bula del 21 de Mayo de 1248 habla sólo de una restauración de la antigua Catedral *(reparare cupiunt),* que se

(1) Véase la obra citada, tomo V, páginas 404 á 412.

había hecho necesaria por el incendio de ésta ocurrido el 30 de Abril del mismo año; pero este incendio fué tan pequeño, que la nave del antiguo templo existió hasta 1322, y hay varios testamentos de canónigos colonienses que demuestran que éstos no imaginaron ver reemplazada la nave que formaba el cuerpo del edificio antiguo por una fábrica nueva. Por lo tanto, cree Schnaase que no se trataba en 1248 sino de amplificar la antigua Catedral con un coro nuevo, lo mismo que se hizo en la catedral de Mans en 1217 y en la de Tournay, y que sólo después de concluído el coro, es decir, en 1322, se acordó extender la fábrica nueva y hacer la planta de las naves. "El maestro del coro", continúa diciendo Schnaase, fué el maestro Gerardo, que imitó el coro de la catedral de Amiens (1), comenzada en el año 1220, y si el mérito del arquitecto no consiste, pues, en la invención, consiste, en cambio, en la ejecución incomparable, en el sentimiento delicado que se manifiesta en cada parte, en todos los detalles; de modo que la obra admirable del grandísimo maestro coloniense, comparada con su modelo, el coro de la catedral de Amiens, es como la rosa magnífica en su completo desarrollo, comparada con el capullo medio abierto. Y el que fué

(1) Ignoramos quién descubrió primero la semejanza entre el coro de la catedral de Amiens y el del templo de Colonia; pero sabemos que acerca de ella escribió primero en Alemania el Sr. Reichensperger.

MCD 2022-L5

maestro de la fábrica de Colonia, al inaugurarse el coro en 1322, y que ejecutó las partes altas de éstos y aquellos machones tan elegantes, el maestro Juan, hijo del maestro Arnoldo, es, según opina Schnaase, probablemente el inventor de la planta total de la Catedral, consiguiendo, al continuar la obra común, asociarse completamente á los principios de su predecesor, aunque teóricamente estaba ya en otro terreno."

Es verdad que la planta de la nave que forma el cuerpo del edificio y la de la nave transversal no se ajustan en todos los conceptos al espíritu de la arquitectura del siglo XIII, en que fué concebido el plan del coro; pero eso se explica fácilmente porque el plan primitivo se ejecutaba por fragmentos y se reformó, según los principios de los siglos XIV y XV, cuando se empezaron á edificar la nave que forma el cuerpo de la iglesia y la nave transversal. Tampoco negaremos que el plan primitivo se limitaría á un sencillo diseño, pues según la autorizada opinión del conocedor más profundo de la arquitectura gótica, el consejero primero de fábricas, Sr. Schmidt, no hay noticia de que existieran en el siglo XIII plantas tales como las que ejecutamos nosotros y como se empezaban á trazar en pergamino en los siglos XIV y XV. Pero según dice el Dr. Leonardo Ennen (1), archivero de la ciu-

(1) La *Catedral de Colonia*. Colonia, 1872; pág. 20.

dad de Colonia—y á su opinión me asocio enteramente,—existió planta completa de la Catedral nueva en 1247, pues el 25 de Marzo de dicho año, es decir, trece meses antes del incendio del templo antiguo, resolvió el Cabildo de Colonia edificar una *Catedral nueva*, ejecutando así el pensamiento del poderoso arzobispo Engelberto I, que ya había ofrecido cuatrocientos marcos (1) para una fábrica nueva, para la cual se hicieron también otras donaciones á principios de 1248; y si la inscripción de 1322 habla sólo de una amplificación de la fábrica antigua, no expresa sino el pensamiento de su época, pero no el de 1248.

El mérito de haber trazado el plan primitivo de la Catedral de Colonia corresponde probablemente, según dijo Boisserée, al maestro Gerardo, á quien el Cabildo llama en un documento del año 1257, *lapicida rector fabricæ nostræ* (maestro de obras de cantería y director de la fábrica coloniense), y agradeciendo los méritos que había contraído con el Cabildo (*propter meritorum obsequia nobis facta*), le concedió éste un área en la que á sus expensas edificó una casa. Los documentos que hablan del maestro Gerardo—del cual el Sr. Fahne se ocupa detenidamente en su obra *Diplomatische Beitræge zur Geschichte der Baumeister des Kælner Domes*, Düssel-

(1) Un marco de oro de entonces equivale á once thalers de hoy; un thaler equivale á quince reales.

dorf, 1849—le llaman Gerardus de Rile ó de Kettwich, siendo Rile la patria de su padre, pueblecito situado á corta distancia de Colonia, y Kettwich el nombre de una vasta hacienda paterna en la calle de Marzellen, y donde quizá nació el gran arquitecto. En el año 1302 se hace mención de él como difunto.

Hubo quien atribuyó la planta de la Catedral al ilustre dominico Alberto Magno (1), el filósofo alemán más eminente del siglo XIII y perito también en el arte de la arquitectura, según demuestra la inscripción siguiente, que se hallaba en una vidriera de colores del coro de la iglesia dominicana de Colonia:

"Condidit iste Chorum Præsul qui philosophorum
Flos et Doctorum fuit Albertus, scholæque morum
Lucidus errorum destructor obesque malorum:
Hunc rogo Sanctorum numero Deus adde tuorum."

Pero Alberto Magno, que vivió en Colonia desde 1249 á 1260, no estaba en esta ciudad cuando se concibió el plan de la Catedral, sino en París, donde se ocupaba en dar lecciones de teología. Tampoco puede demostrarse que el plan se debiera al obispo de Paderborn, Simón de Lippe, de quien habla un párrafo que fué añadido después á la Crónica de Gobelino Persona, redactada en 1418, diciendo que Conrado de Hochstaden colocó la prime-

(1) El canónigo Bœcker expresó esa opinión en 1818. La adoptó también el profesor Wallraf, siguiéndole en 1844 el profesor Kreuser, autor de los *Kœlner Dombriefe*.

ra piedra: "*Cum consilio et industria Simonis, qui tunc in arte architectonica præcipue celebrabatur.*"

He aquí el catálogo de los primeros arquitectos de nuestra Catedral: el maestro Gerardo; el maestro Arnoldo, de quien se hace mención en un documento del año de 1296, y su hijo Juan, á quien en otro documento de 1308 se llama *magister operis mayoris ecclesiæ*, y otro de 1319, *rector fabricæ*. No debe figurar entre los primeros arquitectos Enrique Sunere de Colonia, á quien Fahne cree autor de la planta de la Catedral, porque un documento de 1248 le llama *petitor structura majoris ecclesiæ*, lo que traduce el mencionado escritor: "aspirante á maestro de la fábrica", siendo así que quiere decir colector de dones en pro de la Catedral.

A los que pregunten por qué se tienen noticias tan escasas acerca de los arquitectos que con tanto lustre para la nación supieron realizar sus pensamientos, les contestaremos que mientras los cronistas monjes se complacían en ensalzar los méritos de sus compañeros, los artistas monjes, los historiadores alemanes de aquellos tiempos, consideraban á los seglares, á los cuales pasó en el siglo XIII el arte de la arquitectura, y que acometiendo empresas tan vastas excitaron la admiración de los siglos siguientes, sólo como oficiales y operarios.

Antes de trazar la historia de la Catedral

de Colonia, daremos noticia de la Catedral antigua. Según la tradición acreditada, mandó edificar un templo catedral el archicapellán de Carlomagno, arzobispo Hildeboldo, dedicándolo á San Pedro. El arzobispo Williberto lo levantó y lo inauguró en 874, asistiendo á la solemnidad los Arzobispos de Tréveris y de Maguncia y otros sufragáneos. Pero ya en 881 devastaron los normandos las iglesias de Colonia, y el arzobispo Williberto se vió obligado á reparar la Catedral, en la cual fué enterrado en 889. No es ésta la Catedral antigua, cuya nave existía aún en 1332; el estilo de aquel templo, del cual se conservan algunos restos en el Museo de Colonia, y del que habla el calendario de la custodia de la Catedral, que se guarda en la Biblioteca de Maihingen, muestran la época del arzobispo Gero, que ocupó la Sede arzobispal desde 969 á 976. La que llamaremos, pues, basílica de Gero, gozaba de fama tan grande, que el arzobispo Aldebrando de Brema la quería tomar por modelo de la que resolvió erigir en lugar de la Catedral destruída por el incendio. Este parece que también maltrató en 1149 á la Catedral de Colonia, que el arzobispo Reinaldo de Dassel adornó después con dos torres de dimensiones colosales. El mismo arzobispo mandó elevar en medio de la Catedral un precioso mausoleo á los Reyes Magos.

Ya después del incendio de 1149 se convirtió Colonia en la ciudad más magnífica de la

MCD 2022-E5

Edad Media, y por fin, el de 1248, que acabó con las torres edificadas bajo el archiepiscopado de Reinaldo, impulsó al arzobispo Conrado de Hochstaden á edificar una Catedral nueva; pero en atención al Oficio divino, que hasta fines del siglo XIII se celebró sin interrupción en la antigua Catedral, resolvió construir antes el coro, que había de levantarse detrás de la Catedral antigua. La construcción del coro del glorioso templo nuevo—para el cual se extraían las piedras cuadradas de una cantera del Drachenfels, uno de los siete montes próximos á Colonia—se retrasó por las guerras sangrientas de la ciudad arzobispal contra sus mismos arzobispos, y no se concluyó hasta 1322, siendo trasladados á él los restos mortales de los Reyes Magos, que la iglesia de Colonia debió en 1162 al emperador Federico Barbarroja, el cual los había adquirido en Milán.

Después empezaron á erigir el muro oriental del crucero oriental. Entonces no se sustituyó el plan del maestro Gerardo por otro, sino que fué ejecutado de modo aun más rico y brillante. En fin, en 1450, la gran torre meridional, que en los dos años anteriores había recibido las campanas, alcanzó la altura tal como la hemos visto hasta hace pocos años, montándose una grúa para subir las piedras, que, por estar condenada durante el espacio de casi cuatro siglos á la inactividad más completa, fué como el emblema de Colonia.

MCD 2022-L5

Hasta 1450 continuaron erigiendo la torre septentrional; en 1508 y 1509 pusiéronse las brillantes vidrieras de colores en el crucero septentrional, y en 1572 colocóse el órgano.

Para completar el catálogo de los maestros de la fábrica, diremos que, después de muerto en 1330 el maestro Juan, hijo del maestro Arnoldo, figuran como maestros primeros Rutgero, Miguel, Andrés de Everdingen, Nicolás de Büren, que murió en 1446, Conrado Kuyn, que falleció en 1469, y Juan de Frankenberg.

Siguió un período triste para la construcción de la Catedral, en que se menospreciaba la llamada gótica "barbarie", y el siglo XVIII vió destruirse las más graciosas creaciones del arte de la Edad Media, como el tabernáculo colocado á mano izquierda del altar mayor de la catedral.

Cuando las tropas republicanas francesas entraron en 1794 en la ciudad del Rhin, el profesor Wallraf logró apenas defender el venerando templo de la devastación: en 1796, los franceses lo emplearon para dar forraje á sus caballos, y en 1797 albergó á algunos millares de prisioneros austriacos, que se vieron obligados á quemar los bancos y postradores para calentar sus miembros helados. ¡Cosa increíble: el obispo francés de Aquisgrán, Berdolet, se atrevió á pedir á Napoleón que derribase enteramente la fábrica!

¡Gloria eterna á los hombres que volvieron á dar á conocer á la nación los pensamientos

profundos y grandiosos que el arte alemán encarnaba en sus catedrales, indudablemente de las primeras entre las del extranjero, y el espíritu poético que habla en estos monumentos de la Edad Media! Jorge Forster fué el primero que trató de sacar al arte de la postración en que se hallaba, recomendando las obras de los antiguos maestros para estudio y para imitación. Podría decirse que el que publicó el libro *Vistas del Bajo Rhin*, fué para nuestra Catedral el San Juan Bautista anunciando la venida del Salvador. A Forster siguió Federico de Schlegel, que en París formó un círculo de sabios alemanes, proponiéndose despertar entre los mismos franceses la admiración del espíritu alemán. Los primeros que se le asociaron fueron tres hijos de Colonia y amantes del arte, los hermanos Boisserée y Bertram. Sulpicio Boisserée resolvió en 1810 ejecutar siquiera en efigie lo que la suerte adversa había impedido realizar, presentando al mundo la Catedral en toda la perfección que soñó el primer arquitecto. Por eso encargó á un maestro experto en arquitectura trazar la planta, y á dibujantes muy hábiles diseñar todos los detalles, y á grabadores muy distinguidos grabar esos detalles en cobre. Y su obra fué para el grandioso templo cristiano lo que la de Owen Jones para la Alhambra. Goethe, que en 1774 vió por vez primera las ruinas de la Catedral, que le llenaban, así de admiración como de dolor, pronunció

en 1816 en el primer cuaderno de la Revista *Sobre el arte y la antigüedad*, que fundó en unión de los hermanos Boisserée, los axiomas que se realizaron después en el *Dombauverein*, la *Asociación para la construcción de la Catedral*. El joven príncipe heredero de la Corona, y después rey de Prusia, Federico Guillermo IV, vió en 16 de Julio de 1814, en compañía de Sulpicio Boisserée, el santuario que, amenazando ruina segura, se presentaba, según dijo José Goerres, "cual reproche eterno, mostrándose indignado el artista porque tantas edades no realizaron lo que él tan sólo, siendo un hombre débil y mortal, había llevado en su espíritu"; y el Príncipe, generoso y apasionado de las artes, fué el primero que en el círculo de confianza de unos hombres cultos y entusiastas expresó la idea atrevida de llevar á feliz término el templo colosal cuya grúa se levantaba desde hace siglos, cual interrogación gigantesca, preguntando: "¿Cuándo, por fin, ¡oh alemanes!, concluiréis mi fábrica, esta Catedral que pertenece á la admiración de todas las naciones, sí, pero que sólo quiere ser un monumento de la fuerza de los que la idearon y la empezaron, un monumento perenne de la fuerza y del genio germánicos?"

Debía resonar también como reproche á los oídos alemanes la leyenda popular que, comparando una obra pagana, el canal romano que desde las cumbres del Eifel conducía el

agua á Colonia, con la prodigiosa obra cristiana, la Catedral, decía así:

"Al empezarse la construcción de la fábrica, el diablo apostó con el arquitecto á que haría un canal desde Tréveris á Colonia antes de que se terminase la Catedral. Y como símbolo de eso, debería nadar un ánade en el canal. En efecto: cuando la grúa de la Catedral había alcanzado la altura que hemos visto hasta hace pocos años, apareció aquel ánade temido, siendo para el arquitecto señal de la pérdida de su apuesta. Viéndolo, se precipitó el maestro desde la torre, y le siguió su perro fiel."

La Catedral de Colonia, que durante tantos años fué imagen de la perdición de Alemania, había de ser también el fundamento de la resurrección de la patria, la base de nuestra unión nacional.

Por fin, en 1824 empezaron á restaurar el templo gótico, que parecía una selva devastada por el vendaval. Pero el arquitecto encargado de las obras de reparación, Ahlert, no entendía las leyes de la arquitectura gótica, y creaba adornos arbitrarios y extraños, que formaban contraste desagradable con los bellísimos tipos antiguos. Afortunadamente, el nuevo maestro de la fábrica, el enérgico é inteligente Zwirner, que sucedió á Ahlert, después de muerto éste en 1833, sabía penetrar más en las formas de la antigua cantería, y gracias á él, los talleres de la Catedral de Co-

MCD 2022-L5

lonia—la llamada *Kœlner Dombauhütte*—conquistaron renombre europeo.

El 8 de Diciembre de 1841 constituyóse en Colonia una *Asociación para la construcción de la Catedral (Kœlner Dombauverein)*, con el objeto de encender y alimentar la llama del entusiasmo en toda la patria alemana para que el templo coloniense se llevase á cabo según los geniales planes de los antiguos arquitectos. Esta Asociación, á la que en 1850 se unieron multitud de corporaciones académicas formadas por la flor y nata de nuestra juventud académica, tuvo por órgano un periódico titulado *Domblatt*, que, consagrado exclusivamente á la Catedral de Colonia, vió la luz primera en Julio de 1842.

Los aires de la fortuna volvieron á soplar sobre el templo monumental, y el rey Federico Guillermo IV de Prusia, al colocar en 4 de Septiembre de 1842 la primera piedra para la continuación de la obra—asistiendo á la solemnidad, que se celebró en el pórtico medio de la portada meridional, la Reina, el archiduque Juan, y otros príncipes alemanes y el arzobispo coadjutor, Juan de Geissel, que después, con lustre de la Iglesia, llevó el birrete cardenalicio,—pronunció las palabras eternamente memorables: "Aquí, donde está la piedra fundamental; allí, junto con aquellas torres, deben levantarse las puertas más hermosas del mundo. Alemania las está edificando. ¡Ojalá que se hagan para Alemania,

MCD 2022-L5

por la gracia de Dios, las puertas de una época nueva, grande y buena! El espíritu que edifica estas puertas es el mismo que hace veintinueve años rompía nuestras cadenas y ponía fin á la vergüenza de la patria y á la enajenación de esta orilla. ¡Y la gran obra pregone á las generaciones venideras la gloria de una Germania grande y poderosa por la concordia de libres príncipes y pueblos; de una Germania que, hasta sin derramar una sola gota de sangre, conquista la paz del mundo!"

Después empezó una era de actividad tan pasmosa, que en los cuatro años siguientes la Catedral avanzó más que en toda la Edad Media, y ya en 14 de Agosto de 1848, es decir, en el sexto centenario de la inauguración, la vastísima nave que forma el cuerpo de la iglesia pudo dedicarse á la celebración del Oficio divino. A fines de 1849 terminóse la portada meridional, la de la esbelta crestería, y el 6 de Diciembre de 1854 se colocó la última flor, también en la portada septentrional, ofreciendo las dos portadas en su ornato arquitectónico aspecto sin segundo. En el verano de 1860 concluyóse la construcción del tejado de la nave que forma el cuerpo de la iglesia y el de la nave transversal, y el 15 de Octubre del mismo año, cumpleaños del Rey, el maestro de la fábrica, Sr. Zwirner, posó la dorada estrella del alba sobre la esbelta y atrevida torrecilla que sale de los llanos del tejado, estando construída con hierro y adornada con cinc.

Ni al Rey ni al maestro de la fábrica les cupo la suerte de ver terminada su obra gigante: Federico Guillermo IV, cuyo reinado fué tan feliz para la Iglesia como para las artes, habiéndose construído trescientas treinta iglesias mientras ocupó el trono de Prusia; el Rey que con amor purísimo amaba á la Catedral de Colonia, y que con su discreta palabra llevaba tras sí las simpatías generales, falleció en Sanssouci en la noche del 2 de Enero de 1861. Al generoso protector de la Catedral no puedo menos de consagrarle un recuerdo, diciendo que al llegar á Colonia le acogió y le saludó el culto á la idea que representaba, al gran principio en él personificado. Pero al marchar, era él, él, quien se llevaba tras sí los corazones, y con los corazones, lágrimas, vítores y aplausos.

Muerto este Rey, la Catedral perdió su primer protector; pero afortunadamente el rey Guillermo I, continuando la obra gloriosa de su antecesor, profesó al templo denominado "el mendigo regio del Rhin" el mismo amor. El 22 de Septiembre de 1861 también abandonó á su querida Catedral el ilustre maestro Zwirner, siendo llamado á la catedral del cielo y llevando á la tumba gloria eterna. Le siguió en la dirección de la fábrica el que actualmente la dirige: el maestro Voigtel.

Por fin, en 15 de Octubre de 1863, aniversario del cumpleaños del generoso Federico Guillermo IV, llegó el suspirado día en que

se derribó el muro que por tantos siglos había separado la nave y el coro, de modo que ya podía dedicarse al Oficio Divino el espacio entero del templo, y la vista fascinada se dilataba por las vastas columnatas siguiendo las largas líneas de las naves góticas, inundadas de pintada luz.

Hasta entonces se había invertido en la Catedral, desde su continuación en 1842, la cantidad de dos millones doscientos veinte mil thalers (1), siendo la mitad subvención del Rey de Prusia, y debiéndose la otra á la actividad del *Dombauverein*.

No restaba sino terminar las dos torres gigantes, que subiendo en pulsaciones cada vez más vivas y más veloces, en formas cada vez más ligeras, cada vez más aéreas, concluirán siendo altísimas pirámides caladas, de piedra, que, al perderse atrevidas en las nubes, triunfarán de la mole maciza y colosal.

En 1863 el rey Guillermo autorizó una lotería en pro de la Catedral, que hasta hoy ha producido resultados muy brillantes, de manera que, no faltando el dinero, hace avanzar la fábrica como el vapor. Y eso no es una metáfora, pues en 1869 se colocó cerca de la torre septentrional una máquina de vapor para subir el material, y por aquella máquina se realiza en tres ó cuatro minutos lo que antes requería tres cuartos de hora. Ya las to-

(1) Un thaler equivale á quince reales.

rres han alcanzado una altura de trescientos pies, y la generación feliz que ha visto la unidad del Imperio alemán, contemplará dentro de pocos años cumplirse también el símbolo más hermoso de ésta, viendo terminarse la sin par obra en que se refleja la historia del pueblo alemán, la obra que el maestro genial construía con toda su alma; verá las torres brotando de la mole á manera de flores que vigorosas brotan de los capullos; verá las esbeltas agujas de crestería elevándose hacia el cielo. ¡Ojalá que yo pueda entonces describir á mis hermanos de España ese día de fiesta para mi patria, para la Alemania unida, para el mundo entero; ese día en que la última flor en forma de cruz corone el monumento sagrado (1).

"El templo Catedral de Colonia, como dice el Dr. Ennen, es el gran maestro que enseñaba y sigue enseñando al esmaltador, al estatuario, al pintor al fresco, al decorador, al escultor, al orífice, al cerrajero y al bordador, á levantarse desde la escala de simple oficial á la posición de verdadero artista."

Los talleres de la Catedral de Colonia, que fecundaron á la arquitectura gótica por el

(1) Según afirma la *Gaceta de Colonia* en su número correspondiente al 13 de Marzo de 1877, se dará principio inmediatamente á las obras de reparación de la torre meridional, que ha sufrido tantos estragos del tiempo, y el maestro de fábrica Voigtel cree que en 1880 se presentarán ambas torres en toda su hermosura y majestad imponentes.

MCD 2022-L5

espíritu alemán, fueron escuelas de arquitectura y de miniatura. A ellos se debe el coro de las iglesias catedrales de Gladbach y de Utrecht, y la abadía de Altenberg; maestros de Colonia tomarían parte en los trabajos de las catedrales de Metz y de Cleve; el maestro de Colonia Enrique de Koldenbach consagró su actividad á la bellísima iglesia de Santa Catalina de Oppenheim; el coro de la iglesia de San Pedro de Soest demuestra la influencia de la escuela de Colonia, y un hijo de esta ciudad, Juan Hültz, el menor, terminó en 1439 la torre de la catedral de Estrasburgo, en la que había trabajado también Juan Hültz, el mayor. Ya he hablado del célebre Juan de Colonia, que no sólo trazó el plan de la iglesia de la Cartuja de Miraflores, sino que con su hijo Simón fué maestro de las obras de la catedral de Burgos, y he de añadir que, por fallecimiento de Simón, proveyó el oficio de maestro de obras de cantería de la catedral de Burgos, el hijo de Simón, Francisco de Colonia, cuyo crédito no estaba encerrado en Burgos, pues el Obispo y el Cabildo de Astorga pidieron en 1540 que fuese á visitar la obra de la nueva catedral que se estaba edificando (1). Según la planta de la Catedral en Colonia se erigió, en dimensiones más pequeñas, la iglesia de Nuestra Señora, cérca

(1) Véase la *Historia del templo catedral de Burgos*, por el Dr. D. Manuel Martínez y Sanz. Burgos, 1866; página 187.

MCD 2022-L5

de Châlons del Marne. Maestros colonienses se ocuparon en construir las dos iglesias que se erigieron en 1369 en Kampen, cerca de Zuydersee. Y las cuentas de la catedral de San Víctor de Xanten demuestran que las labores más relevantes de aquel templo fueron ejecutadas por colonienses. Dice la tradición que los mismos oficiales que erigieron el coro de la Catedral de Colonia edificaron en sus horas de descanso la iglesia de Menores de la misma ciudad; pero aquella tradición sólo significa que la Catedral es una obra vastísima y magnífica, contrastando con la iglesia de los Menores, consagrada en 1260.

La Catedral de Colonia, cuyos gastos desde 1842 á 1876 se elevaron á ocho millones doscientos veintitrés mil marcos (1), destinándose desde 1864 hasta fines de 1875, para las torres, seis millones cuatrocientos noventa y tres mil marcos; la Catedral de Colonia, á la cual está unido por siempre el nombre del arquitecto Francisco Schmitz, que dió á la estampa en 1871 una gran obra de lujo á ella referente, terminada en 1877; la Catedral, en cuyos talleres se ocupan quinientos cincuenta operarios, mientras ciento cincuenta canteros trabajan para la misma en los de Koenigswinter, Rinteln é Hildesheim, constituye el centro de todas las aspiraciones relativas al estilo gótico, y éste, que se encontra-

(1) Un marco equivale á cinco reales.

MCD 2022-L5

ba próximo á la muerte, sólo rejuveneció por la Catedral de Colonia.

Ya es hora de describir las riquezas y primores sin cuento que atesora el santuario. Su forma fundamental es una cruz. Tiene la iglesia un vestíbulo aun desierto, constituyendo la base de las torres y de la fachada occidental; una nave, que forma el cuerpo del templo; un coro, encerrado por una corona de siete capillas, y una nave transversal, que se encuentra sobre el coro y la nave que forma el cuerpo del edificio. Así ésta como el coro están divididos en cinco naves, teniendo de ancho la central, que es la más alta, el doble de las laterales. En cuanto al área, la Catedral de Colonia ocupa el quinto lugar entre todos los templos del mundo, midiendo sesenta y cuatro mil quinientos pies cuadrados, mientras la que ocupa el primero, San Pedro de Roma, tiene ciento noventa y nueve mil; siguiendo la de Milán, San Pablo de Londres y Santa Sofía de Constantinopla.

Lo que distingue á las catedrales góticas de Alemania son sus torres atrevidas y sublimes, y sus agujas caladas formando pirámide. Las agujas caladas que vemos primero en la catedral de Friburgo, cuya torre ya en 1300 se acercaba á su término, parecen una invención alemana llena de poesía encantadora, fundándose en la afición á lo esbelto, á lo aéreo, á lo transparente. Las torres de la Catedral de Colonia, las más elevadas de cuantas

MCD 2022-L5

existen, tendrán quinientos pies de altura, repartidos en esta forma: tres quintos los cuatro cuerpos, y dos quintos la aguja calada. La fachada de nuestra Catedral representa, en sus líneas purísimas, en su desarrollo del todo geométrico, la poesía más cumplida del principio vertical, teniendo por regla y norma el pensamiento de la torre, esa elevación postrera y muy vigorosa de la fachada. Y por ser la fachada de la Catedral de Colonia la realización más consecuente y más clásica del principio vertical, no se encuentra en ella rosetón alguno, sino ventanas ojivales. No hay organismo más rico, más animado, más armónico, que aquella fachada, formada por las dos torres gigantes adosadas del lado occidental á las naves laterales, y por la portada que se encuentra entre las dos torres, ostentando por cima una colosal ventana media, cuyo adorno han de ser las vidrieras de colores, labor de un artista de Lübeck, y ofrenda del Príncipe heredero de la Corona de Prusia. Representa la pintura el *Juicio Final*. Las portadas de la Catedral, adornadas de baldaquinos, estatuas, figuras de relieve, torrecillas y follajes, parecen enramadas vivas, luciendo por ornamento principal hojas de trébol. Quizá observará algún Aristarco que las ventanas resultan demasiado grandes en comparación con las portadas, pareciendo éstas, y sobre todo la portada central, á pesar de sus proporciones poderosas, pequeñas y

débiles; pero eso era la consecuencia inevitable de la idea del maestro, que en una fábrica de cinco naves quería guardar la estructura de las portadas francesas, propias de una fábrica de tres naves. He dicho ya que existe gran semejanza entre nuestra Catedral y la de Amiens; pero mientras ésta tiene un coro de cinco naves, y un cuerpo de tres, la de Colonia tiene, no sólo un coro, sino también un cuerpo de cinco naves; de modo que representa, de la manera más memorable, la forma de la cruz.

Cautivan los ojos las bellísimas figuras de Apóstoles, de tamaño natural, que, procedentes del siglo XV, y ejecutadas probablemente por el maestro Conrado Kuyn, que fué también excelente estatuario, se hallan en los nichos de la portada de la torre meridional: el lado largo meridional próximo á la torre, ostenta representaciones de las Cruzadas; por ejemplo, Pedro de Amiens y Godofredo de Bullón, mientras en el lado largo septentrional se hallan figuras de la historia de Colonia, como el cronista Godofredo Hagen, el burgomaestre Weise, Gerardo Overstolz y Hermann Gryn, luchando con un león. En ambos lados de la nave transversal encuéntranse sobre las ventanas representaciones simbólicas, como el pelícano, el gallo, la gallina y el cuervo; ostentando también ambos lados de la nave media figuras de animales. Sería prolijo enumerar las figuras que se ven en el

tímpano y en los arcos de las entradas. El coro, que en todos los detalles supera al de Amiens, asemejándose á una bellísima guirnalda de flores de piedra, muestra en su desarrollo más espléndido, en su arquitectura más rica y esbelta, el maravilloso sistema de estribos. Lo único que da motivo para censuras es que se haya derribado la antigua sacristía, edificio modesto, pero característico, que se debió al siglo XIV, para reemplazarlo por un edificio tan presuntuoso como grosero, que, encontrándose del lado septentrional de la Catedral, forma contraste con la arquitectura delicada del vecino coro.

El que entra en la augusta Catedral se halla de repente bajo las altas bóvedas de la selva germánica, que se estremecen con el eco de los cantos con que la religión da gracias al Señor. Parece extinguida la luz del mundo exterior, penetrando sólo el dulce y mágico crepúsculo por las vidrieras de colores, que difunden suaves y rosadas tintas en los muros y en el pavimento. Ved las estatuas de tantos santos que cual guardia segura están en los pilares del templo. Saludad las imágenes de San Jerónimo, de San Gregorio y de Santa Teresa. Mirad las magníficas ventanas de colores. Las que se ven en la nave septentrional, á mano izquierda de la entrada principal, se fabricaron en 1508 y 1509, ostentando la naturalidad y los colores brillantes de la escuela de Flandes. Las cinco ventanas

MCD 2022-L5

de colores que se encuentran enfrente de la nave meridional son el preciosísimo regalo del rey Luis I de Baviera, que las mandó construir en Munich desde 1844 á 1848, según el pensamiento de Hess y los cartones de Fischer y de Hellweger. La ventana de la portada septentrional, que conmemora la elevación del difunto arzobispo Juan de Geissel á la dignidad de cardenal, se ejecutó en el taller de pintura vítrea de Federico Baudri, y produce por sus colores brillantes efecto análogo á las vidrieras de la Edad Media. He de mencionar también la gran ventana de colores de la portada meridional, que fué donada por el emperador Guillermo, y la de la nave transversal septentrional, aquella ventana consagrada á la grata memoria del gran José de Gœrres, el férvido alemán que, después de expulsados los franceses del suelo germano, amonestaba ardorosamente á sus compatriotas para que terminasen la fábrica gloriosa emprendida por sus ilustres abuelos: la Catedral de Colonia. Otras ventanas de colores se deben á la munificencia de la Administración de la Compañía del ferrocarril rhiniano y á la de los directores de la Compañía del ferrocarril de Colonia-Minden.

Detengámonos ante la urna de madera que se halla bajo el órgano, cerca de la entrada principal de la nave transversal septentrional, y que encierra los restos mortales de la hermana del arzobispo de Colonia Hermann II,

MCD 2022-L5

la reina Richeza de Polonia, que por la infidelidad de su esposo se vió obligada á separarse de él, y que en 1057 falleció en Colonia cual señora del convento de Santa Ursula, siendo una bienhechora de la basílica coloniense. Allí os mostrarán también el lugar donde se enterraron las entrañas de otra reina desventurada: María de Médicis. Pláceme visitar asimismo las capillas para ver la majestad de los sepulcros de tantos hombres que resplandecieron por su sabiduría y por sus virtudes. Entre los sarcófagos de piedra se distingue el del arzobispo Engelberto von der Mark, recordando las bellísimas figuras laterales del sepulcro, las muy nobles que se encuentran en los lienzos del maestro Guillermo. Y entre los monumentos sepulcrales de estilo más moderno, sobresalen los de los arzobispos Adolfo y Antonio de Schauenburgo. En el muro occidental de una de las capillas del coro, la de San Materno, llama la atención la planta de la torre sudoccidental de la Catedral y la vista oriental de la torre meridional, siendo ambas — encontradas en 1816 en una prendería de París—regalo de Sulpicio Boisserée. Y en la pared occidental de la capilla de San Juan se halla la traza de la fachada occidental de la Catedral, que fué descubierta en 1816 en Darmstadt, en el almacén de la fonda denominada *Zur Traube;* pero aquella traza no es la del año de 1247, sino la planta modificada en el siglo XV. En

la capilla de San Juan existe el sepulcro del fundador de la Catedral, el arzobispo Conrado de Hochstaden, cuya imagen de bronce, que muestra quietud grandiosa, labor del siglo XV, el más precioso de todos los monumentos del templo, se salvó á principios del presente, por un acaso feliz, de la destrucción vandálica. Reposa la imagen sobre una losa de mármol de estilo más moderno, y la rodean figuras pequeñas, primicias del profesor Cristián Mohr, estatuario de la Catedral. Como escultura de indisputable mérito merece mención especial el altar de la iglesia de Santa Clara, que se conserva en la capilla de San Juan: las pinturas ostentan la delicadeza de la escuela del pintor angélico Guillermo. Y como la obra del inmortal Murillo, el éxtasis de San Antonio, genio de Padua, gloria del lusitano, decora la sacra basílica hispalense, la obra maestra del pintor Esteban Lochner, á quien celebró el vate del Rhin, Wolfgang Müller de Koenigswinter, el célebre *Dombild*, al cual Goethe llamaba el eje de la historia del arte del Bajo Rhin, orna la Catedral de Colonia, encontrándose en la capilla de Santa Inés. La capilla de San Esteban guarda el sarcófago de piedra del arzobispo Gero, único monumento que se conserva de la Catedral antigua de Colonia. El arzobispo Reinaldo de Dassel, á quien la iglesia de Colonia debió las reliquias de los Reyes Magos, fué honrado también con un magnífico monumento sepul-

MCD 2022-L5

cral; pero éste quedó destruído en 1794, y hoy sólo se ve en la capilla de Santa María su sarcófago, sobre el cual reposa desde 1842 la estatua de mármol del arzobispo Guillermo de Gennep, que se debe al siglo XV. El altar de la capilla de Santa María, labrado según un dibujo del arquitecto Zwirner, ostenta el bellísimo lienzo de Overbeck, representando *La Asunción*. Detrás de aquel cuadro están los restos de una pintura antigua ejecutada, al parecer, á principios del siglo XIV, representando la muerte de la Madre del Verbo, la que subió hasta la cumbre del Líbano de las penas. En un pilar próximo á la capilla de Santa María existe la famosa escultura conocida con el nombre de *La Virgen de Milán*, porque se la creía idéntica á la imagen que dijeron que Reinaldo de Dassel recibió, después de la conquista de Milán, en unión de las reliquias de los Reyes Magos. Pero á semejante suposición la contradice el estilo de la escultura, que es de principios del siglo XIV.

En el coro mayor llama la atención la sillería, que probablemente pertenece á la época en que se consagró el coro, pudiendo considerarse por sus representaciones, tan varias como ricas de fantasía, y por su mezcla de humor y de severidad, cual historia de la cultura de aquel período. Lo mismo que la sillería, excitan la admiración las pintadas estatuas colosales y verdaderamente grandiosas

de los Apóstoles (1), que se yerguen bajo primorosos baldaquinos en los pilares del interior del coro mayor y fueron labradas á mediados del siglo XIV durante el arzobispado de Guillermo de Gennep. En las paredes del coro mayor se guardan, aun cuando en bastante mal estado y cubiertas de un precioso tapiz bordado por damas colonienses, las delicadas y primorosas pinturas al fresco de la escuela primitiva de Colonia, que ya en 1687 el coadjutor Guillermo Egon de Fürstenberg mandó cubrir de tapices. Las quince ventanas del coro mayor que se hicieron á principios del siglo XIV, centellean con colores brillantísimos y son donaciones de personas piadosas de Colonia: Hardefust, Overstolz, Kleingedank y otras.

Aunque la tesorería de la Catedral experimentó grandes pérdidas en tiempos de la

(1) Una descripción exacta y detallada de estas figuras sublimes, que en su esplendor y color prodigiosos y en la maestría extraordinaria del tecnicismo recuerdan las tradiciones del arte bizantino, y en su grandioso partido de pliegues, en la expresión original de todos los movimientos y en la severidad de las fisonomías reflejan la vida de la Edad Media germánica, se debe á Augusto Reichensperger, ese apóstol, así del arte gótico como de la idea religiosa y de un renacimiento cristiano; ese escritor inspirado, que quiere que Europa vuelva al Cristianismo, como el hijo pródigo á la casa paterna; que quiere que vuelva á señorear en las almas, dándoles sus consoladoras esperanzas, sus santas alegrías, la religión de las tres Virtudes Teologales, tan sencillas como divinas; la de las Bienaventuranzas, la de los Sacramentos, la del espiritualismo, tan vasto y profundo, de San Agustín, de San Anselmo y de Santo Tomás, la que ha creado en todos los siglos cristianos á esos héroes que llamamos santos y á los pueblos pacíficos y grandes.

MCD 2022-L5

revolución francesa, guarda aún muchos tesoros, entre los cuales hay dos verdaderas maravillas del arte: el relicario de los tres Reyes Magos y la tumba del arzobispo San Engelberto.

El mausoleo de los Santos Reyes es un relicario de oro labrado con gran primor en tiempos del arzobispo Felipe, probablemente entre los años 1190 y 1200, y representa una basílica romana cuya nave central se eleva sobre las laterales. En el compartimiento bajo de la portada principal se ve, en medio de gran cantidad de pedrerías y de ornamentos, á la Virgen con el Niño, y á su izquierda los tres Reyes Magos y el emperador de Alemania Otón IV, que hizo una gran donación para que se ejecutase aquella tumba, y á la derecha una representación del bautismo del Señor. En el compartimiento medio de la portada encuéntrase una cubierta adornada de pedrerías, tras de la cual se ven los cráneos de los Santos Reyes. Y por encima de ellos están tres doradas coronas adornadas con piedras de Bohemia. El compartimiento alto ostenta la figura del Juez divino entre dos ángeles. Las paredes laterales decoran figuras de Profetas y Apóstoles, atrayendo la atención por sus nobles vestiduras. La portada que se halla detrás muestra en el compartimiento bajo la flagelación y la crucifixión de Nuestro Señor, y entre estas dos representaciones están el profeta Jeremías, que anuncia la Pasión de Jesús, y el

MCD 2022-L5

arzobispo Reinaldo. La parte alta de la mencionada portada la forma un triple arco, teniendo á la derecha las estatuas del Señor y de los santos Félix y Nabor y tres bustos femeniles, y á la izquierda seis profetas. Por desgracia, este precioso relicario, del cual se habían extraviado algunos trozos, perdió, al repararse en 1807, parte de sus bellísimas proporciones.

Es bello sobre todo encarecimiento, y puede competir con lo mejor que se conoce en la materia, el relicario de San Engelberto. Es de plata dorada, llamando la atención no sólo por lo que guarda, sino por su labor, ejecutada en 1633 por el orífice Conrado Duisberg. Se compone de dos partes, un cuadrado y una cubierta, sobre la cual descansa la imagen del santo arzobispo de Colonia, Engelberto I. A uno y otro lado del relicario se hallan las estatuas de los arzobispos de Colonia, Anno, Heriberto, Gero, Bruno, Hildeboldo, Hildegar, Agilolfo, Cuniberto, Evergislo y Severino; á la extremidad de la cabeza está el Salvador entre San Pedro y San Materno, y á la de la planta los tres Reyes Magos. En los lados largos se ven representaciones de la vida de San Engelberto, y en el techo de la cubierta se hallan ocho bajo-relieves reproduciendo los milagros ocurridos en su tumba.

Del lado oriental de la sacristía está la biblioteca, tan rica en tesoros como el mencionado relicario de los Reyes Magos, pues en

ella existen los valiosos manuscritos que Carlomagno dejó por herencia á la antigua Catedral de Colonia, y hay un código en el que el mismo arzobispo Hildeboldo, que falleció en 819, puso su nombre. Consérvanse además manuscritos de las obras de San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio, Alcuino y Rhabano Mauro. Los tesoros de esta preciosa biblioteca, que en 1794 fueron transportados á la abadía de Weddinghausen, llegaron en 1803 á poder del Museo granducal de Darmstadt, de donde volvieron á la Catedral de Colonia á principios de 1868, por virtud del tratado de paz del 3 de Septiembre de 1866.

Ha pocos años el profesor de Heidelberg, Dr. Wattenbach, terminó el catálogo de la biblioteca. No dejaremos ésta sin haber contemplado el precioso lienzo del pintor de Colonia, Juan Hülsmann, *La lapidación de San Esteban,* cuadro que fué ejecutado en 1639, y que revela un gran talento pictórico.

Quien quiera conocer enteramente nuestra grandiosa Catedral, que cual música arquitectónica se eleva al cielo, ha de subir sus galerías, y desde las almenas de la iglesia verá mil torres de flores, verá toda la fábrica que se levanta desde su base, ajustándose á la forma de la cruz, pareciendo ésta un grano fecundo productor de magnífica selva de columnas, y verá extenderse como un mar las casas de la bendita Colonia, con sus iglesias y torres; verá una campiña feraz, las ondas del

MCD 2022-L5

majestuoso Rhin, rodeadas de las colinas del llamado País de los montes *(Bergisches Land)*, y hacia el Sur las siete montañas, y exclamará: "Eres feliz, ciudad de Colonia, como si todavía, cual en tiempos pasados, tu patrona Santa Ursula, con el cortejo brillante de las mártires heroicas, hiciese una excursión nocturna en torno de tus muros para bendecirte."

Quien quiera conocer el encanto misterioso de nuestra Catedral, ha de entrar en ella cuando, cual creación de hadas, cual cuento oriental, cual visión peregrina, brilla iluminada por los últimos rayos mágicos del sol moribundo. Ya ha dejado de sonar el postrer martillazo del trabajo, y estás solo en este bosque de piedras, y en el silencio profundo que te rodea crees entender hasta el gemido de estos árboles de piedra. Si jamás sentiste la proximidad de Dios, aquí la sentirás penetrando en este pensamiento piadoso labrado en rocas. Este templo, en que se hermana la grandeza imponente con la gracia infantil, dulce y soñadora, lo imaginó la santa fe, lo ejecutó una confianza ilimitada. ¡Qué vida primaveral tan rica surge de las copas de estos árboles, brotando flores de la fuerza de estos troncos inmensos, cuyos ramos sustentan el techo de este cielo eclesiástico! Cuanto más tibia se hace la luz que penetra por las vidrieras, tanto más sentirás la proximidad de Dios, invitándote á penetrar en esta hora, llena de

encantos y de misterio, en el sagrario, enramada tranquila en la cual Dios quiere revelarse al alma que le busca. Mira el santuario: es pequeño como el número de los hombres de vida purísima y de proceder honrado, digno, justo, delicado y decente. Un tanto mayor es el coro, morada de los abstinentes, y más anchurosa es la nave de la iglesia, donde se agita la gente. Vuelve la vista desde el santuario hasta las bóvedas, las mansiones de los bienaventurados. El mundo visible desaparece ante los ojos. Ciérralos, pues, y ten despiertos sólo los oídos para oir los cantos de los ángeles. Así, todo mudo, conocerás en ti mismo el misterio de un alma que se ha entregado á Dios.

Catedral de Colonia, fábrica incomparable del maestro Gerardo, te amo; te amo, mole inmensa, monte de piedra, flor gigante, gloria del Rhin, guardián de la fe cristiana; te amo, no sólo porque eres la catedral más peregrina del orbe, porque en ti vive la maravilla para el creyente, sino porque en ti se fijaban millares de veces los ojos de mis padres amantísimos, porque tú fuiste el postrer pensamiento de tantos moribundos que te hicieron su heredera; á ti, á quien da sus tesoros el rico, su óbolo el pobre, sus ahorros el niño. ¡Verdaderamente que á ningún otro templo llevaremos con mayor devoción el oro de nuestra fe, el incienso y la mirra de nuestras oraciones y plegarias, sino á ti, que en-

cierras las reliquias de nuestros patronos tutelares los Reyes Magos, que al Niño que quería morir cual hombre, resucitar cual Dios y hacer juicio cual Rey, le tributaron homenajes de sumisión y de respeto ofreciéndole incienso como á Dios, oro como á Rey, mirra como á hombre!

1878

***

¡Qué días tan hermosos y sin segundos en los espléndidos anales del arte germano y de la historia alemana acabo de presenciar en mi patria felicísima! El 15 y 16 de Octubre de 1880 el mundo entero estuvo en Colonia, la ciudad más venerable del Rhin, y la más afortunada y privilegiada, la creación prodigiosa de Agripina, la ciudad cuya historia se asemeja á un cuento peregrino, y que se precia de la realización feliz del cuento mágico, de la conclusión del templo más grandioso de Alemania y del orbe, que no elevó sus gigantescas torres hacia el cielo sino cuando volvieron á ser alemanas las orillas enteras del Rhin, cuando la altiva catedral hermana de Colonia, la de Estrasburgo, dejó de gemir, viéndose libre del yugo extranjero, cuando las claras ondas del río murmuraron: "¡Salve, Alemania unida! ¡Dios te bendiga! El te dió la victoria y la paz." Henchido el pecho por los sentimientos más vivos de júbilo y por

el más alto orgullo patriótico, el pueblo alemán fijaba sus miradas atónitas en la maravilla de las maravillas, en la Catedral de las catedrales, la más elevada de las que se conocen sobre la superficie del globo, la más suntuosa de las que se reflejan en las ondas del río más bello, el árbol gigante de cuyas cimas brota vida primaveral, y el Emperador de Alemania, el arquitecto de nuestro Imperio, la saludaba cual aspiración cumplida de la gran nación germana, cual símbolo de la patria alemana, cual corona de Germania, cual joya del Imperio, cual sagrario nacional, cual puerta del cielo, cual templo sublime erigido por un pueblo de hermanos, que vió el fondo de oro de todos sus trabajos en la religión y en la fe: sólo ellas formaron el suelo fecundo del cual brotó el lirio de nuestro *duomo* desplegando sus hojas hacia la luz.

Si el techo de la catedral de Milán semeja un jardín de piedra, el de la basílica de Colonia podría llamarse una iglesia levantada encima de otra: parece que todas aquellas cabezas de ángeles, aquellas guirnaldas, aquellas figuras simbólicas, aquellos adornos, llevan el lema invisible: "¡En honor de Dios!" En honor de Dios, que no separaba ni su aliento ni su Providencia de nuestra obra; en honor de Dios, á quien busca ansioso el corazón humano, y que permitió que la mano del inspirado y piadoso arquitecto se abriese camino hacia los divinos horizontes.

No tiene Colonia los atractivos de la Naturaleza: no se ve sino una llanura monótona, extendiéndose la ciudad en semicírculo en torno del Rhin, que anuncia su profundidad por la corriente más tranquila de sus aguas. Pero ¡qué mundo tan nuevo y maravilloso crearon los hombres en aquel suelo clásico que los romanos cubrieron con capitolios, templos, escuelas y teatros, y que vió las figuras imponentes de Constantino *el Grande* y de Carlomagno, las figuras de los Otones, de los grandes arzobispos y de los severos monjes; la del gran pensador Alberto Magno, que reposaba en medio de sus flores, que él mismo cultivaba con verdadera alegría infantil, ofreciendo á su discípulo favorito, Tomás de Aquino, una rosa cultivada por él, para que se la llevase cual talismán en las ásperas sendas del mundo. Como las flores, brotaban en Colonia las iglesias de rara hermosura y de vastas dimensiones, empezando la serie con la de Santa María, cuyo coro erigieron los carolingios, siguiendo la de San Pantaleón, la torre de San Martín, la iglesia de los Santos Apóstoles, el magnífico decágono de la de San Gereón, la de San Cuniberto, y concluyendo la serie de tantos templos "la grande, la preciosa, la eterna fábrica", como llama á la Catedral el antiguo cronista de Colonia, cuando su conclusión parecía ser sólo delirante sueño; ese templo del cual el romántico rey Federico Guillermo IV quisiera hacer la más hermo-

sa de todas las glorias germánicas de la Edad Media; esa construcción de filigrana, donde brota lo uno de lo otro, formando conjunto armoniosísimo, como si fuese una santa necesidad.

"La Catedral de Colonia es otra torre de Babel"; he aquí lo que exclamaba Goethe. "La Catedral de Colonia no se concluirá nunca"; he aquí lo que decía el satírico Heine, llamándola una Bastilla del espíritu. "No se concluirá nunca"; he aquí lo que repitieron todos, hasta que el 4 de Septiembre de 1842 el rey Federico Guillermo IV mandó á la antigua grúa que continuase poniéndose al servicio de la fábrica.

¡Corre más altivo, Rhin alemán! ¡Sonad, campanas de todas las iglesias de Colonia, y tú, sobre todo, "Campana del Emperador!"

¡Entonad un himno de gloria para el mundo católico, un grito de júbilo para el mundo artístico, una epopeya grandiosa para la fe y constancia del espíritu cristiano, un canto de triunfo para el genio humano y para la nación entera y unida de Alemania! Por fin llegó la anhelada hora; la hora vista en sueños por los apasionados del arte, Jorge Forster, Federico de Schlegel, Görres, los hermanos Melchor y Sulpicio Boisserée, por los vates Schenkendorf, Busso de Hagen, Smets, Freiligrath, Simrock, el conde Guillermo de Wurtemberg y Gustavo Pfarrius; la hora en que se colocaba la última piedra en la fábrica

gigante. Aun cubre un verdadero bosque de vigas, un tejido artificioso de andamios, la filigrana de las dos torres; pero ésta brilla misteriosa y espléndida entre las mallas, y nada falta á la construcción, que se eleva en armónicas formas sobre las risueñas riberas del Rhin.

Colocóse la primera piedra el 15 (1) de Agosto de 1248, solemne día de la Asunción de nuestra célica abogada, la excelsa Madre de Dios, y se concluyó la catedral el 14 de Agosto de 1880, víspera del día en que la Iglesia volvió á celebrar la Asunción de la Virgen sagrada y purísima. ¡Día bendito y feliz, suspirado durante tantos siglos, que desmintió la leyenda de que el diablo se había apoderado de los planos de la Catedral para que jamás pudiera ser concluída! Gracias á Dios, los hijos de Alemania, los hijos del siglo XIX, no hemos perdido aquel culto á la hermosura y al ideal, que han dado sus mejores días á los anales de la Historia, y sus más espléndidos florones á la corona de la Humanidad.

(1) Los Anales de San Pantaleón, que se escribieron cuando se colocó la primera piedra, dicen que después de haber celebrado la Misa el arzobispo Conrado de Hochstaden, puso la primera piedra de la nueva Catedral el día de la Asunción de la Santísima Virgen; pero por una errata de la Edad Media, otra fecha, la de 14 de Agosto, pasó á la posteridad señalando la fundación de la Catedral. En conformidad con los Anales de San Pantaleón, dice la redacción A de las Crónicas de Colonia: "up unser vrauwen *dach* dat si zu hemel vur" (es decir, el día de la Asunción), mientras la redacción B cambió eso en "up unser vrauwen *avent*" (la vigilia de la Asunción), y esa errata pasó á la Crónica de 1489.

MCD 2022-L5

Se me figura que Germania lleva en las manos una gigantesca corona en cuyas hojas están grabados los nombres de todos los canteros, lapidarios, escultores y poetas que se dedicaron á la Catedral de las catedrales, á la que los colonienses amamos más que los judíos al templo de Jerusalén, más que los musulmanes á la Meca, más que los romanos á la basílica de San Pedro, más que el genio á su ardiente fantasía, más que el céfiro á la flor, más que el pájaro al nido, más que el proscrito á su aldea, más que el sonido al aire, más que la eternidad al reposo.

Pero no se celebró la fiesta de la inauguración, tan ansiada por el pueblo alemán, el día 14 de Agosto, porque el emperador Guillermo, obedeciendo á un sentimiento noble de piedad, fijó la fecha del 15 de Octubre, cumpleaños de su hermano el generoso rey Federico Guillermo IV, que facilitó los cuantiosos recursos necesarios para la obra, y que el 4 de Septiembre de 1842, al colocar la piedra á la continuación de la fábrica, pronunció las palabras eternamente memorables: "¡Ojalá que la Catedral de Colonia—así lo pediré á Dios—descuelle por encima de esta ciudad, por encima de Alemania, por encima de los tiempos, rica en paz de los hombres, rica en paz de Dios, hasta el fin de los días!"

¿Quién no miraría con éxtasis profundo al héroe del día, es decir, á la inmensa Catedral, que se da á conocer cual majestad más alta

de todas las fábricas construídas por la mano del hombre, sobre todo cuando las piedras más elevadas de sus gigantescas torres flotan sobre las nubes, así como los Alpes revelan su grandeza cuando vemos sus cimas nevadas descollando sobre un mar de nieblas y nubes?

Ya el 14 de Octubre vistió Colonia su traje más espléndido; levantóse un arco vestido de verdor, que ostentaba la inscripción sencilla que resonará siempre en los corazones de todos los buenos alemanes: "¡Dios bendiga al Emperador y al Imperio!", y las calles se convirtieron en una verdadera *via triumphalis*. La catedral de Esteban saludaba á la de Colonia, y la de Ulm la saludaba también, tremolando una bandera en señal de alegría, y desde la lejana Córdoba, la de la Mezquita-Aljama de Abderramán, recibí testimonio de admiración poética á nuestra Catedral, al templo al cual llamaremos nuestro poema arquitectónico del *Fausto*. Si Goethe necesitó siete décadas para concluir su poema inmortal *Fausto*, el pueblo alemán se ocupó durante casi siete siglos en construir la Catedral de Colonia. Esta es el símbolo sagrado en torno del cual han de reunirse todos los pueblos de la lengua alemana; ésta es la obra de todas las confesiones y de la fraternidad de los alemanes; ésta es el testimonio de la perfección más alta que ha alcanzado la arquitectura por el genio alemán; ésta es una obra ligada por la Providencia á los destinos de nuestra

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA

MCD 2022-L5

patria, reflejando en tiempos afortunadamente pasados los días de nuestra decadencia, y hoy nuestra resurrección alegre, nuestra fuerza, nuestra unidad. Sus planos se presentan cual encanto de claridad rítmica, cual regularidad de proporciones que casi exceden á lo que se debiera desear en el arte libre. Las innumerables torrecillas, los variados adornos, las rosas místicas del sagrado arte gótico, se levantan como himno de mil voces, coronando las agudas pirámides de las torres gemelas—las más gigantescas que ha visto la tierra—una flor que encierra los dos símbolos distintivos del arte gótico: la cruz y la rosa mística. Esta flor mide veintiséis pies con un diámetro de doce, y está formada en tres partes y compuesta de veinte piedras grandísimas. De la primera y segunda sección de la columna parten dos caprichosos ramajes en forma de corona, de los cuales el primero es mayor que el segundo, dominando el todo una extensa rosa mística.

La Catedral de Colonia, cuya acabada belleza se refleja ya en el río más caudaloso de Alemania, es el símbolo de la unidad de nuestra patria.

¿Quién expresa la satisfacción que experimenté al recibir un número de la *Voz del Pacífico*, que se publica en la lejana Colima (Méjico), en el que leí un artículo entusiasta, que concluye con estas palabras: "Sinceramente felicitamos á la nación alemana por

haber logrado, con su heroica constancia, dotar al mundo de una obra artística tan colosal, y de aquel extraordinario acontecimiento tomamos para nosotros la sabia lección de que no el pasajero entusiasmo del momento, sino el formal trabajo, emprendido con fe y perseverancia, es el único que alcanza la creación de las obras inmortales."

Lo más estupendo y admirable de la Catedral son las colosales torres que hermosean la fachada del templo y se remontan á la maravillosa altura de ciento sesenta metros, más aún que la iglesia de San Nicolás de Hamburgo, que mide ciento cuarenta y cuatro; que la cruz de la cúpula de San Pedro en Roma, que levanta ciento cuarenta y tres; que la torre de Estrasburgo, de ciento cuarenta y dos; que la gran pirámide de Cheops, de ciento treinta y siete; que la torre de San Esteban de Viena, de ciento treinta y cinco; que la torre de Friburgo (Breisgau), de ciento veinticinco; que la de Amberes, de ciento veintitrés; que la de Florencia, de ciento diez y nueve, y que la de San Pablo de Londres, de ciento once.

Nuestra Catedral representa hoy un valor de cuarenta millones de marcos (doscientos millones de reales), de los cuales la mitad se debió á los siglos pasados; pero al nuestro le cabe la gloria de haber facilitado la otra mitad.

La proyección horizontal tiene la forma de

MCD 2022-L5

una cruz latina, y su eje longitudinal mide cuatrocientos treinta y tres pies, es decir, unos cuantos menos que la de San Pedro de Roma.

El cuerpo principal de la iglesia alcanza una anchura de ciento cuarenta y cuatro pies y está dividido en cinco naves.

El crucero es de una longitud de doscientos treinta y ocho pies y está formado de tres naves.

El coro se halla circundado por siete magníficas capillas y se eleva á la asombrosa altura de doscientos pies.

Las bóvedas de las naves principales reposan sobre cien columnas, colocadas en cuatro hileras y llevando las del centro fustes de ciento cincuenta pies de altura que sostienen una atrevida bóveda elevada á ciento sesenta y un pies, semejando gigantesco bosque de palmeras, sobre el cual se levanta el techo, cuyo caballete tiene la prodigiosa elevación de ciento cincuenta metros y sostiene la dorada estrella que guió á los Magos, la cual parece haberse fijado en el firmamento, sobre la última morada de aquellos afortunados Reyes.

Los torrentes de luz que animan las venerandas y atrevidas bóvedas son mensajeros del cielo. En fin, la Catedral es imperecedero dechado del genio artístico germano, de la piedad, unión y fuerza productora de la nación alemana. Pero los colonienses de á principios del siglo presente no participaron del mismo entusiasmo que Federico Guillermo IV

y la generación actual, y cuando en 1811 vieron á Sulpicio Boisserée acudir al templo en compañía de los pintores Fuchs y Quaglio, y del arquitecto Moller, para que le ayudasen en su gran obra relativa á la Catedral, exclamaron, burlándose de la joroba con que la Naturaleza había dotado á aquellos tres hombres:

"Da geht wieder der yecke Boisserée
Mit seiner buckligen Dreifaltigkeit."

(Mirad á ese loco de Boisserée, que va con sus tres compañeros jorobados.)

Hora es de dar cuenta de la más hermosa de las fiestas que ha visto Alemania; de una fiesta producida por la religión, la historia, la poesía, el orgullo nacional, la alegría artística y la magia romántica, que se une á cuanto acompañen con sus melodías las ondas del Rhin. La fiesta de la inauguración de la Catedral de Colonia fué favorecida por el cielo, puesto que los rayos del sol, aunque no fuese el del Mediodía, se derramaron sobre la histórica ciudad rhiniana, mientras en el resto de Alemania el tiempo fué digno del mes de Octubre, tan húmedo en el Norte de Europa.

El primer día de las fiestas consagradas á la incomparable Catedral pertenecía á la religión y á la patria, cuyo representante es el Emperador, que inclinó su blanca cabeza ante la basílica coloniense, y el segundo se

MCD 2022-L5

dedicó al arte, y fué una apoteosis de todos los que contribuyeron á que el sarcófago del honor alemán sea el monumento más sublime de la gloria germana.

A las nueve de la mañana del 15 de Octubre, procedente del palacio de Brühl, llegó el emperador Guillermo, acompañado de su augusta familia, de sus ministros y del mariscal Moltke, á la metrópoli rhiniana, donde le esperaban la mayor parte de los soberanos alemanes. El pueblo y los cien mil extranjeros que hospedaba Colonia le saludaron con vítores muy entusiastas, siendo el único que faltó á la fiesta Bismarck—insigne hijo adoptivo de Colonia,—impidiéndole asistir su falta de salud. Desde el palacio del gobernador de la ciudad, señor de Bernuth, contempló el anciano Monarca el gran cortejo, que se componía de los canteros de la Catedral, llevando en sus manos con legítimo orgullo la brillante escuadra, y atrayendo las miradas por sus figuras vigorosas, sus delantales blancos, obscuros y negros. Siguieron los directores de la *Asociación Central de Construcción para concluir la Catedral*, y los numerosos miembros de dicha corporación, precedidos por el Burgomaestre y los concejales. Detrás de una capilla de música marchaba un coro encantador de niños y de niñas, éstas vestidas de blanco, llevando sencillas flores azules del campo, las flores predilectas del Emperador. En pos del coro infantil iban

las sociedades corales de Colonia y numerosas corporaciones de ésta y de Deutz, la ciudad situada frente á Colonia.

Mientras el cortejo salió para el Domhof (plaza de la Catedral), el Emperador y los soberanos asistieron al Oficio divino en la iglesia protestante de la Santísima Trinidad, donde el elocuente cura Sr. Bartelheim dió gracias á Dios por habernos proporcionado la inmensa satisfacción de ver concluída la insigne Catedral, símbolo de la fuerza y concordia alemanas, y por habernos dado monarcas que llevasen en su corazón el pensamiento del Imperio divino, cuyo Rey eterno es Nuestro Señor Jesucristo.

A las once salieron el Emperador y los soberanos alemanes para la Catedral, siendo recibidos en las gradas de la portada occidental por el presidente de la provincia rhiniana, señor de Bardeleben, como jefe de la administración de la basílica, y por las manifestaciones más vivas de amor, semejando los vítores de la muchedumbre el clamor de la tempestad. El obispo sufragáneo, señor Baudri, acompañado de cinco capitulares, saludó á los Emperadores en el templo, conduciéndolos al pórtico de la torre meridional.

Contestó el Emperador á la salutación y después los capitulares condujeron á los Emperadores por la nave principal al altar mayor, que se encuentra en el coro. Allí se

entonó el *Te Deum,* cantado por niños, adultos y sacerdotes.

Concluídos los responsorios, se abrieron las puertas más hermosas del mundo, las puertas meridionales de la Catedral, ante el Emperador, ofreciéndole la perspectiva sobre la plaza que rodea á la basílica. Jamás se vió conjunto tan rico é imponente, formando el grandioso templo el más trascendental fondo arquitectónico, y produciendo efecto mágico la corte y la muchedumbre. El Emperador se detuvo un momento como fascinado; después bajó las gradas, y por entre las filas de los canteros salió, acompañado de la Emperatriz y de los soberanos, para el pabellón imperial, que se levantaba en el Domhof. Los Emperadores fueron aclamados por más de cuarenta mil hombres, unos sentados en las tribunas, ocupando otros las casas y hasta los tejados de las casas adyacentes, y fueron saludados á su salida de la Catedral por los niños del cortejo mencionado, con un canto de Roberto Esser, que dijo: "¡Qué júbilo tan inmenso llena los aires! ¡Mirad aquellos pilares que aspiran al éter, aquellas guirnaldas que albergan un Mayo eterno! Aquel cuya omnipotencia permitió que esa piedra se hiciese una torre majestuosa, ha de ser el protector del Imperio y del Emperador."

A continuación, el feliz arquitecto de la Catedral, Sr. Voigtel, que para siempre unió su nombre á la conclusión de la basílica, leyó

MCD 2022

el documento que había de colocarse en el chapitel de la piedra que corona la torre meridional del templo. Mientras los Emperadores y sus augustos huéspedes firmaron el mencionado documento, se cantó un himno, letra del poeta del valle del Wupper, Emilio Rittershaus, y música de Fernando de Hiller. Dice el himno: "Lo que hace siglos concibieron grandes maestros, hoy lo vemos concluído, hoy lo vemos llevado á un fin dichoso."

Después el anciano Emperador dedicó sentidas palabras, que pronunció con voz alta y vigorosa, á la memoria de su difunto hermano el rey Federico Guillermo IV, protector de la Catedral, y el doctor de Bardeleben dirigió la palabra al arquitecto de nuestro Imperio, á nuestro queridísimo Emperador, expresando el deseo de todos los corazones alemanes de que el Imperio germano exista, así como esa heroica fábrica, hasta el fin de los días. Seguidamente pronunció un discurso el que es á la par cónsul de España y presidente de la *Asociación Central de Construcción para concluir la Catedral*, Sr. Schmitz-Löhnis. Dijo: "Nuestra Catedral, gloriosa herencia de nuestros antepasados, fué patrimonio común de toda la nación alemana." Y ofreció á los Emperadores el libro dedicado á la Catedral, con motivo de su conclusión, por Ennen.

El autor de la obra falleció pocos meses antes de que se celebrase la conclusión de su

MCD 2022-L5

amado sagrario. Su alma voló á las regiones etéreas, cumpliendo así los mandatos inexorables del Altísimo (1).

Concluído el discurso del cónsul de España, el arquitecto de la Catedral pidió permiso para que los artífices colocasen la última piedra en la basílica, adornada con flameantes banderas. Vióse por encima de ésta el águila de bronce que ha treinta y ocho años llevó la primera piedra á la continuación del templo, y hubo muchos espectadores que esperaron que la misma águila real llevaría la última piedra á la grandiosa obra. Pero no fué así, encargándose de la colocación los artífices. Esta fué saludada por los cañones, las campanas y el canto llano: *Nun danket alle Gott.* (¡Dad gracias á Dios!) ¡Qué momento tan solemne, el más trascendental de la historia del arte alemán, el más hermoso de la historia de la Catedral incomparable! Mientras los Emperadores daban la enhorabuena á Voigtel, que terminó esta gigantesca obra germánica, todos los testigos de la conclusión del templo nos felicitábamos por haber visto aquel día, y entonamos con entusiasmo el himno nacional: *Heil Dir im Siegerkranz.*

Luego, los Emperadores abandonaron la tribuna para trasladarse al palacio de Brühl, donde se celebró un banquete ofrecido por el

(1) Murió el Dr. Leonardo Ennen, benemérito archivero é historiador de Colonia, en esta ciudad, el 14 de Junio de 1880.

Emperador á doscientas cincuenta personas, al que yo—como autor de todas las composiciones que se cantaron el segundo día de las fiestas—tuve la honra de asistir, disfrutando del gusto de ver á los generales Moltke y Goeben (1), y entre los príncipes tuve la satisfacción de encontrar al ilustrado hispanófilo gran duque Carlos Alejandro de Sajonia-Weimar, que hace poco tiempo nos obsequió á los escritores alemanes en su histórico castillo La Wartburg; pero ocupémonos del banquete, en el que fuí objeto de una alta distinción que jamás olvidaré, pues el anciano

(1) ¡Ay! ¿Dónde está hoy el general Goeben? No saluda ya su diestra al pueblo que le aclama victorioso, ni resuenan los guerreros clarines, ni redoblan los marciales parches con los toques de orden, transmitiendo á las filas la voz de mando del general en jefe; ni fatiga con el acicate los ijares del corcel de guerra al frente de las legiones que vuelan al combate, y en vano la gloria con su pompa le acompaña y riega con flores su camino... ¿Dónde está?, preguntan palpitantes de emoción los corazones. ¿Donde está el que desafió á la muerte en cien batallas? Y los ojos que le buscan ávidos, descubren bajo el paño de la patria una urna cineraria.

Ya descansa el héroe sobre su lecho de laureles: falleció el 13 de Noviembre, en Coblenza, el que asistió aún á las fiestas de la inauguración de nuestra catedral; recibió su herencia de inmortalidad el que en 1864, en 1866, y sobre todo en la guerra de 1870 y 1871, ciñó sus heroicas sienes con inmarcesibles laureles; y al pronunciar hoy su nombre con el respeto y la admiración debidos á esos seres inmortales para quienes la tumba es el escabel de su transfiguración gloriosa, el punto de partida de una nueva existencia imperecedera, el vestíbulo donde se transforman para aparecer en el escenario del tiempo revestidos con el manto brillante de la gloria, rindo homenaje de gratitud á la memoria del gran general que estrechó en sus victoriosas manos las manos juveniles que desde edad temprana han batido palmas al talento, á la virtud y al heroísmo de los servidores eminentes de la patria.

MCD 2022-L5

Emperador—según ya he manifestado (1),—viéndome condecorado con las grandes cruces de Isabel la Católica y de María Victoria, se acercó á mi humilde persona diciendo: "¿Es usted español?" "No, señor; no soy español—le contesté,—sino devoto súbdito de Vuestra Majestad; pero no tengo mejores amigos en el mundo que los hijos de España." "La orden de Isabel la Católica—continuó diciendo el Emperador—es la única que tiene casi los mismos colores que nuestra Aguila Roja. ¡Qué rato tan delicioso, qué día tan memorable he pasado en Colonia! No pude imaginar mayor entusiasmo. Estoy contento y complacidísimo." Mientras así hablaba el Federico Barbarroja de nuestros días, pensaba yo: ¡Ojalá que la hidalga nación española tuviese hoy los mismos gloriosos destinos que la nación de Federico *el Grande* y del emperador Guillermo! Jamás olvidaré las bondadosas palabras que me dedicó la Emperatriz: cuando el Maestro de ceremonias pronunció mi nombre, dijo la dignísima hija de la culta Weimar, la emperatriz Augusta: "Doy á usted las gracias por los cantos que ha escrito para contribuir al esplendor de una fiesta sin igual para Colonia y para Alemania. ¡Qué empresa tan grata y tan bella!"

Por fin, llegó la tarde y volvimos en tren expreso á Colonia, que, iluminada por doquier,

(1) Véase el volumen I, pág. 210.

ofrecía espectáculo grandioso, superándolo todo la iluminación eléctrica, que derramaba esplendor mágico, un mar de luz brillante sobre la Catedral, el más hermoso de los edificios humanos, que en aquel momento parecía hecho de mármol blanco y brillaba como el mismo sol.

Si bello fué el primer día de la fiesta, que ofreció el grandioso y conmovedor espectáculo de un pueblo que, identificado por entero en una aspiración común, manifiesta por todos los medios externos que tiene á su alcance la exuberancia de su entusiasmo y su ruidosa alegría al verla realizada por completo, no menos hermoso apareció el día segundo, el 16 de Octubre, en el cual se trocó en espléndida realidad el sueño poético que durante cinco semanas nos había constantemente ocupado. Pertenecía yo á un comité de unas cuarenta personas, entre las cuales figuraban los gobernadores militares y civiles de Colonia, el excelentísimo teniente general de Cranach y el señor de Bernuth, los concejales y los directores de la *Asociación Central de Construcción para concluir la Catedral*, el historiador de Colonia, profesor Godofredo Eckertz, y los reputados pintores de Düsseldorf, profesores Camphausen y Baur, Lerche, los hermanos Ernesto y Federico Röber y Beckmann. Resolvimos imitar en Colonia el ejemplo de Ulm, de Viena y de Bruselas, y organizar un cortejo histórico para dar las gracias al Em-

perador, á los que murieron antes de ver cumplido el ideal de su vida, el templo del Señor, y á todos los que, duplicando sus fuerzas productoras para el trabajo en alas del mayor entusiasmo, realizaron la al parecer imposible empresa de ejecutar en treinta y ocho años lo que á todos se les figuraba obra de un siglo por lo menos. Nos propusimos representar los tres períodos de la historia de nuestra secular Catedral: la colocación de la primera piedra en 1248, la inauguración del coro en 1322, y la continuación de la construcción en 1842 bajo los auspicios de Federico Guillermo IV.

A todos nos entusiasmaba la idea de laborar por la gloria de la Catedral y por el honor de nuestra ciudad, y el pensamiento de que los que formásemos el cortejo seríamos vistos por el Emperador, y no había mayor recompensa para nuestros esfuerzos que los elogios unánimes que nos prodigaban á la vez los espectadores y los periodistas alborozados, exclamando aquéllos y escribiendo éstos: "¡Jamás vieron Colonia y Alemania fiesta tan bella como ésa, cuya memoria los ciudadanos colonienses han de trasladar con legítima satisfacción á sus hijos y á sus nietos! El Duque de Sajonia-Meiningen no tiene actores que se hayan penetrado mejor de sus papeles, que esos aficionados." El corresponsal de *The Times* fué intérprete de los sentimientos de todos, escribiendo: "Lo que alcanzaron los colo-

MCD 2022-L5

nienses no lo hubiera podido llevar á cabo ninguna nación de Europa." Y el burgomaestre de Ulm, señor de Heim, me abrazaba exclamando: "¡Quien no ha visto el cortejo histórico no ha visto nada! ¡Cuán pálido fué el de Ulm, de 1877, comparado con el de Colonia!" En fin, todos están acordes en decir que nuestro cortejo, que, careciendo de los encantos escénicos, se presentó á plena luz del sol, no fué mascarada, sino verdadero espejo de la vida; no fué una imitación de la vida, sino la vida misma en el aire libre de Dios; la reproducción más viva, más artística, más espléndida, de la Edad Media, haciendo á los hombres de nuestro siglo mirar llenos de envidia aquellos tiempos, en los cuales la existencia parece que era más alegre, y en que la idea de lo bello llenaba á los hombres aún más que en la actualidad.

Los que fuimos actores mudos en el cortejo nos dirigimos á las ócho de la mañana al cuartel de Artillería, del cual salimos á caballo para la Plaza Nueva, donde había de reunirse el cortejo. Pero yo, que desempeñaba en éste el papel de *Stadtvogt* (corregidor de la Edad Media), no hubiera podido narrar las bellezas del gran cortejo histórico—en el que no figuraban, como en el de alguna otra ciudad, hombres á sueldo, sino, además de algunos comparsas, la flor y nata, los hijos é hijas de los hombres más distinguidos y de los patricios de Colonia—si no hubiese atrave-

MCD 2022-L5

sado á caballo la plaza para ver los detalles antes de que saliese la cabalgata.

El espectáculo que contemplé en la plaza, fué delicioso: los siglos representados por el cortejo no se habían todavía separado, no se respetaban aún los derechos históricos: el siglo XIII fraternizó con el XIX; la Duquesa de Cleve se tuteó con una hermosa anseática y con la hija de uno de los antiguos arquitectos de la catedral; los ciudadanos y los nobles departían juntos y pacíficamente como si fuesen hermanos, y á los hombres de armas que el cortejo representaba como saqueadores les apretaban las manos algunos coraceros de Deutz; en fin, los personajes que vi aun no pertenecían á la Historia, sino que eran contemporáneos. ¡Qué asamblea tan hermosa y animada de caballeros vistiendo corazas y llevando lanzas, y más de treinta delicadas y lindas damas sentadas á caballo, vistiendo magníficos trajes de raso, brocado y terciopelo, y de atrevidos pajes luciendo trajes de seda! ¡Qué reunión tan bella de encantadores niños ostentando flores en los rizos de oro, papeles de música en las manos y alegría en los semblantes, y de dignos concejales con mantos de terciopelo, y llevando al cuello una cadena de oro! Todos los trajes, armaduras y armas se ajustaban con rigurosa exactitud á las respectivas épocas. Todos los trajes, hechos en contados días, eran preciosísimos y dignos de aquellos tiempos en que, para sig-

nificar lo pudiente que era un hombre, se decía: "¡Rico como un tejedor de lana de Colonia!"; de aquellos tiempos en que, según el monje Alban refiere en sus crónicas, diez y ocho mil ciudadanos montados en soberbias cabalgaduras ricamente enjaezadas, y revestidos de lujosísimos trajes, por el año de 1236, fueron á recibir á la novia del emperador Federico II, á su llegada de Inglaterra. La mayor parte de los que participamos de la cabalgata no habíamos recibido nuestros trajes hasta la mañana misma en que teníamos que desfilar ante el Emperador. Cada uno de los personajes del cortejo saludaba á los otros al presentarse en la plaza, y la muchedumbre alborozada nos aclamaba á todos como á héroes de aquella fiesta popular. Era una delicia mirar á las jóvenes que ocho días antes habían empezado á dedicarse al noble y caballeresco arte de la jineta, y cabalgaban ya á las mil maravillas. "¡Y usted—me decía uno—viene caballero también, después de haber montado al Pegaso, el caballo de los poetas, anoche todavía!" Y otro me preguntaba: "Hombre, ¿por qué no hay en el cortejo representantes de los poetas colonienses de la Edad Media? ¿Por qué no se ve al célebre cronista Godofredo de Hagen?" He aquí lo que yo le contesté: "Los poetas de aquellos tiempos eran sacerdotes, y quizá el pueblo de Colonia, la ciudad que recibió el título de "santa" desde el año de 1164, en que el arzobispo Reinaldo

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

de Dassel llevó á Colonia los cuerpos de los tres Reyes Magos que le había ofrecido el gran Federico I, después de haberlos encontrado en 1162 en la ciudad conquistada de Milán, podría escandalizarse al ver sacerdotes en nuestro cortejo; por eso tampoco hemos representado á los arzobispos con su traje episcopal, sino con las armaduras que vestían como soberanos."

Después saludé al que en vida es un poeta festivo y popular de Colonia, Federico Hönig, y que en el cortejo desempeñaba el interesante papel del famoso fundador de la Catedral, el arzobispo Conrado de Hochstaden; y contemplé con admiración la figura simpática del juvenil monarca Guillermo de Holanda, á quien nuestro cortejo hace asistir á la fundación de la Catedral, trayendo á nuestra mente la idea de que en honra y gloria de nuestra santa religión, del espíritu de unión germánica y su fuerza artística productora, á la vez que del espíritu cristiano y profunda piedad de la casa de los Hohenzollern, otro Guillermo, el mayor de nuestra Historia, el emperador Guillermo, había de inaugurar la Catedral proyectada en tiempos de hierro, en los días de los Hohenstaufen y de Guillermo de Holanda.

Más de hora y media estuvieron tratándose y conversando los siglos, y después cada uno de los actores ocupó su puesto, y salimos por las calles de la ciudad, por medio de la api-

MCD 2022-L5

ñada muchedumbre, silenciosos y severos, según lo requería la dignidad del cortejo, cual aparición fantástica y verdaderamente poética, según afirmaban todos los espectadores.

A las once desfilamos ante el Emperador, la Emperatriz, los individuos de la familia regia de Prusia, el rey de Sajonia y los demás príncipes alemanes y los burgomaestres de las tres ciudades anseáticas, que habían llegado de Brühl y tomaban puesto otra vez en el pabellón imperial junto á la Catedral.

Figurando yo en el cortejo como Corregidor del siglo XIII, tuve siempre ante los ojos la artística imitación de lo que fué el paladión de Colonia, el relicario de los Reyes Magos, hecho de oro y plata, ricamente guarnecido de perlas y piedras preciosas, obra maestra de los joyeros de la Edad Media. Ocho plateros llevaban en hombros el facsímile de aquel relicario, que en la Edad Media hizo de Colonia otro Santiago de Compostela.

Se resiste la pluma á describir los cuadros de Pablo Veronés y de Rubens, y cuanto pudiéramos decir palidece ante los colores brillantes del cortejo histórico que los Emperadores admiraban en Colonia, teniendo por fondo la arquitectura más grandiosa del orbe.

Dispense el lector si, como actor del cortejo, no acierto á darle idea exacta de lo que más de cien mil hombres vieron con ojos atónitos y que ningún periodista acertó á pintar.

Empezaba el cortejo, en el que figuraban

más de mil cien personas, con un cuerpo alegre de clarineros, vistiendo el antiguo traje alemán, que ostenta los colores blanco, rojo y verde. Siguieron el portaestandarte de la ciudad, en cuya bandera se ven las tres coronas de los Reyes Magos y once llamas, y el portaestandarte del Imperio, campeando en su estandarte el águila negra en fondo de oro. Detrás de ambos caballeros marchaban veinticuatro hombres de armas. En pos de ellos iban las figuras severas de dos burgomaestres, llevando en la mano bastón de plata y en la cabeza gorra forrada con pieles, y recordando en su traje de terciopelo la figura de un Dux de Venecia, mientras los seis concejales y otros tantos regidores de Colonia que los seguían, evocaban el período de Luis *el Cruel* de Francia. A la sombra de los burgomaestres y regidores caminaban algunos patricios que, con sus esposas é hijos, formaban grupos interesantes. Llamó la atención el relicario de los Reyes Magos, que dió motivo á que se construyese la más grandiosa de las catedrales. La inapreciable joya la conducían, como queda dicho, en señal de triunfo, ocho plateros, protegiéndola algunos alabarderos.

¡Plaza al bellísimo grupo que concluye con la colocación de la primera piedra de la Catedral! ¡Qué riqueza y qué pompa despliegan los caballeros, qué belleza las damas nobles! He aquí, precedidos de una banda de música que vestía trajes largos y capuchas, los repre-

MCD 2022-L5

sentantes del poder episcopal de Colonia, el *Stadtgraf* y *Stadtvogt*, llevando el uno los atributos de la guerra, y vistiendo el otro traje de terciopelo adornado con las armas de la ciudad, manto rojo con broches de oro, gorra forrada en pieles, espada ricamente guarnecida, medias rojas de seda, y zapatos de terciopelo adornados con cordoncillos de oro. Siguieron seis hombres de armas, el portaestandarte del Imperio, con armadura de oro, y el portaestandarte Real. No había figura más bella que la del rey Guillermo de Holanda, con traje de seda amarilla y manto de seda de color de rosa y adornado con águilas. Llevaba la corona y el cetro, y á su corcel lo cubría una mantilla de brocado de oro. ¡Qué figura tan característica, qué fisonomía tan expresiva la del cardenal italiano Capoczi, que vestía manto violado y llevaba á la espalda el birrete suspendido de un cordón rojo, y en la mantilla roja de su caballo, cruces de oro! Siguió el arzobispo bélico Conrado de Hochstaden, cuyo brillante cortejo reunía el oro y la grana con las armaduras. Le acompañaban los Duques de Limburgo y de Brabante, y su séquito se componía de muchos caballeros seguidos de sus mujeres, de sus hijos y de sus pajes. La breve fiesta de la resurrección la celebraban todas las caballerescas estirpes que florecían en la Edad Media á las orillas del Rhin; los vasallos del Arzobispo, á saber: von Alpen, Odenkirchen, Rheineck y Drachen-

MCD 2022-L5

fels, y otras estirpes, con sus pintorescas armas, el dragón, el águila, el buitre, el pez y el león. Por fin, vióse el primer carro, en el que iba el primer arquitecto de la Catedral, el famoso Gerardo de Rile, que, al concebir el grandioso templo, imprimió á Colonia los vestigios brillantes de su existencia. Iba el maestro Gerardo en un nicho, y sentados en las esquinas del carro sus oficiales, mientras en primer término descollaban tres bellísimas mujeres, simbolizando la una, que vestía traje de seda blanca, á Colonia; la otra, que llevaba una cruz de oro, la Piedad, y la tercera, la Esperanza.

Cerraron la época de la colocación de la primitiva piedra veinticuatro hombres armados con picas, ostentando los colores de Colonia.

Transcurrido un minuto, la cabalgata representaba una época que distaba de la anterior cuarenta años, la época más gloriosa para la ciudad, en la que las estirpes nobles alcanzaron la independencia de Colonia, y en la que el carro en que combatían los héroes de Worringen se hizo el símbolo de la victoria, floreciendo la coalición anseática. Una banda de música á caballo, con trajes fantásticos, precede á veintiocho vigorosos y alegres ballesteros vestidos de rojo, que llevan el arma á la espalda, en sus semblantes la confianza, y en su bandera la secular divisa: *Alaaf Köln!* (¡Viva Colonia!) Un heraldo con bastón de

oro, y cuyo caballo luce auténticas plumas de avestruz, y dos portaestandartes, preceden á los héroes colonienses, á los más soberbios de los soberbios, á Matías Overstolz, Pedro Jude, Heinmann von dem Ahren, Juan von Vrechen, que, ostentando en la frente el laurel de la victoria, se presentan en la cabalgata acompañados de lindos pajes. Vióse también á Gerardo Overstolz, y al conquistador del Bayenthurm, Rutgerio Overstolz, y precedido de dos carros de artillería tirados por vigorosos rucios, siguió el carro de la famosa batalla de Worringen, recordando el *carocium* de los milaneses, y constituyendo una verdadera fortaleza llena de valientes hombres de armas. Flotaba en el carro la bandera de la ciudad, y en las paredes se veían las llaves de Colonia en señal de que en ese carro se decidirían los destinos de la ciudad. Los hombres que iban en el carro llevaban trillos, y les servían de complemento veinticinco ballesteros. Al cuadro imponente de la guerra recordando la batalla de Worringen, que se riñó en 1288, sucedió un brillante cuadro de la paz, apareciendo damas nobles, con el halcón sobre el puño, no faltando en la espléndida cacería una famosa jauría de podencos. En medio de los caballeros y de las damas, los Overstolz, Scherffgyn, von der Aducht, Hirtzelin, Cleyngedank, Overstolz von Efferen, Birkelin, Lyskirchen y van Ghyre, que desplegaban en la cabalgata riqueza indescriptible, estando re-

MCD 2022-L5

presentados por los Rothschild de Colonia, figuraban hombres de armas, llevando dos caballos del freno, y una dama iba acompañada por un genuino moro, anunciando cuán extendido se encontraba ya entonces el comercio de Colonia. Los riquísimos grupos de las estirpes nobles los cerró el heroico trasunto del valiente burgomaestre von Gryn, cuya lucha con un león celebran los relieves de las Casas Consistoriales de Colonia. Este noble personaje estuvo representado dignísimamente por el Sr. Gilbert. Detrás de la cacería y de la jauría llegó el majestuoso buque anseático, tirado por seis caballos y excitando una inmensa admiración por representar esplendorosamente una de las páginas más brillantes de la historia coloniense. En el buque iba sentada, en un trono de estilo gótico, una bellísima mujer, simbolizando á la alianza anseática, rodeada de dos lindísimas jóvenes, que representaban á las ciudades más importantes de dicha coalición, á saber: Brema y Lübeck. Veíanse en el buque mercaderes, patricios y marineros, y un gran león, figurado, como mensajero de las remotas tierras con las cuales tuvo relaciones comerciales la coalición anseática, mientras en la proa hallábanse cautivos algunos piratas, llamando entre ellos la atención una encantadora dama, la señorita Neuss. Las armas de Hamburgo, Lübeck, Brema, Danzig y Bergen forman en el magnífico buque una riquísima guirnalda, y flo-

MCD 2022-L5

tan en el viento las banderas de la ciudad de los tres Reyes Magos y de Santa Ursula y de sus legendarias Once mil Vírgenes. Siguió al buque otro testimonio del poder de la alianza anseática: una galera llena de sacos y bultos, custodiada por hombres de armas que llevaban todavía el polvo en sus vestidos. Por fin, llegó la parte que todos llamaban la más poética del cortejo. Cuarenta niños de coro vestidos de blanco, con zapatos rostrados, entonaban bellísimas melodías, dando gracias al Altísimo por la inauguración del coro de la Catedral, que se celebró en 1322 bajo los auspicios del arzobispo conde Enrique de Virneburg. Sonaban las notas y todas las almas se estremecían, como en la margen de un río las florecillas silvestres al tenue rumor de la corriente. En efecto, la música es la ternura de Dios derramada en el alma por medio del sonido. Por eso, cuando se esparce alguna de sus notas en la extensión del firmamento, viene un ángel y la recoge en sus alas, para llevársela hasta el cielo. Lo que cantaban aquellos niños colonienses como representantes del siglo XIV, eran sencillas, humildes palabras mías, siendo el autor de la música el célebre Fernando de Hiller. "¡Jamás he oído cosa más tierna!"—exclamó el Emperador. Dichosa llamaré siempre á la musa mía por haber cantado á la sombra de la maravillosa Catedral de mi patria.

Mientras los niños continuaban vertiendo

GUADALAJARA PUBLICA

MCD 2022-L5

sus cadencias, que arrancaban lágrimas á los ojos, se acercaba el representante del arzobispo Enrique de Virneburg, vistiendo armadura de oro, llevando pajes los atributos de su poder y rodeándole los donantes de las magníficas vidrieras del coro, á saber: los Duques de Jülich, tras de los cuales iba un paje llevando en la mano el histórico yelmo de cisne de sus señores; los Duques de Berg y de Cleve; los Condes de Holanda y de Moers; las estirpes colonienses Hardefuyst, Cleyngedank, von der Salzgassen; los nobles de Berg: los Schoenrode, de Bottelnberg y von Tongeren, acompañados de sus mujeres y pajes, luciendo todos las insignias de su poder y dignidad. Les seguía el gran carro, en el que iba colocado un facsímile del coro terminado, levantándose éste, que forma un verdadero bosque de torrecillas, por encima de un gigantesco dragón, para anunciar que la peña del Dragón, que se refleja en las ondas del Rhin, ofreció sus piedras para la construcción de la Catedral. Vese en el carro al maestro Juan, que, teniendo en la mano los planos del templo, anima á sus compañeros. Detrás del carro iba un heraldo conduciendo sobre cojín de terciopelo negro la *Magna Charta libertatum* de los ciudadanos de Colonia, el *Verbundbrief*, que fué promulgado el 14 de Septiembre de 1396, y los pacíficos gremios, entre los cuales se distinguían por su gordura los cerveceros, y á los cuales seguían lansquenetes, cerraban

aquel grupo del cortejo. Entre los gremios habían de aparecer también los célebres pintores de Colonia, los maestros Guillermo y Esteban Lochner, lo cual á nadie hubiera extrañado, pues sabido es que los artistas de la Edad Media, incluso Alberto Durero, no se desdeñaban de considerarse cual menestrales. Pero en vano buscamos en el cortejo las venerables figuras de los dos divinos maestros. Continuemos la descripción de la cabalgata. Un magnífico cuerpo de lansquenetes precede á una banda de música montada, en la cual se ve un gigantesco timbalero negro, con turbante y traje oriental. En pos, heraldos y portaestandartes llevaban la bandera de los Hohenzollern, rodeada de caballeros que vestían el traje de la época del Gran Elector. Vióse después, rodeada de canteros, la altiva bandera de la *Asociación Central para concluir la Basílica coloniense*. He aquí un carro que transporta la grúa histórica que, al permanecer inmoble durante el espacio de tantos años, fué para Colonia un objeto de tristeza; pero hoy, al celebrar la fiesta de la conclusión de la obra, la miramos con alegría como un recuerdo histórico. El carro en que se agrupaban las figuras alegóricas de la Arquitectura, Pintura, Escultura, Poesía y Música, representadas por hermosas hijas de Colonia, ostentaba la bandera llevando la inscripción *Protectori* en honor del primer protector Federico Guillermo IV, y contenía los nombres

de los que dedicaron su talento, su genio y sus fuerzas á la Catedral, ó le ofrecieron sus dones. ¡Honor á todos aquellos hombres beneméritos, que no olvidará la Historia! ¡Honor al rey Luis I de Baviera y al cardenal Juan de Geissel; á Ahlert, Zwirner, Everardo de Groote, hermanos Boisserée, Federico de Schlegel, Jorge Forster, José Görres, Wallraf, de Wittgenstein, Rolshausen, Esser, Haas, Bachem, Prosper, Duque de Aremberg; Conde de Fürstenberg-Stammheim, Busso de Hagen, Blömer, Francisco Weber, Abraham de Oppenheim, Kreuser, Alberto Heimann y Ennen!

Pero ¡qué solemnidad tan bella, qué escena tan conmovedora, qué homenaje tan tierno como delicado se ofrece de improviso ante el Emperador en presencia del busto colosal del rey Federico Guillermo IV, que el Comité de la cabalgata histórica había colocado junto á la Catedral, y el pabellón imperial en la noche del 15 de Octubre! Los veinte gallardos pajes de todos los Estados alemanes, representados por los miembros de la Asociación de Gimnasia de Colonia, vistiendo pintorescos trajes verdes como musgo, llevando en la mano los escudos de sus respectivos países, y coronas de laurel adornadas con cintas blancas, abandonaron sus puestos, inclinaron sus banderas delante del Emperador y depositaron las coronas en el pedestal del busto del generoso rey Federico Guillermo IV, mientras todas las

Sociedades corales de Colonia, formando un coro de más de ochocientos cantantes, entonaron un himno en obsequio del Rey-Protector. El autor del himno fué el que escribe estas líneas: lo escribí para que se cantase al compás de la melodía conmovedora *Integer vitæ*. Una sin par sensación dominó al anciano héroe, nuestro Emperador, al escuchar aquellos acentos consagrados á la memoria de su difunto hermano, aquellos sonidos hijos del sentimiento general; abundantes lágrimas le inundaron las mejillas, su corazón destilaba llanto arrancado por las emociones de la música, y el himno en obsequio del Rey difunto se convertía en un homenaje espontáneo al Emperador vivo. "Verdaderamente que aquel himno y aquel homenaje fueron la solemnidad más memorable que jamás se vió en Alemania—exclamaban todos deshaciéndose en entusiasmo;—seguramente que la música es el himno de la vida que estremece hasta las tumbas." Al escuchar el piadoso himno entonado por los mejores cantantes de Alemania, el Emperador se descubrió, y todos, descubriéndose también, se levantaron de sus asientos rindiendo un homenaje mudo al Rey difunto, mientras los cañones saludaban al Emperador vivo, derramando el sol sobre la escena sus rayos más brillantes.

El grupo final consistía en un gran carro triunfal, en que se veían cuatro hermosas mujeres representando á los Estados del Rhin, á

saber: Prusia, Baviera, Baden y Hessen, y en el que iba colocado un facsímile de la Basílica terminada, y estaba coronado por una Germania colosal, que tendía la mano protectora sobre la fábrica más majestuosa del mundo. Esta estatua iba rodeada de soldados de las diferentes armas del ejército alemán, coronados con hojas de encina y de laurel, y entre los que se notaban bávaros, sajones y wurtembergueses. Estos soldados eran los que en 1870 y 1871 contribuyeron á alcanzar la unidad alemana bajo los auspicios del Emperador, y lo que cantaban, desfilando ante éste, eran también versos míos, que el público repetía lleno de entusiasmo.

Para aumentar el triunfo del Comité de la cabalgata, el Emperador mandó desfilar otra vez el cortejo histórico por las calles de Colonia, que llamaban la atención por la elegancia del decorado y por el primor de la ornamentación, y dió á todos gracias muy expresivas. Ya al tomar puesto el Emperador en el pabellón imperial, el Presidente del Comité ofreció á los Emperadores y á los Soberanos un escrito relativo á la cabalgata, que tiene por autor al profesor Eckertz y á mí, y que contiene todas mis poesías relativas á las fiestas de la inauguración de la Catedral, y especialmente al cortejo. Pero Eckertz y yo, casi envidiamos á nuestro malogrado compañero el Dr. Ennen por haberse encerrado su opúsculo relativo á la Catedral, su testamento literario,

MCD 2022-L5

en el chapitel de la piedra que corona la basílica sublime.

Concluyóse la solemnidad con un brindis del Burgomaestre á los Emperadores, que á la una regresaron á Brühl.

La ciudad obsequió á los Príncipes con un banquete, que se celebró en la gran sala del Gürzenich, con asistencia de más de quinientas personas, teniendo yo también la señalada honra de pertenecer al número de los convidados. El burgomaestre de Colonia, doctor Becker, dedicó un entusiasta brindis al que pudiéramos llamar arquitecto del Imperio y de la Catedral: nuestro Emperador; contestando el Príncipe heredero de la corona de Prusia y del Imperio germánico con un inspirado discurso, cuya esencia se resume en estas breves palabras: "¡Ojalá que la Catedral continúe siendo un símbolo de la fe y de la unidad alemanas!"

No puedo menos de reproducir el memorable discurso que el Emperador pronunció el primer día de la fiesta, el 15 de Octubre:

"¿Quién no recuerda en estos momentos el día en que el difunto rey Federico Guillermo IV vino al mundo? ¿Quién no recuerda aquel día 4 de Septiembre de 1842, en que mi real hermano, que descansa en Dios, anunció pública y solemnemente en este mismo sitio su resolución de terminar los trabajos de la cúpula de Colonia, por concluir durante siglos enteros?

MCD 2022-L5

"El regio arquitecto colocó como recuerdo de su gran empresa, y con la ayuda de esa grúa ya histórica, la primera piedra, que nos domina hoy cercada de flores. La Providencia todopoderosa no ha permitido que aquel Rey, cuyo recuerdo es imperecedero, viese terminar su obra, tan grande como atrevida, y en la cual trabajó con cariño y valor.

"Las palabras regias que pronunció en este mismo sitio, con motivo de la fiesta que se celebró hace treinta y ocho años, acogiéronse con entusiasmo, no solamente en Prusia, sino en todos los estados alemanes. Los soberanos fueron los primeros en abrazar tan grandiosa idea, que sirvió desde entonces de lazo nacional.

"Ya Federico Guillermo III, de gloriosa memoria, salvó en 1825, por su intervención enérgica, de una destrucción segura el coro que entonces existía solamente. En la actualidad, la cúpula de Colonia, uno de los mayores trabajos de todos los tiempos, se ha terminado, y es para nosotros como el monumento de la piedad, de la inteligencia, de la previsión humana, de un trabajo común, de una infatigable energía y de un espíritu de sacrificio sin límites. Puedan las torres que se levantan hacia el cielo recordar que, sin auxilio de Dios, nada puede tener buen éxito sobre la tierra. Por eso, lo primero que todos debemos hacer es dar gracias al Todopoderoso, que ha protegido y permitido concluir

esta empresa atrevida y llena de peligros. Después, nuestra gratitud debe dirigirse á aquel Real arquitecto, cuyo espíritu creador nos ha valido esta obra, que hará valer su nombre á través de los siglos.

"Cumplo también en este lugar con otro deber de dulce gratitud para mi corazón al manifestar á los augustos y altos soberanos, así como á las ciudades libres, unidas nuevamente á la patria alemana, mi profundo agradecimiento por las palabras y los hechos con que ayudaron, al frente de sus Estados, á la terminación de esta grandiosa construcción. Que todos los dones particulares, de dondequiera que hayan venido, encuentren aquí el más sincero agradecimiento. Mi reconocimiento se dirige especialmente á mi patria particular: Prusia; á esta noble ciudad, así como á la Asociación Central para la construcción y terminación de la cúpula, por los esfuerzos de todas las clases de la población, que han coadyuvado al adelanto de la obra gigantesca de su Rey. En fin, recordemos con el más vivo agradecimiento á los hombres que consagraron á este edificio su ciencia y su arte y sacrificaron en su construcción fuerzas que han producido este inmenso resultado. Saludemos, pues, todos este espléndido monumento, y pueda él constituir, por la gracia del Todopoderoso, una promesa de paz en todos los dominios, en honor del Altísimo y para nuestra salvación."

MCD 2022-L5

La noche del 16 de Octubre se repitió el espléndido espectáculo de la iluminación de la Catedral, de los edificios públicos y de las casas de Colonia, pareciendo aquella noche una noche veneciana ó de *Las mil y una noches* de los cuentos orientales.

¡Colonia amada! ¡Cuán ufana te presentaste á tus augustos huéspedes! Tú eres la joya más rica en la diadema brillante del Emperador. ¡Ojalá que la Catedral sea emblema de paz, y que el valle del Rhin, en cuyas ondas se reflejan infinitos monumentos de la fuerza, de la perseverancia, de la paciencia y de la piedad del pueblo alemán, constituyendo una verdadera corona las catedrales de Basilea, Estrasburgo, Espira, Worms, Maguncia, Aquisgrán y Colonia, continúe siendo la *Via triumphalis* del arte alemán, y la guardia de la fe!

La memoria del cortejo histórico se perpetuará en Colonia para honra de los eminentes pintores de Düsseldorf, Sres. Camphausen, Baur, Lerche, hermanos Röber y señor Beckmann, pues los que formamos el Comité organizador de la cabalgata hemos encargado á dichos artistas que pinte cada cual el grupo que dirigió en la sala del Gürzenich, formando el cuadro un friso.

Un fraternal banquete nos reunió á los miembros del Comité pocos días después de las fiestas. Lo empecé yo con un prólogo en verso consagrado á éstas, que el mismo Emperador llamó el 28 de Octubre, por boca de su

representante el conde Otón Stolberg de Wernigerode, en el proemio del discurso de inauguración del Congreso de los Diputados, "fiestas que han de enaltecernos". El excelentísimo señor de Cranach—gobernador militar de Colonia, descendiente de un héroe de mi *Walhalla,* el ilustre pintor Lucas Cranach—brindó por el Emperador, y yo tuve el gusto indecible de brindar por los artistas de Düsseldorf; el Sr. Bernuth, gobernador civil de Colonia, y los pintores Camphausen y Baur, pronunciaron discursos entusiastas, y el excelentísimo señor de Cranach me obsequió de una manera inesperada, brindando por el poeta del Comité, de la Catedral y de las inolvidables fiestas de Colonia: por el vate que tejió una flor al laurel frondoso de Federico Guillermo IV.

1881

MCD 2022-L5

EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO DE LOS ARQUITECTOS
DE LA CATEDRAL DE COLONIA

GERARDO DE RILE
Y
CARLOS EDUARDO RICARDO VOIGTEL

La Catedral de Colonia, que ya se pierde en las nubes, es una maravilla del más elevado sentimiento de la belleza y de la voluntad ética; es la alegoría de piedra de la aspiración á libertarse de todas las cadenas terrenales y á elevarse hacia el éter purísimo; es la joya de la unidad alemana, un emblema del pasado y del porvenir, que sobrevivirá á los días de la discordia; una labor inmortal en la que trabajaron seis siglos, coincidiendo la terminación de sus obras con el restablecimiento del Imperio alemán, así como se puso la primera piedra cuando éste era todavía el corazón del mundo.

Los cañones que el 14 de Agosto de 1880 anunciaban su conclusión, despertaron mil

MCD 2022-L5

ecos en Alemania toda: la Catedral de Colonia, el templo de la ciudad que con justicia se llama la Roma alemana, hablará á las generaciones venideras, con la elocuencia sublime y arrebatadora de sus formas, del espíritu religioso, levantado y severo, y del noble sentimiento común del pueblo alemán. Diremos siempre con el Príncipe imperial, que en el banquete ofrecido el 16 de Octubre de 1880 por la ciudad de Colonia á la familia imperial pronunció un significativo brindis: "¡Ojalá que esta obra nos recuerde á todos que debemos conservar los bienes más elevados de nuestra nación: las costumbres alemanas, la piedad alemana, la seriedad que Alemania muestra en el arte, en la ciencia y en la industria! ¡Ojalá que este edificio pueda ser siempre el símbolo de la fidelidad y de la unidad alemanas! ¡Ojalá pueda esta obra de Alemania durar hasta los más lejanos tiempos, para regocijar y edificar á un gran pueblo unido, feliz y pacífico!"

Si hubo hombre digno de los homenajes del mundo, los merece ahora el primer arquitecto de la Catedral de Colonia. Pero por desgracia no ha llegado á nosotros noticia directa acerca de él; parece que á todos bastaba la obra, olvidándose el nombre del autor. Pero, de acuerdo con los hombres más ilustrados de nuestros días, consideramos como tal al maestro y cantero Gerardo de Rile.

Un documento del año de 1257 le llama "*ma-*

gister Gerardus, lapicida rector fabrice ecclesie maioris", lo cual significa: "maestro Gerardo, cantero director de la construcción de la Catedral."

Vemos en dicho documento que mucho tiempo antes de 1257 Gerardo había sido director de la fábrica, pues dice que le fué regalado el terreno de la calle de San Marcelo, en el que levantó una gran casa de piedra, y que dicho terreno le fué ofrecido en recompensa de los servicios prestados como director de la fábrica. Y siendo Gerardo el primero cuyo nombre figura en los registros de apeos, los *Schreinsbücher*, y no pudiendo representarnos, según las condiciones de aquellos tiempos, al arquitecto de la Catedral sino cual propietario, concluiremos que Gerardo fué el primer arquitecto. El concebiría también los planos, pues entonces no se separaban la idea y la ejecución, la teoría y la práctica. Y dice bien Merlo, que los servicios del maestro Gerardo de los cuales habla el documento de 1257, se refieren sin duda á que Gerardo haya ideado los planos; pues siendo tan extensos los trabajos de fundación, la Catedral no podía, en 1257, haber ya alcanzado una altura grande.

¿Quién era, pues, el maestro Gerardo? Su padre se llamaba Gottschalk de Rile, y su madre tenía el mismo nombre de bautismo que la madre de Carlomagno, llamándose Bertradis, lo cual quiere decir "la brillante". Rile, al que el padre de Gerardo debió su nombre,

MCD 2022-L5

es un pueblecito inmediato á Colonia, en el que se encuentran el Jardín Botánico y el Zoológico. Habiéndose Gottschalk establecido en Colonia, esta ciudad, á la que el papa Inocencio IV calificó en 1247 de "célebre y magnífica, y como si dijéramos única en las tierras alemanas, superando á las otras ciudades por su grandeza, su nobleza y su poder", tiene probablemente la gloria de haber mecido la cuna de uno de los mayores genios de todos los tiempos. Lo cierto es que Gerardo, el maestro de la famosa Catedral, edificó en Colonia una gran casa en un terreno situado *apud sanctum Marcellum*, que perteneció á las viñas del Cabildo de la Catedral. Tuvo el maestro Gerardo tres hijos y una hija, entrando el primero, Pedro, en el convento de San Pantaleón, de Colonia, siendo el segundo, el maestro Guillermo, canónigo de San Gereón, de la misma ciudad, y tomando el hábito asimismo el tercero, Juan, y haciéndose religiosa también su hija, llamada Isabel.

Siendo Gerardo joven florecía en Colonia la arquitectura, y aun cuando, según dice Otón de Freising, de conformidad con los anales colonienses del siglo XII, superaba á las demás ciudades de Galia y Germania por sus riquezas, sus edificios, su grandeza y esplendor, ninguna iglesia de la ciudad podía servirle de modelo para la Catedral, pues todas ellas ostentaban el estilo de transición que reunió la construcción románica y la ornamentación

gótica. Presentóse en la Catedral de Colonia por primera vez la arquitectura gótica en su hermosura más cumplida, cual Minerva armada saliendo de la cabeza de Júpiter. El maestro Gerardo tomó su modelo en la catedral de Amiens, pero logró expresar mucho mejor las intenciones artísticas de su predecesor.

Ya al sabio escritor Schnaase le extrañaba la semejanza que existe entre el coro de la abadía de Gladbach y el de la Catedral de Colonia; y así como se reconoce el escritor por su estilo, reconoceremos en el coro de Gladbach al maestro del coro de la Catedral de Colonia. Aquella suposición se hizo aún más probable cuando se encontró en los libros de difuntos de Gladbach el nombre del maestro Gerardo, pues éstos dicen que los monjes tenían que orar por el maestro el día de su muerte; y no figurando Gerardo entre los protectores de la abadía de Gladbach, podría suponerse que la gratitud de los monjes se referiría á la construcción del magnífico coro; y habiendo Gerardo construído éste, cabe afirmar con seguridad que los principios del coro de la Catedral de Colonia, que tiene mucho parecido con el de Gladbach, se refieren al maestro Gerardo. Y tanto más le consideramos como autor del coro de Gladbach, cuanto que entre el pueblecito de Rile y el de Gladbach existía comercio muy íntimo, perteneciendo aquél á la abadía de éste.

Sentimos que tan escasas sean las noticias que tenemos acerca del maestro Gerardo. Pues

¿quién no admira su espíritu creador contemplando el templo, á la vez sublime y gracioso, en que la piedra parece que pierde su índole, haciéndose, como si dijéramos, un elemento distinto?

Así como Rafael amaba á la Fornarina—que con sus tiernas miradas, con sus dulces abrazos y con sus mágicas sonrisas le infundía ese sentimiento purísimo que es á la vez el alma del arte y el genio del artista, á la Fornarina, que fué el numen de sus creaciones, la mano invisible que le guió al trazar en el lienzo los contornos de una Virgen ó de un serafín,—el maestro Gerardo amaba, cuando joven, á una Gertrudis, que tanto subyugaba á su alma ardiente de artista, que los sacrificios que hizo por ella no tenían límites. Le ofreció hasta una parte de la propiedad de su casa paterna. Pero parece que en 1248, el año en que se colocó la primera piedra de la Catedral, cesaron las relaciones entre los dos, pues entonces compareció Gertrudis ante el tribunal para renunciar la donación.

En 1279 dirigió el maestro Arnaldo las obras de la Catedral, según dice un documento publicado por Merlo; y si pudiéramos suponer que Gerardo había continuado la dirección hasta su muerte—lo cual consideramos probable el profesor Eckertz y yo,—en 1279 no perteneció al mundo de los vivos. Falleció, como dicen los libros de difuntos de la abadía de Gladbach, el 23 de Abril.

MCD 2022-L5

¡Honor eterno al primer arquitecto del mayor monumento de que se envanece Alemania!

Pero tenemos que dedicar también un recuerdo al que llevó la Catedral á feliz término.

¡Cuánto se hizo desde el año de 1842, gracias al impulso de Federico Guillermo IV, al entusiasmo nacional del pueblo alemán y al celo de los arquitectos!

En aquel año la Basílica sólo era una pintoresca ruina: en sus junturas se encontraban las brencas, y florecían las rosas y las gencianas, y en la torre meridional se formaban durante el invierno, sobre las estalactitas calizas, estalactitas de hielo. Pero en el mismo año Colonia entera se convirtió en una Asociación Central para terminar las obras de la Catedral; el héroe de piedra fué durante los días y las noches objeto de todas las conversaciones.

¡Honor eterno á Ernesto Zwirner, que desde 1833 á 1861 se dedicó con admirable energía á la Catedral, esa perla del estilo gótico! ¡Honor al compañero inteligente de Zwirner, Ricardo Voigtel, que en 1880 terminó el sagrario en que descansan los santos tutelares de Colonia! ¡Honor al ilustre wurtembergués Schmidt, que en compañía de los colonienses Statz y Schmitz se consagró con amor é inteligencia á la más grandiosa basílica del mundo!

Nació Carlos Eduardo Ricardo Voigtel en Magdeburgo, el 31 de Mayo de 1829. Dedicóse

á la arquitectura, estudiando el arte de Herrera en la Academia de Berlín, y desde 1855 fué el compañero de Zwirner. El tiene el mérito de haber terminado la nave larga, la nave transversal y las torres, y su celo merece todo género de elogios. Nos complacemos en tributárselos.

1881

MCD 2022-L5

CONRADO DE HOCHSTADEN

ARZOBISPO DE COLONIA

¡Qué cosas tan extrañas leemos en la Revista alemana *Los Grenzboten* del 21 de Octubre, y en la *Gaceta de Augsburgo* del 31 de Octubre de 1880, con motivo de la inauguración de la Catedral de Colonia! Fundándose en que fueron sobre todo los protestantes los que celebraron las fiestas de Colonia del 15 y 16 de Octubre, y en que Roma no tiene sino una sola iglesia gótica, y en que el catolicismo moderno, que quiere ser lo sobrehumano sobre la tierra, no está simbolizado sino por la cúpula de San Pedro, que representa aquella infinidad visible, mientras las catedrales góticas, en vez de representar lo infinito, sólo nos dirigen hacia ello, dice la *Gaceta de Augsburgo*: "La Basílica de Colonia es la creación de un espíritu religioso que vivía en Alemania, y cuyo verdadero heredero no es la Iglesia que la posee actualmente, sino el espíritu que en-

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

gendró la Reforma, y á quien llamamos todavía hoy el verdadero protestantismo."

No, y mil veces no: es preciso dejar á la Iglesia lo que le pertenece. Inspirándose en las palabras del rey Federico Guillermo IV, cuyos manes descansan ya en la región de los inmortales, Alemania entera proclamó en 1842 cual símbolo suyo á la Catedral de Colonia; pero ésta no deja de ser también un monumento de la Iglesia, y es el mayor y el más hermoso de cuantos existen; es el monumento más magnífico del estilo gótico que creó en la católica España catedrales como las de León, de Burgos y de Segovia, y que en Alemania tiene el más ferviente campeón en el gran católico Dr. Augusto Reichensperger; es una creación alemana que estriba sobre un modelo francés, así como las apariciones más importantes de la Edad Media, la Caballería, el monacato reformado, las Cruzadas y el *Minnegesang* (canto del amor), nacieron en Francia. Diremos siempre que el arte helénico representa la armonía serena, la transfiguración del mundo sensual, y que el estilo gótico, como estilo verdaderamente cristiano, simboliza la huída de este mundo de los fragmentos y conflictos hacia la quietud y armonía de lo sobrehumano; pero jamás reconoceremos que el genio que ideó los planos de la Catedral de Colonia fuese un predecesor de la Reforma.

El pensamiento de la Catedral llenaba el alma generosa del arzobispo San Engelberto,

MCD 2022-L5

gloria á la vez de la Iglesia y del Imperio, que amando, cual otro santo David, el esplendor del templo del Señor—según dijo su biógrafo Cesáreo de Heisterbach,—amonestó al Cabildo coloniense para que renovase la iglesia de San Pedro, madre de todas las iglesias de la provincia de Colonia, y ofreció para la fábrica la suma de quinientos marcos, prometiendo dar anualmente la misma cantidad hasta la conclusión de las obras. Pero á él, que fué el último de los sucesores de San Materno que alcanzó no sólo la fama, sino el título de santo, no le concedió la fortuna el honor de ser el fundador de la Catedral; esta gloria corresponde á un arzobispo que no está ligado al templo de Colonia por lazo espiritual, sino por la circunstancia casual de ocupar entonces la silla arzobispal.

Llámase aquel arzobispo Conrado de Hochstaden.

Oportuna es la ocasión para hablar acerca del que goza el honor de ser denominado fundador de la suntuosa Catedral.

Al último continuador de los Anales de San Pantaleón de Colonia, al último benedictino que escribió en el convento de San Bruno la historia del Imperio y de la ciudad del Rhin, y que en 1249 cesó de escribir, se debe la historia de la primera mitad del episcopado de Conrado de Hochstaden, historia escrita con suma imparcialidad, debiéndose el conocimiento de algunos fragmentos de su vida á los es-

casos trozos que han llegado á nosotros de una pobre crónica rimada, escrita en malos hexámetros leoninos, y debiéndose la historia de las guerras del Arzobispo con las estirpes nobles y la ciudad de Colonia, á un apasionado amigo de aquellos, Godofredo de Hagen, autor de la magnífica *Crónica rimada* que se escribió cuando Conrado había ya fallecido. Este Godofredo, á quien ya un documento de 1268 llama *Clericus coloniensis,* y que probablemente después de haber perdido á la mujer con la cual contrajo matrimonio en 1271, se hizo párroco de la iglesia menor de San Martín de Colonia, fué contemporáneo de los sucesos más importantes del episcopado de Conrado de Hochstaden, y creó en su *Crónica* un monumento que podrían envidiarnos las demás ciudades de Alemania; y podrían envidiarnos también aquel gran personaje á quien la ciencia llama el *Grande,* la Iglesia el *Beato,* y Colonia uno de sus mejores ciudadanos, á saber, Alberto Magno, aquel hijo de Suabia que en los días de Conrado de Hochstaden hizo de Colonia un centro de vida espiritual, y que en aquel tiempo, en que una guirnalda de iglesias adornaba las orillas del Rhin, ostentando casi todas el llamado estilo de transición, ofreció los recursos necesarios para que se edificase el coro de la grandiosa iglesia de los dominicos de Colonia.

¡Qué diferencia tan grande entre Alberto Magno, el hombre de la ciencia, el sabio, la

lumbrera y el genio universal de la Edad Media, el piadoso, el pacífico, el gran arquitecto de la fábrica del escolasticismo, á quien nuestra Edad rindió homenaje extraño considerándole también como arquitecto de catedrales de piedra, como el primer arquitecto de su tiempo, como el que concibió los planos de la Basílica de Colonia! ¡Qué diferencia entre él y el arzobispo Conrado de Hochstaden, ese hombre bélico, esforzado é intrépido, que sembraba por doquier la guerra, y del cual dice la *Crónica rimada,* que, cuando joven, exclamó en medio de su sueño: "¡He de ser la perdición de Colonia!" El lo fué todo, menos un genuino sacerdote, menos un verdadero arzobispo. Nadie se ha atrevido á censurar sus costumbres, pero tampoco han elogiado su clemencia, su liberalidad y su piedad. No fué sino el tipo de un frío y enérgico hombre de Estado, que alcanzó cuanto se propuso; él contribuyó poderosamente á la perdición de la Casa de los Hohenstaufen; él elevó al trono á un rey tras de otro; desafió impune así al joven monarca Guillermo de Holanda como al legado Pedro y al papa Alejandro; humilló á la ciudad de Colonia, que hasta entonces era casi independiente; apareció en el campo de batalla llevando en la mano una piedra brillante, que, según la superstición de aquel tiempo, aseguraba la victoria, y concluyó sacrificando el bien de la patria á intereses mezquinos.

MCD 2022-L5

Mi sabio compatriota el Dr. Herman Cardauns, que publicó la biografía de Conrado con motivo de la inauguración de la Catedral de Colonia, le llama una aparición grandiosa, pero no atractiva. Si hay algo que pudiera conciliarnos con él, son sus hábitos de economía y el mérito que contrajo por haber colocado en 1248 la primera piedra de la Catedral de Colonia, siendo el señor de la obra el Cabildo, y en 1255 la primera piedra de la Iglesia cisterciense de Altenberg, aquella bellísima miniatura de la grandiosa Catedral de Colonia.

No erigió suntuosos palacios, ni dotó conventos é iglesias, sino que compró castillos y feudos, teniendo por vasallos á casi todos los caballeros entre el Mosa y el Weser, y reemplazó al castillo paterno de Hochstaden, situado á orillas del Erft, del lado meridional de Neuss, cerca del pueblecito de Frimmersdorf, por otro castillo. Se hizo el jefe del partido que, dejándose corromper por vil dinero, eligió rey de Alemania á Ricardo de Cornwalis, mientras el arzobispo Arnaldo de Tréveris, como jefe del partido castellano, eligió á Alfonso X de Castilla.

Conrado tuvo por padre al conde Lotario de Hochstaden y á Matilde, hermana del conde Enrique de Vianden, y fué en Abril de 1238 arzobispo de Colonia. Después de una vida turbulenta, falleció el 28 de Septiembre de 1261, siendo sepultado, primero en la antigua Cate-

MCD 2022-L5

dral, y después en la capilla de San Juan, del coro de la nueva Catedral de Colonia, en el mismo sitio en que en 1248 colocó la primera piedra. Por encima de sus restos mortales se erigió un monumento de bronce, del cual se ha conservado una magnífica estatua del mismo metal, que descansa sobre un sarcófago moderno.

1881

MCD 2022-L5

LAS RELIQUIAS DE LOS REYES MAGOS

Si la Epifanía es una fiesta memorabilísima para toda la cristiandad, es más gloriosa todavía para mi patria, pues Colonia, la Roma alemana, á la cual, para arrodillarse en las losas de su templo, peregrinaban los fieles hasta desde el Asia, atraídos por el dulcísimo perfume de sus santos patronos, por el culto de sus imágenes venerandas, por sus poéticas solemnidades, y que, según dijo el cruzado Oliverio, hizo en el Oriente, en la campaña de Damieta, con sus buques y con sus soldados más que todo el Imperio germánico; nuestra Colonia conserva en su portentosa basílica un tesoro incomparable, las reliquias de los Santos Reyes Magos, esos heraldos del Señor, esos adoradores del Niño divino que ya se ven en las pinturas de las Catacumbas de Roma montados en soberbios caballos y ataviados con pompa oriental, ofreciendo sus dones á Jesús en el pesebre de Belén, cual representantes de la humanidad en las tres partes conocidas del

MCD 2022-L5

mundo, siendo, según los representa el famoso *Dombild* de Colonia, Melchor, el anciano; Gaspar, el adolescente, y Baltasar, el hombre de edad media.

Parece que sobre la metrópoli del Rhin, en la que el arte con su idioma de piedra nos habla de religión, y la arquitectura y los lienzos de los más inspirados pintores nos hacen sentir el arrobamiento del amor divino, y que en 1426 visitó un príncipe de Portugal, brillaba invisible la estrella de los Reyes Magos, tributando homenajes los reyes de Inglaterra, Chipre y Dinamarca; los duques de Aremberg y de Borgoña, y los emperadores Otón IV, Enrique VII, Segismundo, Federico III, Maximiliano y Carlos V, á sus sagrados colegas, brindando piedras preciosas y coronas de oro á los que habían ofrecido á Jesús oro como á Rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre que había de morir para nosotros. A los Reyes Magos, que derramaban sobre la ciudad la abundancia de la bendición terrestre y divina, les debe la romana y después arzobispal Colonia sus glorias más esclarecidas, su poder, su importancia universal, sus armas, las tres coronas y la Catedral de las catedrales, así como se hicieron famosas por sus reliquias, Santiago, la del Apóstol de España, y Fulda, la ciudad de San Bonifacio.

Si por ventura no se hubiese quemado en 1248 la catedral de Hildeboldo, el Arzobispo, amigo de Carlomagno, al cual enterraron

en la iglesia de San Gereón, la habrían derribado para construir un templo grandioso que fuese digno de albergar á los Reyes Magos, cuyos cuerpos recogió la piadosa madre de Constantino, la emperatriz Elena, reuniéndolos en un sarcófago marmóreo que llevó á Constantinopla, esperando que jamás abandonasen la capital, pero que alcanzó para Milán, en los días de San Ambrosio, el obispo Eustorgio (según dice un libro publicado en el siglo XI ó á principios del siglo XII con el título de *Vita beati Eustorgii confessoris*), y que el emperador Federico Barbarroja, después de haber destruído en 1162 la capital lombarda, regaló al arzobispo de Colonia y canciller del Imperio, Reinaldo de Dassel, que ocupaba la silla arzobispal de 1156 á 1163, y á quien el archipoeta llamaba *"Ulixe facundior Julliana loqueris"*.

Desde el campanario de San Jorge, adonde los milaneses habían conducido, para darles protector refugio, los cuerpos sagrados que hasta entonces se conservaron en la iglesia de San Eustorgio, situada fuera de las murallas de la ciudad, los llevó á Alemania, en 10 de Junio de 1164, y les erigió un magnífico mausoleo en la Catedral de Colonia, el gran Arzobispo, tan apto en manejar la pluma como la espada, del cual nos habla en su preciosa biografía de Reinaldo de Dassel (Colonia, 1850) el docto Julio Ficker. ¡Con qué gozo, con qué entusiasmo anunció Reinaldo la llegada de

aquel donativo riquísimo á los colonienses, así á los clérigos como á los laicos, en carta que escribió en la lengua de Lacio, en Vercelli, el 12 de Junio de 1164, y que aun se guardaba en el siglo pasado en la abadía de Siegburgo, publicándola en 1654 un buen hijo de Colonia, el jesuíta Herman Crombach, en su notable *Historia trium Regum Magorum!*

Los Reyes Magos, que han de descansar en Colonia hasta que resuenen las trompetas del Juicio final, tuvieron que efectuar un viaje largo y peligroso, que con todos sus pormenores nos describe Crombach, hasta que llegaron á Colonia el 23 de Julio de 1164, pues el Archicanciller necesitó defender su tesoro, el regalo imperial, de muchos príncipes celosos. Por fin, en las vigilias de Santiago llegaron los ansiados Reyes Magos, después de haber pasado por Maguncia, Erpel y Remagen, á la ciudad de Agripina, donde había tanta aglomeración de gente para recibirlos, que la calle por que pasaban, que en el día llaman Trankgasse, se llamaba *Dränggasse* (que significa calle de turbamulta), y la puerta por la cual entraron fué condenada para que no volviese á ser hollada por pie humano.

Los cuerpos de los Reyes Magos, transmitidos de generación en generación, encontraron su postrer morada en la Catedral de Hildeboldo, llamada basílica de San Pedro, siendo aquellas reliquias el timbre de Colonia, que sabía que un pueblo sin reliquias es un pueblo

MCD 2022-L5

sin historia. Pronto se hizo la ciudad más poderosa del Imperio, la rival de París y Londres, que no se inclinaba sino ante Roma y Constantinopla. Aquel milagro lo realizaron los Santos Reyes. No se limitó á eso su maravillosa influencia, sino que un manuscrito que se encuentra en La Haya nos cuenta la siguiente leyenda: "Un español había albergado algunos hombres que querían ir en peregrinación á Santiago. Durante la noche le fué robado todo su dinero á uno de los peregrinos. El juez condenó á muerte al pobre tabernero. Este invocó el auxilio de los Reyes Magos de Colonia, haciéndoles votos para que se demostrase su inocencia. De repente, sintiéndose iluminado por inspiración divina, miró de hito en hito á los acusadores, y asió uno de éstos diciendo: "He aquí el ladrón." Este lo había sido efectivamente, y expió su culpa con la muerte. Pero el salvado llegó á Colonia, refiriendo al custodio de los Reyes Magos el motivo de su peregrinación."

Continuemos escribiendo la historia de los Santos Reyes. Los trasladó el sucesor de Reinaldo de Dassel, Felipe de Heinsberg, que ocupaba la silla arzobispal de 1167 á 1191, á la tumba donde aun hoy descansan.

La tumba, obra magistral, que demuestra el desarrollo de la orfebrería alemana á fines del siglo XII, rivalizando con el sarcófago de Santa Isabel de que se precia Marburgo, tiene la misma importancia para la orfebrería occi-

dental, que para la griega la "Pala de oro", que se admira en San Marcos de Venecia. Acerca de la tumba de los Reyes Magos escribieron Francisco Bock en su obra *La santa Colonia* (1858), y el historiógrafo y consejero áulico Vogel en un libro publicado á la vez en francés y en alemán en 1781, conteniendo el grabado de los preciosos doscientos veintiséis simulacros que adornaban el relicario, encontrándose entre ellos, cual trofeos del cristianismo, Adriano y Sabina, Marte, Venus, Palas, Mercurio, Victoria, panteras de Baco, Esopo, Apolo, Diana, Vulcano, Esculapio, Cupido, Hércules, Leda, Pegaso, Júpiter, Tetis, Medusa, Julio César, Faustina, Germánico, Augusto, Nerón y otras figuras de la antigüedad pagana.

La tumba es la imagen fiel de una basílica romana, cuya nave central se eleva por encima de las laterales. En el compartimiento bajo de la portada principal se ve, en medio de un caudal de pedrerías y de ornamentos, á la Virgen con el Niño, y á su izquierda los tres Reyes Magos y el emperador de Alemania Otón IV, que hizo una gran donación para que se ejecutase aquella tumba, y á la derecha una representación del bautismo del Señor. En el compartimiento medio de la portada encuéntrase una cubierta adornada de pedrerías, detrás de la cual se ven los cráneos de los Santos Reyes. Y por encima de ellos hay tres doradas coronas adornadas con piedras de Bohemia.

MCD 2022-L5

El compartimiento alto ostenta la figura del Juez divino entre dos ángeles. Las paredes laterales las decoran figuras de Profetas y de Apóstoles, atrayendo la atención por sus nobles vestiduras. La portada que se halla por detrás, muestra en el compartimiento bajo la flagelación y la crucifixión de Nuestro Señor, y entre estas dos representaciones están el profeta Jeremías, que anuncia la Pasión de Jesús, y el arzobispo Reinaldo. La parte alta de la portada la forma un triple arco, teniendo á la derecha las estatuas del Señor y de los santos Félix y Nabor y tres bustos femeninos, y á la izquierda seis profetas.

La idea del arzobispo San Engelberto (según su biógrafo Cesáreo de Heisterbach), de erigir una Catedral digna de su tesoro incomparable, los Reyes Magos, fué realizada por Conrado de Hochstaden, que, según dice la *Crónica de Colonia*, "siendo extremadamente rico de oro, plata y piedras preciosas, de modo que creía inagotables sus riquezas", colocó en 1248, el día de la Asunción, la primera piedra de la fábrica eterna, la gran Catedral de Colonia, que edificó en honor de Dios y de los Reyes Magos. De ésta escribió Crombach: "*Illa tantas moles tam exquisite fabricata, si ei manus extrema adderetur, miraculo Europæ adnumeraretur.*"

El 27 de Septiembre de 1322, al inaugurarse con toda solemnidad el coro alto de la nueva fábrica, los Reyes Magos fueron llevados, al-

ternativamente por príncipes y por obispos, á un mausoleo provisional que, rodeado de una reja de hierro, se encontraba en el pequeño coro lateral. En la segunda mitad del siglo XVII el arzobispo Maximiliano Enrique erigió, en la capilla de los Reyes Magos, un mausoleo de mármol para que guardase el relicario de los Reyes. En aquel mausoleo descansaban los Santos Patronos de Colonia, hasta que en 1864 los trasladaron á la tesorería, que se encuentra al lado de la sacristía, en la nave septentrional transversal.

En 1794, al acercarse á la ciudad los ejércitos franceses, los tesoros sagrados encontraron asilo en Arnberg, gracias al Vicario general de Cuspers. En 1804 volvieron á Colonia, resonando el tañido de todas las campanas y celebrándose en la Catedral una procesión esplendorosa, más por la devoción de los fieles, que por la pompa y la riqueza. Por desgracia, el precioso relicario, del cual se habían extraviado algunos trozos, perdió, al repararse en 1807, parte de sus bellísimas proporciones.

Cuando se abrió la tumba de los Reyes, el 20 de Julio de 1864, encontráronse en ella los despojos de San Gregorio de Spoleto, que llevaba á Colonia el arzobispo Bruno, hermano del emperador Otón III; las reliquias de los mártires Nabor y Félix, y en un compartimiento especial las de tres personas que parecían los Reyes Magos, y los restos mortales de un niño de dos años.

MCD 2022-L5

Los Reyes Magos viven en el Evangelio de San Mateo, en los escritos del venerable sacerdote inglés Beda, que falleció en 735; en los villancicos y misterios alemanes, españoles é italianos; en el famoso libro que en el siglo XIV escribió en verso latino Juan de Hildesheim, y que ilustrado con pincel alegre, hizo las delicias de Goethe, que encontraba en aquella obra un verdadero libro popular. El se hubiera regocijado también con las versiones del poeta wurtembergés Gustavo Schwab y del bonense Carlos Simrock, y con la publicación del tirolés Ignacio Vicente Zingerle, referente al mismo asunto. Los Reyes Magos viven en aquel antiguo poema épico del siglo XIII, que se titula *Leyenda de Reinaldo de Montalbán,* donde se leen estos versos:

"Tant a alé Renanz et amont et aval,
Que il vint à Coulongne, au moustier principal,
Au moustier de saint Pere qu'estoit espirital.
Les III rois aoura de cuer bon et loial."

(Tanto ha ido Reinaldo cuesta arriba y cuesta abajo hasta que llegó á Colonia y á su catedral, la de San Pedro. Tributaba homenajes á los Reyes Magos con todo su buen corazón.)

Los héroes de la leyenda más poética, acerca de los cuales, con motivo del séptimo centenario de su traslación á Colonia, escribieron los sabios Enrique José Floss y José Kreuser, viven en millares de pinturas, y aunque no viviesen en éstas, vivirán siempre en los corazones colonienses, en los corazones cristianos.

1893

THORWALDSEN Y WINCKELMANN

¿Qué tumba de opulentos príncipes, qué mausoleo de espléndidos monarcas puede compararse con el del gran escultor Berthel (Alberto) Thorwaldsen?

Ese mausoleo se encuentra en Copenhague, la ciudad de su nacimiento, en el patio de un templo de paz consagrado á las artes, que hasta en el Norte frío nos hace respirar los frescos aromas de la Ciudad Eterna, en el centro del suntuoso museo que, dedicado exclusivamente al genial escultor, encierra en dos pisos— formados por una antesala de cuarenta piezas ó departamentos y de la sala de Cristo, á la cual podemos llamar el santuario del arte de Thorwaldsen—todos los trabajos de la fecunda existencia del artista, las estatuas sublimes del Salvador dando la bendición, del Angel llevando en la mano la fuente bautismal, de los doce Apóstoles, las estatuas magníficas de las Gracias, de Adonis, de Venus, de Baco, de Apolo, de Jason, de Hércules, de Amor y Psiquis, de Hebe y la Esperanza, de Vulcano y de

MCD 2022-L5

Mercurio, y como preciosísimo tesoro, los primeros yesos de sus obras, que tan altas están en los cielos del arte.

El Museo de Thorwaldsen es un don suyo ofrecido á su patria, su legado, su herencia, el monumento de su gloria, el archivo de sus creaciones y la urna cineraria en que reposa el maestro á quien Varsovia debe las estatuas de Copérnico y de Poniatowky; Maguncia, la de Gutenberg; Stuttgart, la de Schiller, y la Basílica de San Pedro, el monumento sepulcral del papa Pío VII.

¡Qué idea tan bella es la del arquitecto del Museo, el profesor Bindesböll, al hacer que, en el patio bajo, cada ventana del piso alto represente en una serie de cuadros á un niño alado que, hallándose en un carro para correr, simboliza las luchas del espíritu humano: ora los caballos se muestran rehacios, ora se encabritan, ora el niño corre riesgo de resbalar, pero al fin alcanza el suspirado término, y se ufana, orgulloso y satisfecho, con su ambicionado triunfo! Este se encuentra expresado en el remate del edificio en la figura de bronce que representa á la diosa de la Victoria, deteniendo su cuadriga. Y como señales de triunfo míranse palmitos y azucenas grabados en las puertas vidrieras que desde el piso bajo conducen al patio, y en ambos lados de la entrada á la sala de Cristo vense esbeltas palmeras pintadas en colores verdes, negros y blancos, sobre el obscuro fondo del muro.

MCD 2022-L5

En medio de las sublimes creaciones que legó á su patria como gérmenes del arte, descansa bajo ancha losa, cubierta con abundantes rosas, el polvo del artista inmortal, á cuyo espíritu descendía la belleza con sus dulzuras y encantos, á la manera que el fecundante rocío baja á depositarse en el seno de las flores; el hijo del Norte que mereció el título de restaurador del arte helénico, y cuyas producciones se distinguen por una blandura entrañable, por una paz del alma, no sólo cuando representaba un asunto cristiano, como las figuras de Cristo y los Apóstoles— cuyos originales adornan la iglesia de Nuestra Señora de Copenhague, en la cual, gracias al inspirado pincel de Thorwaldsen, creemos escuchar el amén de las piedras después de concluído el sermón y el canto,—sino también cuando creaba cuadros de belleza helénica, haciendo de ellos tipos universalmente admirables de la vida, tipos verdaderamente humanos.

¡Honor eterno al generoso artista que, después de haber vivido más de cuarenta años en Roma, se sacrificó á su patria, volviendo á la nebulosa Copenhague, para legarle todas sus obras y este templo del arte! Dinamarca entera vela la tumba de su hijo queridísimo, cubriéndola con flores como la de un rey, como la de una deidad nacional, y cuando ese jardín quede seco, será que habrá perecido, no sólo la patria de Thorwaldsen, sino el amor al arte en el mundo.

MCD 2022-L5

Así como hablaba á mi alma la losa mortuoria que forma el centro de las producciones del gran artista danés á quien el Señor marcaba su estancia el 24 de Marzo de 1844, he escuchado vibrar también un sonido misterioso en el Museo de Winckelmann, que se presenta en Trieste al aire libre, rodeando el sarcófago de mármol del gran arqueólogo alemán que tiene la gloria de haber sido el preceptor de Europa en el arte.

El Museo de Thorwaldsen, que, elevándose á la sombra de la gran mole del castillo de Cristianburgo, encierra tantas creaciones sublimes unidas á una urna sepulcral, á la que en el mes de Septiembre de 1848 fueron trasladadas con gran pompa las cenizas del artista desde la iglesia de Nuestra Señora de Copenhague, nos llena de satisfacciones, y el llanto que enviamos á aquella tumba se convierte en rocío; pero ¡qué de recuerdos tan distintos, qué de sentimientos tan diversos evoca el Museo de Winckelmann, que no sólo es Museo, sino también monumento erigido en honor de un finado, pero monumento expiatorio para lavar la mancilla que cubría á la ciudad de Trieste desde que en ella fué muerto á traición por un italiano el gran arqueólogo alemán; el prohombre de la restauración del arte; el que descubrió el arte antiguo, como Colón descubrió á América; el que se entusiasmaba con lo hermoso dondequiera que lo encontrase, buscándolo y extrayéndolo de los escom-

bros con que lo había cubierto el transcurso de los siglos, y animándolo con su descripción entusiasta; él, á quien el Apolo de Belvedere, la cabeza de Júpiter, de Aquileya, y el Ganimedes, por Scopas, aunque produjesen ya involuntariamente efecto peregrino, le deben la gloria que se ha hecho proverbial!

Ante la tumba de Winckelmann pensamos en la grandeza del espíritu humano, pero también en la perversidad del corazón del hombre.

Trieste honró al cadáver del gran alemán como al de un rey: lo depositó en magnífico sarcófago de mármol, ostentando en un bajo relieve la imagen del finado en el acto de conducir á las musas á la luz. Y aquel sarcófago lo colocó á la sombra de seculares cipreses y pinos, de tilos y de sauces, cuyas ramas, agitadas por el viento, cantan al muerto himno eterno de gloria. Aquí la Naturaleza celebra al Arte, y el polvo del varón ilustre que sacó á luz tantas obras maestras, no fué enterrado en las sombras: el sol derrama sus rayos serenos sobre su última morada. Y como sobre otros ataúdes se ven coronas y flores, míranse sobre el suyo fragmentos de bajo-relieves, cabezas de bustos, brazos de estatuas; por un acto de piedad deposita cada mano una obra del arte antiguo como holocausto sobre el venerado sarcófago. Encuéntrase éste cerca de la Catedral, en cuyo muro clavaron con anclas de hierro, para defenderlas del desmorona-

MCD 2022-L5

miento, las últimas columnas de un templo de Júpiter que antes ocupó aquel sitio. Aun se ve entre las hierbas altas la mutilada cabeza gigante del supremo de los dioses olímpicos, y desde ella saltan los pájaros al sarcófago del sabio alemán, para volar luego hasta las almenas de la iglesia, que la luz del sol baña. Desde hace poco tiempo rodean al féretro de Winckelmann las antigüedades extraídas de Aquileya, y nuestra mirada pasa de las ánforas de vino á las urnas sepulcrales, entre las cuales se distingue la de un sabino, descendiente de aquel pueblo ilustre que á los primeros romanos les dió madres.

He dicho que ante la tumba de Winckelmann pensamos también en la perversidad que anida en el corazón humano. Me explicaré. Winckelmann admiró la belleza y el vigor, no sólo en las estatuas, sino también en los hombres; pero su afición á la forma bella era puramente estética. Confió con fe ilimitada en unos perfiles puros, aunque detrás de ellos se encondiese un alma impura, y se entregó sin reserva á la magia de una aparición brillante. Así, cuando estuvo en Trieste para investigar los restos del antiguo templo de Júpiter, al encontrarse al paso con una estatua viviente, con un joven extremadamente hermoso, gallardo como Marte, esbelto como Febo y de una sonrisa inocente como Amor, el sentimiento estético de Winckelmann se sintió como fascinado. Aquel joven descalzo y hara-

poso se semejaba á un dios olímpico que había olvidado volver á su cielo. Era pobre, y eso bastó al sabio para recibirlo á su servicio. No pensaba que aquel joven, al cual se proponía presentar como modelo á sus amigos los escultores, podría ser aleve; no sospechaba que aquel hombre fuese tan perverso como bello. Habiendo sabido el mozo por boca de su amo que éste guardaba en sus baúles gran cantidad de tesoros y perlas—pues así llamaba Winckelmann á algunos fragmentos de estatuas que sólo para él, como entusiasta del arte, tenían valor,—resolvió matarle, y lo mató. Por la codicia de aquel miserable perdió el mundo una joya: la muerte trágica de Winckelmann acaeció el 8 de Junio de 1768; el gran sabio desapareció de ante los ojos de sus contemporáneos cual meteoro brillante, pero la luz de su genio no se apagará, sino que lucirá siempre cual estrella en el camino de la cultura estética de la Humanidad; su obra monumental, *La Historia del Arte de la antigüedad,* le sobrevivió, como fundamento de la ciencia de lo bello para todas las naciones modernas, y su nombre vivirá en la memoria agradecida de los hombres mientras se admiren las obras del arte antiguo. En el panteón donde Rafael descansa colocaron su busto en 1772; en Stendal, donde nació, le dedicaron un monumento de bronce; su imagen la guarda la Walhalla; Goethe ensalzó sus inmortales méritos en 1805, y en muchos lugares de Alemania la ciencia

celebra sus días, como ella, ya desde hace muchos años, los celebra en el Capitolio romano.

Winckelmann, el hijo de la pobreza, que, ávido de un mundo de hermosura que nadie supo abrirle, y menos aún explicarle, no entró hasta la edad de treinta y siete años en el territorio que él propio, como si dijéramos, había de crear de nuevo, y que desde entonces, rompiendo todos los lazos que le unieron á su patria, buscó en el clásico suelo de Italia las fuentes de la belleza revelada en el arte antiguo, y habló de ella con las lenguas de fuego llovidas por el espíritu divino sobre la cabeza de los Apóstoles, y como si hubiese recogido el genio de la elocuencia poniéndole en sus labios y derramándole en sus escritos en los idiomas alemán, italiano y francés, confirma lo que Castelar, el rey de la tribuna, dijo en la sesión del Congreso de los Diputados celebrada el 17 de Noviembre de 1876:—"¿Queréis hablar de la soberanía de la inteligencia cuando la razón demuestra que la inteligencia no puede ser patrimonio de ninguna clase; cuando la Historia nos dice con los nombres de Sócrates, de Virgilio, de Plauto, de Cervantes, y de otros mil, que las clases inferiores de la sociedad han sido más fecundas que las superiores en inteligencia?"

Juan Joaquín Winckelmann, ese hombre congenial del espíritu helénico, cuya religión era el arte, nació en Stendal (Prusia) el 9 de Diciembre de 1717, siendo el único hijo de un

pobre zapatero remendón. La ciudad donde corrió su infancia pudo acaso despertar su afición á lo monumental é histórico, pero no su amor á la serena belleza helénica. Su choza paterna la habitaban la necesidad y la amargura, pero también con ellas la piedad: Winckelmann honraba á los autores de sus días durante su vida, y vendía sus libros, con tanto trabajo coleccionados, para emplear su importe en favor de aquel de quien recibió el ser, y para darle sepultura cuando muriese. El niño consiguió por sus esfuerzos, y por la munificencia de los que vieron su aplicación, ingresar en la Escuela Latina, donde se hizo el amanuense del Rector, que, estando casi ciego, le proporcionó ocasión de adquirir conocimientos por sí mismo. Como por instinto se sentía atraído hacia los griegos, hacia Homero y Sófocles, hacia Platón y Herodoto, y para conocer á éstos, y lleno de aquel afán de viajar propio de los descubridores, salió el joven en 1735 para Berlín, donde fué recibido en el Gimnasio llamado de "Colonia". Pero los estudios griegos, que tan elevado vuelo habían adquirido en tiempos de Melanchthon y de Erasmo, eran entonces escasísimos también en Berlín, y Winckelmann sabía ya más de lo que podía aprender en el Gimnasio. Enterado de que en Hamburgo se vendía una preciosa Biblioteca que contenía libros griegos, peregrinó á pie hasta aquella ciudad, hospedándose en las casas de los párrocos que encontraba

en el camino, y cargado con los libros que había comprado, gracias al socorro de sus huéspedes los curas, volvió á Berlín, de donde en 1736 pasó al Gimnasio de Salzwedel, y en 1738 á la Universidad de Halle. El estudio de la Teología le fué impuesto por sus protectores, mientras que él prefirió consagrarse á las leyes y á la estética, y el que al explicar el Herodoto parecía, según afirmaban los que le oyeron, inspirado por el genio, rompió después de transcurridos los años con la Teología, y después de haber sido durante un año preceptor, dedicóse en Jena al estudio de la Medicina y de las Matemáticas. ¡Por qué senderos tan peregrinos pasó el espíritu de aquel que debía fundar la ciencia de lo bello! Volvió á la vida de preceptor viviendo en Hadmersleben, cerca de Halberstadt, en casa del corregidor Lamprecht, con cuyo hijo, su discípulo, contrajo amistad entusiasta y purísima que recuerda la de los modelos antiguos, la de Orestes y Pílades, la de Sócrates y Alcibíades.

Desde 1743 á 1748 vivió, como segundo rector de la escuela de Seehausen, la vida humilde de Diógenes, y mientras que enseñaba á los niños el alfabeto, recitaba para sí, según él mismo dijo, metáforas de Homero, como si fuesen oraciones sagradas, y sus queridos poetas griegos le acompañaban hasta en el Oficio Divino. Entretanto su laboriosidad no tenía límites: viendo que en la escuela hacían falta

ejemplares de autores griegos, los escribió él mismo con su letra hermosa. En 1748 trocó el martirio de Seehausen por el empleo de tercer bibliotecario en casa del conde Enrique de Bünau, residente en Nöthenitz, cerca de Dresde, en cuyo servicio trabajaba todo el día copiando crónicas y vidas de santos, mientras que por la noche leía á su poeta favorito: el divino Sófocles. Ya podía vivir enteramente en el mundo de los libros, que hasta entonces le había elevado por encima de la miseria de su posición social; ya podía visitar una ciudad que recuerda las bellezas de Italia, la hermosa y poética Dresde, á la cual Augusto *el Vigoroso*, y Federico Augusto II, habían impreso el sello de su genio y de su cultura. Ya podía el pálido bibliotecario de Nöthenitz, que se consumía en el anhelo ideal hacia lo bello, entrar en la capital de Sajonia en el mundo del arte, en un mundo lleno de formas y de colores, de esplendor y de vida; en aquel suelo en que él, cual genio elegido, había de pronunciar la palabra mágica, determinando el término verdadero y el asunto eterno del arte.

Horas enteras pasó en la galería de Dresde, que desde 1753 guardaba la *Virgen Sixtina* de Rafael, que pronto se vió rodeada de las perlas del arte italiano y holandés; de *La Noche* de Correggio y de los cuadros maestros de Palma, de Pablo Veronés, de Rembrandt y de van-Dick. Ante estos lienzos aprendió á abismarse en la contemplación de las obras del arte, has-

ta ese extremo de que parezcan como renacidas en el espíritu del que las mira.

Dresde, esa Atenas para los artistas, debía ser para Winckelmann la puerta que lo condujese á Roma. Esta había sido su sueño eterno, é Italia se presentó á su genio como América al de Colón cuando aun no había arrancado el Nuevo Mundo á las olas del mar, pero cuando lo adivinaba ya y lo veía con los ojos del alma. El sabio Nuncio de Su Santidad el Papa, el que más tarde fué Cardenal y Secretario de Estado, el Conde de Archinto, conoció á Winckelmann en la biblioteca del Conde de Bünau, y admirando su conocimiento prodigioso de la literatura helénica, y comprendiendo el anhelo constante de su espíritu, le mostró el cielo de Italia como término de sus aspiraciones, con la única condición de que antes ingresase en el seno de la Iglesia católica. Dos años enteros resistió el sabio alemán, cuyo fuerte jamás había sido la Teología; pero venció su amor ingénito á las pinturas, á las antigüedades, á la belleza que le brindaba en las obras del arte, y no viendo otro medio para llegar á Italia, donde se creía llamado por su instinto, por su vocación, por Dios mismo, cumplió en 1754 los deseos del Nuncio, haciéndose católico.

Pero antes de marchar á Italia preparóse para sus expediciones artísticas, aprendiendo á dibujar en Dresde bajo los auspicios del pintor Oeser, y así éste como sus continuas

visitas á la galería de Dresde, le inspiraron su primer escrito, publicado en 1755: *Pensamientos acerca de la imitación de las obras helénicas en la Pintura y en la Escultura.* En aquel libro, que resumía los estudios de muchos años, el hijo del pobre zapatero remendón de Stendal declaró la guerra á la intrusión del gusto francés en el arte, y aconsejó á los escultores que estudiasen en vez de las copias los originales, que estudiasen las obras griegas que los conducirían inmediatamente á la Naturaleza bella, aquellas obras que, según dijo, se distinguen, así en la actitud como en la expresión, por una noble sencillez, por una grandeza tranquila, por una verdadera serenidad, y por primera vez presentó al mundo la *Virgen Sixtina,* creación del divino Rafael, y el grupo de Laocoonte.

Inmenso fué el efecto de su libro, aun siendo de pequeño tamaño, no sólo en los centros literarios de Alemania, Leipzig, Berlín y Hamburgo, sino en París, donde salió á luz una traducción francesa, y él mismo no desdeñó el artificio de hacerse eco de las ideas de sus adversarios publicando una *Epístola* anónima contra su propio libro, á la cual contestó después con una *Explicación* de su opúsculo. Este lo dedicó al Elector de Sajonia, quien, después de haber recibido al autor en audiencia privada, le concedió una pensión de doscientos thalers, y le dijo: "Ese pez ha de llegar al agua que le conviene."

MCD 2022-L5

Lo que para el pez es el agua, era para Winckelmann el suelo itálico. Ya había concluído su educación, y pronto veremos su actividad fecunda y pasmosa en el terreno de su verdadero talento, en la esfera descubierta por él mismo.

El 20 de Septiembre de 1755 salió para la ansiada Italia, y sin detenerse en otras poblaciones llegó el 18 de Noviembre á la Universidad artística del mundo: la Ciudad Eterna. Mientras los demás mortales se sienten en Roma al principio como aturdidos y abatidos por aquella cantidad inagotable de obras del arte, Winckelmann sacudió gozoso de sus pies el polvo de las bibliotecas, respirando libremente entre las creaciones del arte que fueron el sueño de su juventud, y sumergióse atrevido en el mar de las nuevas apariciones, estando seguro de que las olas que bramaban por encima de su cabeza le refrescarían y le llevarían al puerto. El que en Alemania había sentido el peso de una posición inferior á su talento, se vió honrado en Roma, no sólo cual sabio alemán, sino cual "gran griego", por la amistad de cultos cardenales, por el trato de Archinto, Passionei, Spinelli y Albani. Sobre todo el último, el gran cardenal Alejandro Albani, apasionado del Arte de la antigüedad, encontró en él un amigo indispensable, y á Winckelmann le parecía que su paternal amigo, el Cardenal, adquiría tantas obras artísticas sólo para que él las analizase para la ciencia.

MCD 2022-L5

Ningún amigo del arte antiguo pisará aún hoy sin respeto y veneración la Villa Albani, situada en las afueras de Roma, aquella creación común de los dos amantes del arte helénico, aquel suelo sagrado así por sus recuerdos como por sus tesoros artísticos, formando conjunto encantador con el parque y la casa desde la cual las miradas descansan sobre la verdura sombría de los laureles y sobre las líneas bellas de los Montes Sabinos.

Otro amigo de Winckelmann era el pintor alemán Rafael Mengs, residente en Roma, el cual, si no brillaba en el arte de su tocayo como estrella de primer orden, poseía al menos el tesoro de una extraordinaria cultura espiritual, y tenía obligación, por los consejos y por la educación de su padre, de imitar á los antiguos. Tan íntimo se hizo el trato de ambos, del artista y del sabio, que no se puede decir cuánto haya debido el uno al otro. Por fin Winckelmann realizó en Roma lo que ya desde hace años había llenado su alma: á él, que después de haber bebido en la fuente pura de la poesía helénica, miraba las creaciones del arte lleno de sentimiento vivo, lleno de entusiasmo ardiente hacia lo bello, lleno de devoción, se le revelaban de nuevo los simulacros heroicos, tal como se habían aparecido á Homero y á Fidias, y le abrieron los labios para que pregonase su belleza ante el pueblo entero. "El arte—como acertadamente afirma el profesor alemán Otón Jahn—se parecía á

la hermosa princesa del cuento sumergida por un brujo en el sueño de la muerte y rodeada de monstruos que á todos cierran el paso hasta que llegue el caballero que pronuncie la palabra que ha de romper el encanto, salvando á la princesa, que despierta á nueva vida y que á él se une con lazos de dulce amor. Y este caballero fué Winckelmann."

Lo fué por su *Historia del Arte de la antigüedad;* pero antes de hablar de ella he de decir algo acerca del estado en que se encontraba en aquel tiempo la contemplación del arte, y de las etapas que había de recorrer Winckelmann hasta alcanzar el ansiado término, abriéndonos el reino de lo bello en todo su esplendor.

A mediados del siglo XV, cuando el florentino Poggio buscaba los vestigios de la antigüedad, sólo se encontraron en Roma cinco estatuas. Pero el seno de la tierra devolvió de buen grado los tesoros que guardaba para tiempos mejores, y si habían empezado á buscar bustos, monedas y piedras labradas, sólo para conocer la fisonomía de hombres célebres de la antigüedad, acabaron buscando con entusiasmo las obras maestras del arte antiguo. Pero la Edad de Oro, en que Rafael, Miguel Angel y Benvenuto Cellini renovaron en sus creaciones mágicas la belleza del arte antiguo, cedió pronto el puesto á un período de pedantería en que lo helénico estaba desconocido y en que no la belleza ni la importancia

artística determinaban el valor de una obra del arte, sino la curiosidad que la obra ofrecía para el anticuario. Llegó Winckelmann, el verdadero heleno, para salvar el arte de aquel caos. ¡Con qué galas de poesía revistió su descripción de las estatuas del Vaticano, presentando en 1756 al mundo el *Torso de Belvedere,* el *Apolo,* el *Antinoo!* Después empezó á escribir sobre la *Restauración de las estatuas y de otras obras de la antigüedad.* Dedicóse también á explicar en la lengua italiana *Puntos difíciles de la Mitología y de las antigüedades,* y á escribir sobre *El Arte antes de los tiempos de Fidias.* Además se preparó para su gran obra *La Historia del Arte* por sus *Relaciones sobre los descubrimientos herculáneos,* que aparecieron en 1762 y 1764, como resultado científico de tres expediciones que emprendió para visitar las excavaciones de Herculano y de Pompeya, aquellos testimonios de la antigüedad que, como por encanto, renacían ante sus pasmados ojos. Otra ocasión propicia para efectuar estudios especiales se la proporcionó la invitación de su amigo Stosch, de describir la colección de piedras talladas que guardaba en Florencia. La descripción de aquellas obras pequeñas del arte que abrazan, sin embargo, un círculo tan grande de ideas muy distintas, ofreciendo á la fantasía y al espíritu el mayor espacio, la publicó en 1760 en francés, después de haber permanecido nueve meses en la ciudad que el Arno

baña y que se precia de los tesoros de los Médicis. Además escribió *Notas relativas á la arquitectura de los antiguos,* hablando del templo de Paesthum. Entretanto, cada año creció más y más su *Historia del Arte de la antigüedad,* cuya idea surgió en 1757, y que se publicó en Dresde en 1764. Siguieron á ella en 1767 *Notas sobre la Historia del Arte de la antigüedad,* pero jamás quedaba satisfecho de sí mismo, á pesar de haber creado en aquella obra un monumento colosal del espíritu germano, enseñándonos que la belleza más alta se encuentra en Dios y que la noción de la belleza humana se hace tanto más perfecta cuanto que ésta se presenta conforme con el Ser Supremo. La belleza perfecta, continuaba diciendo el sabio autor de *La Historia del Arte,* es una, pero varia en su unidad, y está por encima de cualquier significación, así como el agua más perfecta que brota del seno de la fuente es pura, sin color y sin sabor alguno. Esta belleza perfectamente pura está por encima de la naturaleza humana, sujeta á las pasiones, y por lo tanto, el arte ha de representar también la expresión. La más alta belleza humana no se encuentra totalmente en la realidad, sino en algunas partes. El artista, pues, que ha de representarla, debe observar esa belleza individual en sus diversas apariciones, para después, mediante una creación libre de su espíritu, poder representar la belleza ideal que no existe en la Naturaleza.

MCD 2022-L5

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

Y así como cada artista trata de cumplir aquella tarea en la medida de sus fuerzas, también cada pueblo trata de expresar la idea de lo bello según su carácter nacional. Sólo á los helenos les fué dado representar la belleza en su perfección y variedad posibles, y los rasgos de la historia del arte helénico los trazó Winckelmann con un genio verdaderamente profético que nos inspira asombro, pues los trazó en una ciudad que no le mostraba sino restos del arte romano, presentándole el arte helénico sólo en el reflejo de la imitación que había experimentado bajo la influencia de la cultura del Imperio romano.

La Historia del Arte de la antigüedad, en la que Winckelmann evocó á la vida verdadera el arte griego, desde el reino de las sombras del arte romano, es también un monumento insigne de lengua alemana. El nos creó, á ejemplo de los antiguos, una lengua modelo por su claridad significativa, por su sencillez y severidad, por su fuerza y dignidad, por su bellísimo ritmo y por lo que se ha llamado "su grandiosa quietud en el entusiasmo". Inmensa, pues, fué la influencia que ejerció sobre la literatura alemana, sobre Lessing, Herder y Goethe; pero no se limitaron á eso sus grandes méritos, sino que, enseñándonos á apreciar el arte, cuyo desarrollo en un pueblo es el más excelso y supremo resultado de toda su organización y cultura, é inaugurando una contemplación de la antigüedad entera, que

debía convertirse en el fundamento de nuestra civilización, imprimió una dirección nueva á la inspiración del espíritu humano, y "elevándose—según dijo Schelling—en su tiempo en soledad grandiosa, cual montaña gigante, parecía pertenecer á la antigüedad, ó á la edad cuyo creador era él mismo: la actual".

El nombre del gran Winckelmann estaba ya durante su vida en los labios de todos, como el de un sacerdote de la belleza, como el de un Colón del arte griego. Le prodigaron todo género de honores, y en 1763 obtuvo el empleo de Prefecto de las antigüedades de Roma.

En 1766 publicó un opúsculo anónimo titulado *Ensayo de una alegoría, sobre todo en el Arte,* que, á decir verdad, no está á la altura de sus otras publicaciones; pero éstas las coronó con sus preciosos *Monumentos inéditos,* escritos en italiano, que salieron á la luz en Roma en 1767, siendo la obra fundamental de la hermenéutica arqueólogica, la obra fundamental de la mitología griega, que, según demostró, ofrecía casi siempre los asuntos á las obras del arte antiguo, mientras hasta entonces trataron de referir éstas á la historia romana.

Después de haber creado tantos monumentos de su genio portentoso, quiso volver á ver á sus antiguos amigos de Alemania, pero no había ya de verlos en la tierra: apenas pisó en la primavera de 1768 el suelo germánico,

MCD 2022-L5

trató en vano de ahuyentar la profunda, la indecible melancolía que desde Augsburgo, desde Munich y desde Viena le impelía con lazos mágicos hacia su Roma querida, el mundo de los monumentos, y su mala estrella lo condujo á Trieste, única ciudad en la que creía poder aún vivir y donde encontró á su asesino. Así el hijo ilustre del Norte alemán duerme el último sueño en suelo todavía germano, en la frontera de tres países, dirigiendo la vista hacia Venecia, que se mira en las aguas del Adriático como una radiosa aparición del Asia; hacia Italia, que se había convertido en su segunda patria, y encontrándose á las puertas de Grecia, el país que nunca había visto, pero cuyas flores más hermosas en la literatura y en el arte se desplegaron ante sus ojos para que él las hiciese admirar al mundo entero.

1878

MCD 2022-L5

ENRIQUE SCHLIEMANN

El mundo entero conoce ya al doctor alemán Enrique Schliemann, que á impulsos de un entusiasmo verdaderamente homérico, ha desenterrado en parte á Troya, en 1873, decidiéndose para sus excavaciones en favor del paraje acreditado por la tradición griega, que es la explanada ó meseta de Hissarlik, situada á la derecha del Scamandro, elevada veintidós metros sobre lo que se entiende por la llanada de Troya, y sacando de las ruinas de la famosa ciudad troyana, y de obras enterradas por encima y por debajo de ella, lo que él opina que sería el tesoro de Príamo, ó sean sus joyas y preseas. Aunque, en mi modesto entender, todos los hallazgos del Dr. Schliemann en las diferentes capas de escombros de aquel sitio—que son como catacumbas de otras tantas ciudades muertas,—jamás conseguirán demostrar la verdad de las tradiciones históricas, probando sólo que ya en tiempos muy remotos existió en la embocadura de los Dardanelos una ciudad importante que los

helenos debieron tratar de destruir, por parecerles peligrosa para sus expediciones al mar de Mármara y al mar Negro, felicito al doctor alemán por sus atrevidos proyectos, así como por sus descubrimientos en provecho de la Historia y en honra de las letras, y creo que el nombre de Enrique Schliemann correrá de generación en generación, como digno pedestal de la estatua de Homero, y que si Anfión levantaba murallas al son de la música, ahora la poesía, *La Ilíada,* inspira, como propulsora de tales trabajos, milagros de fervor y de constancia.

No me extenderé ahora en tratar de la empresa de sacar á la ciudad de Príamo de su mortaja de cenizas y escombros, obra emprendida por aquel alemán entusiasta de Homero, sino que hablaré de otro acontecimiento singular, de otro triunfo de la investigación alemana, de una gloria pacífica alcanzada por el Imperio germánico en la Olimpia, centro espiritual de la vida helénica y dórica, donde los hijos de la Grecia luchaban, no para alcanzar oro y plata, sino sencillas guirnaldas de olivo como premio excelso de virtud varonil; en la Olimpia que, no sólo vió mil certámenes gimnásticos á los cuales los griegos consideraban como el mayor encanto de la vida y como los espectáculos favoritos de los dioses, sino que vió en su estadio presentarse á Temístocles, después de la victoria de Salamina, fijándose el pueblo en un grito que decía:

MCD 2022-L5

"¡Viva el salvador de la Grecia, el héroe de Salamina; extranjeros, miradle!", y que saludó también á Platón, y vió morir de gozo á Quilón, uno de los siete sabios de Grecia, al presenciar la coronación de su hijo entre los vítores y la algazara del pueblo entusiasmado; en la Olimpia, donde, ante la Grecia entera, Herodoto leyó su obra inmortal sobre las luchas de los helenos y los bárbaros.

La diosa de la victoria, que en la Olimpia vió mil carreras de carros, entre el relincho de los caballos y las voces de los conductores, que los hostigaban más y más con el fin de animarlos en su carrera, alcanzando la meta el más afortunado de los conductores, y sucumbiendo á veces el mejor, despierta de repente á nueva vida, después de haber descansado desde hace siglos en el seno de la tierra, y ofrece sonriéndose su premio á las virtudes alemanas: el celo y la perseverancia. Y se elevan, evocadas por la vara mágica de los investigadores alemanes, las figuras de la antigua tradición griega; álzase una hueste de espíritus para hablarnos de días pasados. Ya miran conciliados los dioses helénicos desde el Olimpo hacia el valle de Alfeo, y por el viejo pinar resuenan los cantos de Píndaro, que—según él mismo decía—no quedaron, á semejanza de los monumentos de bronce, con planta perezosa sobre el pedestal, sino que volaron más allá del valle delicioso de Alfeo por todo el territorio helénico.

MCD 2022-L5

¡Salve, Fidias, rey del arte! ¡Salve, Peonio, creador de la estatua de la Victoria! ¡Salve, Píndaro, que realzabas los triunfos olímpicos esparciendo tus cantos desde Tebas por la Grecia toda, cual semilla de oro de verdadera sabiduría y de piedad!

Lo que Winckelmann ansiaba escribiendo en 1767, un año antes de su muerte: "Hay que investigar el territorio de la Elide, porque ningún mortal ha penetrado hasta allí en los tiempos modernos"; lo que la Academia Francesa empezaba en 1829, sin haberlo concluído; lo que el profesor alemán Ernesto Curtius expresaba en un discurso pronunciado en 1852 en Berlín, como el deseo más ardiente de su corazón, está realizándolo ahora el Imperio alemán, pues bajo los auspicios de éste ya ha principiado á investigarse aquel paisaje pequeño que el Alfeo baña y que desde las gradas de las ásperas peñas de la Arcadia desciende al mar Jónico; aquel suelo sagrado, en que había de callar el estruendo de las armas, porque los helenos administraron el sagrario de la Olimpia, el templo de Júpiter Olímpico, la joya de la Grecia.

Según el convenio celebrado en 1875 entre Grecia y Alemania, todo lo que se descubra pertenecerá á Grecia, quedando reservado á los alemañes, por espacio de cinco años, el derecho de hacer vaciados y dibujos de los objetos que vayan descubriéndose. El Imperio alemán ha destinado provisionalmente ciento se-

MCD 2022-L5

tenta y un mil marcos (ochocientos cincuenta y cinco mil reales) para que se investigue la Olimpia, y apenas empezadas las excavaciones, vienen obteniéndose resultados tan curiosos como importantes. En Octubre de 1875, los primeros operarios empezaron á zanjar en el Oriente y el Occidente del templo de Júpiter Olímpico, hacia el Alfeo, y lo primero que hallaron fué el torso de la magnífica estatua de la Victoria, labrada en mármol pentélico, en el siglo V antes de Jesucristo, por Peonio, un discípulo del gran Fidias. La estatua ostenta en su pedestal la inscripción de que hace mención Pausanias, que en el año 174 de nuestra Era escribió un itinerario de Grecia y que vió á la Olimpia todavía en todo su esplendor.

Lo que hoy se saca á la luz del sol desde las profundidades del río Alfeo, cuya arena y lodo han inundado el suelo sagrado del arte, es vida de nuestra vida, pues el alma germánica se ha enlazado con aquel pueblo, para el cual las obras del arte eran tan naturales como las flores para el árbol, siendo el arte su actividad orgánica, su lengua, la expresión de su gratitud, la forma de su devoción, así en la felicidad como en la desgracia. ¡Cuán grande, pues, ha de ser nuestra satisfacción al saber que el éxito viene coronando los esfuerzos alemanes!

Dediquemos dos palabras á la Olimpia, teatro de aquellos certámenes, de aquellas fiestas

nacionales que, según la tradición, había instituído el mismo Hércules. Los ejercicios atléticos se practicaron en el Estadio y el Hipódromo, mientras el Templo, el Bosque y el Teatro fueron los palenques de la inteligencia. Una victoria alcanzada en la Olimpia equivalía á la mayor dicha terrestre. Al entrar el premiado en su ciudad natal, derribáronse, según cuenta Plutarco, las murallas, como prueba de que la ciudad que produjo ciudadanos tan atléticos no necesitaba de murallas ningunas. Los poetas ensalzaban la gloria de los vencedores, que salían del palenque con los honores del triunfo, y los más renombrados artistas labraban su estatua, que era colocada en el bosque sagrado de la Olimpia.

"Esta—dice Añíbarro y Rives en su notable trabajo relativo á los juegos de la Grecia—no es una ciudad, es una reunión de templos y edificios públicos que se han ido edificando con motivo de los juegos." La Olimpia constaba de dos partes separadas: la interior del recinto ó bosque sagrado, llamado Altís, y la parte situada fuera del Altís. Este hallábase circuído por una muralla que lo recortaba en imperfecta forma semicircular, extendiéndose en el Occidente hasta las márgenes, pobladas de plátanos, del Cladeo, que desemboca en el Alfeo, y encontrándose en el Sur encima del lecho del Alfeo. Fuera del Altís, hacia Oriente, se encontraban el Estadio y el Hipódromo, y descollaba sobre éstos el sagra-

MCD 2022-L5

rio de Ceres, cuya sacerdotisa fué la única mujer griega que tenía el privilegio de asistir al Estadio y al Hipódromo.

Al entrar en el Altís veíase á la derecha el "árbol de las coronas bellas", aquel olivo sagrado de cuyas ramas un niño cortaba con cuchillo de oro las guirnaldas que habían de ceñir las cabezas de los vencedores. Más allá del árbol levantóse sobre poderoso cimiento el templo de Júpiter Olímpico, el sagrario nacional de los helenos, la obra del arquitecto Libón, una de las maravillas del mundo, que fué terminada el año 432 antes de la Era Cristiana. La lucha y la victoria bajo los auspicios de Júpiter Olímpico: he aquí la idea fundamental que se encontraba retratada en los adornos artísticos del templo. Por eso alzábase sobre cada uno de los frontones una estatua de la Victoria, y sobre los cuatro ángulos de la cubierta del edificio había cuatro vasos de mármol pentélico, recordando el modesto premio de los vencedores. El ateniense Alkamenes representó en el frontón occidental la lucha entre centauros y lapitas, haciendo Teseo, con el hacha en las manos, terrible mortandad á los centauros. Y Peonio, natural de Mende (Tracia), ejecutó los grupos para el frontón oriental, representando á Pélope y Enomao, el rey de los pelasgos, disputándose el premio en la carrera de carros. Vióse en el centro á Júpiter, cual juez supremo de todas las luchas de hombres mortales; á su derecha

estaba Enomao cubriéndose con el yelmo; su esposa Stérope, su conductor Mirtilo, dos criados, y en el ángulo, el dios Cladeo; mientras que á la izquierda de Júpiter estaban Pélope é Hipodamia, su cuadriga con los conductores, los corceles, cuyos ojos pendían de las miradas de Júpiter, y el dios Alfeo, testigo inmortal de todos los certámenes olímpicos.

Ya se han hallado recientemente fragmentos del frontón oriental, y un solo fragmento del frontón occidental, además de la estatua de la Victoria, que los mesenios habían encargado á Peonio en memoria de su victoria alcanzada en Esfacteria.

Las puertas del templo de Júpiter eran de bronce, cuajadas de bajo-relieves que representaban los doce trabajos de Hércules. Al entrar en el templo se veía un grupo de bronce figurando al rey Ifito coronado por una mujer que simbolizaba la Paz olímpica, pues dicen que Ifito logró realizar el pacto relativo á la suspensión de hostilidades por todo el mes de las solemnidades de la Olimpia (el mes llamado Hecatombeón, por el sacrificio de los cien bueyes), que corresponde á parte de Junio y Julio. En el interior, dos hileras de columnas dividían el templo en tres naves. En el centro estaba colocada la célebre, la colosal estatua de Júpiter, la última y más acabada obra del inimitable Fidias, el mayor triunfo del arte. Era de oro y de marfil. Se

veía al mayor de los dioses sentado en un trono de oro que abundaba en relieves, cuadros y mosaicos, levantándose sobre un pedestal adornado con doradas figuras de dioses. En su mano izquierda sostenía Júpiter el cetro con el águila en el extremo; en su derecha la Victoria, que parecía esperar una señal del dios anunciándole qué cabeza debía coronar. ¡Verdaderamente que éste fué el Júpiter homérico, haciendo una señal con sus pestañas negras de modo que se estremecieron las cumbres del Olimpo! ¡Cosa increíble! Después de concluída aquella obra sin par, el anciano artista fué acusado de impiedad, y murió encarcelado, en Atenas, su patria.

No podemos abrigar la esperanza de hallar aún la incomparable estatua de Fidias, pues Jorge Kedreno—que vivió en el siglo XI—dice que ésta fué destruída en el gran incendio de Constantinopla, ocurrido el año 425 de nuestra Era.

Junto al templo de Júpiter Olímpico se encontraba el Pelopio; seguía el templo de Juno, y en medio del Bosque se elevaba el gran altar de Júpiter, donde los vencedores—que acababan de recibir en el templo de Júpiter, ante los ojos del dios olímpico, una palma, símbolo de la victoria, siendo coronados con una guirnalda de olivo y luciendo ricos y vistosos trajes—habían de efectuar su sacrificio de agradecimiento. Además distinguiremos el Hipodamio y la columna de Enomao. Fuera de la

muralla de Altís estaba el gimnasio, y en un declive de la colina de Júpiter, cuya cumbre, cubierta de pinos, se levantaba cerca del Altís, recostábase el teatro, á la derecha del cual se encontraba el Pritáneo, donde se custodiaba y mantenía el fuego sagrado. Entre el Altís y el anchuroso Alfeo estaba el taller de Fidias. No podría imaginarse lugar que estuviera más lleno de estatuas y de columnas que el Altís. Aquí se vieron las estatuas de los vencedores; aquí se erigieron columnas en que se leían las convenciones celebradas entre Estados griegos; aquí se levantaron monumentos en memoria de todos los acontecimientos importantes, de modo que el Altís—según la expresión de Ernesto Curtius—era un archivo de bronce y mármol de la historia helénica.

Los famosos juegos de la Olimpia fueron abolidos por un decreto del emperador Teodosio, el año 394 de nuestra Era, y cuando los godos y vándalos hicieron estragos en el Peloponeso, el Alfeo rompió sus diques é inundó el Bosque Sagrado, arrastrando consigo los restos de los antiguos monumentos. Pero no derribó sólo las columnas, no destruyó sólo las obras del arte, sino que ha quedado también en la Edad Media cual custodio fiel del Altís, ocultando los tesoros del arte antiguo bajo su cubierta de lodo.

Desde hace muchos siglos la Olimpia no vivía sino en la memoria de los sabios. El inglés Chandler fué el primero que visitó las ruinas

de aquella ciudad—que durante los juegos se vió convertida en una feria, á la que acudían mercaderes de todas partes,—y las describió en 1776.

Hoy el profesor Curtius tiene la satisfacción de ver realizado su deseo, que es también el del mundo culto. Pueblos germanos fueron los devastadores del Bosque de Olimpia. Justo es, por lo tanto, que el Imperio germánico, para reparar los daños que ocasionaron nuestros antepasados, trate de sacar á luz lo que aun se conserve en el Alfeo. Abrigo la convicción firmísima de que la estatua de la Victoria no ha de ser el único hallazgo memorable en Olimpia.

1879

***

En el otoño de 1876 se celebró en la rotonda del Museo de Berlín la primera Exposición de los trofeos artísticos de Olimpia, obtenidos por los alemanes en la primera campaña, desde Octubre de 1875 á Mayo del año siguiente. Ahora, en el otoño de 1878, se ha celebrado la segunda Exposición, que ostenta los descubrimientos de la segunda y tercera campaña, concluyéndose la tercera en Junio de 1878. La Exposición actual se efectúa en el sitio del *Duomo nuevo* de Berlín. Quien la visite sentirá el calor del entusiasmo que producen siempre las obras del arte

helénico. Ya se han extraído, una tras otra, las figuras de los tímpanos del templo de Júpiter de Olimpia, aquellas creaciones debidas al cincel de dos contemporáneos de Fidias: Peonio y el ateniense Alkamenes. No muestran éstas mayores estragos que los que causaron varios terremotos de Olimpia. Ahora, en el *Duomo* de Berlín, se ha procurado colocar otra vez aquellos grupos creados hace más de veintitrés siglos. Sobre las figuras de Peonio, que se hallaban en el tímpano oriental, representando el momento solemne que precedió á la lucha de Pélope, se ha derramado el sublime y tranquilo espíritu épico, mientras los grupos que Alkamenes ejecutó en el tímpano occidental, figurando la centauromaquia durante las bodas de Piritoo, tienen el encanto del más animado movimiento dramático. Las figuras más sobresalientes del tímpano oriental, son las siguientes: Júpiter, juez del campo; Pélope, Enomao, Mirtilo, Alfeo y Cladeo, Stérope é Hipodamia; y en el tímpano occidental llaman la atención: el centauro, á quien un lapita coge por el cuello, atravesándole el pecho con su espada corta cuando quiere llevarse á una mujer; la novia Deidamia, el torso de su raptor Eurition y dos ninfas correspondientes á Alfeo y Cladeo. La palma la merecen, sin contradicción alguna, en aquel tímpano, el torso de Júpiter y la aparición verdaderamente regia y matronal de Stérope, y en éste, el

TECA PÚBLICA GUADALAJARA

bellísimo Apolo, una de las ninfas, que recuerda las del tímpano del Partenón del gran Fidias, y la figura graciosa de Deidamia, que trata inútilmente de librarse del centauro.

Antes de las excavaciones de Olimpia sólo se conocían los adornos de los tímpanos del templo de Egina, construído en honor de Minerva, y los del Partenón ateniense. Pero ya comprendemos que Alkamenes fué el segundo escultor después de Fidias, no sólo en cuanto al tiempo, sino respecto á facultades artísticas. Y á qué altura se elevó Peonio, lo muestra más aún su figura de la Victoria, que se extrajo el 21 de Diciembre de 1875, representando sus figuras la escena anterior á la lucha de Pélope. Aquella Victoria revela un sin par atrevimiento del artista que manejaba el duro mármol como si fuese dócil barro.

Otra fecha memorable para la ciencia y para el conocimiento del arte helénico fué la del 8 de Mayo de 1877, día felicísimo, en que desde los escombros de Olimpia, desde las ruinas del templo de Juno, se sacó á la luz una obra original del gran Praxiteles, *Hermes y el niño Dionisio* (1), que se encuentra en estado mucho más satisfactorio que la Victoria de Peonio, pues al dios de Praxiteles no le falta la cabeza divina.

Honra imperecedera del nuevo Imperio ale-

(1) Aquellos nombres de dioses helénicos responden á los latinos Mercurio y Baco.

MCD 2022-L5

mán son las excavaciones de Olimpia. Pero nos sorprenden más aún las tentativas gloriosas, las empresas ideales de un particular que, prefiriendo la senda áspera y espinosa del descubridor á una existencia idílica, continúa llevando á cabo con inusitada energía, en pro de la cultura y de la ciencia, lo que hasta ahora sólo ha sido misión de grandes naciones. Ese fenómeno, revestido con el encanto indefinible de no sé qué magia misteriosa, se nos figura el que buscaba los tesoros de Troya y de Micenas; ese fenómeno, á quien la tierra descubrió sus secretos de más de mil años, es el Dr. Enrique Schliemann, hijo de Mecklemburgo, y, cumple añadir, de la diosa Fortuna.

La patria no tiene patrimonio más valioso que la herencia acumulada que, en el transcurso de los siglos, le vienen legando sus héroes, sus sabios, sus artistas y sus hombres virtuosos. En aquella herencia figurarán también los preciosos descubrimientos de Schliemann, que desde la edad de cuarenta hasta cincuenta años realizó los ensueños de su juventud, las aspiraciones primeras de su alma. El niño parece haber poseído la fantasía de que alardean los hijos del Guadalquivir, donde nacen los poetas como los azahares de sus limoneros, según la expresión del gran Duque de Rivas.

Nació Enrique Schliemann el 6 de Enero de 1822, en Neobuckow (Mecklemburgo), de

un padre protestante, que se vanagloriaba de ser párroco en el mismo pueblo en cuyo viejo castillo su célebre paisano, el gran traductor de Homero, Juan Enrique Voss, había experimentado las penas de los preceptores. Aquel pueblo se llama Ankershagen; está situado cerca de Penzlin, próximo á la frontera de Mecklemburgo-Strelitz. Allí pasó, el hijo del cura entusiasta de Voss, su infancia aprendiendo ya cuando niño los mitos troyanos y trozos de *La Odisea* y de *La Ilíada*. Ya entonces le tenía ocupado la idea de ser el hombre afortunado que sacase á luz los muros de Troya. Buscar tesoros: he aquí la idea constante de su cerebro inquieto. Alimentaron sus fantasías las ruinas de una antigua torre que se hallaba en el jardín señorial, los caracoles de piedra y las bóvedas del castillo. ¡Con qué gozo hubiera sacado de una colina próxima la cuna de oro, y de un estanque situado detrás del jardín parroquial el vaso de plata que, según la tradición, estaba allí escondido! Asimismo llenaba su fantasía juvenil la historia de la gran tumba de un caballero antiguo que tenía fama de ser un mal genio.

Pero al joven que sólo aspiraba á buscar tesoros, se le acercaba de repente la dura necesidad, que no le permitió visitar la escuela de Strelitz sino hasta su año décimocuarto, obligándole á servir como dependiente de una tienda durante cinco años y medio.

MCD 2022-L5

Un día, al levantar un tonel de gran peso, se lastimó el pecho, y, renunciando á la carrera de comerciante, siguió el anhelo irresistible que le impulsaba hacia lo lejos. Se hizo, pues, grumete; pero el navío en que se embarcó en Hamburgo, encalló en Diciembre de 1841 en la isla holandesa llamada Texel, no salvando la tripulación más que la vida. Afortunadamente, no le negaron una limosna los buenos holandeses, y, en Amsterdam, el joven grumete se hizo otra vez dependiente, ascendiendo, al fin, á tenedor de libros, y sucesivamente lo aprendió todo: el inglés, el francés, el italiano, el portugués, el castellano, hasta el ruso, dedicándose á estudiar los idiomas con tanto celo, que dos veces tuvo que cambiar de domicilio por molestar á los vecinos con su método de recitar las lecciones en voz alta.

Enviado en 1846 por sus jefes á San Petersburgo, colocó allí el cimiento de su riqueza por sus empresas comerciales durante la guerra de Crimea y la guerra civil de los Estados Unidos. En 1854 se dedicó otra vez á estudios lingüísticos, aprendiendo el sueco, polaco y neogriego, y, aprovechando las lecciones de excelentes maestros, volvió al estudio de Homero, á quien había amado desde niño. En 1864 hizo un viaje alrededor del mundo, publicando tres años después, en París, en idioma francés, una descripción amena é interesante de su expedición, bajo el título de *La China y el Japón*. Por fin, en 1867 vi-

sitó el teatro clásico de los cantos homéricos, y aunque en cada página de su libro *Itaca, el Peloponeso y Troya,* que apareció en París en 1869, se muestra el autodidáctico que no conoce todavía el arsenal inmenso de las investigaciones críticas sobre el divino cantor de los helenos, creyendo en la poesía homérica como en la más pura verdad histórica, como en el Evangelio, el entusiasmo del autor no puede menos de comunicarse á los lectores. Buscar á Troya: he aquí el anhelo del hombre, como ya había sido la aspiración del niño; y, al fin, fijábase en él la idea de que la colina de Hissarlik encubría á la ciudad de Príamo. Prosiguiendo aquel pensamiento con la mayor constancia, empezó, en Abril de 1870, sus excavaciones en el paisaje de Scamandro, que continuó hasta Junio de 1872, sin arredrarle las fatigas, ni el hambre, ni la sed, ni los fraudes de sus guías. ¡Qué brillantísimo descubrimiento recompensó los trabajos del explorador! Pareció que aquella colina escondía en su seno una riqueza inmensa de oro y de plata, y, además, una ciudad muy antigua, ceñida de torreones y de muros peregrinos. No dudó el descubridor entusiasta que había encontrado la ansiada Troya, considerando la confirmación de su hipótesis como el fenómeno más brillante que jamás había visto la ciencia arqueológica. Schliemann estaba en el colmo de la dicha, y en alas de la fama volaba ya su nombre por el

mundo. Pero ¡qué grande fué la desilusión cuando se publicaron en Leipzig, en 1874, las tablas fotográficas de sus antigüedades troyanas! Efectivamente, aquellas tablas eran bastante malas, pero el explorador infatigable no mereció en modo alguno las amarguísimas censuras que entonces se le dirigieron. Tampoco le faltaban las calumnias, y para colmo de sinsabores se vió envuelto en un proceso con el Gobierno turco, del cual no pudo librarse sino abonando cincuenta mil francos para quedarse en posesión de sus antigüedades. Pero ¡qué importaban tantas amarguras al que tenía fe inquebrantable en la realización de sus ideales; fe que le llevaba por el torrente de las críticas, así como Leucotea llevaba á Ulises por las ondas del mar! No me detendré en detallar todos los descubrimientos troyanos del insigne alemán: baste decir que lo primero que descubrió fueron inscripciones y esculturas de mármol que se hallaban en la capa alta de la colina de Hissarlik, perteneciendo á una ciudad llamada Ilión, que se fundó en tiempos del rey Creso, en el siglo VII antes de la Era Cristiana, y que, probablemente, fué destruída en la Edad Media, sin que se sepa la fecha ni la causa. Pero debajo de esta ciudad existe todavía otra, que tiene buenos empedrados, muros y torreones, y en ella encontró Schliemann millares de cosas: vasos de tierra cocida, armas de piedra, bronce, marfil y huesos; alhajas de

oro, de plata y de electro; en fin, variados objetos que, mostrando un cumplido ornamento lineal, pertenecieron, sin duda, á los tiempos prehistóricos, es decir, á una época de cultura que precedió á la de los cantos homéricos; pues las obras de arte que se describen en éstos revelan una cultura más joven, que experimentaba ya influencias asirias. Así, los descubrimientos de Schliemann, si no pueden considerarse como ilustraciones de la descripción homérica, ofrecen interesante material de comparación. ¿Quién sabe si, en efecto, la antigua Troya se encontrará en el seno de la colina de Hissarlik? Pero, hasta hoy, no se puede afirmarlo ni negarlo, puesto que *La Ilíada* no ofrece dato alguno para que se pueda determinar en el paisaje el punto firme é inalterable donde estuvo Troya.

No le bastaron á Schliemann los descubrimientos de Hissarlik, sino que emprendió también excavaciones en Micenas, la antigua corte de Agamemnón, y un resultado espléndido coronó su esfuerzo.

Micenas, la de los muros ciclópeos (1), la que Homero llamaba πολύχρυσος (rica de oro), se encuentra en el ángulo más extremo de Argos (2).

(1) Las palabras *muros ciclópeos* deben su origen al mito, que dice que los cíclopes eran famosos arquitectos. Llámanse *muros ciclópeos*, los muros de grandes piedras toscas, unidas por piedras pequeñas, ó muros antiguos, en que se ven capas horizontales de piedras toscas, entre las cuales se encuentran pequeños intermedios.

(2) Véase *La Odisea*, III, 263.

Dijo de ella Séneca:

"... majus mihi
Bellum Mycenis restat, ut cyclopea
Eversa manibus saxa nostra concidant."

Pausanias, que hacia los años de 170 después de Jesucristo describió las ruinas de la gloriosa Micenas, cuando estaba inhabitada, decía: "Entre los restos del muro se encuentra la puerta de leones. Ambos, el muro y la puerta, son, según la tradición, obra de cíclopes. Debajo de las ruinas de Micenas se encuentran los edificios subterráneos de Atreo y de sus hijos, donde se conservaron sus tesoros. Hay allí la tumba de Atreo y las de los compañeros de Agamemnón, que á su vuelta de Ilión fueron muertos por Egisto en un banquete. Hay allí la tumba de Agamemnón y de su conductor Eurimedón; en la misma tumba fueron enterrados Teledamo y Pélope. Allí está también la tumba de Electra. Clitemnestra y Egisto fueron sepultados fuera del muro, por ser considerados indignos de hallar su sepultura en el interior de la ciudad donde descansan Agamemnón y los que fueron muertos con él."

Según lo entendió Schliemann, el muro de que habla Pausanias en los párrafos citados no es el muro de la ciudad, sino el muro colosal de la Acrópolis, encontrándose en ésta la puerta de leones. Por eso el entusiasta alemán—que el 7 de Agosto de 1876 empezó sus

excavaciones en unión de sesenta y tres obreros, ascendiendo el número de éstos, después, á ciento veinticinco—buscaba las tumbas en la Acrópolis, y, ¡oh maravilla!, las encontró. "No cabe duda alguna—dice en su libro *Micenas*—que, con prólogo del ilustre inglés Gladstone, se publicó en Leipzig en 1878,—no cabe duda de que he encontrado yo las *tumbas de Agamemnón y de los suyos,* de que habla Pausanias, sin conocerlas más que por la tradición."

Descubrió Schliemann la ἀγορὰ (1) de Micenas, que forma un círculo, hallándose en él las famosas tumbas.

Mientras continuaba las excavaciones, dirigiendo los trabajos él y su noble esposa, los visitó el emperador D. Pedro II del Brasil, complaciéndose en admirar, no sólo la puerta de leones por la cual salió Agamemnón, el rey de los hombres, cuando partió para la campaña más gloriosa de los tiempos heroicos, sino los gigantescos muros ciclópeos, y experimentó satisfacción singular en comer con su amable anfitrión en la tesorería de Atreo, aquel misterioso edificio subterráneo que se construyó hace cuarenta siglos.

Schliemann encontró en las tumbas esqueletos cubiertos de joyas, teniendo algunos una diadema de oro. Había siete cadáveres, con

(1) La ἀγορὰ de los griegos corresponde al foro de los romanos.

MCD 2022-L5

los rostros cubiertos por magníficas máscaras también de oro, representando el retrato del finado. Tres de las cinco tumbas contenían tesoros que, por su gran riqueza, pertenecieron, indudablemente, á miembros de la familia regia. Y dice Schliemann que los matadores, al enterrar los quince cadáveres regios con todos sus tesoros, sus armas y sus joyas, no hicieron más que cumplir una costumbre constante de la antigüedad. Según la hipótesis de Gladstone—en sus páginas de introducción para el libro del doctor alemán,—los matadores de Agamemnón, obedeciendo á miras políticas, atribuyeron á los muertos el honor de la sepultura en el foro, abriendo un hueco grande y profundo en la peña. Después, el hijo de Agamemnón, Orestes, abrió los sepulcros, mandando que se quemasen los cadáveres. Pero la cremación fué imperfecta, á causa de la profundidad y de la falta de aire, de modo que quedaron los huesos sin incinerarse. Se usaron aquellas máscaras de oro para rendir á los cuerpos destruídos la majestad de la naturaleza, ocultando los vestigios de la destrucción, y aquella ofrenda abundante de armas y de joyas, debióse al amor filial.

El 16 de Noviembre de 1876, escribió el descubridor afortunado al rey Jorge de Grecia: "Con inmensa satisfacción anuncio á V. M. que he descubierto las tumbas que la tradición, de la cual Pausanias se hizo el eco, afirmaba que eran las de Agamemnón, de Ca-

sandra, de Eurimedón y de sus camaradas, muertos todos en un banquete por Clitemnestra y por su amante Egisto. He encontrado en las tumbas tesoros inmensos, que consisten en objetos de oro puro. Esos tesoros bastan para llenar un gran museo, que ha de ser el más maravilloso del mundo, y que durante los siglos venideros atraerá á Grecia millares de extranjeros de todos los países. Trabajando sólo á impulsos de amor desinteresado á la ciencia, no pretendo en manera alguna la posesión de aquellos tesoros, que, con el entusiasmo más vivo, doy íntegros á la Grecia. ¡Dios quiera que ellos sean la piedra angular de una gran riqueza nacional!"

Aceptó el Rey la ofrenda, y los tesoros inmensos que se descubrieron en las cinco tumbas de Micenas, se hallan hoy en el gran Museo nacional de Atenas. Aun aquellos que no creen en la verdad histórica de la guerra troyana y en Agamemnón, no negarán que los descubrimientos del Dr. Schliemann merecen llamar la atención del mundo (1).

El incansable Schliemann recorrió la isla homérica de Itaca, donde descubrió ciento noventa casas ciclópeas, y el 18 de Septiembre

(1) Dijeron los periódicos que el 9 de Octubre de 1878, bajo la dirección de Stamatakis, empezaron á practicarse excavaciones en Nauplia, descubriéndose una gran necrópolis, conteniendo cantidad considerable de tumbas labradas en la peña, dando testimonio de una época de la historia griega anterior al reinado de los Pelópidas, y confirmando las palabras del poeta: "*Vixere fortes ante Agamemnona multi.*"

MCD 2022-L5

de 1878 salió otra vez para la famosa colina de Hissarlik, donde, acompañado de ciento veinticinco á ciento cincuenta obreros, continuó las excavaciones, siguiéndole la fortuna como compañera inseparable de quien, apenas cava la tierra con azada, cuando descubre en ella tesoros increíbles.

Según el tratado de Schliemann con la Sublime Puerta, la tercera parte de sus descubrimientos quedará de su propiedad, y la remitirá luego al Museo de South Kensington (Londres), donde se conserva asimismo su colección troyana.

Al que extrañe que Schliemann—á quien los alemanes llamamos doctor, sin que recuerde yo á qué Universidad debe aquel título honroso—remita sus descubrimientos á un museo inglés, siendo él alemán y gran patriota, le contestaremos que á eso le movió la gratitud, pues las celebridades de Inglaterra le saludaron con cariño y respeto cuando su misma patria le despreciaba.

1879

***

¡Gloria á la *loca de la casa!* La fantasía, fascinada por los encantos inmortales de la poesía homérica, fué la que condujo la azada feliz de Schliemann y que descubrió los secretos de la tierra troyana, resolviendo los problemas de los siglos; la fantasía soñadora,

el entusiasmo y la fe, le dieron vigor para apartar montes enteros de escombros, para socavar capas de ruinas y para penetrar, por un terreno casi virgen, hasta el suelo primitivo, que se extendía en vasta profundidad; la fantasía peregrina, que le acompañaba al escritorio estrecho de Amsterdam y á sus almacenes de San Petersburgo, rellenos de barriles de índigo, le hizo realizar cuando hombre lo que había soñado cuando niño, siendo Troya su pasión constante, su amor eterno, su estrella, su fin. Y ya puede decirse: Si ha existido Ilión, la azada afortunada de Schliemann la habrá descubierto en el monte Hissarlik, y éste no es sólo un testigo de la historia de la cultura de la Humanidad, sino un punto seguro de partida, desde el cual nuestra fantasía pueda emprender su vuelo; un lugar importantísimo que corresponde á todas las suposiciones, á todas las condiciones del poema homérico. "Cualquiera que haya sido el cantor divino á quien se debe *La Ilíada*—dice el célebre Rodolfo Virchow,—seguramente estuvo sobre el monte Hissarlik, y desde allí contempló la tierra y el mar; pues si no lo hubiese visto, no hubiera reunido en su poema tanta verdad de naturaleza."

El que empezó buscando tesoros, obedeciendo al impulso de su fantasía, concluyó haciéndose un verdadero sabio, siendo su imaginación ardiente sustituída por la investigación tranquila y la objetividad fría. Esa es la im-

MCD 2022-L5

presión que nos produce la última obra del Dr. Enrique Schliemann, que acaba de publicarse en Leipzig bajo el título de *Ilio, la ciudad y el país de los troyanos.*

El libro contiene, además de un prólogo de Rodolfo Virchow y de varios trabajos de sabios eminentes, entre los cuales citaremos á Maximiliano Müller, mil ochocientos excelentes grabados y litografías y algunos mapas. Ya se ve que Schliemann se ha rodeado de una soberbia falange de colegas ingleses y franceses; y desde que el alemán Rodolfo Virchow asistió á las últimas excursiones del infatigable doctor tudesco, viendo á Troya despertar de su largo sueño de invierno, y admirando aquellos restos venerables, aquellos incomparables escombros, que son tan fenomenales como la misma *Ilíada* y que tendrían valor imperecedero, aunque jamás se hubiera escrito el poema homérico, Alemania no se singularizará, á manera de una madre de corazón duro, que no aprecia las cualidades de sus hijos, sino que coadyuvará á los homenajes de consideración que el mundo rinde al celo científico del descubridor afortunado.

Pero estamos aún en plena guerra troyana, siendo la de hoy, que dura ya por espacio de seis años, tan reñida como aquella en que la hermosa Helena miraba desde los muros el horror de la batalla, y en que la voz de Estentor hirió los aires. Aun no ha llegado la moderna guerra troyana á la escena de reconci-

liación de *La Ilíada,* en la que Glauko y Diomedes celebran coloquios amistosos y cambian las armas.

Los arqueólogos y filólogos alemanes, que seis años ha se opusieron á Schliemann cuando éste decía: "Acabo de descubrir en Hissarlik los escombros de la Ilión homérica y el tesoro de Príamo", se fundaban en el testimonio de Estrabón, que, no limitándose á copiar la teoría de Demetrio de Skepsis, dijo, en el XIII libro de su *Geografía,* que el Ilión griego de su tiempo, el llamado *Nuevo Ilio,* no fué construído en el sitio de la antigua Troya. Durante mil ochocientos años imperó esta opinión en el mundo arqueológico, sin que hubiese argumentos bastantes para afirmarla; y después de haber buscado en balde á la Troya homérica en Bunarbaschi, donde no hallaron sino cascos de vasijas griegas, concluyeron inclinándose hacia la opinión de que Troya nunca existió, y de que las descripciones de la guerra troyana fueron mera ficción. Es verdad que hace casi sesenta años el inglés Maclaren expresó la posibilidad de que la colina que los turcos llaman Hissarlik escondiese los restos del Ilión homérico; pero, á pesar de que aceptaron esa hipótesis Eckenbrecher, Jorge Grote y Julio Braun, los aludidos catedráticos alemanes no abandonaron sus opiniones, y hasta después de los descubrimientos prodigiosos de Schliemann—que sacó á luz un museo riquísimo de objetos de

barro cocido y un tesoro inmenso de joyas de oro y de vasos, cántaros y armas, fabricados todos en sin iguales formas,—muchos arqueólogos no le perdonarán que, no perteneciendo al gremio de los catedráticos, haya destruído con su azada las teorías seculares de la arqueología oficial.

La última obra de Schliemann puede resumirse en estas palabras: "He hallado en la colina de Hissarlik seis diferentes ciudades prehistóricas; la tercera de éstas, que fué construída con ladrillos y consumida por un terrible incendio, que no perdonó sino la esquina que da al Noroeste, es la más rica; en sus escombros, que he excavado de modo que puede trazarse la planta de la ciudad, hallé una sola puerta, desde la cual conduce una calle larga y empedrada hacia la llanura. Junto á la puerta descubrí un palacio, y en éste una cantidad prodigiosa de joyas de oro y de plata; y viendo que las descripciones de *La Ilíada* no cuadran con lugar alguno tanto como con la colina de Hissarlik, creo que los restos de la ciudad consumida por el fuego son del Ilión homérico."

Los tesoros extraídos por Schliemann desde una profundidad de siete á diez metros, demuestran que en la antigüedad florecía en Hissarlik una ciudad cuyos habitantes no conocían el uso del hierro ni el de la espada, sino que tenían armas de piedra y de bronce, é hicieron preciosas vajillas de barro, y ado-

MCD 2022-15

raban á Minerva, la de la cabeza de mochuelo, y estaban en relaciones comerciales con los asirios y con los egipcios. El que se niegue á ver en Hissarlik los restos de la Troya homérica, ¿cómo explicará que aquellas seis ciudades descubiertas por Schliemann nunca se hayan mencionado en la Historia ni tengan su nombre? ¿Cómo explicará que los griegos eolios que fundaron á Nueva Ilio creyeron que habitaban un lugar sagrado, un sitio santificado por el mito y la poesía? ¿Cómo explicará que el rey persa Jerjes—según dice Herodoto—se detuvo allí en su expedición á Grecia para subir al castillo de Príamo é inmolar á Minerva; que hizo lo mismo el almirante espartano Míndaro, en la guerra del Peloponeso, y que también Alejandro Magno creyó idéntico al Ilio de su tiempo con la antigua Troya? Venerando asimismo los romanos á Nueva Ilio, como á su patria primitiva, como á la renovada Troya, la antigüedad entera habla en pro de Schliemann. La ciudad quemada que descubrió éste, es pequeña, sí, pero eso no nos impide creer que Hissarlik fuese la Troya de Homero, la cual, según dijo el vate, era grande; pues ¿no era Homero poeta, y no es propio de los poetas usar de hipérboles y exagerar las cosas?

1881

***

BIBLIOTECA PÚBLICA

MCD 2022-L5

El Dr. Enrique Schliemann, que ha merecido un puesto privilegiado en la gratitud y en los anales de la ciencia, continúa llamando la atención del mundo civilizado. Gracias á él, los héroes de *La Ilíada* y de *La Odisea* se han convertido ante nosotros en hombres de carne y sangre; podemos observarlos en los distintos actos de su vida y determinar su esencia y la capacidad de sus cráneos. La luz se ha derramado sobre las cumbres del Ida, y los olvidados siglos de Grecia y del Asia Menor prehistóricas, preséntanse bañados en claridad ante nuestros asombrados ojos.

Merced á los descubrimientos realizados, en 1882, por el Dr. Schliemann, los germanos tenemos que saludar á los súbditos de Príamo como hermanos nuestros, toda vez que los troyanos eran oriundos de Tracia (Europa) y hablaban un dialecto que tenía semejanza con el de Tracia y de Frigia.

Los alemanes empezamos nuestra historia generalmente con los teutones y los cimbrios, que fueron el terror de Roma. Pero Voss y Lessing, y con anterioridad Fischart — escritor perteneciente al siglo XVI,—han dicho, razonadísimamente, que nuestra historia debe comenzar con los tracios, y á éstos, es decir, á la estirpe germánica, pertenece— según las investigaciones del citado doctor alemán—el pueblo en que Héctor fué el más valiente de los valientes, y cuyo destino presagió inútilmente Casandra. Y el Ilión del

Asia Menor y el de la Tracia europea nos miran desde la antigüedad como dos atalayas de los ostrogodos.

Ya Callino y Herodoto mencionan á los troes, habitantes de la vega troyana, como teucros. Y á éstos los cita Herodoto juntamente con los misios, que—en opinión de Estrabón—eran tracios que habían emigrado desde Europa á Asia, formando los tracios—á los cuales pertenecían los frigios, que, asimismo, habían efectuado idéntica emigración—el mayor de todos los pueblos, excepción hecha de los indios, según el testimonio de Herodoto. Es natural que este pueblo fuera el mismo que en las grandiosas emigraciones de los pueblos invadió, cual torrente impetuoso, el Sur y el Occidente de Europa, y hasta Africa.

La estirpe de los tracios se extendió hasta el extremo de que algunos escritores antiguos dividieron al mundo en Asia, Libia, Europa y Tracia. En los tracios encuéntranse los rasgos más característicos de los germanos: tenían, según dice Jenófanes quinientos años antes de la Era Cristiana, ojos azules y cabellos rubios, y formaban el más guerrero de los pueblos, el más músico y el más aficionado á la filosofía y á los placeres báquicos; así, Ares y Orfeo tuvieron á Tracia por patria, y Pítaco, hijo del Hyrradio, fué preceptor de Pitágoras. Los tracios, lo mismo que los germanos de Tácito, no usaban espadas largas,

MCD 2022-L5

empleando como únicas armas el escudo y la lanza. Estrabón enumera en toda su extensión á las estirpes germánicas, desde la de los getas hasta las de los misios, lidios, frigios y troes. Herodoto llama á los getas, que habitaban las bocas del Danubio y las riberas del Mar Negro, los más nobles de los tracios, y sabido es que los getas eran idénticos con los godos. Según Estrabón, los tracios y los getas tenían el mismo idioma. No extrañamos, pues, que en tiempo de los romanos existiera un Teuto burgio en el suelo que hoy día es húngaro. La comparación de los testimonios de Callino y de Herodoto, hasta Magno Aurelio Casiodoro y Procopio y el godo Jornandes, demuestra que los troes ó teucros habían llegado de Europa, y que, lo mismo que los frigios, pertenecían á la estirpe tracia, que era gética, siendo ésta sinónima de los godos; de modo que los más antiguos moradores de Ilión eran deudos de los germanos.

Los poetas trágicos de Atenas llamaron á los troes, frigios, teniendo este nombre la misma significación que el de francos, y pareciendo también tracio idéntico con franco.

Los testimonios dispersos de los escritores antiguos acaba de confirmarlos el benemérito Dr. Schliemann, por su excavación del llamado túmulo de Protesilao, que se encuentra enfrente de la vega troyana, en el Quersoneso tracio, que actualmente se llama península de Galípolis. Protesilao era aquel capitán de

los guerreros de Tesalia que, según dice *La Ilíada*, fué el primero que pisaba la tierra, siendo también el primero que pereció á mano troyana. Decía la tradición que las ninfas plantaban olmos en torno de la tumba, y que los ramos que se dirigieron hacia Troya florecieron antes que los otros, perdiendo, en cambio, antes sus hojas. No importa si tiene razón la leyenda que atribuye aquel túmulo al guerrero helénico que salió para Troya; de cualquier modo, la excavación de Schliemann ha ofrecido resultado importantísimo, siendo la vajilla de barro sacada á luz, un verdadero cuerno de abundancia para nuestra arqueología. Pues bien: la vajilla brillante de barro que el famoso anticuario alemán encontró en el llamado túmulo de Protesilao, es igual á la que se encuentra en las dos ciudades prehistóricas de la colonia de Troya, demostrando que en el Quersoneso tracio vivía, en tiempos prehistóricos, un pueblo de la misma raza, de las mismas costumbres y de la misma cultura que los primeros moradores de la colina de Hissarlik (Troya), y no encontrándose aquella vajilla en ningún otro lugar de la vega troyana, y sólo del lado europeo del Helesponto, puede concluirse con la mayor probabilidad, que los primeros colonos de Troya llegaron de Europa y no de Asia.

No se limitan á eso los descubrimientos que Schliemann hizo en 1882. Años pasados había creído, al calor del primer entusiasmo, que

MCD 2022-L5

encontraría en la colina de Hissarlik los restos de Ilión en forma aproximada á la descripción homérica. Victorioso, emprendió su obra atrevida. Desde los escombros y de las cenizas se levantaba la ciudad, destruída por el destino fatal, cubierta de los vestigios del incendio, recordando hasta en sus muros ennegrecidos, en sus vasos y tesoros áureos, en los restos de armas, en las arpas rotas y en los cráneos mudos de sus moradores, el glorioso tiempo en que himnos de júbilo resonaron en la alta Troya al son de las cuerdas áureas de la lira. Pero un desengaño se mezcló á su descubrimiento trascendental, no para nosotros, que no queríamos medir la Historia según la poesía, que lo agranda y lo embellece todo, sino para él, que encontrando las ruinas en la colina del castillo más reducidas de lo que había imaginado, apenas pudo renunciar á su pensamiento favorito, á su sueño de juventud, á su ideal poético. Aun después de las excavaciones que practicó en 1879, en unión de Rodolfo Virchow y de Emilio Burnouf, continuó considerando imposible que el poeta divino que, con la seguridad de un testigo ocular, trazó el cuadro exacto, no sólo de la vega troyana con sus cabos, con sus ríos y sus túmulos de héroes, sino de la Troas entera, con sus numerosas ciudades, con su Helesponto, con su cabo Lectón é Ida, con su Samotracia é Imbros, con su Lesbos y Tenedos, hubiera podido pintar á Ilios como

una ciudad grande, bella y floreciente, de calles largas, si en realidad hubiese sido una villa pequeñísima. Suponía, pues, el infatigable anticuario que podía descubrirse una ciudad más grande que la que cabía en la colina del castillo de Hissarlik. Y lo que había pensado lo confirmó la azada, según dice Schliemann en el libro que acaba de publicar en Leipzig, con el título de *Troya: resultado de mis últimas excavaciones en 1882.*

Hissarlik no fué sino la ciudadela en que se levantaban seis edificios públicos, extendiéndose por bajo de ellos la ciudad baja que Schliemann acaba de sacar á luz. Ya se ha rasgado el velo de la noche impenetrable que obscurecía los comienzos de la historia griega: de aquí en adelante no puede considerarse la leyenda de la divina Troya como una mera forma del mito de la Naturaleza, como la lucha eterna entre la luz y las tinieblas, sino que contiene una realidad histórica. Ciro, Alejandro, Teodorico, Carlomagno, Federico Barbarroja, se hicieron héroes románticos sólo porque antes fueron figuras poderosas de la realidad. He aquí lo que resulta de las excavaciones del celoso é ilustrado doctor alemán: Ilión ha existido, y en torno del castillo—cuyos muros y cuyos restos escondidos en los escombros, desde la daga hasta las joyas y hasta la última perla de vidrio, llevan las huellas de las llamas terribles en que se sumergió la ciudad—extendiéronse las mansio-

MCD 2022-L5

nes del vecindario troyano, que perteneció á la misma estirpe que los tracios de Europa, hablando un idioma semejante al de Tracia y de Frigia, vecindario al cual hemos de saludar como hermano nuestro en la sangre y en el idioma.

Dice, con justicia, el célebre orientalista de Oxford, Mr. Sayce, en el prólogo de la citada obra de Schliemann: "Hay pocos que puedan competir con él en su generosidad abundante de regalar á su patria los inmensos, los colosales tesoros arqueológicos, cuya adquisición le costó tantos trabajos y tantos sacrificios; hay pocos capaces de gastar, como él, la mitad de su renta en pro de la ciencia."

¡Gloria á Schliemann, que ha enriquecido la corona riquísima de sus méritos inmortales con nuevo y brillante florón!

1883

***

Soy la campana que tañe á muerto. El día 4 de Enero se celebrarán en Atenas las exequias del helenófilo más entusiasta, que en nuestro tiempo, tan apasionado del positivismo, tenía el fuego sacro de los vates, y que con su idealismo inagotable, con su fe infantil en la epopeya homérica y con la energía de hierro que desplegaba al llevar á cabo un plan que parecía fantástico, pero que constituía ya el ideal de su infancia, gozaba de la

popularidad de Edison y de Stanley; porque, haciéndose el fundador de la "ciencia de la azada", sacó á luz un mundo derrumbado y cubierto del polvo y de la podredumbre de los siglos, los restos peregrinos de templos y palacios, un museo entero de objetos extraños y venerables, testigos mudos de una antigüedad prehistórica, y prestó encanto nuevo á los cantos de Homero, derramando el esplendor de la verdad sobre una época iluminada sólo por la poesía.

Murió el mago que no guardó para sí los tesoros que descubrió, sino que los regaló al mundo. Con el Creso de los descubridores, con el Colón de la arqueología, que, debiéndolo todo á sí mismo, hizo del apellido de Schliemann el sinónimo del descubridor afortunado, y de sus hallazgos el patrimonio de todos los pueblos cultos, desaparece una de las figuras más singulares, más originales y más simpáticas de nuestra edad; el tipo más hermoso de un hombre activo, si los hubo, que de las sombras y de la pobreza subió á la altura más excelsa. La muerte le arrebató en medio de sus proyectos referentes á su querida Troya. Enterrarán en la colina de Colonos, al lado del arqueólogo alemán Müller, al discípulo felicísimo de Homero, que falleció, el 26 de Diciembre último, en Nápoles, donde falleció también Virgilio, el imitador inspirado del inmortal vate heleno.

A Enrique Schliemann, cuyo nombre co-

rrerá de generación en generación como digno pedestal de la estatua de Homero, se debe la piedra que cierra la bóveda del peregrino templo heleno levantado por los sabios alemanes, desde el eminente crítico de Halle, Federico Augusto Wolff, hasta nuestros días. Sin este último, que purificaba los textos homéricos, no hubiera existido la traducción de Juan Enrique Voss, y sin éste, no tendríamos el poema, concebido en el espíritu homérico, que se titula *Armando y Dorotea*. En las hazañas filológicas de Wolff se encendió el amor que Winckelmann profesaba al arte griego, siguiendo á estos conocedores de la poesía helena, nacidos en las llanuras del Norte de Alemania, Asmo Carstens, el pintor de la vida de los héroes griegos. El heleno alemán que se llama Goethe, devolvió con creces lo que debió á los filólogos y á los críticos, resucitando su prodigioso genio ante nuestros asombrados ojos la índole griega. Siguieron Manuel Baker, Augusto Boeckh, Olfrido Müller, Thiersch, Otón Jahn, el espiritual Enrique Bruhn, los gramáticos Krüger y Curtius y el ingenioso Rodolfo Westphal, que restituyó el encantador ritmo griego á su hermosura primitiva. Por fin llegó Enrique Schliemann, cuyo genio descubrió los lugares de la cultura troyana, resucitando á la ciudad cantada por Homero, cuando Alemania, con el estruendo atronador de las armas, celebraba su resurrección política. No hay hombre más

interesante que el ilustre "descubridor de Troya", ese hombre á la par idealista y práctico, autodidáctico y sabio, millonario y literato.

La gloria envolvió con sus rayos directos también á la digna compañera, á la esposa de Schliemann, la griega tan entusiasta como enérgica que, asimilándose á la carrera de su marido (que se había enlazado con ella en segundas nupcias), tomó parte en todas sus excavaciones y soportó las inclemencias del tiempo y del clima, teniendo por cuartel la colina de Hissarlik, tan expuesta á los rigores del helado Bóreas, como á los rayos abrasadores del sol.

Hissarlik se convirtió en el centro del interés y de los trabajos de Schliemann; allí estuvo en 1870, 71, 72, 73, 76, 77, 79, 82, 89 y 90, proponiéndose visitarlo también en la primavera de 1891, cuando, en Partenope, le sorprendió la muerte. Ya no se habla de excavaciones, sino de la tumba que ha de acoger los restos del gran descubridor.

En 1881, después de publicada su obra *Ilios*, el explorador alemán se vió rodeado de diez sabios, que le dieron señales de aprecio y de admiración. Citaré entre aquellas celebridades al famoso Rodolfo Virchow. Y en 1884, cuando Schliemann dió á luz su última obra relativa á Troya, los eruditos de Europa se inclinaron ante él, á quien la Universidad de Rostock (Mecklemburgo) había

MCD 2022-L5

otorgado el título honroso de doctor, por su obra titulada *Itaca, el Peloponeso y Troya.*

En 1881 ofreció el generoso descubridor sus hallazgos troyanos al Museo Etnológico de Berlín, siendo aquellos tesoros la primera dote incomparable de la ciudad imperial. El emperador Guillermo I y el *kronprinz* Federico le dieron las gracias en cartas expresivas, y Berlín le nombró su hijo adoptivo, dispensándole la misma distinción que á Bismarck y á Moltke.

Continuó sus excavaciones en Tirins, Orchomenos, Marathón, Pilos, Sfakteria y Cithera. Sobre todo, las excavaciones hechas en 1884 y 85 por el doctor alemán en la Acrópolis de Tirins, de la cual habla en su obra *El palacio prehistórico de los reyes de Tirins,* que en unión del Dr. Guillermo Dörpfeld dió á la estampa en Leipzig, en 1886, ofrecen interés singular, presentándonos la construcción de los palacios descritos por Homero, y demostrando cómo de la casa de los héroes helenos ha nacido el templo griego. Aquella obra no contiene sólo la planta del antiguo palacio, sino las copias de los frescos descubiertos en el alcázar regio, que, á pesar de tener casi tres mil años de existencia, se distinguen por su innegable sentimiento de estilo y por su colorido.

Schliemann dirigió también sus miradas investigadoras hacia Creta, para sacar á la antigua isla de Minos de su mortaja de ceni-

MCD 2022-L5

zas y escombros. Hasta su postrer aliento tenía que defender á su querida Troya de los ataques de sus adversarios, imponiéndose los mayores sacrificios para derramar luz sobre una época que miramos sólo en incierto crepúsculo: al capitán Ernesto Pötticher, que consideraba á Hissarlik solamente como una necrópolis, le invitó en 1889 á efectuar, á sus expensas, una expedición á la explanada ó meseta situada á la derecha del Scamandro.

No es de extrañar que el que se inspiraba en los cantos de Homero y los recitaba frecuentísimamente con entusiasmo sin segundo, haya sido un heleno por los cuatro costados: bautizó á su hijo con el nombre de Agamemnón, y á su hija con el de Andrómaca; y cuando su esposa Sofía le presentó la nueva cocinera, tuvo una gran satisfacción en saber que ésta se llamaba Circe.

El palacio, situado en la calle de la Universidad, que habitó en Atenas, es un verdadero museo adornado con inscripciones griegas. ¿Quién enumeraría sus joyas y preseas? Pero ya le falta su mayor tesoro.

Nadie hubiera creído que aquel hombre tan tímido, tan miope y de estatura tan pequeña, hubiese dirigido, como el capitán más valiente, como el caudillo más experto, empresas gigantescas en Troya, Micenas y Tirins.

Ya se habrá celebrado el funeral por el eterno descanso del descubridor de Ilión. El mundo entero habrá tomado parte en sus hon-

BIBLIOTECA NACIONAL GUATEMALA

ras fúnebres; y mientras haya una arqueología, mientras se lean y se admiren los versos inmortales de Homero, vivirá el nombre del inspirado é infatigable alemán que trasladó la época de los héroes griegos, del reino de la poesía, á la realidad.

1891

MCD 2022-L5

ANDRES SCHLÜTER

Berlín nos presenta como joya del Arte la estatua del gran Federico, cuyo nombre basta leer para haber leído el poema de la inmortalidad, y nos presenta en la arquitectura del Palacio Real y en el rico adorno del patio interior, en las decoraciones de la Armería y en la estatua ecuestre del Gran Elector, las tres óbras monumentales de una vida de artista que, desgraciadamente, terminó de modo trágico, y que hoy constituye un timbre glorioso para la nación germana, pues el artista de que hablamos, Andrés Schlüter, á quien los alemanes no pudieron dar el adiós de la eterna despedida, por haber exhalado su último suspiro en tierra extranjera, es el mayor artista que produjo Alemania en dos siglos, el XVII y XVIII, y se ignora qué arte haya merecido su primera y más especial vocación, la Arquitectura, la Escultura ó la plástica decorativa.

MCD 2022-L5

León X derramó por su mano sobre el cadáver de Rafael algunas flores, y al artista que no cesó un solo instante de ocupar el trono de la pintura, y que con su muerte llenó de luto al pueblo de Roma, le ofreció en vida el capelo; pero á Schlüter, que tenía sentimiento individual de la belleza, la pasión de los efectos grandiosos y pasmosa riqueza de fantasía, cualidades que no pueden transmitirse; á Schlüter, cuya existencia abrevió la lucha infecunda contra un destino cruel, no le apreciaron bastante en su patria.

Hay pocos hombres notables que ofrezcan tan escaso material para el biógrafo como este artista; no ha llegado á nosotros ni siquiera su retrato, y faltan las huellas del desarrollo de quien, encontrándose lejos de los focos de la cultura en el entonces pobre Berlín, estaba aislado en medio de un mundo artístico para él extranjero, y que formando un solo punto luminoso, sin conexión alguna con el desenvolvimiento precedente del arte en la Alemania septentrional, ni con el que siguió, lo debió todo á su propia fuerza y á sus impresiones recibidas cuando joven en un viaje á Italia. Mientras el sabio se forma en la tranquilidad de su cuarto de estudio, el artista necesita, para llegar á la perfección suprema, la lid con compañeros iguales y las vivas impresiones que le ofrecen las obras maestras, los modelos brillantes. Todo eso le faltaba al genial Schlüter, que vivió en un pe-

ríodo triste de pedantería, después de desvanecido el florecimiento de la arquitectura germana, á consecuencia de la guerra de los Treinta Años; en una época en que los profesores alemanes convirtieron la libre inventiva de los tiempos anteriores en una serie de cánones y reglas, y se ocuparon en descubrir faltas hasta en el pintor de Urbino, que vió todo lo bello de las cosas creadas y supo condensarlo en una armonía más bella.

Nació Andrés Schlüter en Hamburgo, el 20 de Mayo de 1664, y en edad temprana pasó á Danzig, donde su padre, el escultor Gerardo Schlüter, le dió, probablemente, las primeras lecciones en el arte. Más tarde llegó al estudio de David Sapow.

Contaba veinticinco años cuando salió para Italia. Quien quiera determinar, según el carácter de las obras de Schlüter, qué lugares de aquel privilegiado suelo visitó, dirá, indudablemente, que vió á Roma, pues en la estatua de Marco Aurelio que se encuentra en el Capitolio se inspiró, probablemente, para su estatua del Gran Elector.

En 1691 se estableció en Varsovia, que le atraía como corte del gran vencedor de los turcos, Juan Sobieski, y donde—según supone Roberto Dohme, bibliotecario de S. M. el emperador Guillermo—se dedicó á la escultura más que á la arquitectura. En la primavera de 1694 pasó á Berlín, entrando como escultor al servicio del entonces Elector y

MCD 2022-L5

después rey Federico I, que le pagaba anualmente la suma de mil doscientos thalers. Y como arquitecto se dió á conocer, en 1696, con la construcción del palacio llamado Lietzenburgo y después Charlottenburgo, destinado para la reina Sofía Carlota, la ingeniosa amiga de Leibnitz.

En 1697 ó 98 empezó á modelar la famosa estatua ecuestre del Gran Elector, que, fundida por Jacobi el 2 de Noviembre de 1700, se colocó, en 1703, en el puente del Elector, de Berlín. ¡Qué obra tan imponente, contrastando la majestad tranquila del príncipe con la pasión de los cuatro guerreros encadenados que se ven en el zócalo! Parece que vemos la personificación ideal de la energía varonil, y aquella figura escultural, noble, heroica, se ha apoderado tanto de la fantasía popular, que ésta no se representa al Elector, el gran fundador del poder prusiano, en la figura que realmente tuvo, sino en la aparición majestuosa que le prestó el genio de Schlüter. A éste le pertenece la figura principal, que merece colocarse al lado de las concepciones de Verrocchio y de Donatello, mientras para las cuatro figuras de guerreros aceptó la colaboración de los estatuarios Baker, Brückner, Henzi y Nahl.

Los años en que nació aquel grandioso monumento son los más fecundos en la actividad artística del preclaro escultor-arquitecto. Entonces dedicóse á animar con adornos plás-

ticos las fachadas monótonas de la Armería de Berlín, ostentando en el exterior del edificio lo brillante de la vida militar, los trofeos y galas del vencedor, y representando en la tranquilidad del patio el revés de la medalla, aquellas famosas veintiuna máscaras de guerreros moribundos, que el artista ha sabido pintar con verdad tan conmovedora como si él mismo hubiese experimentado en su vida el dolor más acerbo.

En 1697 fué llamado para reconstruir el Palacio Electoral, situado en una isla, entre dos brazos del Spree, debiéndose á Schlüter el magnífico patio, que sorprende por los riquísimos ornamentos de estuco y los hermosísimos tallados en madera.

Una sola falta técnica que cometió, la hubo de pagar cara el gran artista. Habiendo ensayado levantar á mayor altura una torre del siglo XVI, que formaba parte del palacio, vió á ésta derrumbarse, y después de haberse humillado hasta el extremo de empezar á desmontar aquella torre, fué separado de la dirección de la reconstrucción del palacio, y con el aplauso y favor del rey Federico perdió para siempre la conciencia de sí propio, la confianza alegre que hasta entonces había distinguido á sus obras. Dicen que, desde aquella desgracia, vivió abatido de cuerpo y de alma en su casa, situada fuera de la puerta de Köpenick. Ya se había extinguido su genio: lo que creó después, por ejemplo, el

MCD 2022-L5

techo de la galería del palacio, marca un retroceso visible. Y al fallecer Federico I, el 25 de Febrero de 1713, fué declarado cesante y tuvo que buscar ocupación y sustento en tierra extranjera.

Lo encontró en la corte rusa, y ya pudo anunciar á su mujer, que se había quedado en Berlín, el principio feliz de una vida nueva, cuando de repente pasó á vida mejor en San Petersburgo, á fines de Mayo de 1714.

Pero este Cid del arte ha alcanzado después de muerto la corona de gran artista.

1881

MCD 2022-L5

CARLOS HUMANN

El año de gracia de 1879 fué año de júbilo para Alemania, por los descubrimientos pergaménicos, por la maravilla que produjeron los genios de la mágica escultura que en el siglo de Alejandro, como las flores en Abril, brotaron; por tantas joyas ingentes que el Museo de Berlín ofrece ufano á la ardiente admiración del mundo.

Si el público de nuestros días tuviese aquel entusiasmo fervoroso por lo bello é ideal que lo llenaba todo en los tiempos felices del Renacimiento; un júbilo parecido al que en Roma, á fines del siglo XV, produjeron los descubrimientos de esculturas antiguas en viñas y en escombros de casas de campo, haciendo temblar á veces á los pontífices por la popularidad de sus santos, un júbilo inmenso hubiera penetrado, cual rayo, á la nación alemana al saber que, por favor singular de la fortuna, en los mismos años en que, á nuestras expensas y merced al celo y á las investigaciones de nuestros sabios, se sacan del

seno maternal de la tierra á la luz del día, en el recinto de la sagrada Olimpia, obras de hermosura inmortal para ser colocadas en el Museo Nacional de Atenas, como prueba de nuestro desinterés, de nuestro amor puro á la ciencia y al arte, de nuestro idealismo proverbial, se descubrieron en el suelo del antiguo Pergamon, merced al talento práctico del ingeniero alemán Carlos Humann, tesoros peregrinos, obras del arte de la esclarecida escuela pergaménica, que floreció en el siglo III antes de Jesucristo, el monumento casi único de una época importantísima—aunque hoy punto menos que desconocida—de la escultura helénica, obras prodigiosas que, por la cantidad de los fragmentos conservados, son las más grandiosas de todas las esculturas griegas, no siendo superadas, en cuanto á su importancia y á su valor artístico y arqueológico, sino por las del Parthenón y por algunas obras del siglo IV antes de Jesucristo, que se descubrieron en el suelo helénico. Y estas obras antiguas de mármol, tan ricas como artísticamente bellas, suficientes para llenarnos con el encanto inefable de la desvanecida primavera del pueblo helénico, con el aliento de una revelación nueva; estos inauditos tesoros pergaménicos, extraídos del suelo clásico por patrióticos alemanes, al amparo de derechos legalmente adquiridos, son la conquista más honrosa y más bella del Imperio alemán.

MCD 2022-L5

Ya hizo su entrada en el Museo de Berlín la mayor parte de los tesoros, proporcionando á Humann gloria parecida á la del cardenal Julián, y al emperador Guillermo y al Príncipe de Bismarck, una aureola que no ha de envidiar á la de Pío II y á la de Julio II.

Aunque lo bello debe ser patrimonio de la Humanidad, es humano y es para los pueblos motivo de orgullo nacional aspirar á la posesión exclusiva de alguna reliquia grandiosa del mundo helénico, de esa plenitud de la vida, de esa primavera de la Humanidad. Así, Italia tiene las esculturas vaticanas, las colecciones capitolinas y las de Letrán y de los Uffici; Francia y el Louvre se glorían de la Venus de Milo; Inglaterra, que se creía privilegiada para adquirir los tesoros de las ruinas de la cultura antigua, posee en aquellas preciosísimas esculturas del Parthenón, que, adquiridas acaso ilegalmente por lord Elgin, se llaman *Elgin marbles* (mármoles de Elgin), los únicos testigos del florecimiento más alto del arte helénico. Pero á los alemanes, poetas de la Historia universal, que siempre llegamos tarde, la suerte nos había deparado los Eginetes, que conserva el pueblo bávaro á las orillas del Isar. Y ahora, gracias á un descubrimiento sorprendente, el Museo del atónito Berlín se encuentra de improviso á la cabeza de todos, pudiendo, por sus tesoros pergaménicos, rivalizar con Londres y con París, así como hace años, gracias á los descubrimientos

de vasos antiguos de plata, de Hildesheim, pudo disputar la primacía á los Museos de Nápoles y de Roma.

Lo descubierto en Pérgamo llena dos salas del Museo de Berlín; vense sobre algunas mesas gran cantidad de piernas, de brazos y de dedos rotos, mientras sobre otras están narices, orejas y quijadas; pero al lado de aquel caos de *disjecta membra,* hay ya veinte fragmentos de figuras que forman grupos enteros; y aunque muchas cabezas magníficas llevarán siempre la maldición del fragmento, aun después de haber llegado á Berlín las doscientas cajas que están todavía navegando viento en popa, conteniendo otros restos descubiertos en la Acrópolis de Pergamon, y aun después de terminado el penoso trabajo adivinatorio de buscar, en medio de esa confusión de escombros, las narices correspondientes á los rostros y las orejas correspondientes á las mejillas, lo que ya se ve nos entusiasma y nos embriaga sobremanera, adivinándose el asunto, que es la gigantomaquia: la lucha del mundo de los dioses olímpicos con los poderes personificados de la Naturaleza, los hijos de la tierra y del mar, inclinándose la victoria hacia los dioses y lamentando la madre tierna la perdición de sus hijos.

No hay elogios bastantes para encomiar el tecnicismo; jamás el mármol ha visto triunfo más soberano del pensamiento, ni victoria más brillante de la contemplación artística

de la Naturaleza. Aquí no se ve piedra, sino carne viva, carne robusta y blanda, carne juvenil y vieja, carne pingüe y nervosa; aquí se ven telas verdaderas, sandalias de cuero adornadas de oro, cabellos ondeantes, combinaciones monstruosas de cabezas humanas con troncos de serpientes, colas de peces y alas, mostrando la verdad y unidad de organismos naturales. Aquí se hermana la tradición del mito helénico con el espíritu fantástico del Asia. Demuéstrase en la formación de las cabezas el sentimiento todavía puro de la forma, la nobleza del arte griego, que en medio de pueblos bárbaros celebraba en aquel puesto solitario un segundo y exuberante florecimiento.

Lo que se admira en el Museo de Berlín arroja clara luz sobre una época del arte en la que los antiguos ideales, tan austeros como sencillos, fueron sustituídos por un rasgo de representación realista; sobre una época de la cual se citaban hasta hoy, como obras las más características y excelentes, el grupo de Laoconte, el *Galo moribundo* del Capitolio, y aquella obra que se conserva en la villa Ludovisi, de Roma, siendo antes conocida con el nombre de *Arria y Peto*, pero que representa, según la opinión de todos los eruditos, á un galo que mata á su mujer para salvarla de la esclavitud é ignominia. Lo que se admira en el Museo de Berlín nos da á conocer la famosa escuela pergaménica, que siguió las hue-

llas y el estilo y tecnicismo de Lisipo, cultivándolos en lo animado, en lo apasionado, en lo patético, y alcanzando su apogeo en la representación de escenas horribles de guerra, ejecutadas con el tecnicismo más refinado. Excusamos decir que Lisipo floreció en tiempos de Alejandro Magno, siendo el quinto de los grandes estatuarios helénicos, únicos y sin rival, cada cual en su género: Fidias, Policleto, Skopas y Praxiteles.

Lancemos una ojeada sobre el tiempo en que se levantó el monumento pergaménico, hoy gloria de Berlín y envidia del extranjero.

El dueño del Asia Menor, Lisímaco, había nombrado guardián de sus tesoros al eunuco Filotero, que en nombre de su señor custodiaba nueve mil talentos en el castillo de Pergamon, situado en Misia, frente de la isla de Lesbos. Pero cuando la gloria de Lisímaco se eclipsó ante la de Seleuco Nicator, el astuto eunuco se inclinó hacia el nuevo astro brillante, y después de extinguido también éste, al ser muerto Seleuco Nicator por Ptolomeo Kerauno, á principios del año 280 antes de Jesucristo, Filotero se declaró independiente. Le siguió su sobrino Eumenes I, que reinó desde 263 á 241, empezando su reinado con la victoria que alcanzó sobre Antíoco Soter, y defendiendo su reino contra las invasiones de los celtas, que se habían establecido en Galatia, poniéndose como mercenarios á la disposición de cualquier soberano ó aspirante á

trono. Bajo el reinado de su señor, Atalo I, que reinaba desde 241 á 197, el terror gálico creció de modo insoportable: invadieron los galos á Misia, imponiendo á las ciudades tributos excesivos, hasta que Atalo los aniquiló, en 238, en una batalla terrible, que se riñó cerca de la capital de su reino. El título de rey lo tomó después de volver á su Acrópolis, haciéndose digno del nombre regio—según dice Tito Livio—por la grandeza de su espíritu, y en memoria de sus brillantes hechos de armas, y en honor de los dioses, mandó ejecutar muchas obras de arte, ofreciendo algunas, como el *Galo moribundo* del Capitolio, el galo de la villa Ludovisi, y las ocho figuras marmóreas que Brunn descubrió en Venecia, Roma y Nápoles, á la Acrópolis de Atenas, y erigiendo en su capital un altar inmenso, que medía cuarenta pies de alto, y el cual, según afirma un escritor del siglo III de nuestra Era, Ampelio, fué adornado con representaciones de la gigantomaquia, colocando aquel monumento los triunfos obtenidos por el rey Atalo en comparación directa con las guerras de los dioses, de los héroes y de los gigantes de la mitología helénica.

El mérito de haber descubierto y reconstruído aquel grandioso altar pergaménico, corresponde á los prusianos Humann y doctor Conze. Siendo el primero de éstos un ingeniero de Westfalia, encargado en 1865 por el Gobierno turco de construir una carretera

entre la ciudad de Pérgamo, que ocupa el sitio del antiguo Pergamon, y el puerto de Dikeli, distante tres leguas, vió que los turcos, armenios y griegos sacaban de la Acrópolis del antiguo Pergamon cuanto necesitaban para sus escaleras ó sus piedras sepulcrales. Después empezó á practicar excavaciones, logrando encontrar tres fragmentos de relieves, que en 1872, sin pensar en la importancia del descubrimiento, envió al Museo de Berlín. Parecían los tres relieves enigmas indescifrables por lo fragmentarios, haciéndose esperar su solución durante años enteros. Por fin, el jefe de la colección de antigüedades de Berlín, Dr. Conze, después de haber descubierto el párrafo de Ampelio, relativo al altar de Pergamon, estimuló al Ministerio prusiano para que concediese al ingeniero Humann recursos para efectuar excavaciones en el suelo pergaménico: y habiendo logrado en Agosto de 1878 el permiso del Gobierno turco, merced á la habilidad diplomática del que fué embajador de Alemania en Madrid y en Constantinopla, el Conde de Hatzfeldt, empezó Humann—hermano feliz del rey de los descubridores Dr. Schliemann—sus trabajos de excavación, el 9 de Septiembre del mismo año, cerca del muro bizantino en el que antes descubriera los tres relieves.

Del lado septentrional de aquel muro encontró el sitio donde se había elevado el altar. Pero manos bárbaras habían derribado

MCD 2022-L5

las esculturas de su lugar, empotrándolas con argamasa en el muro bizantino, de modo que los trabajadores de Humann tuvieron que sacar piedra por piedra por medio de azadas, martillos y palancas. Ya el 12 de Septiembre se descubrieron once imágenes grandes, treinta fragmentos y los cimientos del altar. Según el cálculo de Humann, el friso que representa la gigantomaquia se extendía en torno del altar, teniendo de largo ciento treinta metros, y cubriendo los relieves un llano de trescientos metros cuadrados. Se ha conservado la mitad del friso, habiéndose perdido una cantidad de mármol que se eleva á veinte mil quintales. Júzguese, pues, las inmensas dificultades del traslado á Berlín de esculturas de tanto bulto. Los gastos de transporte ascienden á ciento cincuenta mil reales, costándonos los tesoros todos apenas seiscientos mil, cifra insignificante en comparación de su importancia. Sólo por haber guardado el secreto con grandísima prudencia, mientras Humann continuaba practicando excavaciones, pudo lograrse resultado tan satisfactorio, pues si lo hubiesen sabido Inglaterra y los Estados Unidos de la América del Norte, á quienes tanto excita el vivo afán de poseer antigüedades, el décuplo de aquella suma no hubiera bastado para asegurarnos ese monumento único del arte.

Dentro de lo que Ampelio llama "ara" (altar), y que es un templo, descubrió Humann

un friso menor, que representa el mito de Telefo, cabeza del linaje de los Atalides, hijo de Hércules y de Auges. De aquel friso se han conservado treinta relieves. En uno de ellos se ve á Hércules en la misma postura que el Hércules Farnesio que ostenta el estilo de Lisipo. Y eso demuestra que la escuela pergaménica se asociaba al gran maestro que inauguró el realismo de la escultura helénica. Después de la muerte de Alejandro Magno, los artistas que habían dedicado su genio á embellecer la corte del gran batallador, se dispersaron en todas las direcciones del viento, llevando el estilo de Lisipo, al poder del cual nadie podía sustraerse, á las cortes de las dinastías menores que compartieron el reino de Alejandro.

Trasladó el artista genial al friso de la gigantomaquia el furor bárbaro de los galos á la lucha de los dioses con los gigantes, esas personificaciones de poderes sombríos de la Naturaleza.

Los mismos dioses se despojan de su grandeza y de su dignidad para lanzarse á la pelea con la misma pasión y con el mismo furor propio de fieras que los hijos de Gea (Tierra), tomando parte en la lucha todos los animales simbólicos de los dioses: el águila de Júpiter, el perro de Diana, la pantera de Baco, lo cual aumenta el poder, verdaderamente dramático, de la composición. Entre los dioses se reconoce á Júpiter, que con su rayo derriba á

MCD 2022-L5

Tifeo, el más potente de los gigantes, mientras Minerva, á la cual la diosa Victoria ofrece la corona, ase por los cabellos á otro gigante, á quien ha abrazado ya la serpiente de la diosa, mientras Gea, cuyo medio cuerpo se sumerge en la tierra, levanta los brazos hacia Júpiter, lamentando el exterminio de sus hijos. Se reconocen además á Apolo, á Aurora, á Diana acompañada de sus ninfas, á Neptuno con sus centauros, y, para que á la tragedia terrible no falte un rasgo cómico, vese detrás de Baco á un pequeño fauno, que lleno de celo cómico imita los movimientos de su señor.

Además de los dos frisos, se han descubierto en Pergamon inscripciones de gran valor científico y muchísimas esculturas, distinguiéndose entre éstas una cabeza de mujer que, por su hermosura imponente, sólo podría compararse con la Venus de Milo.

1881

* * *

El hombre en quien se aunaban la ciencia y el sentido práctico, y cuyo nombre voló en alas de la fama por el mundo entero desde que fueron conocidos sus descubrimientos en las ruinas de Pérgamo, que constituyen un inmenso caudal artístico; el gran arqueólogo, arquitecto, ingeniero y cartógrafo Carlos Humann, en quien la provincia rhenana cifraba

legítimo orgullo, y que tanta gloria conquistó en vida para su amada patria y para la ciudad de Steele, que le nombró su hijo adoptivo, se ha hundido en su querida Asia Menor, en Esmirna, en las sombrías tristezas de la muerte.

El 12 de Abril de 1896 vió morir al ilustre rhenano, al aventajado discípulo de la Academia de Arquitectura de Berlín, que llegó á ser uno de los prestigios científicos de Alemania como director de las excavaciones que, á expensas del Imperio alemán, se efectuaron en la antigua Pérgamo de 1878 á 86.

Carlos Humann vió la luz en Steele, ciudad perteneciente á la regencia de Dusseldorf, el 4 de Enero de 1839. Se propuso hacerse ingeniero, pero ya en 1861 le obligaron quebrantos de salud á interrumpir sus estudios en la Academia de Berlín y á buscar su restablecimiento en el archipiélago griego. En Samos empezó, en el templo de Hera, sus felicísimas investigaciones arqueológicas. En 1862 le encargó el embajador inglés cerca de la Sublime Puerta, sir Henry Bulwer, edificarle un palacio en una de las islas del mar de Mármara. En 1864 construyó, por encargo del Gobierno turco, el ferrocarril de Jaffa al Mar Muerto, y publicó mapas detallados de sobresaliente mérito, dando á conocer el Asia Menor. Estudiando concienzudamente la superficie y el interior del suelo clásico, sus trabajos le condujeron á las remotas ruinas de la antigüedad.

MCD 2022-L5

Pero, desconocido casi en Alemania, conquistó fama universal y un puesto de honor al lado de Enrique Schliemann y de Ernesto Curtius cuando despertó los genios de la mágica escultura del siglo de Alejandro Magno, y, abriéndonos una nueva Olimpia, dirigió las excavaciones de Pérgamo, que le proporcionaron, en 1884, el título de director del Museo de Berlín, por haber ofrecido á su patria los tesoros de la grandiosa "gigantomaquia", extraídos de la regia ciudad de los Atalides.

En 1880 publicó, en unión de Conze, Bohn y otros, los clásicos relatos acerca de los *Resultados de las excavaciones en las ruinas de Pérgamo;* y en 1890 dió á luz, en colaboración con Puchstein, *Viajes por el Asia Menor y el Norte de Siria.* En 1890 empezó también la excavación de Magnesia, sobre el Meandro.

Los que trataron á Humann dicen que en las tertulias, al beber un buen trago de cerveza bávara, tenía la vena humorística del poeta alemán José Víctor Scheffel, recordando la de Manuel del Palacio, y que una tarjeta de Humann era el pasaporte más eficaz para viajar por el Asia Menor, siendo Humann un apóstol de la gloria de Alemania en Turquía, como el embajador en Madrid, señor de Radowitz, y el bajá Goltz.

Los descubrimientos realizados en las ruinas de Pérgamo, son el monumento perenne de Carlos Humann, cuya tumba guarda Esmirna. ¡Ojalá que Berlín tenga pronto museo

MCD 2022-L5

apropiado para guardar los tesoros de los Atalides!

Quizá el moribundo Humann haya escuchado el ruido de los Certámenes olímpicos, que, ante una concurrencia de ochenta mil hombres, compuesta de griegos y de los representantes de las naciones de dos mundos, se renovaron el 6 de Abril en el blanco estadio panateniense, llenando de júbilo á los corazones de todos los buenos griegos, que sintieron una vez más la grandeza de sus antepasados y la divina hermosura del mundo helénico, y se entusiasmaron con la resurrección de nuevas esperanzas, luciendo el mismo sol que había iluminado las panateneas y pareciendo que la diosa Atenea volvía á la ciudad que lleva su nombre, y que los aplausos atronadores con que la muchedumbre aclamaba á su Rey y á los vencedores, resonaban en el reino de Plutón, despertando las sombras de los antiguos atenienses.

1896

LA ESTATUARIA EN ALEMANIA Y AUSTRIA

Ha dicho el erudito crítico Luis Alfonso que "Alemania, que tuvo, ya que no dioses, semidioses del cincel en la primera mitad también de esta centuria, gracias á Danneker, Schwanthaler, y sobre todo á Rauch, no graba en la segunda mitad ni un solo nombre insigne en el libro de la escultura".

Pero el que haya recorrido las ciudades de Alemania y de Austria, afirmará sin titubear que el arte de Fidias y de Praxiteles, que con el mayor éxito cultivaron en el siglo pasado el alemán Andrés Schlüter y el austriaco Rafael Donner, cuenta en ambos países no sólo con pasado, sino con porvenir. ¿No ha admirado el ilustre paisano del *Españoleto* la maravilla de Niederwald, la gigantesca estatua *La Germania,* debida al cincel de Schilling; ni el colosal *Arminio,* de Bandel, que se le-

vanta en la Selva Teutoburguesa; ni el grupo de Goethe y Schiller, en Weimar, pregonando el renombre de su autor, el estatuario Rietschel; ni las amazonas y estatuas ecuestres de Kiss, ni las obras de Drake, Ernesto Hähnel, Bläser, Schievelbein, Schaper, Donndorf, Fernborn, Gasser, Zumbusch, Kundmann, Tilgner, que ilustraron nuestro siglo?

Una de las esperanzas más legítimas del arte es un hijo de Estiria, un alumno de la escuela escultórica de Viena, el joven Hans Brandstetter, el Rosegger de la estatuaria, cuyo cincel, si no sabe el griego, se expresa á lo menos, y no se expresa mal, en toscano, siendo su lenguaje artístico, espontáneo, noble y puro. Trabaja con facilidad asombrosa, como si fuese otro *Lucas fa presto*. Sus concepciones nacen como por encanto. Tuvo por amigo á Hamerling, que en su novela *Aspasia* nos presentó la gloriosa época de Pericles, y bajo la égida de aquel poeta apasionado de la belleza helénica, puso su taller el escultor de Graz (Estiria).

Entre las obras notables que lleva producidas hasta la fecha, son dignas de especial mención: el busto del malogrado vate Hamerling, tres Genios de la escultura y una figura predilecta del pueblo alemán, el clarín de Säkkinga, protagonista de un poema popular de Víctor José de Scheffel.

Hans Brandstetter, que camina gallarda y desembarazadamente por el camino real del

arte, es también amante fervoroso de la poesía y se complace en eternizar á sus hermanos en Apolo. Así, ha modelado ya á Bauernfeld (el Nestor de los vates austriacos), á Rosegger (el narrador de las costumbres de Estiria) y á Hamerling (1).

1890

(1) Brandstetter, el escultor presentado en este capítulo como legítima esperanza del arte, convirtióse en espléndida realidad artística; y el cincel inspirado de Brandstetter labró el bellísimo monumento sepulcral que, en el cementerio de Colonia, guarda los restos del biógrafo del escultor, del autor glorioso de *La Walhalla*.—*(N. del E.)*

DE SCHMIDT, HANSEN Y FERSTEL

El que hoy escriba acerca de Viena, esa ciudad risueña, que ama á los artistas y los aprecia como un adorno de la Humanidad; el que entone un himno á la calle más hermosa y más grandiosa del mundo moderno, el *Franzensring* de la ciudad del Danubio, en el que el Parlamento, las Casas Consistoriales, la Universidad y el *Burgtheater* se levantan para celebrar, en una oda de piedra, las glorias de la arquitectura moderna, tiene forzosamente que concluir con una elegía: la Catedral de San Esteban ha perdido al maestro que terminó su obra maravillosa y que le profesó amor entrañable; las Casas Consistoriales más bellas del orbe, que, elevándose al cielo, enlazan el estilo gótico con el Renacimiento del modo más armonioso, y están de pie en la tierra para dar testimonio de la fuerza del civismo germano, y cuyo remate, el hombre de hierro coronando la torre esbelta, parece exclamar con los vieneses apa-

MCD 2022-L5

sionados de su famosa capital: "No hay más que una sola Viena", han perdido su arquitecto: el hijo hercúleo de Suabia, que se hizo un gran artista gótico en Colonia, trabajando en la Catedral de Gerardo de Rile, y que legó á los colonienses su planta de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, siendo á la par el Jacinto Verdaguer y el Jaime Collell de la arquitectura; el barón Federico de Schmidt, el ídolo de los operarios, el orgullo de sus discípulos, que vivían de sus ideas, maduraban por sus lecciones, se embriagaban en su grandeza y seguían su mando poderoso, ha muerto. El, en cuyo semblante se reflejaba un mundo de pensamientos y una odisea de hazañas; él, cuya cabeza noble se asemejaba á la de Leonardo da Vinci y á la de Galileo, y cuyos ojos, iluminando su esencia con suave luz azul, y dando á conocer hasta los pliegues más recónditos un alma grande, pura y severa, encendían en sus discípulos fuego sagrado; él, que para los vieneses era la personificación del vigor y del donaire, ha pagado el tributo á la Naturaleza antes de que lo hiciese sospechar su figura gigante. Todo Federico de Schmidt estaba en sus ojos, vivos, vivísimos, de reflejos acerados, luciendo allá, en el fondo de la cristalina pupila, esa honda y persistente chispa que da la voz de alerta á los que pasan, gritándoles: "¡Aquí hay un elegido!" En él se manifestaba el genio en todas las esferas del trabajo espiritual: al

hablar, tenía la palabra fácil é insinuante del gran orador que electriza á la muchedumbre, pues parecía que había heredado la elocuencia de su padre, un párroco de Wurtemberg; al escribir, era un distinguido literato; al narrar, un rapsoda eminente, entusiasmando á todos por las armonías de su acento, por sus metáforas poéticas, por la gracia de sus gestos cuando, tejiendo de sus recuerdos un vestido de fiesta, hablaba de la consulta en el Vaticano á que le había invitado el Padre Santo, teniendo que formular opinión acerca de la tribuna que había de renovarse en la basílica de San Pedro, primero un arquitecto francés, después un italiano, y, por fin, nuestro Federico, encontrándose frente al Papa, que vestía túnica blanca. El día había declinado ya, y Federico dejaba la mirada vagar sobre la Ciudad Eterna, iluminada por los postreros fulgores del sol. Abismado en aquel espectáculo y cegado por tanta luz, por aquellos celajes de oro, no escuchaba lo que hablaban sus compañeros, sino que veía pasar ante su espíritu gozoso su existencia entera, viéndose, de humilde aprendiz de albañil, escalar las alturas que le condujeron al lado del Padre de la cristiandad. Entonces despertáronse los dolores todos del pasado juntos con el júbilo presente, y el maestro prorrumpió en lágrimas...

Hoy lloramos, así los colonienses como los vieneses y los italianos: ¡Schmidt ha muerto!

Cayó el coloso, pero su vida humana fué la existencia cumplida de un artista verdadero, el himno poderoso de un órgano cuyos sonidos continúan resonando en las bóvedas de la catedral, aun cuando el genio ha dejado ya de pulsarlo, volviendo á su patria celestial. *Saxa loquuntur* dice la divisa del maestro, y más que las endechas todas hablarán las obras que ha dejado: *Saxa loquuntur!*

El gran arquitecto, que del estilo del pasado hizo su estilo propio, me recuerda dos períodos felicísimos de mi vida: los primeros romances que brotaron de mi entusiasmo juvenil y encontraron crítico bondadoso en un hermano de Federico Schmidt, redactor de la *Gaceta del pueblo de Colonia*, y mi estancia en Viena, donde, en 1881, Federico mostró á los asombrados literatos su maravilla, el final triunfador de la sinfonía de su vida: las Casas Consistoriales.

El arquitecto gótico más ilustre de nuestra época falleció en la peregrina casa gótica llamada "Casa expiatoria", que erigió su genio en el sitio fatal del *Ringtheater*, destruído por las llamas. El ha sido el primer difunto en aquella casa que nadie podía habitar, porque recordaba la catástrofe más horrible que ha visto Viena.

Nació el barón Schmidt el 22 de Octubre de 1825, en Frickenhofen, pueblo de Wurtemberg, tan rico en genios y en caracteres. De aquella tierra tuvo la fuerza, la firmeza. Vió

MCD 2022-L5

la primera iglesia gótica en Schorndorf, é hizo sus estudios arquitectónicos en Stuttgart. En 1843 salió para Colonia, conociendo, bajo los auspicios de Zwirner, los misterios de la construcción gótica, el ritmo de los arcos y estribos. En Colonia contrajo matrimonio con la hermana del escultor de la catedral, Mohr, y volvió al seno de la Iglesia católica. En 1857, cuando era ya un ideal de fuerza espiritual y física, fué llamado á la Academia de Milán, y restauró la iglesia de San Ambrosio. Desde 1859 trocó la capital de Lombardía por la de Austria, siendo en 1862 nombrado arquitecto de la catedral de San Esteban, cuya torre principal terminó en 1864. En 1872 empezó su obra capital: las Casas Consistoriales de Viena, cuyas formas son tan bellas como robustas, viéndose el autor exento de su misticismo por el encanto de la hermosura que se respira en Viena. Después de concluída aquella obra maestra, fué agraciado con el título de Barón, el 12 de Septiembre de 1883. El día de la inauguración fué un día felicísimo para el esclarecido artista. Desde la torre habló á sus compañeros, abrazándolos á todos y arrojando al suelo la copa llena de vino de oro.

A él se deben muchas restauraciones en la monarquía austriaca; por ejemplo, la del castillo de Runkelstein, en el Tirol. Lo restauró después de haber evocado en su fantasía el castillo tal y como estaba en los pasados tiempos, viendo el gran arquitecto á los caba-

lleros y escuderos salir para el combate y presenciar con las damas y los bardos banquetes regocijados.

Tuvo por discípulo al arquitecto del Ayuntamiento de Munich, Hauberisser.

Murió Schmidt el 23 de Enero de 1891.

Decía en su testamento: "No riñáis nunca, hijos míos, por cuestiones tocantes al dinero, porque estas cosas son de poca importancia; lo que importa es el arte y lo bello."

El 25 de Enero fué enterrado, asistiendo á los funerales los representantes de la ciudad de Viena, sus socios, compañeros y discípulos, y siendo conducido el maestro por postrera vez á todos los lugares soberanos que había adornado con los monumentos bellos que pregonan su gloria. Viena rendirá siempre á su buena memoria caluroso homenaje de admiración.

Una sola elegía no basta, pues otro gran arquitecto ha dejado de existir: apenas había muerto el barón Schmidt, cuando falleció su amigo el barón Hansen, que, habiendo nacido en la patria de Thorwaldsen, en cuyas creaciones plásticas se encuentra un eco de la genuina hermosura helénica, vió el ideal de toda belleza arquitectónica en el Parthenón, y no sólo fué apóstol entusiasta del estilo griego, sino que conoció, en Sicilia y Grecia, los monumentos más nobles de la antigüedad.

Teófilo de Hansen nació el 13 de Julio de 1813, en Copenhague, y murió en Viena,

MCD 2022-L5

el 17 de Febrero de 1891; construyó los monumentos más hermosos en Atenas, Copenhague y Viena. A él se deben el magnífico palacio de la Academia de Ciencias en la capital de Grecia, que creó en 1860 y 61—y que es una de las casas más bellas del orbe;—el Heinrichshof, que construyó en Viena de 1861 á 63, y el precioso edificio del *Reichsrath*, de Viena, que se asemeja á un maravilloso templo griego. Por su genio dijérase que no pasaban los años.

En 1883, con motivo de su septuagésimo cumpleaños, recibió testimonio brillante de la consideración del arquitecto vienés barón Enrique de Ferstel, el creador de la *Votivkirche* y de la Universidad de Viena, el maestro del Renacimiento italiano. Pero el mismo día en que Ferstel escribió aquella carta afectuosa dando el parabién á su compañero danés, expiró.

¡Descansen en paz los tres arquitectos que imprimieron su sello á la Viena moderna! Sus obras proclaman su grandeza. *Saxa loquuntur!*

1891

EL PINTOR GUILLERMO LEIBL (1)

Pláceme dedicar un recuerdo á la memoria de un paisano y casi contemporáneo mío, que, declarando la guerra al convencionalismo, ese enemigo hereditario del verdadero arte, y siguiendo solitario su camino, reunía todas las buenas cualidades del coloñés: la confianza en sí propio, la alegría, la perspicacia y el profundo sentimiento de la Naturaleza. Ese hombre acaba de bajar á la tumba, dejando un vacío inmenso en el mundo de las artes, un nombre inmortal y el tesoro de sus obras, que son motivos de admiración para cuantos las conocen, por su riqueza de detalles — ejecutados con cariño y con acierto que rememoran á Holbein y á Durero, — por su habilidad técnica, por la firmeza del dibujo, por el sentimiento de la realidad, por su naturalismo, por el rasgo magistral, asombroso, al representar lo individual, el carácter de la aparición.

(1) Esta biografía fué publicada en catalán.

MCD 2022-L5

Guillermo Leibl—denominado por sus compañeros *el león*, á causa de su valor y de su melena—es el ilustre finado á quien consagro este homenaje. La grandeza de su arte consiste en su amor á la verdad y en su independencia de antiguos y rutinarios criterios: él no reconoce más maestros que la Naturaleza y su propio instinto. Va á inaugurar en Alemania el realismo pictórico, y Leibl, el de estatura atlética, significa para la Alemania meridional lo mismo que el enano Menzel para la Alemania septentrional.

Nació Guillermo Leibl el 23 de Octubre de 1844 en Colonia, la de angostas calles, la de vetustas casas de altas techumbres, la de medios puntos ennegrecidos por el humo, la de empinadas escaleras y estrechos patios; vió la luz en la ciudad que posee, para su gloria, la más hermosa de las basílicas germánicas, en la ciudad de Esteban Lochner, del pintor de la vida de María Santísima y del maestro de San Severo. Dijérase que el genio de aquellos artistas de la Edad Media resucitaba en el hijo del maestro de capilla de la Catedral de Colonia, en el mozo de modales rústicos y toscos, pero de corazón de oro y de ojos penetrantes y fieles para retener las imágenes.

Sus creaciones, que constituyen las obras más eminentes del arte moderno, pueden compararse con las de van Eyck, con las de Holbein y con las de los mejores maestros holandeses. Pero lo reclama por suyo la Escuela de

Munich, fundándose en la tradición artística; Leibl — cuyo apellido es de origen bávaro — fué discípulo del distinguido pintor de Munich Arturo de Ramberg, que se complacía en llevar al lienzo asuntos patrios, mientras que el patético Piloty representaba en sus cuadros históricos lo exótico.

Cierto es que Leibl tuvo también por maestro al pintor francés Courbet, al cual profesó gran afecto, y con el cual pasó algunos meses en París, hasta que estalló la guerra de 1870. Estimaba Leibl en Courbet el desprecio á las exigencias de la estética y el respeto y el amor á la verdad, que es el principio y el fin de todo arte. Así, también en las obras de Leibl hay un sello de distinción, de gracia y de elegancia, porque el artista coloñés fué el pintor de la gente del campo. Huyendo del ejemplo de sus compañeros, é imitando el de Millet, se hizo campesino entre los campesinos, vistiendo el traje de los habitantes de las granjas y viviendo desde 1870 en medio de los sencillos labriegos de Baviera, primeramente en Grasolfinga, después en Schondorf, á orillas del Ammersee, y, por último, en Aibling, siendo llamado "el solitario de Aibling". De su estancia en esos lugares nacieron las obras que inmortalizaron su nombre, conquistándole fama, así en París, como en Munich.

Haré mención del cuadro *Políticos de pueblo*, que en 1878 hizo su entrada triunfal en la Exposición Universal de París; citaré el lien-

zo *Campesinas en la iglesia,* que brilló en 1883 en la Exposición Internacional de Munich. En cuanto á la *Parisiense vieja,* nació en París el 1870.

Políticos de pueblo alcanzó, el año próximo pasado, en Berlín, el precio más subido que hasta la fecha han logrado las modernas obras pictóricas alemanas: fué vendido ese cuadro en la suma de ochenta y un mil marcos. Recordaré también sus famosas telas tituladas *El periódico nuevo, El establo* y *Las mujeres de Dachau* (Baviera), que forman contraste con los cuadros patéticos de los pintores de historia y con el sentimentalismo de los pintores de género. De gran retratista lo acredita el retrato de su padre, que se admira en el Museo de Colonia.

A pesar de que sus cuadros han de ser considerados como copias del natural, impera en ellos la más profunda ciencia pictórica. No hay ejemplo de artista alemán que, desde la juventud, haya llegado á tener, con la energía de Leibl, un estilo artístico correspondiente á lo más íntimo de su índole, ni que con rapidez semejante haya ascendido á la cumbre de su potencia sin desprenderse de la personalidad ni abandonar el puesto que conquistó en el primer momento.

Hace cinco años que los resplandores de la gloria comenzaron á iluminar al solitario artista, que se había acostumbrado á las sombras de una existencia desprovista de los ho-

MCD 2022-L5

nores reservados á los maestros. Es admirable la genuina nobleza del pintor que durante toda su vida permaneció siendo fiel á sí mismo. "¿Qué quieres ser?", preguntaba el maestro de primera enseñanza de una escuela de Colonia á cada uno de sus discípulos. Entre los alumnos figuraba Guillermo Leibl, que, al ser interrogado, agitó la cabellera, y con firme acento y mirada escrutadora, contestó: "¡Pintor ó caballero errante!" Puede decirse que se han cumplido sus deseos, pues fué un gran pintor, admiración de Alemania y del mundo, y una estrella errante de la Caballería: un artista que, como Fr. Luis de León, vivió alejado del mundanal ruido.

En Würzburg, en casa de su hermana, falleció repentinamente, víctima de una afección cardíaca, el 4 de Diciembre de 1900.

Entre los artistas alemanes de más grande y más bien ganada reputación en su patria y en el extranjero, entre las personalidades alemanas de mayor relieve, figura y figurará el hércules Leibl, que de aprendiz mecánico se convirtió en pintor insigne, de igual modo que Lenbach, que manejó las herramientas de albañil antes de dedicarse al noble arte de Apeles.

¡Loor á Leibl—Sigfredo del arte germánico, cuyos personajes son de carne y hueso,—que glorificó con los fulgores del genio la pintura alemana!

1900

MCD 2022-L5

PESTALOZZI.—JUAN FALK

Alemania tuvo un maestro, un gran maestro, amigo de los niños, padre de los pobres, preceptor del pueblo y bendito bienhechor de la patria: Juan Enrique Pestalozzi.

El gran reformador de la escuela popular, el paternal protector de los huérfanos, el hombre generoso que hasta llegó á mendigar, impulsado por su amor á la infancia desvalida, nació en Zurich, el 12 de Enero de 1746, y falleció el 17 de Febrero de 1827, en Brugg (cantón de Torgau, en Suiza).

Hay que visitar el pueblo de Stanz (Suiza) para ver lo que hizo Pestalozzi de los huérfanos suizos, que, á fines del siglo XVIII, vagaban entre humeantes ruinas, llorando por sus padres é implorando el pan cotidiano. Lleno de compasión, de amor, de mansedumbre y de abnegación, acudió al remedio de aquellas necesidades y al amparo de aquellos pequeñuelos abandonados, y fué para ellos padre y madre, señor y servidor, guardián y enfermero, preceptor y libro de enseñanza.

MCD 2022-L5

¿En qué consistió el secreto del sabio maestro? Sencillamente en llevar la educación doméstica á la educación pública, en convertir la escuela en "casa paterna" y en vivir entre sus discípulos desde el amanecer hasta el ocaso del sol.

Véase lo que escribió, dirigiéndose á su amigo Gessner: "Todo el bien que lograron los niños, así para el cuerpo como para el alma, lo recibieron de mi mano. Todo auxilio, todo consuelo en sus penas, toda noción instructiva, lo recibieron inmediatamente de mi mano. Mi mano estaba siempre en la suya; mis ojos descansaban en los suyos. Mis lágrimas corrían con las suyas, y mi sonrisa acompañaba á la suya. Estaban separados del mundo, separados del pueblo de Stanz, solos conmigo, y yo estaba con ellos. Su sopa era mi sopa; su bebida era mi bebida. Yo nada tenía, ni familia, ni amigo, ni criado; sólo les tenía á ellos. Si estaban buenos, me hallaba entre ellos; si caían enfermos, estaba á su lado. Dormía junto á ellos; yo era el último que se acostaba por las noches y el primero que se levantaba por las mañanas. Rezaba y los instruía aun en la cama, hasta que se entregaban á Morfeo."

Así, Pestalozzi, el maestro religioso por excelencia, despertó las facultades intelectuales y físicas de sus niños. Pero si algunos de ellos le dieron merecidas gracias, ¡qué ingratitud tan negra hubo de ver en los padres y

parientes, que se atrevían á insultarle, llamándole loco, ó mendigo, ó hereje, así como también cuando Colón pasaba, algún villano decía con mofa y desdén: "Está loco", no adivinando que aquel loco tenía las llaves de un mundo, y que un día el orbe, asombrado, aplaudiría "el sueño del loco". No cesó Pestalozzi de ser el bienhechor de la Humanidad hasta su postrer aliento. Dicho queda incidentalmente, al hablar de la reina Luisa, lo mucho que este divino maestro atrajo las miradas y la admiración de la citada inolvidable soberana de Prusia. Un ángel debía comprender á otro ángel. La misma Reina escribió: "Si me fuese posible, iría luego á la Suiza para dar gracias, con lágrimas en los ojos y con un apretón de manos, á aquel noble varón. Le tributaría agradecimiento en nombre de la Humanidad."

Un país que produce hombres como Pestalozzi, el apóstol de la Humanidad, es más envidiable y más rico que las Indias y el Perú con todo su oro y sus tesoros.

¡Ojalá que Alemania nunca olvide cuánto debe á sus "maestros de escuela", y pasados por siempre sean los tiempos en que se dé á los maestros sólo la esperanza de premio en la otra vida, negándoles el pan de cada día en la tierra!

Fué el gran Stein el que aprovechó para Prusia las reformas de Pestalozzi en la instrucción pública, reformas que aumentaban

MCD 2022-L5

la espontaneidad del espíritu y excitaban todos los nobles sentimientos del hombre.

¿Qué ha hecho grande á mi patria? Dígalo un extranjero, el italiano Civinini: "Si las armas prusianas realizaban materialmente el gran pensamiento de la unidad alemana, precedía á eso una actividad intelectual empezada con Leibnitz y continuada hasta nuestros días. Filósofos y poetas, historiadores y críticos, contribuían; de suerte que puede decirse que la regeneración de Alemania es por excelencia la obra del pensamiento y de la ciencia. La ciencia y la literatura, la historia y la filosofía, han dado al pueblo germánico el profundo sentimiento de su nacionalidad, y le han enseñado á contemplarse destinado á una gran misión histórica y á considerar como un deber el cumplimiento de aquella misión. Es la señal singular del movimiento alemán haber sido primero una obra del espíritu, antes de convertirse en obra de la fuerza material. La idea precedía á la hazaña, como el relámpago precede al trueno; y antes de que los alemanes se hicieran el pueblo más poderoso de Europa, eran ya el pueblo más ilustrado: la hegemonía política es una consecuencia y un efecto de la hegemonía espiritual. Quien crea que el espíritu significa algo en el mundo, no confiará en la estabilidad de las obras, que son el fruto sólo de operaciones políticas y militares, sin que éstas cuenten con una suficiente preparación espiritual y moral. Pero

donde un pueblo tiene ya una filosofía, una historiografía, una poesía, una ciencia, una música verdaderamente nacional, creada por todos y común para todos, y donde desde hace más de un siglo el desarrollo, siempre creciente, ha fundado ya la unidad en el campo de la inteligencia y del saber, allí pueden llegar Sadowa y Sedán, pues allí hallarán suelo propicio para producir buenos frutos. El Imperio alemán es, pues, no como se dice, inconsideradamente, el hijo de la fuerza, sino el fruto lentamente madurado del pensamiento, la manifestación política de la civilización espiritual, el triunfo de un constante trabajo de cultura, alcanzado por la aplicación de la fuerza al servicio de la idea."

Al influjo benéfico del sol de Alemania regenerada reverdece más el invicto laurel de Stanz: el laurel del maestro de escuela.

Jamás el pueblo alemán relegará á olvido injusto á su Pestalozzi, el gran modelo de ciencia y de virtud, el eminente sabio, cuya frente era claro espejo de candor y modestia, y su memoria la venerará el mundo, aunque su busto no se encuentre en la Walhalla.

1874

*
* *

El escritor popular Juan Falk, siguiendo las huellas de Pestalozzi, fué un bienhechor de los pobres, el fundador de una sociedad protectora de los huérfanos.

En el cielo literario de Weimar brilla Falk como estrella de segundo orden. Todos los alemanes admiran y aman su delicado canto en honor de las fiestas cristianas.

Falk fué hijo de un pobre peluquero. Nació en Danzig, en 1770, y falleció el 14 de Febrero de 1826.

El norte de su vida fueron las proféticas palabras que le dirigió el burgomaestre de su ciudad natal al enviarlo á la Universidad de Halle: "Juan, anda con Dios. Has sido nuestra alegría. Nunca olvides que fuiste un pobre muchacho, y si algún día llama á tu puerta otro niño desgraciado, figúrate que somos nosotros, los viejos burgomaestres de Danzig, que ya seremos difuntos, los que te piden una limosna, y no le rechaces."

¡Gloria á Falk, que llevó siempre grabadas en su corazón agradecido aquellas palabras de su bienhechor!

1874

MCD 2022-L5

ZSCHOKKE

Quiero dedicar un recuerdo á la sana y fructuosa actividad de un hombre de espíritu, que demostró que con la fuerza sólo triunfan los tiranos, que han sido, son y serán siempre, de cualquier estofa que sean, de arriba ó de abajo, soplos de la muerte, nunca céfiros de la vida.

Faltaría á mi deber como cronista si dejase de consignar el talento elevado y el noble celo desplegados por Juan Enrique Daniel Zschokke, uno de los más distinguidos representantes del racionalismo moderno, el ilustre historiador de la República helvética y de la Baviera, el benemérito escritor popular, el segundo Pestalozzi, para el cual el polvo de la escuela se convirtió en aureola santa; el honor y orgullo de la prensa, que, según la conocida comparación, tiene la virtud de la lanza de Aquiles, curando las heridas que infiere. Sus generosos esfuerzos, ante los cuales enmudecen hoy los odios de partido, pertenecen á Suiza; su famosa obra *Horas de devo-*

MCD 2022-L5

ción, á la Humanidad, y su busto ha de pertenecer á la Walhalla.

El mismo escribió su vida; su vida, consagrada á la honrosa misión de enseñar al pueblo lo justo y el bien, de defender leal y consecuentemente los intereses de su patria adoptiva, y á la dulce vocación de prestar apoyo, consejo y consuelo á los que desfallecían, cuando el orgullo se proponía diariamente escalar el cielo con una torre levantada en nombre de la igualdad, y cuando el mundo era sombra que quería ser sol.

Juan Enrique Daniel Zschokke vió la luz primera en Magdeburgo (Prusia), el 22 de Marzo de 1771. Muy pronto perdió á sus padres, de suerte que, desde muy niño, entró en la ruda escuela de la vida, que hizo de su juventud una odisea aventurera en la cual le vemos saltar de un oficio á otro, siendo ora actor vagabundo, ora teólogo, ora autor dramático, hasta que en 1795 fué director del conocido pensionado de Reichenau (Suiza), convirtiéndose en compañero, camarada y genio tutelar de los huérfanos, que le transmitían las penas de su propia infancia. "Vivir es obrar—dice Zschokke,—y actos benéficos, caritativos, constantes, asiduos y diarios, hacen la vida más bienaventurada." Tal fué la suya, cuando á fines del siglo anterior, como comisario del Gobierno, derramó bálsamo en las heridas de Suiza, á semejanza del buen samaritano.

MCD 2022-L5

Ya concluyeron para Zschokke las vicisitudes de su existencia; ésta se hizo arroyo cristalino, tranquilo y manso, desde que en 1802, trocando la carrera política por la literaria, entró en el castillo de Biberstein, cerca de Aarau (Suiza), como en el puerto seguro de sus más queridas esperanzas. Convirtióse en un púlpito la cátedra del escritor, que empezó en 1804 á enseñar al pueblo con su periódico popular *El Mensajero Helvético*. Hasta en los almanaques aspiró á animar el espíritu público y á extender la instrucción á las clases inferiores, para las cuales, desgraciadamente, no se encuentra con frecuencia un Benjamín Franklin, un Pestalozzi, un Claudius, un Hebel ó un Zschokke.

En 1807 formó Zschokke el plan de escribir las *Horas de devoción*, para regenerar á los pueblos mártires desvalidos ya sin alma, llevando á los hogares domésticos el sagrario de la religión de Jesús, según la entiende el racionalista. Desde 1808 se publicó en Aarau semanalmente, durante ocho años consecutivos, una entrega, sin que jamás se llegase á adivinar el nombre del verdadero autor, hasta que este mismo, en su biografía, levantó el velo del anónimo.

¡Cuántas contiendas produjeron las *Horas de devoción*, así entre protestantes como entre católicos, cual si su autor perturbase el Estado, sublevase todas las legalidades, derribase la religión verdadera y negase altares á Cris-

to! Pero nadie negará hoy que aquellas hojas han sido para muchos norte y guía y faro en las borrascas de la vida. ¡Cuántos ídolos pierden el oropel que los cubría, dejando sólo ver el barro de que están formados! Quizá también las *Horas de devoción* de Zschokke, después de cumplida su misión en la guerra de la Independencia alemana, serán un día relegadas al olvido; pero jamás llevarán consigo á las ondas de Leteo el nombre de su autor.

Este escribió desde 1813 á 1818, á impulso del célebre Juan de Müller, su excelente *Historia del pueblo bávaro,* y menospreciando la envidia, los odios y las calumnias, vivía afortunado en su Túsculo rodeado de flores, que mandó construir á orillas del Aar, cerca de Aarau, donde le visitaron innumerables admiradores, entre ellos Hortensia, ex reina de Holanda, y su hijo Luis Napoleón.

Aumentaron la fama de Zschokke sus cuentos, en los cuales dejaba vagar la loca de la casa; sobre todo, nos encanta el cuento titulado *La aldea de los alquimistas,* que disputa el premio de la belleza á *Lienardo y Gertrudis,* la notable obra de Pestalozzi, que conmovía y entusiasmaba á la reina Luisa de Prusia.

En 1822 publicó Zschokke la *Historia de Suiza,* obra preciosísima que, sin embargo, no logró aplacar los odios desenfrenados de los que perseveraban en mancillar su nombre llamándole "demagogo", siendo así que nadie

se apartó más que él de la demagogia, que toma la fiebre por la vida; pues si su ideal de siempre era el talismán de la libertad, no pretendía más que lo posible, abominaba de la fuerza y quería las reformas sólo por el método sajón, divulgándolas primero en la opinión por la propaganda, y convirtiéndolas en leyes por los poderes legítimos. "El bien para el pueblo—decía Zschokke—debe salir del pueblo mismo. Los Gobiernos merecen aplausos si favorecen lo laudable, ó si al menos no lo impiden. Pero si se mezclan en lo particular de las aspiraciones del pueblo, perturban la vida de numerosas familias y fundan, sin quererlo, perniciosas tiranías de la ley."

Como prueba del poder misterioso de los odios contra nuestro autor, diremos que atravesaron los Pirineos, penetrando en la Península ibérica, pues un coronel suizo, Voitel, que introdujo en España el método del gran maestro de escuela Pestalozzi, fué condenado á diez años de galeras por tener relaciones—según decía la sentencia—con Enrique Zschokke y otros revolucionarios suizos."

Pero debo añadir que dicho coronel, después de mes y medio, fué puesto en libertad por orden de la reina Cristina.

¡Ojalá que la noble raza que en apartados climas sembró la semilla del Evangelio Santo, regada con la sangre de sus venas; la raza de los descendientes de Padilla y de Maldo-

nado, la que llenó los anales del globo y que tiene la primacía sobre las otras naciones de Europa por sus Códigos, sus conquistas y sus descubrimientos de regiones ignotas, restaure la memoria del hijo valeroso de Magdeburgo y reciba al paladín de la verdadera libertad, al buen alemán Zschokke, así como en otro tiempo dió hogar hospitalario al gran paladín de Cristo, al inmortal Colón!

Sea perdonado á Zschokke un leve pecado de su juventud: su drama *Abelino el gran bandido,* que da testimonio del mal gusto de la época en que salió á luz, y cuyas faltas él mismo conoció en su edad provecta, aunque dicho drama alcanzó triunfos en Inglaterra, Francia y España.

El hidalgo y religioso país á quien dedico estas páginas, debe consideración y acatamiento al maduro Zschokke, que escribió: "Mi espíritu vive en el Padre del Universo. Mis queridos finados quedan conmigo inseparablemente. La muerte tiene algo de solemne y grande, como todo lo que viene de Dios." España debe aprecio y respeto al que, así en la majestuosa soledad de los Alpes, como ante la inmensidad del Océano, era todo entusiasmo, arrebato, oración, y que dijo: "¿Quién negaría el progreso intelectual y moral de la Humanidad? ¿Qué significan los seis mil años de la historia humana sino seis gotas en el Océano inmenso de los tiempos, en aquel piélago que no tiene riberas? El pro-

MCD 2022-L5

greso de los espíritus humanos hacia una perfección que ni siquiera podemos adivinar; el levantamiento desde el abismo sombrío hasta una cumbre peregrina, es la ley más universal en el reino inmenso de la creación de Dios."

Si Suiza fué ingrata para con su hijo adoptivo, la ciudad de su nacimiento, Magdeburgo, se despojó de sus lauros insignes para ceñir la frente de su hijo, y á Magdeburgo dedicó éste, agradecido, su autobiografía: el sueño de su vida, iluminado por la gloria.

El leal amigo del pueblo exhaló su postrimer suspiro el 27 de Junio de 1848.

¡Bendita sea su memoria!

1874

MCD 2022-L5

FEDERICO LUIS JAHN

Difícil es constituir un gran país, regenerar una nación, restaurar un poderoso y altivo imperio y alcanzar una patria unida.

Volvamos la vista á los que en el siglo presente hicieron la patria alemana, derramando luz y calor, inflamando los corazones de los jóvenes, uniendo los hermanos divididos en mil átomos y animando las esperanzas de los patriotas. En primera fila está el padre Jahn, el padre de la gimnástica germánica, el que en pro de Prusia, su patria, y de Alemania, su ideal, manejó briosamente durante medio siglo la lengua, la pluma, la espada, siendo, cual otro Maximiliano de Schenkendorf, el heraldo del emperador alemán, el escudero del insigne Barbarroja. Teniendo el privilegio de una juventud eterna, la figura del anciano y el ánimo del joven, el padre Jahn, aquella roca firme á quien abraza la verde hiedra, se parecía al Jano de la mitología helénica. Cuando niño buscaba el trato de los ancianos, y cuando viejo trataba á la juventud. Su estatura gigantesca, su luenga barba y su natura-

MCD 2022-L5

leza toda le daban aspecto de profeta venerable, contrastando con lo cómico que había en su movilidad, y admiración mezclada de sonrisa produce su estilo, tan original, tan singular, tan extraño. Pero trágica nos parece su venerable figura por su triste suerte de haber vivido desterrado tantos años de su patria, y por haber sepultado ya tantas esperanzas cuando todavía verdeaba su existencia. Nos recuerda al león que, olvidándose de las selvas numídicas y de sí mismo, tiene que pelear con mastines. Así, ya en vida fué un mito para el pueblo, que le profesaba, sin embargo, cariño instintivo, pues había algo de primitivo y de verdadero en la agreste naturaleza de Jahn, que subyugó á la juventud alemana como por un poder sobrenatural.

Antes de contar la vida del padre Jahn, referiré un episodio en que le vemos mantener el honor de la gloriosa España frente á una misma española.

Era el año de 1814 cuando en una fonda de Wiesbaden estaban sentados en la mesa redonda, de un lado los afrancesados, de otro, los patriotas. Entre los afrancesados había una señora que platicaba en castellano con su vecino, un joven militar alemán que había servido bajo las banderas del Emperador francés. Entonces se alzó un patriota vestido de negro, diciendo:

—Esa señora no debe ser genuina española, pues soy conocedor en la materia por

haber estado enamorado de algunas vírgenes españolas.

—¿Y de qué españolas?—preguntaron los concurrentes, llenos de curiosidad.

—En primer lugar, de D.ª Jimena, la esposa del Cid Campeador, y, sobre todo, de D.ª María Pacheco, la esposa de Juan de Padilla, y de las heroínas de Zaragoza.

Después de dicho eso se dirigió el teniente Jahn—pues él era aquel patriota—al joven militar, con estas palabras:

—Permítame usted dos preguntas: ¿Dónde ha aprendido usted el castellano y cómo viene esta española á Alemania?

—En la misma España—contestó el otro,—hallándome en la tropa auxiliar del Emperador, aprendí el castellano, y esta señora es la esposa de nuestro General.

Lanzando una mirada furiosa sobre la pareja, añadió Jahn:

—Tuve, pues, razón en decir que esta señora no es genuina española, pues si lo fuese no se hubiera rebajado hasta afiliarse á los opresores de su patria.

Todos los afrancesados, y con ellos la señora española, abandonaron la sala silenciosos; pero el General prusiano, á quien se refería lo que había ocurrido, aplaudió la patriótica conducta de Jahn.

Es interesante lo que Jahn manifestó en el Parlamento alemán el 15 de Enero de 1849, haciendo un resumen de su vida y de sus as-

MCD 2022-L5

piraciones: "Nuestro gran poeta Juan Pablo Richter, dijo: *El hombre puede nacer en todas partes;* pero yo añado: *No por eso nacerá igualmente bien en todas partes.* Yo nací en el Norte, en el Brandemburgo, en un rincón entre Mecklemburgo y Hannover; he vivido cuando niño en los países de tres soberanos, y cuando joven no tuve más idea que la unidad de Alemania. Como niño devoto he orado por la patria; como joven, me he entusiasmado por ella; como hombre, he hablado, escrito, peleado y sufrido por ella. No podría, pues, experimentar mayor satisfacción que la de hablar, como representante del pueblo alemán, en pro de la unidad y de la libertad de Germania. No puedo figurarme pueblo alguno sin la unidad, y sin ella ninguna libertad; sólo por la unidad puede ser protegida la libertad; la madre de ésta es la unidad.

"Quien quiera, pues, á la hija, la libertad, debe amar también á la madre, la unidad. Nos han enviado aquí para que fundemos el nuevo edificio de la nueva Alemania. Queremos establecer algo duradero y fuerte: eso puede hacerse sólo mediante una gran unidad, mediante una base que nos asegure la libertad. Deseo, pues, que así como hay *un* cochero en el pescante, *un* piloto en la nave, *un* maquinista en la ígnea locomotora, *un* cocinero en el hogar, *un* médico á la cabecera del enfermo, haya *un* emperador hereditario para Alemania."

MCD 2022-L5

Como su venerable amigo el padre Arndt, quiso también Jahn escribir su vida; pero murió sin haber realizado su plan, dejándonos sólo algunos trozos de lo que había de ser una autobiografía. "Esta—decía Jahn—no debe empezarse demasiado temprano ni concluirse demasiado tarde. Es como un testamento; pero si á éste se le puede añadir un codicilo, no ocurre lo propio con la vida; ésta ha de ser cumplida en el momento en que el escritor deja la pluma de la mano. Quien escribe su vida debe pensar que ha muerto ya, y que no le queda nada más que ansiar en la presente."

Federico Luis Jahn, hijo de un párroco aldeano, nació el 11 de Agosto de 1778, en el pueblecito prusiano Lanz. ¡Cosa extraña! El que tenía amor muy ardiente á Prusia y á la gran patria alemana, vió la primera luz en una de las aldeas más obscuras de su país, en una naturaleza sin atractivos. Los compañeros de su juventud fueron los guerreros del gran Federico, los húsares de Ziethen, los caballeros de Seydlitz: los soldados de Schwerin. A trepar aprendió de los monos que el Duque de Mecklemburgo tenía en su castillo de Ludwigslust. Así, desde edad muy temprana tuvo en derredor suyo los elementos de la gimnástica. Siguiendo la voluntad de su padre, estudió teología en Halle, desde 1796 á 1800.

Después de la batalla de Jena, la vida del

joven Jahn fué una odisea patriótica. Su estímulo era el odio contra Napoleón y las aficiones aventureras que habían llenado la época de su juventud. Así, quiso también formar parte de la famosa expedición del mayor Schill, ese endrino que florecía en los temporales; pero Jahn llegó demasiado tarde.

En 1809 fué maestro en un establecimiento científico, en Berlín. "¿Qué pensáis", decía á sus alumnos, pasando con ellos por la puerta de Brandemburgo; y al que nada sabía contestar solía darle una bofetada, diciendo: "Debes pensar de qué manera podríamos recobrar los cuatro caballos de bronce que se admiraban en esta puerta antes de que los robasen los franceses y se los llevaran á París."

En 1810 publicó su libro *El Estado popular de Germania,* que da testimonio de su ardiente patriotismo, pero también de infinitas ideas aventureras y fantásticas y del estilo afectado del autor. El mayor mérito de éste consiste en haber fundado en Berlín, en 1810, en los tiempos aún de la dominación extranjera, la casa de la gimnástica, esa semilla del patriotismo, ese amparo de la nacionalidad alemana, esa escuela de salud y de disciplina espartana, ese tesoro de la vida popular, ese manantial de la perfección, aquellos ejercicios verdaderamente germánicos que enseñaron á los niños á usar de sus fuerzas propias, á superar todo género de dificultades y peli-

MCD 2022-L5

gros, y que corroboraron el cuerpo y el alma de los jóvenes para que se hiciesen buenos alemanes, capaces de vencer á los opresores. Los primeros alumnos de Jahn fueron los niños; siguieron los jóvenes y los adultos en 1811, cuando se inauguró el primer campo de gimnástica en la Hasenhaide, fuera de las puertas de Berlín, donde, ante los ojos asombrados del público berlinés y de los franceses, se efectuaron aquellos ejercicios que producían actividad maravillosa, alegría sin igual y gracia aristocrática en los hijos del pueblo. Para establecer el campo de gimnástica, el celoso Jahn invirtió hasta la dote de su primera esposa, Elena, á la cual han comparado con Isabel, la digna compañera de Goetz de Berlichingen.

Enriquecida diariamente con nuevos inventos, gracias sobre todo al magdeburgués Federico Friesen, el glorioso mártir de la patria, se hizo la gimnástica un verdadero arte.

En la guerra contra Napoleón fué Jahn el primer voluntario, el más activo de los reclutadores de Lützow, perteneciendo á aquella tropa de valientes para los cuales la guerra era una cacería alegre, fiera y atrevida. En el ejército alemán cultivó Jahn el canto popular, que es el aliento de la vida y del amor.

En unión de las inspiradas poesías de Arndt y de Koerner vivirán las hojas volantes, vivirá la prosa entusiasta de Jahn, que en 1813

inflamaba á los alemanes, diciendo: "Mirad vuestros opresores los franceses. Son hombres como nosotros, no pueden volar ni vivir en la atmósfera, necesitan dormir y respirar, no tienen innatas vestiduras y armas, sudan con el calor sofocante, se entorpecen con el hielo glacial, desmayan por el hambre, se consumen por la sed, perecen sin el sueño, sufren epidemias, se ahogan en el agua, se queman en el fuego, se ahogan sin aire, pierden toda su sangre si reciben graves heridas, y, además, llevan el infierno en el corazón."

En recompensa de sus relevantes servicios como voluntario y emisario prusiano, recibió Jahn, concedida por el Gobierno prusiano, en 1814, una pensión anual de mil thalers, y así el ejército como el pueblo adivinó su valía y reconoció su capacidad: siendo en la campaña sólo teniente, fué llamado siempre capitán, y siendo sólo doctor, fué, generalmente, llamado profesor.

De regreso de París, escribió en 1815 en el álbum de la Wartburg las memorables palabras: "Para vencer á los franceses se ha convocado al mundo entero, desde el Ural y el Cáucaso hasta las columnas de Hércules. Pero Alemania necesita estar sola en la guerra para sentirse en su poder; necesita una guerra con el pueblo francés para desplegar la grandeza de su nacionalidad."

En 1816 publicó un libro sobre la gimnástica, en el que proclamaba á los muy augustos

emperadores alemanes Carlomagno y Enrique I—que nadando atravesaron el Rhin—y á Maximiliano I patronos de aquel arte santo y popular que enseña á conservar la nobleza del cuerpo y del alma.

En el año de 1817, en que las universidades de Jena y de Kiel le nombraron doctor honorario, pronunció en Berlín discursos políticos, que eran, como todos los suyos, patrióticos, pero á veces extravagantes. Inútilmente solicitó del Gobierno prusiano un empleo. Bien hubiera podido repetir aquellos oportunos versos:

"Marqués mío, no os asombre,
Río y lloro cuando veo
Tantos hombres sin empleo,
Tantos empleos *sin hombre*."

El buen Dr. Jahn, al lado del cual los reaccionarios de aquellos días hacían el papel de microscópicos y grotescos pigmeos; él, que fué un héroe lo mismo en el campo de gimnástica que en el de batalla; él, á quien la juventud alemana idolatraba como á un semidiós; él, que había vivido en el comercio asiduo de los grandes pensamientos, fué preso en una noche de Julio de 1819, porque sus enemigos decían que excitaba á la juventud contra sus padres, contra sus maestros, contra la patria. ¡Ay! Fué procesado por el Gobierno prusiano, él, á quien sólo un Napoleón hubiera podido prender si hubiese salido airoso en

Leipzig. Lamentamos con toda el alma que la mano generosa que escribió frases muy elocuentes en bien de la patria, la mano que había empuñado la espada vengadora contra el extranjero, la mano que Alemania tomó por su talismán, llevase cadenas en la fortaleza de Küstrin.

En 1820 fué el patriota cautivo internado en Kolberg; pero aunque al fin en 1825 fué absuelto por el tribunal de Francfort del Oder, un decreto real, dejándole su pensión, le prohibió fijarse en Berlín y en las otras ciudades universitarias de Prusia, donde podía ejercer influencia sobre la juventud estudiantil.

"¡Santo Dios! ¿En qué pueblo debo establecerme?"—escribió el triste Jahn. Y añadió con gracejo:—"Pediré un pasaporte para Krähwinkel" (1).

Después de aquel tiempo buscó Jahn los retirados senderos de los pueblos de Turingia, viviendo como el Emperador encantado: en el Kyffhäuser. Ya habían pasado para él los alegres días de la guerra, en que sus escritos hacían daño á Napoleón como si fueran piezas de artillería; habían pasado los días de su actividad fecunda, llevándose en sus alas las alegrías como deshojadas rosas. Le quedó sólo una vida de sueños, y su única

(1) El pueblo de Krähwinkel se hizo proverbial por ser el pueblo más obscuro de Alemania, por ser otra Abdera. Está situado en la Sajonia prusiana.

distracción eran las cartas que escribía. ¡Pobre Jahn! Escribió también reiteradas epístolas para que el Rey de Prusia se dignase concederle la Cruz de hierro, y tuvo la desgracia de oir la real respuesta: "El teniente Jahn no es digno todavía", hasta que el nuevo rey Federico Guillermo IV agració al veterano, en 1840, con la ansiada condecoración. En el mismo año fué anulado el decreto que le desterraba de Berlín y de las ciudades universitarias.

Amamos á Jahn porque, á pesar de todas las persecuciones, no cesó de tener el sentimiento prusiano y de dedicarse á la patria, que es mayor que el rincón que nos vió nacer, más alta que el lugar que habitamos, más ancha que el sitio de nuestro descanso terrenal.

¡Con qué entusiasmo tan juvenil encendió Jahn, en 18 de Octubre de 1840, en memoria de la victoria de Leipzig, el fuego de Octubre cual fuego de guardia para el porvenir obscuro, cual rayo de un día de unidad y de dicha!

Entretanto, las llamas voraces de un fuego fatal destruyeron todos los libros y manuscritos que Jahn guardaba en su casa de Friburgo del Unstrut; pero logró más de lo que había perdido, gracias á la liberalidad del pueblo alemán, á la que Jahn mismo acudió para que mejorase su situación.

Por última vez, el anciano Jahn, el pru-

MCD 2022-L5

siano por excelencia, apareció en la escena política en 1848 y 49, sentándose en el Parlamento alemán, en el banco extremo de los conservadores, desde el cual habló, con el calor peculiar de su genio, en pro de la unidad germánica, que era el dorado sueño de su vida, la gentil estrella de la mañana de su niñez, la blanca aurora de su juventud, el vívido rayo de sol de su fuerza varonil y el hermoso Héspero que le acompañó al descanso eterno.

Inmediatamente detrás del insigne Wellington, el duque de hierro, el héroe de Inglaterra, y del ínclito español Castaños, cuyo nombre no recordará España sin enorgullecerse con los lauros de Bailén, bajó Jahn á la tumba, el 15 de Octubre de 1852, para subir al templo de la inmortalidad.

El padre Jahn, con todos sus defectos, era un alma selecta, á quien Dios había dado alas para aventurarse en esas regiones inaccesibles á las almas vulgares, y ciertamente no sería un intruso en la Walhalla.

Así lo piensa el pueblo alemán, que le ha erigido un monumento en la Hasenhaide, aquel famoso campo de gimnástica en Berlín.

Por último, el mayor elogio sobre Jahn lo ha formulado en breves renglones *La Ilustración Francesa,* que—á propósito de lo provechosa que es la gimnástica en los ejércitos—dice en sus columnas: "Jahn ha batido á los franceses no menos que Blücher."

He de añadir á estas líneas un recuerdo y

MCD 2022-L5

una oración: falleció el 30 de Julio de 1874 el más entusiasta amigo de Jahn; como él, alemán en cuerpo y alma; como él, amante, cultivador y maestro de la gimnástica, á la cual dedicó sonoros cantos; falleció uno de los voluntarios de 1814, el eminente germanista y editor de Ulfilas, Hans Fernando Massmann, que vió la luz en Berlín el 15 de Agosto de 1797. Cuando su alma voló al seno del Creador, abrazaría allí con efusión á su compañero y modelo, al hermano de su corazón Federico Luis Jahn.

1874

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

¡España!, tierra heroica, justamente llamada "Jerusalén del corazón", pronuncio tu poético nombre con veneración amorosa, recordando que tú sola adivinaste la divina estela de la fe cristiana que guió al marinero genovés por ignotos y turbulentos mares. Aventurera hidalga, rasgas el velo del espacio infinito, desencadenas al Océano y descubres á América, inocente y bella como la antigua Eva, que vió lucir la aurora de la Creación, si ocupa tu trono Isabel la Católica. Tú tendiste la mano generosa al inspirado Cristóbal Colón, el descubridor geográfico del Nuevo Mundo, que, esperando sólo favor, halló alma grande y fe ardiente en Isabel I, la magnánima Reina que juró empeñar su corona para que se armase un bajel; y tú fomentaste también los planos de viaje de otro piloto del espíritu, las expediciones del descubridor científico de aquel hemisferio: Alejandro de Humboldt. Pues éste logró, gracias al Ministro de Estado D. Mariano Luis de Urquijo, en 1799, en Aranjuez, una audien-

MCD 2022-L5

cia del Rey de España, que le dispensó su favor, permitiéndole visitar é investigar todos los territorios españoles en América y en el Océano Indico. ¡Con qué brillantes colores pintó el agradecido Alejandro de Humboldt á su hermano Guillermo las bellezas de Hesperia, las tranquilas playas de Galicia, arrulladas por mansas y apacibles olas y bordeadas por rica y variada vegetación, excitando su resolución de visitar también á España, aquel hermoso país en que siempre existió esta reciprocidad de esplendores que mutuamente se prestan el talento ilustrado y el trono protector!

Ya sabe España, y especialmente Vasconia, cuántos sazonados frutos le brindó el genial Guillermo, que, dirigiéndose siempre hacia lo ideal de la vida, no brilló por ello menos en describir las galas de la Naturaleza exterior y el mundo de la realidad, así como Alejandro, el naturalista, abrazó en todos sus estudios de la ciencia natural lo que pertenecía especialmente á la esfera de su hermano, los asuntos etnográficos, lingüísticos, históricos y filosóficos. A mí me queda la tarea gratísima de exaltar la memoria de Alejandro de Humboldt, que servirá perpetuamente de modelo á la inspiración y al estudio, por haber elevado el nombre científico alemán á la altura nunca alcanzada hasta entonces. Pero ¿quién podría pintarlo según lo merece ese moderno Aristóteles, ese Sumo Pontífice de la

ciencia, ese mago de la Naturaleza, ese gigante en sabiduría, ese hijo favorito de las Musas y de las Gracias, ese conquistador del Universo, en fin, el autor de *El Cosmos*, obra colosal para la cual era preciso que dos mil años antes los fenicios y los helenos emprendiesen sus expediciones navales por no surcados caminos, que Aristóteles construyese la bóveda del cielo, que Copérnico, Keplero y Galileo luchasen contra los prejuicios del pueblo y de la Inquisición, que fuesen inventados instrumentos que penetran y miden el espacio, y que la esclarecida cohorte de filósofos rompiese las barreras del mundo?...

Desde que Colón, alentado por los monjes de la Rábida, sobre todo por el padre guardián Juan Pérez de Marchena, domó con su genio las olas del borrascoso Atlante, abatiendo el muro que al viejo continente separaba del antípoda lejano, el hombre acomete más libre y más decidido las peligrosas aventuras, las nobles empresas de los descubrimientos de ignotas regiones; y desde que Humboldt, enriquecido por la vista de tres partes del globo, contempló sereno—así en las tempestades del mar como en los bancos de hielo; así en los bosques seculares y en las llanuras inmensas de nuestro planeta, como en los espacios infinitos, en la bóveda azul de los cielos—todas las apariciones ostensibles, para reflejarlas después, iluminadas por un entendimiento más alto, oímos la misteriosa

voz de la Naturaleza; desde que Humboldt describió con castiza y poética pluma la variedad de formas, el movimiento y el caudal que ofrece el espectáculo sublime de la Creación, y descifró los arcanos de las fuerzas de la Naturaleza, se popularizó la ciencia natural, cobrando gérmenes de desarrollo y de florecimiento; vivimos al fuego de su entusiasmo por el mundo tropical, que nos fascina como todo lo lejano; ensánchase nuestra alma al participar de sus peregrinaciones y de sus peligros, y la personalidad del ilustre naturalista, revestida de mágico prestigio y del encanto de lo misterioso, cautiva nuestra imaginación y se hace cada día más legendaria y gigantesca.

Humboldt es un prodigioso manantial de cultura y de civilización que se trueca en torrente caudaloso; es el río bendito que salta por encima de las estrechas riberas de los misterios científicos, para inundar al mundo sediento del saber: él trabajó, no por una sola raza, sino por la Humanidad entera, y ha contribuído más que hombre alguno á la educación de los pueblos. Los franceses le cuentan entre sus escritores clásicos, porque pasó mucho tiempo en París y escribió la mayor parte de sus obras en lengua francesa. Aristócrata por su nacimiento, desdeñó los anchurosos y cómodos caminos de sus compañeros y el goce tranquilo de sus bienes de fortuna, para peregrinar con viril energía hacia las fuentes del

conocimiento y para buscar los arduos senderos de los descubrimientos, pregonando entre las clases de blasonado abolengo que en la historia espléndida de Alemania no sólo los oficios de la guerra y del Estado ennoblecieron en todos tiempos las hazañas del valor y del estudio, sino que el talento abrillantó los timbres de la cuna.

En todos los ramos de la ciencia dejó impresas sus huellas gloriosas cual reformador, y en todas las épocas de su vida su constante preocupación fué abrazar los más vastos horizontes, conocer el Universo en su realidad plena. El fué el fundador, no sólo de la geografía comparativa, sino también de la hidrografía; él se consagró á la Geognosia, estudiando el interior de la tierra y ocupándose de sus tesoros: los metales; echó las sólidas bases de otra ciencia nueva, la geografía de las plantas, haciendo de la árida Botánica un estudio ameno é interesante, y fundó también la Climatología comparada. El dió impulso á la pintura de paisajes, que celebró sus triunfos bajo Hildebrand, y á la institución de invernaderos y de jardines botánicos. Pero por la tierra, la corteza terrestre y las plantas del globo terráqueo, no se olvidó del hombre: estudió los idiomas, los monumentos y las antigüedades de las estirpes indias de América y de los antiguos habitantes de Méjico y del Perú. Y el celo de Humboldt no se encerró en los límites del mundo que se agita á nuestros

pies; fué más allá: nuestro Alejandro el Grande, el Fr. Luis de León de la ciencia natural, levantó la mirada al espacio infinito, "morada de grandeza, templo de claridad y hermosura"; al "cielo de innumerables luces adornado", al "reluciente coro", al "gran concierto de aquellos resplandores eternales", á los soles que dan luz, á los planetas que giran, á las estrellas errantes, á los cometas y á todos los fenómenos periódicos del mundo sideral. Aun en la senectud, llevó en la mano la antorcha de la ciencia: se dedicó á investigar las leyes matemáticas del magnetismo terrestre, logrando que por todo el globo se extendiesen los observatorios magnéticos, y hasta un indígena príncipe indio aumentó el número de éstos, honrando así á Humboldt y á la ciencia, y honrándose á sí mismo. Alejandro de Humboldt pertenecía á esa raza de hombres de corazón que, misioneros civiles y apóstoles seglares, pasan por la tierra practicando el bien con sus palabras y con sus obras. Podían aplicársele estas palabras de un antiguo poeta: "Soy hombre, y nada hay en lo humano que pueda serme extraño." Así como su corazón ardiente abrazó la Naturaleza entera, así latió también por la Humanidad y amó á los hombres como hermanos. Su caridad era silenciosa y enemiga de la ostentación, difundiendo su benéfico influjo á semejanza del rocío del alba, que, de callada y como huyendo de la luz pri-

mera, vivifica los agostados campos, desarrollando en ellos gérmenes de vida, esperanza de sazonados frutos y abundante cosecha. Teniendo el estilo florido, las hipérboles y la abundancia del corazón de los españoles, solía verlo todo lleno de mágica luz, y prodigó elogios hasta á los que aun no los merecían, pero á quienes las alabanzas en boca de un Humboldt habían de ser poderoso impulso para merecerlas. Podría decirse que tenía la costumbre de dispensar alabanzas, como los príncipes que agracian con sus condecoraciones hasta á personas que les son desconocidas. Pero ¿qué príncipe, qué monarca podría otorgar un pasaporte valedero en todo el mundo, como el que escribió Humboldt en su carta de recomendación en favor de un joven: "Ruego á todos los que en los Estados Unidos y en los demás países de América hayan dedicado un recuerdo benévolo á mi nombre y á mis trabajos relativos á América, que acojan con bondad al Dr. H., persona distinguida por sus talentos y por la nobleza de su carácter"?

La libertad era el ideal sublime á que erigió altares. Contribuyó á la abolición de la esclavitud en la América del Norte, y aun siendo anciano, acudió á la urna electoral para dar su voto á los representantes del partido liberal.

"El hombre ha de querer lo bueno y lo grande—escribió Humboldt la víspera de em-

barcar en la Coruña para su primera expedición;—lo demás depende de la suerte." Y la fortuna le llevó en sus brazos. Miradlo subir las cumbres de las cordilleras y andar por los llanos y pampas de la América del Sur y por las estepas rusas; pero como el Chimborazo sobresale entre los demás montes, así sobresale Humboldt entre todos los viajeros, pues, cual dueño, tiene las llaves de los países que recorre: miradlo con el barómetro inquirir la elevación del terreno por encima del espejo del mar; miradlo investigar las capas de piedra y su tiempo relativo, y determinar de qué modo un pueblo depende del suelo que habita, del clima, de la vegetación y del mundo de los animales; miradlo, en fin, en su *Cosmos*—el libro más fenomenal que ha visto la luz en la esfera de las ciencias naturales—demostrar la ley armónica de todas las cosas, la unidad dentro de la variedad, el polo fijo en la fuga de las apariciones.

Humboldt fué el mentor y el maestro de una brillante legión de ilustres naturalistas. Como geólogo, es el discípulo de Werner, el compañero de Leopoldo de Buch y el precursor de Bischoff, de Bernardo Cotta y de Noeggerath; como botánico, precedió á Schleiden, á Carlos Müller y á Emilio Adolfo Rossmaessler, á quien España debe recuerdos de un viaje científico; como geógrafo, es el colega de Carlos Ritter y el antecesor de Petermann; como viajero, trazó con mano maestra la vía

segura del progreso humano á Maximiliano de Newied, Spix, Martius, Eduardo Poeppig, Burmeister, Tschudi, Erman, Wagner, Buschmann, Siebold, Schweinfurth, Eduardo Vogel, Enrique Barth, hermanos Schlagintweit, Nachtigal y Gerardo Rohlfs; como meteorólogo, se anticipó á Dove; como físico, precedió á Liebig, Rose, Woehler, Mitscherlich, Plücker y Bunsen, que, en unión del profesor Kirchhoff, nos dió á conocer por medio de la química astronómica que se llama análisis espectral, las substancias de la luz del astro rey, ese globo inmenso de fuego, ese centro potente y atractivo de nuestro palpitante sistema planetario. Y, en fin, como astrónomo, fué el sucesor de Guillermo Herschel y de Leonardo Euler, socio de Maedler, Littrow, Bessel, Olvers, Gauss y Encke, y fué compañero de Oken en popularizar la ciencia natural.

Lo que ha sido Alejandro de Humboldt, dígalo una comparación. Figurémonos que una tarde de verano una turba de insectos zumbadores que acabase de salir de las olas del Rhin fuese llevada por la brisa á la Catedral gigantesca de Colonia, gloria y joyel de la tierra germana, y que en el mágico crepúsculo mezclado de arrebol, de la plata de la luna y del esplendor de los cirios, se dispersase sobre el majestuoso templo, y que cada insecto contemplase el lugar en que se había posado. Algunos en las escaleras de la por-

tada, otros sobre los pintados vidrios de las ventanas, éstos en las molduras, aquéllos sobre los grotescos animales de piedra que se ven en los ángulos de las pilastras, y que, hallando la puerta abierta, invadiesen el interior del templo y se parasen en los manteles de los altares, en las rejas de bronce de los túmulos, quemándose algunos las alas en la luz de las velas. ¿Podría aquella turba, si tuviese la facultad de comunicar sus pensamientos, dar una idea remota de la incomparable traza del sabio arquitecto autor del más majestuoso é insigne de los templos cristianos? ¿Podría reflejar siquiera un solo rasgo de aquel espíritu sublime que habla en el templo, en ese templo que encierra cuanto conmovedor, grande y poético puede concebir la mente humana, un rasgo de aquel poder que inspira respeto y asombro?

Pues infinitamente más pequeño que la turba de insectos ante la catedral de Colonia es el género humano ante la maravillosa é inconcebible fábrica del Universo. ¿Son acaso los hombres otra cosa sino átomos que dispersa un aire de muerte?

Sin embargo, el hombre, por muy pequeño que sea, tiene el privilegio de poder acercarse á la obra del Arquitecto Eterno y de investigar los planes de la sabiduría infinita. Es verdad que muchos, en el breve espacio que les es concedido vivir en la luz del día, se pierden en la contemplación de los detalles

MCD 2022-L5

del edificio: unos se fijan en una columna, otros en un relieve. Otros marchan por los pórticos grandiosos, y tratan, sin conocer el edificio, de descifrar el plan adivinándole, y muchos, desdichadamente, se queman en la llama deslumbradora del conocimiento. Pero á unos cuantos privilegiados les fué concedido estudiar al mismo tiempo los detalles de la fábrica y abarcar con la vista el edificio entero, adivinar el mundo infinito cual cuerpo vivo en que el espíritu del Eterno está creando perpetuamente.

Uno de esos seres privilegiados es nuestro héroe, del cual dijo Goethe en 1826, cuando Humboldt pasó por Weimar: "¿Qué hombre es éste? Lo conozco de hace mucho tiempo, y, sin embargo, ha vuelto á inspirarme asombro. En conocimientos y saber vivo no tiene igual; posee una universalidad que jamás he visto. Está versado en toda materia de que se trate. Se parece á una fuente con muchos caños, donde no se necesita más que llenar vasos."

Alejandro de Humboldt, que reunió en su persona las más nobles formas de costumbres de todas las naciones cultas á que había tratado, y que se hizo más español que ningún otro alemán antes de él; él, que entre las cimas muy altas del pensamiento humano era una cumbre, nació en Berlín, el 14 de Septiembre de 1769. Su padre, Alejandro Jorge, era ayudante del duque Fernando de Brunswick, y después fué camarero del Rey de Pru-

sia en la guerra de los siete años. Por un capricho de la casualidad, la madre del segundo Colón, que abrió campo vastísimo á los más admirables descubrimientos, se llamaba Colomb. Esta señora se dedicó con el mayor celo, después de la muerte de su marido, á la educación de sus dos hijos Guillermo y Alejandro. El último era bastante delicado de salud, y tenía que esforzarse muchísimo para aprender á la vez que su hermano mayor, hasta que de repente—según él mismo dice—se hizo la luz en su cabeza. Sus primeras expediciones se dirigieron á las orillas del lago de Tegel, situado cerca del castillo del mismo nombre, perteneciente á la familia de Humboldt. Al ver las plantas exóticas en el Jardín Botánico de Berlín, una palmera que elevaba su copa á gran altura y un drago colosal, suspiró vivamente por transportarse á las ardientes zonas en que aquellas hijas de un sol caliente vegetan con vigor y lozanía sin ser cultivadas. Acompañados de su maestro y amigo Kunth estudiaron los hermanos Humboldt, en 1787, en la Universidad de Francfort del Oder, y dos años después en la de Goettinga, consagrándose Alejandro al estudio de la Historia Natural. Un viaje por las orillas del Rhin dió origen á su primera obra, titulada *Observaciones mineralógicas acerca de los basaltos del Rhin.* Como todo buen alemán, sintió también Humboldt irresistible deseo de ver al venerando padre Rhin, que

en su peregrinación de los montes al mar prodiga sus dones, dando á los suizos el *Edelweiss* (1) del ánimo libre y varonil, y la rosa de los Alpes de la Alegría, poniendo en el seno de los moradores de Rheingau las aromáticas flores de la vid y del buen humor, y reservando para los habitantes del país bajo la mejor de sus ofrendas, añadiendo á las otras el oro genuino de la fidelidad.

Con el célebre viajero Jorge Forster, que le habló de las bellezas del mar del Sur y encendió más su amor á los países remotos, emprendió en la primavera de 1790 un viaje por Bélgica, Holanda, Francia é Inglaterra. Al regreso visitó la Academia de Comercio de Hamburgo, que le proporcionó ocasión propicia para aprender las lenguas modernas, y, además, el trato de Klopstock, Voss, Claudius y los dos Stolberg le hizo grata su residencia en aquella ciudad. En la Academia de Friberg fué, en 1791, discípulo del célebre geognosto Werner y amigo de Leopoldo de Buch y de Andrés del Río, á quien doce años después encontró residiendo en Méjico.

Cinco años enteros le ocupó la mineralogía, pero sus pensamientos volaban incesantemente desde su mesa de trabajo y desde la estrecha mina al anchuroso mar, á los bosques seculares, á los llanos infinitos, á América.

---

(1) Es una flor peregrina de los montes, llamada también "siempreviva de las nieves".

¡Cosa extraña! Aunque educado en un país que no tiene relación directa con las colonias de ambas Indias, éstas ejercieron sobre su alma poderosísima atracción. Por la muerte de su querida madre, acaecida en 1796, se vió dueño de un considerable patrimonio que le suministraba medios para realizar sus grandes empresas. Después de haber pasado una temporada con su hermano Guillermo en Jena, disfrutando del trato de Schiller y de Goethe, conoció en París á un joven é ilustrado francés, Aimé Bonpland, que compartía su amor á los grandiosos fenómenos de la Naturaleza y á los países tropicales. Y con éste, después de frustrados varios ensayos para agregarse á varias expediciones científicas, salió en 1799 para Madrid, pasando por Barcelona, el Monserrat y Valencia. El ánimo de los dos viajeros se regocijó al ver las palmeras, aquellos príncipes en el reino de las plantas, y las cañas hermosas de do la miel se acendra, por quien desdeña el mundo los panales; y España les pareció ya como la puerta del mundo tropical.

Dicho queda que el Rey de España cedió al influjo de la mágica elocuencia de Humboldt, y le permitió visitar con su compañero Bonpland la América española. Determinando las altitudes viajó Humboldt por Castilla la Vieja, León y Galicia. Esta, la Suiza española, en cuyos montes crecen las plantas septentrionales y en cuyos lindísimos y espacio-

MCD 2022-L5

sos valles florecen el naranjo, el limonero y las plantas todas de la zona cálida templada, ofreció á los dos viajeros parajes deliciosísimos de inmejorable temperatura, de blando y balsámico ambiente, donde vieron pasar como fugaz meteoro el mes de Mayo. El 5 de Junio de 1799 embarcaron en la Coruña en la fragata *Pizarro,* y sobre el hinchado seno del Océano llegaron á ver el colombiano mundo, el maravilloso edén americano, mientras la vieja Europa temblaba ante los ejércitos de Napoleón.

¿Quién podría seguir al águila caudal que por los espacios sube y el éter por sus alas atormenta? Humboldt vió por primera vez al Océano que millares de hombres habían visto antes que él, pero nadie como él. Con el termómetro estudió diariamente el calor del agua y de la atmósfera, é investigó la humedad del aire, las mareas atmosféricas y las varias apariciones que muestra la sensible aguja magnética. Objeto de sus estudios fueron también las plantas flotantes en el mar y las medusas que con su centelleo eléctrico iluminan las sombras de la noche. Así, para él, el Océano no era tumba inmensa que amenaza al marino, sino inagotable torrente de vida que regula el calor del globo y que al fin no separa los lejanos continentes, sino que los une.

Tenerife fué el primer país tropical que pisó nuestro viajero. Al subir en Junio de 1799 al

volcán de aquella isla, el pico de Teide, descubrió la ley que después había de servir de fundamento á su geografía de las plantas. Y allí nació también su ensayo de trazar líneas que representan la distribución del calor sobre el globo. Así, las islas Canarias fueron para Humboldt un libro sumamente instructivo.

El 16 de Julio de 1799 desembarcó con su compañero en Cumaná (América del Sur).

Diez y ocho meses pasaron en la tierra venezolana, donde el suelo no está firme é inmoble como en la Europa central, sino que vacila como el mar agitado por el viento. Fueron testigos de los terremotos, á los cuales Humboldt llamó las reacciones internas de la tierra al obrar contra el exterior de la misma. Visitaron á Caracas, emperatriz del mar de las Antillas, ciudad gentil que, bajo sauces y palmares, alza su asiento sobre florida alfombra é inclina la frente al pie del Avila, esa rama de los Andes, ese coloso en cuya cima se encienden las tempestades. Y pasando por los llanos de Calabozo alcanzaron los viajeros el ancho Apure y pisaron las regiones del Orinoco undoso. Penetraron hasta el fuerte de San Carlos, en el río Negro, y volviendo al Orinoco, llegaron á Angostura, de donde regresaron á Cumaná para ver á Cuba, la ondina del mar, la hechicera nereida. Permanecieron algunos meses en la bellísima ciudad, perla de las Antillas, la Habana, cuyas cercanías son muy bellas también, pues

MCD 2022-L5

los platanares, las palmeras, y el mar en último término, forman conjunto tan rico y tan variado, que sólo viéndolo puede apreciarse. Su espléndida vegetación, sus hermosos frutos, sus pintadas aves y su purísimo cielo, disculpan el nombre de edén con que sus hijos la califican, llevados de apasionado cariño hacia su país natal. Y, como dice un español, del mismo modo que es dulce el azúcar, principal elemento de su riqueza, es dulce y cariñoso el trato de sus hijos, dotados, en su mayor parte, de carácter hospitalario y franco en demasía y de precoz inteligencia (1). Lo que causó profunda emoción en el ánimo de Humboldt fué la tumba de Cristóbal Colón, el genio del mar, en la catedral de la Habana.

Desde Batabano, situado en la costa meridional de la isla de Cuba, embarcaron Humboldt y Bonpland, en Marzo de 1801, para ir á Cartagena de Indias, de donde, pasando por el Magdalena, salieron para Honda, y después llegaron á Bogotá. Montados en mulos y marchando siempre sobre las espaldas de las cordilleras, emplearon cuatro meses para llegar de Bogotá á la elevada Quito, que, sentada entre canas cumbres, oye bramar las

(1) Humboldt era muy aficionado á los cantos propios de Cuba; éstos tienen, como todo lo de aquel bello país, carácter especial, apasionado, y se resuelven en dulcísimas y conmovedoras cadencias, que nos recuerdan el suave murmullo de las aves y el grato ruido de las ramas movidas por el viento, y cuyas hojas alfombran nuestro camino.

MCD 2022-L5

tempestades bajo sus pies. Y pasaron otros cinco meses en investigar la cadena de los volcanes que encierran á Quito, mostrando en la cumbre blanca nieve ó lava hirviente. El 23 de Junio de 1802 subieron al Chimborazo, pasmosa maravilla del suelo americano, gigantesca mole que toca con su frente á las estrellas, teniendo de alto diez y ocho mil noventa y seis pies. Ningún mortal había subido hasta entonces á tal altura. En Quito se asoció á ellos un ilustrado hijo del país, Carlos Montufar, hijo del Marqués de Selva Alegre, que les acompañó hasta el fin de su largo viaje por el Perú y Méjico á París, y que después, en su patria, sucumbió víctima de la revolución. Sobre el paso del Ande en el páramo de Assuay, sobre Cuenca y por los bosques de Loja, bajaron al valle del Amazonas, y pasando por la ciudad de Micuipampa, alcanzaron las cordilleras del Perú y disfrutaron en el alto de Gangamarca por vez primera de la ansiada vista del mar del Sur. Después anduvieron por los arenales del bajo Perú hasta la ciudad de Lima, rodeada de jardines. A fines de Diciembre de 1802, después de observado en el Perú el tránsito de Mercurio, embarcaron en el Callao para Guayaquil, y en el mes de Abril del año siguiente entraron en la bellísima Méjico, que, emergiendo de la cercanía de cinco lagos verdes, parece una reina ornada de esmeraldas, y se hace aún más encantadora por la floricultura,

MCD 2022-L5

este arte bella de la agricultura, que presta su concurso, como la pintura y la escultura, para hermosear las viviendas.

Permanecieron algunos meses en el imperio de Motezuma y visitaron á Guanajuato y Valladolid. Humboldt determinó la altitud de los volcanes Popocatepetl é Iztaccihuatl, investigó la pirámide de Cholula y subió al pico del Orizaba, ignívomo, que ruge con iracundo trueno. En Mayo de 1804 abandonaron la costa mejicana y partieron otra vez para la Habana. Después de haber visitado también á Filadelfia y Washington, se despidió el 9 de Julio de 1804, con gran pesar suyo, del Nuevo Mundo, cuyas cordilleras—según él mismo dijo—contienen tantas bellezas, tantas maravillas, que no bastarían siglos para observarlas y descubrirlas todas.

Por fin, el 3 de Agosto de 1804 desembarcó Humboldt con sus amigos Bonpland y Montufar en el puerto de Burdeos, siendo saludado por doquier cual nuevo Colón. Apenas había ordenado en París sus numerosos manuscritos y colecciones, los trofeos de sus expediciones, cuando ya en la primavera del año siguiente emprendió, acompañado del célebre químico Gay-Lussac, un viaje científico á Italia, y observó con su amigo Leopoldo de Buch la erupción vesubiana de 1805. En Noviembre del mismo año regresó á Berlín, y ni la ocupación de la capital de Prusia por los franceses logró impedir al sabio alemán las observa-

MCD 2022-L5

ciones de declinación magnética que practicó en un jardín solitario. La desgracia de la patria en Octubre de 1806 movió al Gobierno prusiano á enviar al hermano menor del Rey, al príncipe Guillermo de Prusia, á la corte de Napoleón en la primavera de 1808, y Humboldt fué elegido por el Rey para acompañar al Príncipe en aquella importante misión política.

Dedicóse diez y seis años á compilar y detallar los resultados de su viaje americano, y los hombres más ilustrados del siglo tuvieron á gloria el ayudarle en aquella empresa gigantesca: así, Arago y Gay-Lussac, en lo referente á Química y á Meteorología; Cuvier, en lo concerniente á Zoología, y Kunth, respecto á la Botánica. Titúlase aquella obra fenomenal—veintinueve tomos en folio, que sin la subvención de ningún Gobierno se publicó desde 1808 á 1825—*Viaje á las regiones equinocciales del nuevo continente*. Y para acabar aquel libro escrito en francés, cuyos gastos de imprenta, de papel y de láminas ascendieron á la suma de doscientos veintiséis mil thalers, ó sea tres millones trescientos noventa mil reales, fijó en 1808 su residencia en París, pues el estado de Alemania le hizo imposible acometer una empresa de tal magnitud en el suelo patrio. En 1810 publicó en París también sus clásicas *Vistas de las cordilleras y de los monumentos de los indígenas pueblos americanos*. Otra obra suya, escrita

igualmente en francés, se titula: *Tratado político acerca del reino de la Nueva España.*

A los hombres ilustrados de su patria les ofreció el bellísimo libro alemán *Vistas de la Naturaleza,* que contiene un caudal de brillantes descripciones nacidas en la contemplación del Océano, de las selvas del Orinoco, de las estepas de Venezuela y de la soledad de los montes peruanos y mejicanos. Quien quiera alejarse de las ondas turbulentas de la vida, siga á Humboldt á las arduas cumbres de los Andes y á los bosques misteriosos de aquella zona de Febo amada donde el banano desfallece bajo su dulce carga y donde el ananas sazona su ambrosía, y vaya á ver con él las cuatro lumbreras bellas de la Cruz del Sur.

Pasamos en silencio los viajes que emprendió Humboldt en 1814, formando parte del séquito del Rey de Prusia, á Inglaterra, y en 1818 á Aquisgrán, donde el Rey le quiso tener á su lado durante el Congreso. También al de Verona acompañó el gran naturalista, en 1822, al rey de Prusia Federico Guillermo III, que experimentaba placer tan vivo con el trato de Humboldt, que le movió á trasladar su domicilio de París á Berlín. Y con tanto mayor gusto satisfizo el deseo del Rey, cuanto que así pudo vivir al lado de su querido hermano Guillermo, que había restaurado entretanto de manera magnífica el castillo patrio de Tegel.

La traslación de su domicilio de París á la

capital de Prusia se verificó en 1827. Mientras que la nobleza prusiana solía esquivar al pueblo, y mientras que los eruditos de profesión cerraban el tesoro de su saber ante la muchedumbre profana, Humboldt, el aristócrata, el barón, el gentilhombre de cámara, el consejero íntimo de la Corte, el socio del Rey y el hombre más erudito, no desdeñó presentarse al público cual maestro de su ciencia predilecta, y á ofrecer á los berlineses en sus interesantísimas lecciones una cosmografía física, un cuadro del Universo, que después había de servir de base á su célebre *Cosmos*.

Pero antes de introducir al pueblo alemán en el santuario de la Naturaleza mediante aquella obra trascendental que abraza todo lo creado, desde las nebulosas hasta los musgos temblorosos en las rocas de granito, emprendió en 1829, acompañado de los naturalistas Gustavo Rose y Ehrenberg, una expedición al Ural, á los montes de Altai, cubiertos de eterna nieve; á la Tartaria china, al mar Caspio. Esta expedición, que duró nueve meses, fué de suma utilidad, no sólo para la ciencia, sino para la minería rusa. Encuéntranse los resultados del viaje en una obra de Gustavo Rose titulada: *Viaje mineralógico-geognóstico al Ural, al Altai y al mar Caspio*, y en el libro de Humboldt escrito en francés, *Asia central*. A nuestro héroe se deben también los cinco tomos de la obra escrita en francés, *Examen crítico de la geografía del*

Nuevo Mundo, donde se encuentran los elementos de una historia de Colón.

Desde 1830 vivió Humboldt casi exclusivamente en Berlín, yendo sólo á París para desempeñar las misiones diplomáticas que le confirió el Rey de Prusia, pues nadie era tan apto como él para actuar de mediador entre Francia y Prusia. Aunque la morada de su espíritu eran las alturas de sus estudios solitarios, formaba parte diariamente de la compañía del rey Federico Guillermo III, y después de la muerte de éste, de la de su hijo Federico Guillermo IV, representando en las gradas del trono la dignidad del arte y de la ciencia, fomentando lo bueno, impidiendo lo estéril y escarneciendo los tiempos del obscurantismo como nubes pasajeras. El que se llamó "el hombre de los bosques, á quien creían haber domesticado en la corte", tenía su habitación en todos los castillos reales. Pero nadie era tan modesto como el gran Humboldt. "Alejandro—escribió su hermano Guillermo—es ya un poder, pero su antigua modestia es siempre la misma. Hay en él, cual particularidad de carácter, un temor interior; hay cierto miedo incontestable en sus modales."

Nunca decaía su esfuerzo, jamás la entereza de su espíritu se quebrantaba. A la juventud le dió ejemplo de un sin igual afán de estudiar, mezclándose, aun siendo anciano, entre los estudiantes para asistir á unas

lecciones de Boekh y de Carlos Ritter en la Universidad de Berlín. ¡Qué espectáculo tan extraño era ver al anciano que reunió en su persona los conocimientos de una Academia, sacando de su sencillo cartapacio unos pliegos de papel para anotar las palabras del ilustrado profesor, y cuando éste por casualidad citaba á Humboldt como autoridad, los estudiantes todos contemplaban con entusiasmo y orgullo al que estaba sentado en medio de ellos!

En 1835 le arrebató la desgracia á la mitad de su alma, á aquel amigo dado por la Naturaleza, á su hermano Guillermo, que dijo moribundo: "Pensad á menudo en mí, pero con serenidad. Fuí muy feliz, y hoy también lo soy, porque el amor es la cosa más alta. Pronto estaré al lado de mi madre y conoceré un régimen más alto del mundo." La mayor diferencia entre los dos hermanos consistió en que Guillermo expresó en sus obras los sentimientos de la Humanidad que se encuentran en todos los idiomas del mundo, según los cuales Dios rige los destinos del Universo, y la Historia no es sino la investigación de estos eternos y misteriosos decretos de Dios, mientras que á Alejandro no le pudo satisfacer aquel resultado de su hermano.

Después de la muerte de Guillermo, perdió Alejandro también á sus amigos el geólogo Leopoldo de Buch y el estatuario Rauch, y por fin á Bonpland, compañero de la mayor empre-

sa acometida por un hombre particular en pro del saber humano. Perdió á todos sus amigos, pues nosotros, pobres seres, que pasamos ligeramente sobre la tierra, nada podemos poseer á perpetuidad, porque el frágil molde en que nuestra alma se encierra se rompe para dejarla libre, y vuelve á ser arcilla miserable.

Pero ¿quién no admiraría al anciano que, contentándose con sólo cuatro horas de sueño, escribió anualmente tres mil cartas, y que en los últimos años de su vida acabó *El Cosmos*, joya de sumo valor que él mismo grabó en el pedestal que le eleva sobre todos los hombres de su época? Y ¿quién quisiera creerlo? Esa joya alemana, que excede á toda ponderación, el manuscrito de *El Cosmos*, corregido por el mismo Humboldt, que en aquel libro al mundo dió el mundo, y escrito por el profesor Buschmann, fué entregado por éste, en 1866, al extranjero, al emperador Napoleón, que lo colocó en la Biblioteca imperial de París.

El 11 de Octubre de 1858 se despidió Humboldt de su malogrado amigo el rey de Prusia Federico Guillermo IV, que, atacado por una enfermedad incurable, lloraba de enternecimiento al separarse para siempre de su querido compañero.

Ya había cumplido su misión sobre la tierra el héroe de estos renglones. Pero antes de que se ponga el sol de su vida, y antes de que las sombras le roben enteramente á nuestra vista, tracemos su retrato en cuanto es

posible con palabras: Humboldt era de estatura mediana, tenía la frente alta y ancha, su cabeza ostentaba honrosas canas, sus ojos azules brillaban con viveza juvenil, y su boca mostraba sonrisa singular, mezclada de benevolencia y de sarcasmo, como expresión de su espíritu fino y superior.

El, que penetraba con infatigable afán en los antros recónditos de la ciencia, y cuya única aspiración era emplear su fortuna en el estudio, sintió agotarse la savia de su vida, y después de una carrera tan larga como prodigiosa, vió en 6 de Mayo de 1859 al genio de la muerte, que le condujo, desde la tranquila calle de Oranienburgo, en Berlín, á la tumba de Tegel, donde sobre negra columna descuella la mágica creación de Thorwaldsen, la blanca estatua de mármol representando la Esperanza.

Murió Alejandro de Humboldt después de haber recorrido el vasto panorama de la vida, pero su espíritu vivirá en las naciones. El mismo, es preciso decirlo, no confortaba su alma vinculando sus esperanzas en la vida más allá del sepulcro: esperaba poco para dejarse sorprender tanto más. ¡Qué sorpresa, pues, y qué felicidad si, al desligarse de la existencia mortal, ha conquistado la inmortalidad y ha visto que, como dijo Cayetano Rossell, "póstuma es la vida del genio, como su gloria; la que conlleva en esta mansión terrestre, mera peregrinación, penosa cautivi-

dad, purgatorio previo en que Dios aquilata y perfecciona su celestial esencia, para hacerla más digna de providencial y ulterior destino".

Diremos, en honor de Napoleón III, que inmediatamente después de recibida la nueva de la muerte de Humboldt, mandó erigir su estatua en la galería del palacio de Versalles.

Figurará siempre en los anales de mi vida el haber sido uno de los estudiantes de Berlín que tributaron postrer homenaje al ilustre difunto. Un cortejo inmenso de estudiantes, los sacerdotes y las insignias del Aguila Negra y las demás condecoraciones, precedían al carro fúnebre, tirado por seis caballos de la Casa Real; seguían los parientes del difunto, los caballeros del Aguila Negra, los ministros, los generales y empleados de alta jerarquía, los extranjeros de distinción, una Comisión de diputados, los jefes y oficiales del Estado Mayor, la Academia de las Ciencias y la de las Artes, la Universidad, el Ayuntamiento de la capital y las carrozas del Rey y de los Príncipes de Prusia. Se puso en marcha la fúnebre comitiva con dirección al Duomo, en cuyo vestíbulo esperaba al cadáver, descubriendo la cabeza, el entonces Príncipe-Regente, hoy Emperador de Alemania; siguieron el ejemplo del Regente los millares de seres que llenaban la gran plaza del Duomo. Después, el sencillo féretro de roble, adornado

con palmas, laureles y alelíes, fué depositado en la estrada, ante los altares del templo, que estaba ocupado por concurrencia tan lucida como numerosa. La grandeza del acto consistió en la importancia y en el número de los asistentes, en las hazañas que unos y otros se contaban del que, según la feliz expresión de Arístides Rojas, fué *el Homero de los Andes;* en el sentimiento que se reflejaba en todos los semblantes, y en la convicción profunda de que Alemania había perdido el primero de sus hijos, uno de esos titanes que dan su nombre á su siglo; el patriarca y atleta de la ciencia, que marchaba, con peligro no pocas veces de la vida, al encuentro de los grandes fenómenos de la Naturaleza; el apóstol de un tiempo nuevo; el que, dejando la tierra, tiene por corona de su gloria el firmamento estrellado. Por la tarde se trasladó el cadáver á su última morada. Descansa al lado de su querido hermano Guillermo el que, "durante tres cuartos de siglo, tiene por teatro el cielo y la tierra; pueblos y reyes por auditorio; por escalas los Andes y el Himalaya, y tres generaciones por cortejo... Durante su vida ha llevado sobre sus hombros *El Cosmos;* y cuando fatigado, ya con los cabellos canos y las fuerzas debilitadas, reclama el descanso, la muerte viene á su encuentro para despojarle de tan pesada carga... Como Homero, Humboldt es único y civilizador, y como Homero, se ha creado un culto por todas partes,

y cualesquiera que sean los adelantos de la ciencia y el cambio de las observaciones, pues la Naturaleza no se deja sorprender de un solo golpe, Humboldt será inmortal, por haber tomado á la paleta de la Naturaleza sus colores para pintar el paisaje de Dios, por haber pedido al cielo su luz para crear la ciencia del *Cosmos*" (1).

Parece una necesidad, un mandato de la Naturaleza, que todas las palabras que salieron de los labios de un Humboldt se grabasen en la memoria de los hombres como las de la pitonisa del progreso. No obstante, diremos que demostraba escasa discreción la persona que publicó todas las confidencias que Humboldt depositó en el seno de un amigo suyo, el Sr. Varnhagen, cuando la soberana tumba de nuestro héroe debía estar velada por los solitarios misterios que rodean los sarcófagos. Se cometía una imprudencia al publicar aquellas confidencias, que eran como una caja de Pandora, porque las palabras habladas no son la expresión de la razón fría, sino hijas del momento, la explosión del afecto y de la pasión; y era tanto más imprudente el publicarlas, cuanto que ofendían á personas aun vivas. Pero no se olvide que la burla y la sátira de Humboldt no se dirigen sino contra los que se oponían al libre ejercicio del espíritu

(1) Así dice el distinguido escritor venezolano Arístides Rojas en el interesantísimo opúsculo titulado *Recuerdos de Humboldt*, Puerto Cabello, 1874.

MCD 2022-L5

y querían imponer al mundo sus tendencias para obscurecerlo; no se olvide que aquella franqueza que se desahogaba en burlas y sátiras en una época de despotismo, era la misma que constituyó el mayor timbre de Humboldt en los tiempos tristes en que Prusia y Alemania, anonadadas por Napoleón I, existían sólo en el corazón de pocos patriotas alemanes. No se olvide que Humboldt, habitante de un planeta cuya naturaleza conocía mejor que ninguno, pensando en los espacios de mil años en que se verifican las evoluciones reformadoras del mundo, debía contemplar con sonrisa irónica el espectáculo de un despotismo fugaz.

Quizá con las publicaciones indiscretas del mal genio de Humboldt se consiguió envolver en la edad presente en leve neblina la brillante aparición del príncipe de los naturalistas. Pero esta neblina ha de desaparecer en lo porvenir, y el astro de Alejandro de Humboldt no dejará de brillar para la Humanidad como una hermosura inmortal, así como la luna—en que, según dicen los astrónomos, todo es árido, todo está seco, todo es piedra, y que, á juicio de Echegaray, "más que un astro vivo es la escultura, la imitación en basalto, el busto en piedra de un mundo, como si un Fidias colosal, que encontró en el espacio algún enorme trozo de globo roto, hubiese esbozado en él los primeros lineamientos de un mundo, y después lo dejó ir"—no

cesa de ser para nosotros la grata lumbrera de la noche.

El progreso, marchando á la luz de la civilización, no consiente nubes, ni aun de incienso, en el misterio de los sepulcros.

Los espectadores de hoy quieren mirar á sus héroes á los rayos del claro sol, sin pedestal y sin cristales. Y también considerado así, el nombre de Alejandro de Humboldt, ese corazón de la ciencia de nuestra época, es una de las páginas más gloriosas de la historia del siglo XIX, y Alemania le pondrá al lado de las divinidades olímpicas: Schiller y Goethe, Aristóteles y Leibnitz. ¿Qué pueblo podría celebrar de diez en diez años fiestas tan memorables en honor de tres genios igualmente grandes, como la nación alemana, que en 1849 festejó el primer centenario del nacimiento de Goethe, en 1859 el de Schiller, y en 1869 el de Humboldt?

El día de Humboldt no es sólo un día clásico de los alemanes, sino un día de gloria de las naciones todas: vapores con su nombre pasean su recuerdo por los mares y por el Rhin; id á América, y en el parque central de Nueva York veréis su estatua de bronce, como la de Shakespeare, Schiller y Walter Scott, á los cuales se asociará pronto la estatua de Cervantes, del que es el eslabón de oro de la cadena mágica que hace imperecedera la unión entre ambos mundos. Seguid vuestro camino por la tierra que descubrió

Colón: allí encontraréis "los montes de Humboldt" y el río del mismo nombre que corre entre la montaña de rocas y la Sierra Nevada; y también en la tierra del oro, la California, suena su nombre á vuestros oídos como capital de un ameno paisaje situado en la "bahía de Humboldt", uno de los mejores puertos de la costa de California. De él os hablarán con férvido entusiasmo los nietos de aquellos hijos de Caracas que, si bien impotentes para ilustrar los estudios del sabio, abundaban en esa galantería que cautiva sin ilustrar y que, flexible como las lianas en torno á los grandes árboles, imprime cierta gracia á las más solemnes situaciones de la vida. Ellos os dirán que "estaba reservado á Humboldt ser el primer hombre que imprimiera sus huellas sobre las rocas primitivas del gigante de la costa venezolana y clavara sobre su cima el estandarte de la ciencia. Imponente y solitario desde los primitivos días de la historia del globo, aguardaba al hijo de Germania, quien debía con su martillo de geólogo herir la cabeza del coloso. Humboldt sobre la silla del Avila, dominando con su mirada todos los horizontes é interrogando el cielo y la tierra, se asemeja á aquellos sacerdotes druidas que, teniendo por culto la Naturaleza é interpretando la obra de los dioses, conocían las veredas secretas y los lugares en que, bajo la sombra del árbol sagrado, debían revelar sus

misterios, en medio de la soledad de la Naturaleza, á la multitud atónita que los oía" (1).

En el Norte del círculo polar eternizó el atrevido viajero Kane, que figurará por siempre en los anales de las expediciones árticas, en 1854, el nombre de Humboldt dándoselo á un banco de hielo. Hasta la Australia tiene su "montaña de Humboldt"; la isla de Ceilán se precia de contar con un añoso y copudo árbol que lleva el nombre del gran naturalista, y una zona entera de vegetación en el territorio de los Andes se llama "territorio de Humboldt".

La obra capital de Humboldt, *El Cosmos*, es un prodigioso árbol del conocimiento, cuyos ramos forman la Astronomía, la Física, la Química, la Geognosia, la Geología, la Botánica y las otras ciencias naturales, mientras hermosos cuadros plásticos del cielo y de la tierra unen los ramos cual ricas guirnaldas, cuyos frutos de oro, sazonados por sentimiento profundo de la hermosura y de la verdad, convidan al goce. Rückert, el monstruo de la difícil facilidad, llamó en 1846 á *El Cosmos* "un monumento de gloria para Alemania y su representación ante Europa". Salió á luz desde 1845 á 1862, y fué traducido al castellano por Giner y Fuentes. Humboldt era uno de esos seres para los cuales la vejez no existe, y que se acrecientan con el acrecenta-

(1) Arístides Rojas.

miento de los años. Así es que sus últimas obras son las más bellas.

El Cosmos fué uno de los primeros libros que estudié á impulso y ante los ojos de mi abuelo materno. Y tan unidos están en mi memoria el autor de *El Cosmos* y el digno padre de mi madre amantísima, Carlos Hürxthal, que el lector me permitirá tributar el último homenaje al venerable anciano á quien respetaban los años para que pasase sus vigilias desentrañando los misteriosos arcanos de la ciencia y continuase meditando acerca de lo que nos espera más allá del sepulcro. Ora le tenía ocupado Humboldt, á quien admiraba, ora Justino Kerner, á quien profesaba cariño singular, hasta que la muerte veló el fulgor de sus pupilas y su espíritu grave y pensador se remontó á la mansión del bien que tanto adoraba. Las ciencias eran el norte de su senectud, hermoseada por los recuerdos de España, que había recorrido cual negociante, y por la floricultura, que ofrece, como las Bellas Artes, al hombre culto combinación de líneas y armonía de colores que deleitan la vista á la par que sus productos embriagan con suaves emanaciones, que son el alma perfumada de las flores.

Amaba las azucenas y las magnolias, los claveles que hacen guardia á la dalia multicolor, y el nardo elegante, la flor mística que tiene la gloria de llamarse "vara de San José". Pero sobre todo le encantaban las ro-

sas, esas maravillas cumplidas de la Naturaleza, símbolos de todo lo dulce y delicado, de toda belleza y de todo amor; las rosas que, pródigas en el dar, como glotonas en el gozar, acogen con los brazos abiertos el beso del sol y el rocío de la noche, para exhalar sus aromas y lucir el fuego de sus colores; las rosas, que representan todos los matices, desde el blanco hasta el rojo más obscuro, siendo, según un poeta, el primitivo color de la rosa blanco, pero habiéndose herido Venus con una espina de rosal, la sangre, al caer, le comunicó su triste encarnado; las rosas, en cuyo cáliz, como en la cintura de Venus, se encuentran reunidos todos los encantos del amor, reinando en él confusión gentil, irregularidad incalculable, pues no existe rosa alguna que se parezca á su hermana, lo mismo que entre los millares de hombres que habitan el globo, ninguno se parece al otro enteramente. Las amigas más entrañables de mi abuelo fueron las que son las flores de todos los siglos y de todos los países; las rosas á las cuales las ciudades de Alejandría y de Jericó deben su celebridad, y que fueron purificadas por las auras del monte Olivete; las rosas cuyo aroma subió al cielo con las primeras oraciones cristianas; las rosas que han sido cantadas por Anacreonte, Mirza-Schaffy (1)

(1) Bajo el nombre de Mirza-Schaffy se esconde el contemporáneo poeta alemán Bodenstedt.

MCD 2022-L5

y Enrique Heine, y á las cuales confía sus arpados trinos el canoro ruiseñor; las rosas que adornaban las cabezas de los trovadores, de los *Minnesaenger* alemanes al entonar sus cantos; las rosas, en fin, que nos saludan esculpidas en los confesonarios y cinceladas en la piedra de las ventanas en las portadas de las catedrales. Bella ha de ser la rosa, si Santa Rosa recibió de su madre este nombre en vez del suyo, que era Isabel, por el suave color de su rostro. Tanto amaba mi abuelo á las rosas, que llamó Rosalía á su hija mayor, mi madre adorada, el solo afecto en que se refundían todos mis afectos; de modo que, adormecido bajo el cuidado constante de mi madre como bajo el ala de un ángel, mi pensamiento no salía del círculo encantador que su amor me había trazado.

¡Con qué complacencia tan grata he visto á las flores preciosas brindando con aromas y colores, que son como una celestial sonrisa de la Naturaleza, agradecer los cuidados de su dueño inteligente, que unió al sentimiento puramente estético algo de la ternura, de la precisión, del exquisito tacto con que procuramos atender las necesidades de un ser querido! ¡Ah! Pocos meses después de Humboldt murió también el apasionado admirador de éste, el amante de las estrellas y de las flores, el que se dedicó al culto de lo bello. La pobre flor mustia que sólo recuerda con su perfume el extinguido esplendor, puede ser reempla-

zada fácilmente; pero siempre me hará falta el que me introdujo en *El Cosmos,* el que sentía la dulce atracción de las flores, confirmando con su vida mi convicción de que el amor á éstas supone bondad de corazón.

Está casi oculta debajo de las guirnaldas y perfumadas flores la veneranda tumba en que duerme, lejos de mí, el eterno sueño, sueño que no pueden interrumpir las lágrimas y preces de su nieto. Pero en aquella casa impregnada de su recuerdo, y que hoy me parece un santuario de cuyo altar se ha quitado la imagen que lo adornaba; en aquel jardín en que las flores sueñan misterios de virginal placer, sintiendo el cariñoso vuelo de las auras y contemplando el cielo, veo dibujarse aún su sonrisa, veo fijos en mí sus dulces ojos para animarme á escribir la vida del que iluminó y suavizó sus últimos años: Alejandro de Humboldt.

1876

LEOPOLDO DE BUCH
CARLOS RITTER

El compañero de estudios del inmortal Humboldt, el gran geólogo Leopoldo de Buch, reclamaría una pluma más autorizada y más ejercitada que la mía. Contrajo grandes méritos en el conocimiento de las transformaciones de la superficie de la tierra, en la climatología, en la geografía de las plantas y en el estudio de las petrificaciones. Tiene derecho á la gratitud particular de los españoles, por haber publicado, en 1825, una *Descripción física de las islas Canarias*, que por su importancia se puede calificar, sin ningún género de exageración, como verdadero acontecimiento científico. Aquella obra es uno de los más brillantes ensayos para descubrir leyes generales en la geología. Dió además á la estampa *Observaciones geognósticas en viajes por Alemania é Italia*, un *Viaje por Noruega y Laplandia* y un *Mapa geognóstico de Alemania y los Estados fronterizos*.

MCD 2022-L5

Nació en el pueblo de Stolpe (Uckermark), el 26 de Abril de 1774, y murió en Berlín, el 4 de Marzo de 1853.

Era una personalidad originalísima: hasta en su senectud peregrinaba por el mundo siempre sin bagaje alguno; y cuando el invierno le sorprendía en uno de aquellos viajes, compraba un carruaje, en el que regresaba á su patria, evitando los ferrocarriles para no encontrarse con ningún fumador; de modo que de resultas de tantas expediciones concluyó poseyendo una riquísima colección de carruajes viejos. El amor no entonó en su corazón un himno de alegría, siendo célibe como Alejandro de Humboldt.

Sólo con personas de tan reconocido prestigio como Humboldt y Buch podría compararse otro héroe de la ciencia, de quien me cumple hablar: el padre de la geografía moderna, Carlos Ritter, que todo lo grande que alcanzó se lo debió á sí mismo, y á quien las naciones más civilizadas del globo deben cumplidísimas alabanzas.

Su patria es la misma que la de Klopstock, la ciudad de Quedlinburgo, en que se muestra aún el sitio donde Enrique I, el que fundó á Quedlinburgo después de su victoria sobre los hunos, recibió la corona real de Alemania en el momento en que cogía pájaros. Los campos de Quedlinburgo, situados en las cercanías de los montes del Hartz, forman las más bellas y sorprendentes perspectivas, pues en

aquellos vastos terrenos se cultiva toda especie de flores, que cubren y esmaltan como pintada alfombra á aquellos tartesios campos, por no decir elíseos, y ya desde el ferrocarril que nos conduce á la población respiramos un océano de aromas.

En aquella ciudad, que huele á tomillo desde una legua, nació Carlos Ritter, el 7 de Agosto de 1779, y la patria, agradecida, colocó su busto, como el del autor de *La Mesiada*, en el Brühl, delicioso bosque próximo á Quedlinburgo. El padre de Ritter era médico de la abadesa del ilustre convento de Quedlinburgo, la princesa Ana Amelia de Prusia, hermana del gran Federico; pero apenas el niño había alcanzado el cuarto año de edad, cuando se vió privado de su buen padre. La Providencia compensó un tanto tan sensible pérdida dándole un inteligente y generoso preceptor en la persona del pedagogo y fundador de la gimnástica alemana Juan Cristóbal Gutsmuths. Este había entrado cuando joven en casa de Ritter, para consagrarse á la educación de los cinco hijos del médico, y prometió al moribundo no abandonar á la pobre viuda y á su hijo menor, el pequeño Carlos. En efecto: Gutsmuths fué la Providencia, el segundo padre de Carlos.

Para sustentar la vida de aquella familia que en él vió su único amparo, empezó á dar á la estampa obras pedagógicas, que llamaron tanto la atención del eminente pedagogo Salz-

BIBLIOTECA PÚBLICA

MCD 2022-L5

mann, que le invitó á ser su colaborador en el colegio de Schnepfenthal. "Iré con mucho gusto, pero no sin mi querido Carlos Ritter" — contestó Gutsmuths. — "Venga usted, pues, con Carlos—decía Salzmann;—él ha de ser la primera *becada* en mi *valle*." Para explicar esta frase diré que Schnepfenthal significa valle de becadas, y que aquel establecimiento científico había sido hasta entonces un colegio sin escolar alguno, aunque el edificio existía ya hacía un año. Pero desde el día en que Salzmann recibió gratis á Carlos Ritter, le sonrió la fortuna: acudieron en el primer año más de cincuenta escolares á aquella casa en que Salzmann mereció, por su noble y simpático carácter, el dulce nombre de padre, y su esposa el de madre de los escolares. Procurar que los discípulos se sintiesen lo más libres y felices posible y alcanzasen en su pensar, en su querer y en sus actos una existencia en sí provechosa y útil para la vida, tal era el camino que se propuso el que, al par de preceptor, era el mejor de los ejemplos. "En la juventud—decía Salzmann—prevalece lo noble, puesto que los jóvenes experimentan gran satisfacción en ver el ejemplo de buenas acciones; es preciso, pues, que el ejemplo lo ofrezca el mismo preceptor."

Bajo el cuidado de Salzmann y de Gutsmuths se desarrolló Carlos, que ya no tenía otra aspiración más que hacerse un segundo Salzmann ó Pestalozzi. El buen Gutsmuths le

suministró también los medios para cursar los estudios en la Universidad, dirigiéndose al banquero francfortés Hollweg, que costeó los gastos con la condición de que Carlos se consagrase después á la educación de sus dos hijos. Así, el alumno de Schnepfenthal fué el primero que de aquel colegio pasó á la Universidad. La vida en la de Halle—donde estudió, sobre todo, las *Observaciones de un viaje alrededor del mundo*, publicadas por Jorge Forster, hijo del célebre Juan Reinaldo Forster—fué para él una verdadera gimnasia del alma. En casa de Hollweg, el joven conoció á Alejandro de Humboldt; su trato con el gran naturalista empezó con una veneración ilimitada, para hacerse pronto un modelo que le sirvió de imitación, y concluyó siendo un comercio íntimo y una mutua consideración de los dos grandes hombres. Ya entonces nacieron en Ritter las primeras ideas de una geografía científica, pues vió que no existía aún una ciencia de la geografía que determinase las mutuas relaciones entre lo sólido y lo líquido, entre lo animado y lo inanimado, y sintió en sí mismo la fuerza para crear aquella ciencia.

La dependencia de los ríos de la altitud de los montes, las causas y leyes de los movimientos del mar y del aire y de la distribución del calor y de la lluvia, le dieron ideas nuevas acerca del clima, del comercio y de mil otras cosas. Después de haber conocido á

Leopoldo de Buch en un viaje por Suiza, emprendido en 1809, con sus discípulos, empezó á escribir su *Geografía física*, corrigiendo los primeros ensayos en Goettinga, adonde había acompañado al joven Hollweg, que allí cursó leyes. En 1817 y 1818 salió á luz aquella obra fenomenal, que hizo de Ritter uno de los hombres más ilustres del siglo. Intitúlase *La geografía en su relación con la naturaleza y la historia del hombre.*

Gracias á las doctrinas de Ritter, los libros de nuestro saber geográfico tomaron carácter enteramente distinto del que habían tenido antes, y la elocuencia con que exponía su nueva ciencia animó á Enrique Barth á explorar el Africa para proporcionar nuevas bases á la geografía.

En 1819 fué Ritter nombrado profesor en Francfort, y poco después director de la Escuela de guerra de Berlín. Entonces comenzó á dar á su libro acerca de la geografía proporciones gigantescas, y ya en el año de 1822, en que fué nombrado profesor de geografía en la Universidad de Berlín y fué recibido en el seno de la Academia de Ciencias, salió el primer tomo de su obra nueva, en que, sin descanso y sin cansancio, trabajó hasta su muerte. Vieron la luz unos veinte tomos relativos á Africa y Asia. La virilidad de sus escritos, la claridad de sus conceptos y la multiplicidad de sus variados conocimientos, son prueba más que suficiente del vigor y de la fres-

MCD 2022-L5

cura de la inteligencia del catedrático eminente.

En 1828 fundó en Berlín la Sociedad Geográfica, que tiene la gloria de ser estimada por la de Londres cual hermana gemela.

El hombre que gozaba de una reputación europea, no se olvidó de la cuna de su espíritu, sino que en 1834 remitió al colegio de Schnepfenthal, que honra á Alemania bajo todos conceptos, con motivo del quincuagésimo aniversario de su fundación, el escrito *Sobre el elemento histórico en la ciencia geográfica.*

El que ha sido útil y grande, el geógrafo preclaro, el buen cristiano, el que estudió las regiones más apartadas del mundo, voló en 28 de Septiembre de 1859 á la celeste misteriosa estancia de Dios, legando á sus numerosos discípulos, para recuerdo de su ausencia eterna, tristeza y llanto. ¡Vive en todas las memorias, como en las de tus compatricios los hijos de Quedlinburgo, sombra venerable!

1876

LOS ASTRÓNOMOS HERSCHEL
JOSÉ DE FRAUNHOFER

¡Gloria á la Astronomía, que, vencedora, se eleva hacia la bóveda inmortal, el palacio azul, el dosel del mundo y pedestal del Señor; la que, cual águila caudal, tiene por corona el cielo, y, escala de Jacob, eleva tras de sí la inteligencia á incógnitas regiones!

Hija de los célicos espacios, tuvo que sufrir durante siglos enteros la humillación de pasar por idéntica de su hermana bastarda la Astrología (1). Encuéntranse sus más antiguas huellas en China, donde afirman que Fohi investigaba las estrellas por los años

(1) Dice bien Patricio de la Escosura: "En verdad, como á los químicos los alquimistas, y como á los físicos los charlatanes magnetizadores, á los verdaderos astrónomos han precedido los astrólogos; sin duda es ley providencial que no lleguemos nunca al conocimiento de la verdad clara y sencilla una vez hallada, sino á través de una larga serie de errores, funestos unos, ridículos otros, y, *à posteriori*, incomprensibles todos... Leyendo los antiguos índices ex-

MCD 2022-L5

de 2900 antes de la Era cristiana. Los caldeos dijeron á Alejandro *el Grande*, que desde hacía mil novecientos años practicaron observaciones astronómicas. Pero los griegos parecen haber sido los primeros cultivadores de la astronomía como ciencia. El heleno Hiparco, que floreció en el siglo II antes de Cristo, fué el mayor astrónomo de la antigüedad, y á Ptolomeo, que vivió casi tres siglos después, le debemos todo lo que sabemos de las observaciones de los antiguos. La clara luz de la astronomía árabe brilló en la corte de Bagdad en los siglos IX y X, mientras que en Europa la astronomía vióse oprimida durante largos siglos por el fanatismo eclesiástico. Como prueba citaré á Hipatia y á Galileo. En vano el ilustrado Rogerio Bacón trató de lograr bajo el sayal de fraile la seguridad para sus trabajos astronómicos. ¿Quién ignora que Alfonso *el Sabio* corrigió las tablas ptolemaicas? En el siglo XVI nació el gran Copérnico, el fundador de la astronomía teórica, mientras Tycho Brahe, cuyas observaciones fueron de suma importancia para la investigación de las leyes de Keplero, ha de

---

purgatorios del Santo Oficio, nada nos ha llamado tanto la atención como la multitud de libros de matemáticas, física y astronomía inscritos en aquel negro catálogo de obras, á juicio de los inquisidores, vitandas. Que la filosofía, que la política, que la historia misma excitaran la bilis de los reverendos colegas de Torquemada, ya se explica; pero llevar el horror á la verdad hasta el extremo de proscribirla en las demostraciones de Euclides, confesamos que, aun en los inquisidores, nos parece excesivo fanatismo."

considerarse cual regenerador de la astronomía práctica.

Viene Isaac Newton:

"¡Se ciñe la diadema
Y toma por palacio
La bóveda infinita del espacio!
¡Interroga á los orbes; los cometas
Siguen ante su voz un rumbo cierto,
Y estrellas, mundos, soles y planetas
Se enlazan en espléndido concierto!" (1).

Ningún mortal alcanzó lo que el gran brito Newton, y nadie logró aventajarle, pues no es posible descubrir más que un sistema del mundo.

Paso por alto á los numerosos astrónomos que le siguieron—y que deben llamarse discípulos de Newton,—para hablar de Federico Guillermo Herschel, que mereció la honra de ser recibido en la Walhalla del rey Luis I de Baviera.

La ciudad de Hannover puede con justo título enorgullecerse de ser la patria de este gran astrónomo. Nació el 15 de Noviembre de 1738. Su padre, que era músico, le destinó á igual arte, y le hizo entrar, á la edad de catorce años, en un regimiento cual *oboísta*, si se me permite la palabra. En 1757 salió para Inglaterra desempeñando el empleo de músico mayor; pero su vocación lo alejó de la música terrenal y lo llevó á la música de

(1) Heraclio M. de la Guardia.

las esferas, al concierto de las estrellas rutilantes, al campo inmenso de la astronomía. Su afición á aquella ciencia sublime la debió á la lectura de las obras de Ferguson.

Careciendo de medios para comprar un telescopio, se propuso fabricar él mismo aquel instrumento, y logró hacer su primer telescopio en 1774. Pronto siguieron otros, mucho mayores que los que se usaban hasta entonces. Con aquellos telescopios efectuó infinitos descubrimientos astronómicos. Así, el 13 de Marzo de 1781 descubrió un nuevo planeta, el Urano, que en Inglaterra fué bautizado con el nombre de su descubridor, y á quien él mismo denominó *Georgium sidus*, en honor del rey Jorge III de Inglaterra. Agradecido, le llamó éste á su lado, y Herschel fijó su residencia en Slough, cerca de Windsor. En 1785 construyó su famoso telescopio gigante, de cuarenta pies, teniendo un diámetro de cuatro pies y medio. Falleció en Slough, el 25 de Agosto de 1822; pero su noble ejemplo se extendió y se propagaba en los Herschel; la ciencia del cielo continuó viviendo en aquéllos, que son una familia distinguidísima de astrónomos, en la que hasta las damas se han sentido animadas por el célebre numen que hace peregrinar el alma desde la tierra al cielo. ¡Una dama alemana dedicándose á una ciencia tan alta como la astronomía! Eso me trae á la memoria las damas españolas, entre las cuales no faltaron algunas que, con varo-

MCD 2022-L5

niles inspiraciones, ocuparon cátedras en las universidades de Salamanca y de Alcalá.

Secundó á Federico Guillermo Herschel, cual infatigable compañera, su hermana Carolina, fijando su vista "en ese cielo azul que todos vemos", y que, sin embargo, "no es cielo, ni es azul".

Nació en Hannover, el 16 de Marzo de 1750; siguió á su hermano á Inglaterra, y después de fallecido éste regresó á su ciudad nativa, donde murió el 9 de Enero de 1848, á la edad de noventa y ocho años.

La astronomía la cultivó con pasión también el único hijo de Herschel, sir John Frederick William Herschel, que vió la primer luz en Slough (Inglaterra), el 7 de Marzo de 1792. Emprendió á sus expensas, sin aceptar subvención del Gobierno, una expedición científica al Cabo de Buena Esperanza, aprovechando su estancia desde Febrero de 1834 hasta Mayo de 1838 para investigar todo el hemisferio meridional del cielo estrellado. Allí concibió la idea, ejecutada después universalmente, de practicar observaciones meteorológicas al mismo tiempo en varios sitios. De regreso de aquella expedición, que llamó la atención del mundo culto, fué agraciado por la Reina de Inglaterra con el título de Baronet.

Conviene dedicar unas líneas también al óptico eminente José de Fraunhofer. Este, hijo de un vidriero, nació el 6 de Marzo

MCD 2022-L5

de 1787, en Straubing (Baviera). Después de haber perdido á sus padres en temprana edad, llegó á Munich, entrando de aprendiz en casa de un inteligente vidriero y pulidor. Hundióse esta casa, y de las ruinas sacaron vivo á nuestro joven, que por su salvación feliz llamó la atención del rey Maximiliano José de Baviera, y recibió de éste diez y ocho ducados. Aquella suma fué la base de su fortuna, pues con ella compró una máquina para pulir vasos, y después se ocupó en pulir vasos ópticos, estudiando al mismo tiempo con afán obras ópticas y matemáticas. En 1806 fué director del Instituto Matemático de Munich, fundado en 1804 por José de Utzschneider, Jorge de Reichembach y José Liebherr, y en 1809 fundó con los dos primeros, en Benedictheuren, el renombrado Instituto Optico que en 1823 fué trasladado á Munich. Allí, Fraunhofer fué recibido en el seno de la Academia de Ciencias, pero en 7 de Junio de 1826 la parca le arrancó á las ciencias. Le queda la gloria de haber perfeccionado los tubos ópticos.

1876

MCD 2022-L5

JUSTO DE LIEBIG

Uno de los primeros conductores del tren eterno, un soberano mortal, un genio que, saltando por encima de las estrechas barreras de su tiempo, pertenece á la posteridad como Galileo, Keplero, Newton y Lavoisier; un maestro de la química orgánica, aquella ciencia en que la moderna industria celebró sus mayores triunfos, un sacerdote de la ciencia experimental, un atrevido descubridor en la esfera del saber y de la vida, un hombre que tenía profundo conocimiento de las fuerzas de la Naturaleza y que unía la incansable constancia de la investigación especial á la seguridad de la combinación, fué Justo Liebig, inspirado astrónomo de los átomos, incesante investigador de la materia, brillante modelo de la fuerza creadora del espíritu y de la nobleza del corazón.

Si la libertad, la civilización y el bienestar de los hombres tienen por verdadero fundamento la cultura espiritual, Liebig fué uno de

los mayores bienhechores de la Humanidad. Pero por grande que sea el mérito que ha contraído por sus trabajos meramente científicos, jamás hubiera alcanzado esa reputación europea si no hubiese empleado en la utilidad de sus prójimos las verdades abstractas que había descubierto, y si no hubiese proporcionado el mayor lucro al mundo, dándole á conocer las leyes químicas en las cuales descansa la alimentación de las plantas y de los animales. El acechó los gérmenes escondidos en el seno de la tierra, y nos hizo comprender la lengua misteriosa que Ceres habla á Proserpina. Y desde que él nos reveló la verdadera filosofía del oficio más antiguo, la agricultura; desde que él nos enseñó los medios, no sólo de conservar la fertilidad del suelo, sino de aumentarla, la triste profecía de los malthusianos, que amenazaban con que en un plazo no muy lejano acabaría la existencia de la Humanidad, porque se agotaría la fuente de la nutrición en vista del flujo creciente de la población, ha perdido del todo sus horrores; y el agrónomo, antes esclavo de su suelo, es ahora su dueño, por saber que está en su poder el aumentar la feracidad de sus campos. A los estudios de Liebig relativos á la química aplicada á la agricultura se debe una industria sin igual: la fabricación de las substancias que sirven para beneficiar y abonar las tierras; él reunió en aquel extracto de carne que lleva su nombre los elementos nece-

MCD 2022-L5

sarios para sostener la vida del rey de la Creación; él nos dió la leche condensada, y, por fin, ofreció á la tierna infancia la llamada sopa de niños, y á los dolientes el cloroformo. Ninguna distinción—y poseía casi todas las condecoraciones del mundo—le encantaba tanto como el agradecimiento de una madre que le debió la vida de su hijo gracias á la sopa mencionada.

A él se deben también los laboratorios, el método de instrucción y, en gran parte, los maestros de química. El laboratorio que Liebig fundó en 1824 en la pequeña Universidad de Giessen, se convirtió en el modelo de los suntuosos templos que actualmente se abren por doquier á las ciencias experimentales, y por espacio de muchos años se hicieron en la modesta ciudad situada en las orillas del Lahn—y hasta entonces perdida en el mapa de Europa—más descubrimientos en la química orgánica que en el resto del globo.

La química orgánica es rama muy moderna de aquella ciencia; pero aunque su desarrollo comienza en el siglo actual, ya ha aventajado á su hermana mayor: la química inorgánica ó mineral. Con Liebig despuntó un día nuevo para la química orgánica; un día esplendoroso, cuyo sol aun brilla, aun cuando el que conducía su carro refulgente por cima del horizonte haya cesado de morar entre los vivos.

Así como el pintor piensa con colores, el

escultor con formas y el músico con sonidos, así el químico piensa con nociones químicas. Liebig tenía una cualidad prodigiosa de pensar con aquellas nociones químicas, de combinarlas y de obtener de ellas conclusiones, y estaba dotado de fantasía sumamente viva, pero dominada siempre por su mente clarísima. Unióse á esto un afán sin igual de trabajar hasta concluir su problema, pues ése pesaba sobre todo su ser como una pesadilla, y parecía como restablecido de una grave enfermedad después que alcanzaba el ansiado resultado. Así, enamorado de la ciencia en que, como en rico panorama, están todas las facultades, todas las propiedades del espíritu, todas las cualidades y modos del ser y las variedades de la existencia, nació para ser un gran naturalista, un experimentador fecundo, un maestro eminente de la química, que no sólo es una ciencia, sino un arte.

Los riquísimos resultados de sus investigaciones los presentó en obras geniales, tituladas: *Química orgánica en su aplicación á la agricultura y fisiología, Química animal* y *Cartas químicas*. ¡Cuánto podrían aprender de él, así los agrónomos como los médicos! A los últimos decía el gran físico: "Vuestra misión principal no es curar las enfermedades, sino precaverlas." Y para eso es preciso conocer los fundamentos químicos de la alimentación.

Justo Liebig, que se hizo el padre, el cria-

dor de millones de seres, diciéndonos cómo la planta busca su nutrición, vió la luz en Darmstadt, el 13 de Mayo de 1803. Cuando sus camaradas de colegio se ocupaban en la lectura de Fedro ó de Julio César, el joven Liebig pensaba sólo en los pucheros y alambiques de su padre, que era droguero, y en los experimentos químicos que solía practicar en la casa paterna. "¿Qué quieres ser?"—preguntó un día el profesor al joven de catorce años, á quien los maestros no llamaban sino "el tonto Justo". "Químico"—contestó éste sin vacilar un momento. Todos los discípulos prorrumpieron en una carcajada, y el maestro movió la cabeza, pues nadie de ellos sabía lo que es un químico, y cursar estudios químicos les parecía absurdo. Pero el joven sabía perfectamente lo que es un químico. Entonces, el único medio de aprender química era entrar en una oficina de farmacia. Liebig fué colocado en la de Heppenheim (cerca del bosque de Odin); pero no creyéndose nacido para el arte de fabricar píldoras, se interesaba más por los experimentos clandestinos que hacía en la buhardilla, y un día, cuando la señora boticaria quiso forzarle á desempeñar faenas domésticas, se escapó.

Estudiar química en las universidades alemanas era entonces cosa de poca utilidad, pues no existían laboratorios. Por eso Bonn y Erlanga ofrecieron poco al joven estudiante respecto á aquel estudio que había de ser el

encanto de su vida. En cambio, en Erlanga conoció al poeta Platen, que le animó al estudio de las lenguas modernas y de los grandes poetas, para que no se abstrajera por completo en sus ocupaciones científicas y se dedicase también á las obras del ingenio, á la que es la mitad de nuestra naturaleza, la poesía, ese *quid divinum* del alma humana, expresión la más íntima del pensamiento del hombre, manifestación la más ideal del arte. "Cada nueva lengua—escribió Platen á su amigo—te abre un mundo nuevo. ¡Cuántos puntos de contacto hallaríamos si leyésemos juntos á Shakespeare y á Calderón!"

Platen, el poeta que al amor á la mujer prefería el amor á un amigo, amor que le parecía una primavera eterna, se dedicó, como el sabio Platón, al amor ideal, queriendo propagarse en un alma querida. Y es timbre glorioso para Liebig que Platen, apasionado del aspirante á químico, le haya escrito aquella frase italiana: "*Ognuno ama il suo core, e voi siete il cor mio.*" (Cada uno ama su corazón, y usted es el corazón mío.)

Durante su estancia en Bonn y en Erlanga no tuvo Liebig más deseo que ir á París, donde la química florecía desde Lavoisier. Gracias á una subvención debida á la munificencia de Luis I de Hesse-Darmstadt, realizó su férvido deseo en 1822. En la capital de Francia se granjeó las simpatías de Alejandro de Humboldt, en el cual encontró cariñoso estí-

MCD 2022-L5

mulo y eficaz ayuda. Aquel noble protector le introdujo en la casa del eminente químico francés Gay-Lussac. Este le recibió en su laboratorio y le hizo compartir sus trabajos. También en París los pensamientos de Liebig volaban á su amigo Platen, que le dió un testimonio de su cariño, "un diploma de su amor", en una sentida "gacela".

Gracias á Humboldt fué nombrado, en 1824, profesor agregado de química de la Universidad de Giessen, á la cual perteneció hasta 1852, en que pasó á la de Munich, aceptando la invitación del rey Maximiliano II de Baviera, protector de las ciencias.

Como catedrático se distinguió por el bellísimo alarde de juventud, brillo y lozanía que circulaba por sus frases. Estaba en medio de sus discípulos como Wallenstein en medio de sus soldados, despertándolo y animándolo todo, inspirando é incitando á cada cual, y sacando y educando la fuerza propia de cada uno. Enseñaba á sus discípulos á pensar por sí mismos, pues sólo los pensamientos propios matan el hambre de la inteligencia. De todas las partes de la tierra acudieron los jóvenes, y muchos de ellos tienen hoy nombre respetado en las ciencias.

El ilustrado emperador del Brasil D. Pedro de Alcántara, que—en carta dirigida al célebre catedrático alemán Virchow—se llama á sí mismo "amigo de las ciencias naturales", entró un día en el laboratorio de Liebig, di-

MCD 2022-L5

ciéndole: "Ahora hágame el obsequio de pronunciar en mi presencia un pequeño discurso, para poder contar que estuve sentado á los pies de Liebig como discípulo suyo." También el profesor de química de la Universidad Central de Madrid, Ramón Torres Muñoz de Luna, que reúne, como Liebig, la elegancia del estilo de Platen á la profundidad científica, salió de la escuela del gran químico alemán. Y el que esto escribe tuvo la dicha de asistir á una de las lecciones de Liebig, y se figuraba, como los otros discípulos, que aquellas verdades acababan de descubrirse ante sus mismos ojos.

Arabia es la patria de la química, y el que fué rey en la esfera de la química, tenía rasgos árabes: árabes eran su hospitalidad, su liberalidad y su valentía, y había algo de oriental en su fisonomía. Un discípulo suyo, Carlos Vogt, le llamó una de las personalidades más bellas y grandes que pueden verse. "Sus rasgados ojos—dice Vogt—tenían agudeza singular, y además animación febril y algo soñadora; la frente, la nariz, la boca y la barba eran de belleza clásica, sobre todo en el perfil. Todo su ser tenía algo turbulento y también determinado y seguro."

Liebig amaba ante y sobre todo la verdad. Decía: "El verdadero pensador muda como el ave, arrojando viejas opiniones y formando nuevas; y teme perder las viejas sólo aquel á quien no crecen alas nuevas."

MCD 2022-L5

El favor del destino permitió al gran naturalista germano ver aún la unidad de Alemania, y el que á pesar de los años había conseguido perpetuar en su alma la frescura y la lozanía de la juventud, por haber conservado vivo el sentimiento y pronto el amor, nos dió también ejemplo de patriotismo, sentimiento tan elevado en el corazón del hombre culto, como el de su Dios y el de su hogar.

El día en que murió Liebig debe señalarse con piedra negra, como en la antigüedad se marcaban los días infaustos. Mandó hacer su ataúd cuando creyó que se aproximaba su fin, y esperó la muerte con la calma del filósofo, pues, como decía él mismo, "en la Naturaleza todo está ordenado según leyes severas é inmutables; de modo que, hágase de nosotros después de la muerte lo que quiera, por cierto se hará lo mejor que puede hacerse según las circunstancias".

El, á quien se había revelado la Naturaleza y que glorificaba al Supremo Hacedor, al divino agrónomo increado que á todo lo existente dió infinito poder de vida, falleció el 18 de Abril de 1873.

1876

MCD 2022-L5

ROTTECK, SCHLOSSER, NIEBUHR Y DE MÜLLER

Una generación más feliz que la de Rotteck y de Schlosser ha construído el ideal del historiógrafo objetivo, que ha de nadar en medio del torrente de los acontecimientos sin mojarse ó acercarse á una de ambas orillas ni siquiera el grueso de un cabello. Pero ese ideal de la historiografía moderna, ¿quiénes son los que lo han alcanzado? ¿Es el profesor de la universidad de Berlín Leopoldo de Ranke, que, frío hasta lo íntimo de su corazón, experimenta, sin embargo, deleite sensual en moverse en el círculo brillante de los grandes de la tierra? ¿Es Teodoro Mommsen, que, nutrido con la fermentación de su tiempo, traslada las medidas de la edad presente á la antigüedad romana? ¿Es, en fin, Juan Gustavo Droyssen, que oye latir el corazón del mundo en la arena de la Marcha?

MCD 2022-L5

"Es difícil, quizá imposible, para un historiador — dice Rotteck — ser del todo imparcial. Insensible é involuntariamente, sus inclinaciones determinan sus juicios, y sus intereses se traducen en axioma."

Pero ¿quién osaría denominar un defecto, llamar prueba de una contemplación estrecha y subjetiva del mundo el horror de lo malo, la admiración infantil de todo lo sublime en la Historia, aquellas prendas que adornaron á Rotteck y á Schlosser, á quienes lo tranquilo pasado daba incesantemente consuelo y alivio, luz y exaltación, cuando lo presente se hacía cada vez más triste y lo porvenir más obscuro? Rotteck llama á la Historia "la cultivadora de la sabiduría y virtud políticas, la que da un juicio incorruptible, cuyos fallos son la esperanza postrera para el derecho abandonado al poder insolente". En Rotteck hay calor, fuerza y entusiasmo. A la antigüedad le dedicaba el raudal de su elocuencia altiva, que á veces se eleva á un éxtasis ditirámbico. "¿Quién soy yo — pregunta el inspirado historiador—para atreverme á hablar de Pericles, Epaminondas y Demóstenes, de Escipión, Catón, Marco Aurelio, Leónidas y Arminio?" Palpitaba en él también algo de la grandiosa sencillez de la antigüedad, pues vivía y escribía con la misma perseverancia del ánimo, con la misma nobleza de las aspiraciones.

No se ve el busto de Rotteck en la Wal-

MCD 2022-L5

halla, pero su estatua se eleva en la plaza de los Dominicos, de su patria: Friburgo, la antigua ciudad de los obispos. Aquel monumento tuvo sus destinos como el héroe á quien honra, pues la estatua fué removida en 1851 por los siervos de la reacción, que entonces estaba en todo su esplendor, y el catedrático que durante el espacio de treinta y cuatro años había sido modelo del profesorado y antorcha de la ciencia germánica; él, en quien tenían fija la mirada las inteligencias liberales, los caracteres varoniles, fué declarado cesante en 1832 á impulso de la Dieta alemana, cuya mano pesaba sobre los hijos de Germania en aquel tiempo en que una valla de espadas y de capillas de fraile—lo mismo que en las Termópilas los escudos de los persas—sustraían á la vista del pueblo el fulgor del sol. Pero la idea de la libertad tiene para sus confesores gratitud como ninguna otra: la estatua de Rotteck, el historiador insigne, el diputado elocuente, el luchador en pro de las reformas políticas, en pro de los derechos del pueblo, fué colocada nuevamente en su sitio en 1862, y la memoria de Carlos de Rotteck, cuyo carácter no se doblegó al interés, ni al elogio, ni á la amenaza, perdura de modo inextinguible en el corazón de la nación alemana. Su *Historia universal* se ha convertido en un libro de familia que los hijos encuentran con deleite en la herencia de sus padres y que leen con

avidez; su *Diccionario político,* escrito en unión de Welcker, lo hojea el diplomático de profesión, y su vida entera fué una cadena continua de fidelidad varonil, cuyo fulgor no obscurece siquiera la mancha más leve.

Carlos de Rotteck nació en Friburgo (Breisgau), el 18 de Julio de 1775, y falleció el 26 de Noviembre de 1840. España le debe una *Descripción geográfica, estadística é histórica de la península pirenaica.*

La personalidad más vigorosa entre los historiadores alemanes fué, sin contradicción alguna, el inflexible é incorruptible hijo de Frisia, el heraldo de la verdad, Federico Cristóbal Schlosser. Para él la Historia no es sólo un conjunto de acontecimientos, sino el desarrollo de la Humanidad, y sólo para representar éste se dedicó á la Historia, poniendo los hechos de aquel desarrollo, con una expresión sencilla y á veces acerba, ante los ojos de la mentira de su tiempo. La crítica, para tener el derecho de ser severa, ha de cumplir la obligación de ser imparcial. Schlosser llamó á lo malo malo, á lo bueno bueno, y no se dejó ofuscar por esplendor alguno. En su historia abraza también la historia de la cultura, sin la cual la historia de los Estados sería un contorno ininteligible y estéril.

Acerca de él, cuya vasta erudición es proverbial, dice José del Perojo, en su notable

libro *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania:* "Hay en sus obras fuerza y energía; en las descripciones es sucinto y rápido, y en la expresión gráfico y preciso. Ni una sola vez se cansa, ni en una sola ocasión cambia de manera, y por eso su *Historia universal,* que tiene diez y nueve volúmenes, parece hecha de una plumada y con el mismo entusiasmo. No se crea, sin embargo, que es uniforme y monótono, pues hay en sus exposiciones una verdadera entonación que parece resonar al través de los negros y góticos caracteres de la palabra impresa, de tal suerte, que nos imaginamos oir un discurso: tan adaptado está el tono á los actos y á las circunstancias que relata."

Ya se prepara la pequeña Jever (Oldemburgo) para celebrar el primer centenario del nacimiento de su insigne hijo, al cual respetarán las generaciones con el nombre de Federico Cristóbal Schlosser. Le debemos una autobiografía escrita con aquella fuerza, con aquella franqueza, con aquel amor á la verdad sin miramiento alguno, que caracteriza á todas sus obras.

Schlosser, el menor de doce hijos, nació el 17 de Noviembre de 1776. Su padre era un borrachón, permítasenos la palabra, y su madre, una señora altiva, usó de severidad excesiva para con sus hijos. Lo que no encontraba en la casa paterna, calma y quietud idílicas, lo halló, después de la muerte

de su padre, en casa de una tía, rica y viuda. Cuando niño, era el inseparable compañero de los soldados y oficiales, que se complacían en oir la ironía de sus ocurrencias felices. Aquellos soldados eran los que el Príncipe de Anhalt-Zerbst alquiló á los ingleses para la guerra americana; había entre ellos estudiantes que, despojándose de la rudeza de su vida universitaria, habían recogido conocimientos y experiencias y vuelto á dedicarse á sus estudios en los ocios que les dejaba el Canadá. A la edad de quince años, Federico Cristóbal, después que hubo fallecido su madre, disfrutó de independencia absoluta, que empleó sólo en los estudios: ya en la escuela latina leyó con furor verdaderamente teutónico, cursó la teología en Goettinga, en 1794, y dedicóse asimismo á estudiar el castellano, italiano é inglés, no olvidando por eso la filosofía, sin la cual la Historia no ofrece más que conjeturas y razonamientos políticos. Se consagró á la enseñanza en casa del Conde de Bentink, sin que en la sociedad de los caballeros de la corte antigua hubiese querido pulirse su naturaleza, bastante ruda; en cambio estudió á Platón y á Aristóteles en la soledad del castillo de Varel. Después desempeñó una temporada el empleo de vicario, volvió á ser preceptor en Othmarschen, cerca de Altona, y luego en Francfort, y concluyó siendo profesor de Historia en la Universidad de Heidelberg durante cuarenta y cuatro

años, hasta su muerte, acaecida en 23 de Septiembre de 1861. Además de su *Historia universal*—que se distingue por la severidad de juicio acerca de las personas y de los tiempos — publicó otras obras importantísimas, entre las cuales citaré la *Historia del siglo XVIII*, como fruto de sus estudios en París.

En el mismo año que Schlosser, vió la luz en Copenhague, el 27 de Agosto, un hombre de ingenio peregrino y raras dotes: el filólogo, historiador y estadista Bartaldo Jorge Niebuhr, el que restauró, puede decirse, la más antigua historia romana, limpiándola de fábulas y de errores, y realizando el axioma de un historiógrafo contemporáneo que afirma: "El estadista es un historiador práctico." Así como él decía de Goethe: "Los niños oirán su nombre como los helenos el de Homero", dijo Goethe de él: "La profundidad y el celo de tal hombre es lo que verdaderamente nos eleva." Como historiador, logró llenar las lagunas históricas con una adivinación admirable y depurar la verdad encerrada en los cuentos y tradiciones; de modo que puede ser llamado uno de los primeros críticos de la Historia.

Aunque nacido en Dinamarca, no fué danés, pues su padre era sajón, y el hijo guardó, á semejanza de los viejos sajones, su origen alemán. Su padre, el célebre viajero Karstens Niebuhr, le abrió el mundo del Oriente;

MCD 2022-L5

el trato de Voss le introdujo en la antigüedad clásica, y el que á la edad de treinta años poseía treinta idiomas y recorría casi todos los países de Europa, no conoció ninguno tan profundamente como Italia, y sobre todo la Ciudad Eterna con todas las ruinas de su glorioso pasado.

Lo mismo que Arndt, prestó sus servicios á Prusia con la mayor abnegación, con la mayor lealtad y perseverancia. En 1806 fué uno de los directores del Banco de Berlín, y conquistó el amor del rey Federico Guillermo III y del Barón de Stein. Sabido es que el Rey de Prusia contestó á una batalla perdida con la fundación de una Universidad literaria: la de Berlín. Como miembro de la Academia de Ciencias, habló Niebuhr en dicha Universidad acerca de la *Historia romana,* y de aquellas lecciones salió su célebre obra que lleva el mismo título. Llama la atención también su *Historia de los héroes griegos,* que escribió para su hijo Marcos. Después del regreso de los franceses de Rusia, fundó un periódico prusiano, se ejercitó en manejar las armas y en levantar trincheras, en unión de Schleiermacher, en la colina de Kreuzberg, próxima á Berlín. En 1814 empezó á enseñar la ciencia de hacienda al Príncipe heredero de la Corona de Prusia, y en 1816 vió el teatro de su *Historia romana,* siendo Embajador en Roma, donde su casa fué el centro de los artistas y sabios. Ya antes de pisar á Roma

tuvo la dicha de descubrir en una biblioteca de Verona las *Instituciones de Gayo.*

Nadie imagine que los estudios clásicos entibiaron en él en lo más mínimo el sentimiento religioso, la firme creencia en las cosas divinas: su piedad era más profunda cada día, servía á su Rey y amaba á Dios y al Salvador glorioso del mundo. En 1823 pasó de Roma á la Universidad de Bonn. La revolución de 1830 le llenó de amarguras é infundió á su espíritu atribulado el miedo de que nuestra civilización encontrase su sepultura en la barbarie del Norte. Desapareció del mundo de los vivos en Bonn, el 2 de Enero de 1831.

Mientras que ni Rotteck, ni Schlosser, ni Niebuhr figuran en la Walhalla, tiene asiento en ella el historiador Juan de Müller, de quien Schlosser decía: "Aprendí mucho de él, pero no me gustaba su falta absoluta de sencillez y de naturalidad." Por diferentes que sean las opiniones que se hayan formado sobre Juan de Müller, sería injusto negar que es el iniciador de la historiografía alemana del siglo actual, que se precia de los nombres de Pertz, Ranke, Mommsen, Curtius, Raumer, Gervinus, Leo, Wolfgang Menzel, Dahlmann, Loebell, Haeusser, Scherr, de Sybel, Droyssen, de Treitschke, Waitz, Lappenberg, Giesebrecht, Wattenbach, Aschbach, de Hurter, de Lassaulx, de Reumont y Gregorovius.

Juan de Müller tomó por modelos á Tucídides y á Tácito, en quienes todo es oro y bri-

llantes. "El historiador—decía—necesita de un alma libre y de casi todos los conocimientos de un gran rey: ha de poseer aquélla y de aspirar á éstos." Raya á gran altura cuando en sus admirables y verdaderamente éticas *Historias de la Confederación Helvética* nos pinta las batallas en que los suizos salvaron su libertad. Entusiasmándose él, quiere entusiasmarnos también á nosotros. Y bien dice Goethe: "Lo mejor que debemos á la Historia es el entusiasmo que excita."

Excelentes son también sus pinturas de la naturaleza suiza, que Schiller aprovechó para su *Tell*. Pero es una mancha en la vida de Müller que el que fué un encomiador entusiasta de Tell y de Winkelried, entrase al servicio de un Jerónimo Bonaparte. La vanidad era el motor de su conducta: buscó el favor de los grandes y arrojó la genuina perla de su valor en cambio del vano esplendor de los palacios. Muriendo sin tener patria alguna, se parece á una caña tronchada por la tempestad. Su vida podría servir de provechoso ejemplo, de lección amarga á los ambiciosos.

Juan de Müller nació el 3 de Enero de 1752, en aquella Schaffhausen (Suiza) de la cual dijo: "Cerca de mi patria desciende el Rhin de la roca en una altura de ochenta pies; al nacer el sol brilla la espuma de sus ondas cual iris; ningún poder le resiste; todo lo que á él se acerque, peces y buques, lo arrastra; el extranjero, pasmado, pierde la presen-

MCD 2022-L5

cia de espíritu. ¡Ojalá que Schaffhausen me enseñase, lo mismo que Cicerón y Quintiliano, en el tranquilo gabinete, ¡cómo ha de ser la elocuencia!"

Otras frases suyas son las siguientes: "No trates de ser más, pero tampoco menos de lo que sea posible en tu tiempo y en tu puesto." Y "la cosa principal en la vida es tener un solo fin, una sola voluntad; así se logra hasta lo que parece imposible". Dijo también: "Es una alabanza para un hombre que se puedan señalar sus defectos, sin que deje por eso de ser grande." ¡Qué bellísima frase! Y por lo mismo no he vacilado en señalar los defectos de Müller.

Su destino lo llevó á Kassel como profesor y bibliotecario, á la corte del Elector de Maguncia, á Viena y á Berlín. Pero el que era historiógrafo prusiano pidió su dimisión después de la batalla de Jena, y hallándose ya camino de Tubinga para establecerse allí cual profesor, recibió orden de Napoleón, que le llamó á Fontainebleau, y allí aceptó, aunque á pesar suyo, el puesto de secretario de Estado en el nuevo reino de Westfalia. Pero ya en 1808 cambió aquel empleo por el de Consejero de Estado, y el 29 de Mayo de 1809 murió con el corazón roto.

¿Quién se atreverá á arrojar una piedra sobre el gran historiador, que, si no realizó en su vida el ideal del alemán consecuente, nos dejó, en cambio, sus escritos inmortales

MCD 2022-L5

en que proclamó la gloria de Homero, de Tucídides y del venerable mensajero de Wandsbeck, el Sócrates de Alemania?

¡Ojalá que la patria de Mariana, España, que ofrece en las armas, en las artes, en las letras y en la navegación hijos muy ilustres, genios muy sobresalientes y corazones muy generosos, guarde en su pecho las siguientes palabras de Juan de Müller, que parecen escritas expresamente para la raza cuyos defectos y cualidades son la fantasía apasionada, el espíritu aventurero y la facilidad de la idealización: "Jamás debe un hombre, jamás debe un pueblo imaginar que el fin ha llegado. Al celebrar la memoria de grandes hombres hemos de familiarizarnos con grandes pensamientos, y debemos desterrar de nuestro ánimo todo lo que le impida volar. La pérdida de los bienes se reemplaza; el tiempo consuela otras pérdidas; sólo hay un mal incurable: el del hombre que desespera de sí mismo."

1876

*
* *

El 17 de Noviembre de 1876, todas las miradas de la culta Alemania se dirigieron hacia el punto extremo de Oldenburgo, hacia la pequeña ciudad de Jever, donde un siglo antes nació el historiador Federico Cristóbal Schlosser, á quien el pueblo alemán no podía

MCD 2022-L5

dejar de rendir tributo de justicia á su mérito, reconociendo el talento y las virtudes que le adornaban.

Schlosser es uno de los inmortales á quienes la nación que le tuvo por maestro no debe olvidar, si no quiere olvidarse á sí misma, pues olvidar al que se inscribió en la historia de su pueblo de manera aún más vigorosa que muchos generales ó políticos, sería agotar la fuente del amor más noble á la libertad, del amor más ardiente á la patria, de la contemplación más ética del mundo; olvidarle equivaldría á perder los bienes ideales que constituyen el orgullo, el timbre más noble del nombre germano; Schlosser es una de aquellas naturalezas originalísimas y poderosas por su inmensa riqueza de fuerza moral y espiritual; es uno de aquellos varones á los cuales pueden aplicarse estos versos de Dante:

"Sta come torre fermo, che non crolla
Giammai le cima per soffiar di venti."

En él, el hombre privado, el maestro y el historiador muestran el mismo rostro, y su talento estuvo en unión íntima y perfecta con su carácter. Sabiéndose conformar con el juicio moral del pueblo, á quien tenía que educar para la cultura histórica, hizo de la moral más rigurosa, del juicio ético más severo y más acerbo, el fundamento de su historiografía. Le placía manifestar su juicio moral, y lo manifestaba en todo tiempo, en toda

circunstancia, á toda costa, y por lo mismo derramaba tanta pureza, tanta virilidad, tanta elevación en el corazón y en el cerebro de sus discípulos—y discípulo suyo fué el pueblo entero, — que importa poco que las consecuencias de aquel excelso punto de vista le hayan inducido á veces á ser injusto.

Es verdad que la contemplación de Schlosser—que aplicaba las leyes de la moral de la vida privada á los grandes acontecimientos de la Humanidad—no es el ideal de la historiografía, pues confunde la acción política con la actividad privada, y representa como serie de acciones más ó menos arbitrarias el proceso del desarrollo político, el cual nos parece un proceso natural y de necesidad. La acción histórica tiene cierta afinidad con la creación artística, dándonos á conocer por el espíritu del héroe el carácter y el progreso de la acción, el madurar lento de sus proyectos y los grados distintos de su realización. Pero la voluntad del héroe tropieza con fuerzas elementales, de las que suele saber aprovecharse prudentemente, pero á las cuales no puede dominar sino raras veces. Esa fluctuación de las pasiones que se encuentra en la Historia, requiere, para ser comprendida, una categoría más rica de juicios que los que ofrece el examen de la actividad privada desde el punto de vista moral. Pero el ejemplo de Schlosser sigue advirtiéndonos para que no omitamos lo ético en la Historia, para que

no creamos que en el buen éxito de una acción está también el derecho á realizarla.

Si Schlosser fué acerbo, excúsale su juventud, falta de sol que la alegrase, y si careció de sentimiento político, retirándose del mundo de las grandes luchas políticas al reino de las reflexiones éticas, le disculpa el tiempo en que escribió, que fué un período de muerte política. No defendió partido determinado, ni Constitución determinada; no tuvo como historiador otro fin que el de contribuir á la salud del pueblo, y así como escribió sus obras para derramar el bálsamo del consuelo sobre aquél, diciéndole que fueron hijos de pastores y carpinteros, pobres pescadores y misioneros perseguidos los que curaron las heridas que inferían á la Humanidad el orgullo, la lujuria y la barbarie, encuéntranse siempre en el fondo de su representación los pueblos, y no las cortes regias. Tampoco hace caso de lo que tanto estimaba el historiador Ranke, de los documentos diplomáticos, pues—según él mismo dijo—desdeñaba cavar en un pozo secreto de las minas, cuando en la selva verde de la historia abierta hay todavía tanta leña fresca que cortar. El mérito de Schlosser consiste en haber sido el primero que tuvo presente las corrientes espirituales del pueblo, y en haber hecho de la historia de la literatura una parte viva de la historia popular. Su mérito inmortal estriba en haber comunicado á su nación en aquellos días sombríos las doc-

MCD 2022-L5

trinas eternas de la Historia desde el punto de vista de la más augusta moralidad, del amor más ardiente al pueblo, del anhelo más enérgico de la libertad; y de las palabras del ilustre autor de la *Historia del siglo XVIII* y de la *Historia Universal para el pueblo alemán,* brota aún hoy un aliento vivo. Su ciudad natal se propone erigir un monumento en honor de hijo tan preclaro.

1879

FIN DEL TOMO SÉPTIMO

MCD 2022-L5

ÍNDICE

Páginas.

ARQUITECTOS.—ESCULTORES ARQUEÓLOGOS

Erwin, maestro de la Catedral de Estrasburgo.. 5
Los maestros Ensinger y la Catedral de Ulm. 27
Glorias de Nuremberg: Adan Kraff, Vito Stoss, Pedro Vischer, Pedro Hele, Juan Müller *(Regiomontano)* 81
La Catedral de Colonia 95
El primero y el último de los arquitectos de la Catedral de Colonia: Gerardo de Rile y Carlos Eduardo Ricardo Voigtel 173
Conrado de Hochstaden, arzobispo de Colonia. 181
Las reliquias de los Reyes Magos 189
Thorwaldsen y Winckelmann 199
Enrique Schliemann 221
Andrés Schlüter 263
Carlos Humann 269
La estatuaria en Alemania y Austria 283
De Schmidt, Hansen y Ferstel 287
El pintor Guillermo Leibl 295

MCD 2022-L5

Páginas.

HOMBRES DE CIENCIA

Pestalozzi.—Juan Falk..... 301
Zschokke..... 307
Federico Luis Jahn..... 315
Alejandro de Humboldt..... 329
Leopoldo de Buch, Carlos Ritter..... 367
Los astrónomos Herschel, José de Fraunhofer. 375
Justo de Liebig..... 381
Rotteck, Schlosser, Niebuhr y de Müller..... 391

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5